

Laboratorio

Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social

Año 8 • Número 19 • Otoño / Invierno 2006

Tensiones entre la política macroeconómica y la política de ingresos en la Argentina post-Convertibilidad

Pablo Ernesto Pérez

Nuevo régimen económico y equidad

Valeria Ezquivel y Roxana Mauricio

Desigualdad en los ingresos

Eduardo Chávez Molina

¿El epitafio del Plan Jefes de Hogar o una nueva orientación de la política social? Evaluando algunos de los escenarios sociolaborales posibles ante la consolidación del Plan Familia.

Gabriel Calvi y Carla Zibechi

"Piqueteros eran los de antes": Sobre las transformaciones en la Protesta Piquetera.

Astor Massetti

¿Disipación del desempleo o espejismos de la Argentina post devaluación?

Agustín Salvia, Luciana Fraguola y Ursula Metlika

La contracara de la mejora de los indicadores del mercado de trabajo en la provincia de Mendoza.

Eliana Canafoglia, Natalia Millán y Beatriz Soria

Indicadores laborales y percepción sobre los mercados de trabajo desde un enfoque regional. Situación ocupacional de los aglomerados de la región patagónica, 2001-2004.

María Rosa Cicciani

Dossier

Capitalismo y método. Alternativas de la coproducción investigativa.

Alberto L. Bialakowsky, María I. Costa, M. Mercedes Patrouilleau, Rocío S. Martínez Schnaidery Ana L. López



Cambio Estructural y Desigualdad Social (CEyDS) / Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Autoridades

Facultad de Ciencias Sociales

Decano

Federico Schuster

Vicedecano

Damián Loreti

Secretario Académico

Jorge Lulo

Secretario de Cultura y Extensión Universitaria

Javier Bráncoli

Secretario de Gestión Institucional

Gustavo Bulla

Secretario de Investigación

Ricardo Sidicaro

Secretario de Hacienda y Administración

Bruno Opromolla

Secretaria de Posgrado

Pablo Alabarces

Carrera de Sociología

Director: Lucas Rubinich

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Directora: Carolina Mera

Staff

Director del Programa (CEyDS):

Agustín Salvia

Secretario Editorial:

Ernesto Philipp

Editores:

Astor Massetti
Eduardo Chávez Molina
Eduardo Donza
Gabriel Calvi

Asistente:

Manuela Parra

ISSN: 1515-6370

Colaboraciones y Comentarios:

Informe *Lavboratori@*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Uriburu 950 6º piso oficina 21, Cdad. de Buenos Aires (1114). **e-mail:** lavbor@mail.fsoc.uba.ar

Presentación

El Informe de Coyuntura Laboral Lavboratori@ es una publicación del Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto de Investigaciones Gino Germani / Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Su producción es posible gracias al trabajo de profesores, becarios, docentes, graduados y estudiantes. En el marco de los proyectos vigentes FONCyT BID 1201/OC-AR PICT CONICET 09640 y el proyecto UBACyT 108

2



Esta publicación está disponible en:

<http://lavboratorio.fsoc.uba.ar>

Editorial

No mejor momento que ahora como para volver a poner en escena la reflexión de Seers que citáramos en el Laboratorio anterior:

“Las preguntas a plantearse acerca del desarrollo de un país son: ¿qué ha sucedido con la pobreza? ¿Qué ha estado sucediendo con el desempleo? ¿Qué ha estado sucediendo con la desigualdad? Si el conjunto de estos tres problemas ha empeorado, sería extraño llamar “desarrollo” al resultado aunque el ingreso per capita haya crecido. Esto, por supuesto, se aplica también al futuro. Un “plan” que no contenga metas para la reducción de la pobreza, la desocupación y la desigualdad, difícilmente pueda ser considerado un plan de desarrollo” (Seers, 1972: 23).

Al comparar la situación actual de la Argentina con la de tres años atrás, la recuperación económica y su impacto positivo sobre la demanda agregada de empleo resultan hechos por demás evidentes. No obstante, cabe recordar que este crecimiento estuvo precedido por la “crisis” más grave de la historia nacional, y que más allá de cualquier saludable discurso de optimismo, el sistema socioeconómico en su conjunto parece estar todavía muy lejos de poder garantizar mecanismos de inclusión social fundados en amplias oportunidades de progreso para todos.

En este contexto, más allá de los esfuerzos realizados, parecen todavía escasos los logros vinculados a garantizar que la inclusión social se constituya en una efectiva política de Estado. Por una parte, se mantiene un gran vacío legal en cuanto al alcance de los derechos sociales, las circunstancias en que los ciudadanos pueden hacerlos exigibles y las formas específicas en que el Estado está obligado a atenderlos. En consecuencia, gran parte de los instrumentos de política social en la Argentina están por hacerse y los existentes (educación, salud, seguridad social, programas de asistencia, etc.) no han conformado un conjunto suficientemente integrado y coordinado, ni en términos de la administración pública nacional, ni –mucho menos– a nivel federal. A esto cabe agregar su creciente esterilidad frente a los nuevos retos que abre el siglo XXI, la exclusión social y la profundidad y extensión de los problemas laborales y sociales que afectan a la sociedad. Asimismo, la política social –más allá de su alcance parcial y limitado– ha sido y sigue siendo incapaz de incorporar a su diseño, objetivos explícitos de efectiva igualdad de oportunidades. Por último, el cuadro crítico se completa con el hecho de que el accionar de la “cosa pública” se sigue preocupando muy poco por monitorear su desempeño y evaluar el cumplimiento de sus metas y objetivos, atentos a aplicar medidas correctivas.

Sin duda, la recuperación económica y político-institucional ocurrida en la Argentina post convertibilidad otorga especial relevancia a la pregunta ¿en qué medida este proceso va generando una mejora efectiva en la situación social y una distribución más equitativa no sólo del ingreso sino de las oportunidades de trabajo y empleo genuino, sobre todo en los sectores socioeconómicos más vulnerables? ¿Qué sucede con las grandes desigualdades regionales y sociales que atraviesan a la Argentina? ¿Cuáles son los principales desafíos que debe enfrentar la política social en función de superar la pesada deuda social y garantizar de manera efectiva un desarrollo sustentable e igualdad de oportunidades para todos?

Dicho en otros términos, ¿en qué medida el nuevo escenario de reactivación y oportunidades económicas está efectivamente revirtiendo el deterioro generado por décadas de fracasos, o, en realidad, poco puede hacer contra los ya cristalizados efectos de nueva pobreza, polarización y fragmentación social que atraviesan a la sociedad?

3

Los Editores

Indice

Tensiones entre la política macroeconómica y la política de ingresos en la Argentina post-Convertibilidad

Pablo Ernesto Pérez

Este artículo busca analizar e incentivar la discusión acerca de las tensiones que parecen plantearse entre los requerimientos de la política macroeconómica (superávit en las cuentas externas y fiscales) y la necesidad de una política de ingresos (salarial y social) más acorde a la situación de pobreza que vive una gran parte de la población en nuestro país.

Página: 5

Nuevo régimen económico y equidad

Valeria Ezquivel y Roxana Mauricio

¿Es el actual régimen macroeconómico compatible con mejoras sustanciales en los niveles de pobreza? Para aportar a esta problemática, las autoras presentan estimaciones para tres escenarios macroeconómicos. Los resultados del ejercicio de simulación resultan poco alentadores dadas las condiciones de partida tan adversas el proceso hacia una sociedad más justa se ha vuelto complicado.

Página: 13

Desigualdad en los ingresos

Eduardo Chávez Molina

El artículo es un ejercicio que señala las distancias distributivas en torno a la canasta básica de alimentos, y los diferenciales de ingresos, mostrando una composición distributiva, profundamente inequitativa y prolongada, que no acompaña de la misma manera el crecimiento macro-económico de los últimos años.

Página: 18

¿El epitafio del Plan Jefes de Hogar o una nueva orientación de la política social? Evaluando algunos de los escenarios sociolaborales posibles ante la consolidación del Plan Familia.

Gabriel Calvi y Carla Zibechi

Luego de más de tres años la presencia femenina en el Plan Jefes de Hogar se ha incrementado. Esto está en el origen de cierto golpe de timón en los programas sociales, la iniciativa consiste en rotarlas hacia el Plan Familia. Este trabajo intenta –mediante la combinación de técnicas cuanti y cualitativas– definir posibles escenarios asociados a este reemplazo y estimar, prestando atención a las representaciones de las beneficiarias, cuál sería el más probable.

Página: 21

"Piqueteros eran los de antes": Sobre las transformaciones en la Protesta Piquetera.

Astor Massetti

El propósito del autor es analizar la variabilidad de la especificidad de un fenómeno socio político que ha adquirido notoriedad bajo el genérico mote de "piqueteros". Enfocando no en la explicación causal de la matriz referencial, sino en su trayectoria. Delineando en términos de tendencia el estado actual de la protesta social.

Página: 29

¿Disipación del desempleo o espejismos de la Argentina post devaluación?

Agustín Salvia, Luciana Fraguaglia y Ursula Metlika

El artículo analiza las diversas formas de empleo, en función de evaluar los cambios ocurridos en la "calidad ocupacional", condiciones productivas e institucionales, estabilidad, protección, cantidad de horas trabajadas e ingresos laborales, y de desempleo ('friccional' y estructural) durante el período post devaluación, dando cuenta de la existencia de un mercado de trabajo segmentado en cuanto a sus rasgos estructurales y modos de funcionamiento

Página: 37

La contracara de la mejora de los indicadores del mercado de trabajo en la provincia de Mendoza.

Eliana Canafoglia, Natalia Millán y Beatriz Soria

Las autoras analizan la estructura socio-ocupacional de la provincia de Mendoza durante el período 2002-2005 con el fin de determinar si las mejoras en los indicadores laborales permiten evidenciar una reversión en los procesos de fragmentación, exclusión y polarización que se vienen desarrollando desde la década de los noventa.

Página: 47

Indicadores laborales y percepción sobre los mercados de trabajo desde un enfoque regional. Situación ocupacional de los aglomerados de la región patagónica, 2001-2004.

María Rosa Cicciani

En este artículo se presenta un análisis de la situación ocupacional de los aglomerados urbanos de la Región Patagónica entre 2001 y 2004, con énfasis en los años posteriores a la crisis del 2001. La descripción de esta dinámica permite ver comparativamente los comportamientos desde un enfoque regional, presentando algunos aportes en torno a los cambios metodológicos en la medición de los procesos del mercado de trabajo.

Página: 53

Dossier

Capitalismo y método. Alternativas de la coproducción investigativa.

Alberto L. Bialakowsky, María I. Costa, M. Mercedes Patrouilleau, Rocío S. Martínez Schnaider y Ana L. López.

Página: 63

Tensiones entre la política macroeconómica y la política de ingresos en la Argentina post-Convertibilidad¹

Pablo Ernesto Pérez *

Introducción

La crisis de la Convertibilidad es producto del agotamiento de una estrategia de reestructuración de la economía argentina. Pero si su continuidad provocó en un deterioro profundo en las condiciones de vida de la población; su finalización no supuso una ruptura con esa dinámica. Por el contrario, reactualizó la tendencia a la caída sistemática en los salarios reales, en tanto la violenta suba de los precios internos posterior a la devaluación no fue acompañada en su totalidad por los salarios nominales (Félez y Pérez, 2004; 2005).

En la actualidad, luego de más de tres años de crecimiento continuo del PBI, la macroeconomía pareciera encontrarse bastante más “robusta” que en el pasado (Damill, 2004). El mérito de la rápida recuperación económica que siguió a la crisis se debe en parte a un conjunto de políticas que apuntaron a recuperar los equilibrios macroeconómicos básicos (Damill y Frenkel, 2005). Este conjunto de políticas busca esencialmente que el Estado consiga sostener un tipo de cambio real elevado y, lo que a muchos economistas les gusta denominar, los “superávit gemelos”: superávit en las cuentas externas (balanza comercial) y fiscales.

Sin embargo, perseguir estos fines parece enfrentarse a la necesidad de una política de ingresos más acorde a la situación de pobreza que vive una gran parte de la población en nuestro país.

De esta manera, temas claves como la disminución de la pobreza y la redistribución del ingreso pasarían a depender esencialmente de la continuidad en el tiempo de la reactivación económica (el crecimiento del empleo deriva en un aumento en el número de perceptores de ingresos por hogar) y no de mejoras en los ingresos provenientes de la participación en el mercado de trabajo (salarios reales) o de programas sociales y/o de empleo.

El presente artículo aborda estas cuestiones, dividiéndose, para ello, en cinco partes. La primera presenta los lineamientos de la política macroeconómica post-devaluación. La segunda parte trae a la memoria las numerosas investigaciones que analizaron la relación entre tipo de cambio, cuentas externas, nivel de actividad y mercado de trabajo durante la etapa de sustitución de importaciones. La tercera sección analiza la finalidad principal del trabajo: las tensiones entre la macroeconomía y la política de ingresos, disociando las hostilidades entre el manejo del tipo de cambio y las demandas salariales y aquellas entre la política social y la exigencia de superávit fiscal. La cuarta sección discute el cambio en la elasticidad empleo-producto a partir de la salida de la Convertibilidad. Por último, la quinta parte expone las reflexiones finales.

I- Los lineamientos principales de la política macroeconómica post - devaluación

A diferencia de la tradición en América Latina de políticas generalmente centradas en la estabilización del balance de

* CEIL-PIETTE/CONICET, pperez@ceil-piette.gov.ar

pagos y la contención de la inflación en el contexto de programas acordados con el FMI, la actual política económica estaría focalizada principalmente en el empleo y el crecimiento (Frenkel y Rapetti, 2004, Frenkel, 2005)².

En esta última perspectiva, lo esencial es la preservación de un tipo de cambio real elevado y estable, que haga competitivos a los sectores productores de bienes transables, particularmente al sector industrial. La estabilidad del tipo de cambio real es considerada importante para incentivar la inversión en estos sectores porque reduce la incertidumbre sobre una futura apreciación cambiaria. A su vez es importante que el tipo de cambio nominal fluctúe para desalentar movimientos especulativos de corto plazo, para lo cual serían preferibles las bandas de flotación a un tipo de cambio fijo.

Por su parte, la política cambiaria también cumple un rol central, ya que es la encargada de perseguir simultáneamente varios objetivos: la meta del tipo de cambio, el control de la inflación y el nivel de actividad. En relación al primer objetivo, el Banco Central lleva adelante una agresiva política de compra de dólares a fin de absorber el excedente en el mercado cambiario. La política anti-inflacionaria se guía por metas de inflación, lo cual supone que, para contrarrestar el fuerte efecto expansivo de la política cambiaria y su potencial efecto inflacionario, el Banco Central busca controlar la cantidad de dinero a través de sistemáticas operaciones de esterilización mediante colocaciones de títulos públicos o ‘letras’ del propio Banco Central en el mercado local.

Finalmente, la política fiscal es el tercer componente esencial de la política económica. Se asume que la misma está fuertemente condicionada por la necesidad de pago de la deuda pública, lo cual compromete una parte importante de los recursos públicos potencialmente disponibles para otras necesidades. Además, el superávit fiscal también contribuye sustancialmente a absorber el exceso de expansión monetaria causada por la compra de divisas por parte del Estado³. De acuerdo a la visión oficial, esta política permitiría inducir un fuerte crecimiento de la economía juntamente con una expansión del empleo, al menos mediante tres canales (Frenkel, 2004):

* El canal macroeconómico. Las mejoras en competitividad de las empresas nacionales que resulta de un tipo de cambio más elevado incentivarían mayores exportaciones (y menores importaciones), lo que llevaría a niveles más elevados de actividad y empleo locales.

* El canal de desarrollo. Enfatiza el rol proteccionista de un tipo de cambio elevado⁴. Además, siguiendo a Balassa (1971) y Williamson (2003), este canal atribuye a la expansión de los sectores productores de mercancías comercializables internacionalmente (en particular, la industria manufacturera), la generación de externalidades que favorecen la modernización y el crecimiento en otros sectores de la economía.

* El canal de intensidad de uso de los factores. Este canal afectaría la intensidad del uso de la fuerza de trabajo en la producción en todos los sectores de actividad (incluyendo los

sectores 'no transables'). Un tipo de cambio alto aumenta el precio de los bienes de capital (que son mayoritariamente importados) respecto del precio del 'trabajo' (es decir, los salarios). De esta manera, suponiendo iguales niveles de demanda agregada, a mediano plazo cabría esperar una mayor elasticidad empleo-producto que la prevaleciente a un tipo de cambio real apreciado.

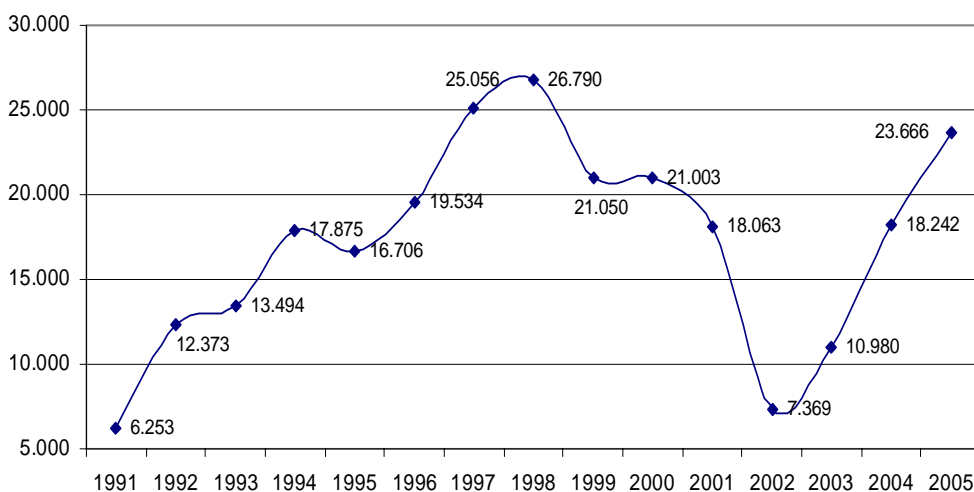
II- Restricción externa, tipo de cambio y salarios.

La situación postdevaluación no es totalmente nueva en la historia argentina. Pueden encontrarse numerosas investigaciones que analizan la relación entre el tipo de cambio, las cuentas externas, el nivel de actividad y el mercado de trabajo durante la etapa de sustitución de importaciones, resaltando la 'restricción externa' derivada de recurrentes déficit en la balanza comercial que frenaban el crecimiento económico (Braun y Joy, 1968; Díaz Alejandro, 1969; Diamand, 1972; Canitrot, 1983). Esta relación podría sintetizarse de la siguiente manera: una etapa de crecimiento económico implicaba aumento en el empleo, en los salarios y, consecuentemente, en el consumo doméstico, lo que generaba mayor demanda de bienes industriales (que eran fuertemente dependientes de maquina-

no es instantánea -ya que implica traslados de capital y trabajo desde ciertas actividades hacia otras-, la caída en los salarios asegura que el impacto en el consumo sea inmediato (Carciofi, 1986).

Analistas próximos al gobierno argumentan que ya no existen las dos trabas históricas que interrumpían cíclicamente este modelo de crecimiento: no se presenta la restricción externa ya que hay un fuerte superávit en cuenta corriente y un elevado nivel de reservas en el Banco Central, y tampoco hay inestabilidad monetaria y financiera debido a que se da, también, un fuerte superávit fiscal y la inflación se encuentra controlada. Ante este discurso surgen dos interrogantes. Primero, si bien en la actualidad la restricción externa no aparece como un problema a corto plazo, la evolución de las importaciones nos lleva a plantearnos dudas sobre ello en un futuro no tan lejano. Durante la Convertibilidad prácticamente se ha desmantelado la industria de bienes de capital y de diversos insumos para la producción industrial, de manera que las importaciones industriales (maquinaria e insumos) son bastante inelásticas a la baja. De hecho, tras disminuir fuertemente luego de la devaluación, han aumentado vigorosamente en paralelo al crecimiento del PBI.

**Importaciones en millones de dólares (serie desestacionalizada): 1991-2005
Acumulado enero-octubre de cada año.**



Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC

ria e insumos importados) y de bienes derivados del sector agropecuario (que eran la base de las exportaciones). De esta manera, se elevaban las importaciones y se reducían las exportaciones afectando la balanza comercial. Esto generaba una escasez de divisas que imposibilitaba continuar creciendo. ¿Cómo se resolvía la restricción externa?

Para equilibrar la balanza comercial se devaluaba la moneda, lo cual generaba un aumento en los precios (en moneda doméstica) de los bienes comercializables (importados y exportables), que provocaba dos efectos:

* La suba en los precios de los bienes importados daba lugar a un proceso de sustitución de importaciones, lo que implicaba un aumento en la actividad y el empleo de estos sectores. A su vez, el aumento en el precio de los bienes exportables tendía a aumentar las exportaciones, incentivando la producción y el empleo de estos sectores.

* Una caída del salario real, que provocaba un descenso en el consumo de los bienes comercializables.

Sin embargo, ambos efectos no actúan con la misma intensidad a lo largo del tiempo: mientras la resignación de recursos

En segundo lugar, aunque coincidiéramos en que las dos restricciones se encuentran controladas, ello es al costo de: a) bajos salarios reales, funcionales al sostenimiento del tipo de cambio real alto y a la existencia de excedentes exportables; b) un superávit fiscal permanente, necesario para mantener la estabilidad monetaria y financiera (y asegurar el pago de la deuda).

En síntesis, para que funcione el programa económico es necesario tener bajo control los salarios y evitar una excesiva erogación de recursos en asistencia social, de manera que no aparezcan las restricciones históricas de este tipo de modelo.

III- Tensiones entre la Macroeconomía y la política de ingresos

Como se mencionó precedentemente, el éxito de la política macroeconómica post devaluación se asienta en el sostenimiento de un tipo de cambio real elevado y de superávit en las cuentas externas y fiscales.

Sin embargo, la persecución de los equilibrios macroeconómicos se enfrenta con la urgencia de las necesida-

des sociales. En primer lugar, la recomposición del salario real colisiona con las necesidades de la política macroeconómica de sostener un tipo de cambio real elevado. En segundo lugar, el gasto en política social encuentra su límite en la necesidad de superávit fiscal sostenido, objetivo intermedio esencial para mantener los equilibrios macro y hacer frente a los pagos de la deuda pública. Además, tanto los aumentos salariales reales como un mayor gasto en programas sociales podrían redundar en un mayor consumo de bienes exportables, afectando el superávit en la balanza comercial.

Discutamos cada uno de los ejes planteados.

III.1- Tipo de cambio y salario real

Un primer punto a discutir son los efectos de una devaluación y de sostener el tipo de cambio real en un nivel “elevado”⁵ sobre el salario real, de acuerdo a los objetivos de la política económica.

Desde una posición clásico-marxiana, Shaikh (2000) argumenta que los tipos de cambio reales entre países están determinados por la igualación de las tasa de ganancia entre los capitales reguladores a escala internacional, dados niveles de salario socialmente determinados a escala nacional. De esta manera, la devaluación de la moneda no tendrá efectos duraderos, a menos que afecte indirectamente a los costos laborales unitarios reales (los salarios reales y las productividades). Es decir, que para los niveles de productividad del trabajo que tiene la producción de mercancías en Argentina, el tipo de cambio real postdevaluación supone niveles de salario real bajos (menores que los niveles previos a la devaluación)⁶.

Desde una perspectiva estructuralista, los numerosos autores que analizaron la economía argentina durante la etapa de sustitución de importaciones interpretaron que, la devaluación de la moneda, al aumentar el precio (en pesos) de los bienes comercializables (importados y exportables), resultaba en una caída del salario real; y que aumentos posteriores en el salario eran incompatibles con el crecimiento porque generaban aumentos en los precios y desequilibrio en la balanza comercial.

Esta visión justificó la implementación de políticas de control salarial frente a las crisis de balanza de pagos (Cortés y Marshall, 2003). Se asumía, en consecuencia, que existiría un nivel de salario real compatible con una situación de excedente en la balanza comercial.

La hipótesis era que al aumentar los salarios aumentaría también el consumo de bienes-salario, y dado que la Argentina exportaba principalmente productos derivados del sector

primario, disminuiría el saldo exportable. Paralelamente, los mayores salarios posibilitarían un mayor consumo de mercancías importadas, lo cual llevaría nuevamente a un déficit en la cuenta corriente del balance de pagos, el que desembocaría en una nueva crisis.

Carciofi (1986) plantea que “es condición necesaria de una devaluación cambiaria exitosa inducir una caída del salario real”. Con salarios reales constantes, la devaluación no tendría efectos sobre la estructura de precios relativos. Este autor presenta al tipo de cambio en una función distinta a la que normalmente posee en el esquema de interpretación neoclásico: instrumento de regulación del salario real. Siguiendo la discusión planteada, podríamos decir que la política macroeconómica entra en conflicto con la política salarial de dos maneras:

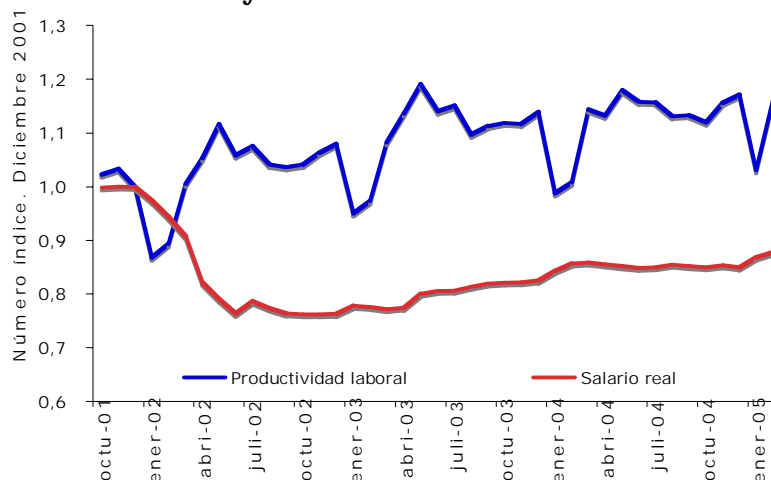
En primer lugar, porque si los asalariados no están dispuestos a asumir la baja en el salario real, esto tiende a provocar “pujas distributivas” cuyas consecuencias previstas son el aumento de precios y la baja en el tipo de cambio real. La idea es que frente a los aumentos salariales nominales, las empresas intentan trasladarlos, en la medida de sus posibilidades, a precios. Esto explica en parte, los recientes aumentos de precios⁷.

Sin embargo, si el tipo de cambio nominal y la productividad del trabajo se mantienen constantes, la traslación de los mayores costos salariales a precios provocará una pérdida de su “competitividad”. Por eso es que los empresarios alzan sus voces con fuerza frente a la posibilidad de aumentos en los salarios.

Además, la suba de precios atenta contra uno de los pilares de la política económica: el tipo de cambio real. Si definimos el tipo de cambio real como la relación entre los precios internacionales (P^*) expresados al tipo de cambio nominal vigente (e) y los precios domésticos (P), observamos que, dados e y P^* , una suba en los precios domésticos provocaría una caída en el tipo de cambio real (se apreciaría). Esto tendería a hacer menos competitivos a los sectores productores de bienes transables, revirtiendo/reduciendo los efectos derivados de la nueva política económica. De esta manera, un alza en los salarios reales (sin afectar los precios y por lo tanto el tipo de cambio real) podría realizarse a costa de 1) una baja en las ganancias empresariales o 2) un aumento en la productividad del trabajo.

Dado que una interpretación de la devaluación es que justamente su objetivo era aumentar las tasas de ganancia empresariales, que venían cayendo sistemáticamente desde 1998, la

Productividad laboral y salarios reales: Octubre 2001 – febrero 2005.



Fuente: Feliz y Pérez (2005), en base a datos del Ministerio de Economía y del INDEC.

primera de las opciones no parece muy factible pese a la creciente conflictividad laboral ligada a las exigencias de recomposición salarial. Sin embargo, desde algunos sectores del gobierno piensan que eso puede ser posible. Teniendo en cuenta que a pesar de los aumentos salariales de 2003/2004, el excedente empresarial se encuentra en niveles significativamente más elevados que en 2001, plantean que “todavía habría margen para aumentar salarios a costa del excedente (además del aporte de los futuros incrementos de productividad) sin afectar el nivel general de precios ni la inversión” (MTEySS, 2005).

Respecto a la segunda opción, hacia allí se orienta la propuesta gubernamental (y empresarial) de “atar” las futuras subas de las remuneraciones a la evolución de la productividad, lo que algunos llaman un nuevo “pacto social”. No obstante, dado que como se observa en el siguiente gráfico, los salarios no siguieron la evolución de la productividad en los primeros meses de la salida de la convertibilidad, esto no haría más que consolidar la nueva distribución del ingreso (entre empresarios y trabajadores) articulada con la devaluación.

La devaluación operó una redistribución masiva del producto generado hacia los sectores del capital, que tendió a corregir el desequilibrio externo y creó condiciones generales para una nueva expansión macroeconómica en tanto los salarios más bajos suponen una tasa de explotación más elevada y por lo tanto, dado el monto corriente del capital constante, un incremento en la tasa de ganancia potencial (Feliz y Pérez, 2005).

Puede observarse que a pesar de la tendencia al alza durante 2003/2005, principalmente en los asalariados formales⁸, los salarios reales se encuentran bastante por debajo de los niveles de la década anterior.

subestima la incidencia del consumo de los no asalariados y de los sectores de mayores ingresos, como por ejemplo, el consumo de carne de los sectores de bajos ingresos sería flexible respecto a los cambios de precios mientras que los sectores de altos ingresos tendrían una demanda más inelástica; y, 3) que el aumento en las importaciones depende más de las necesidades de las empresas manufactureras que del aumento en el consumo de los asalariados.

Por otro lado, la baja en los salarios reales ha provocado que la masa salarial se encuentre en uno de los niveles más bajos alcanzados en las últimas décadas (Lindenboim, Graña y Kennedy, 2005).

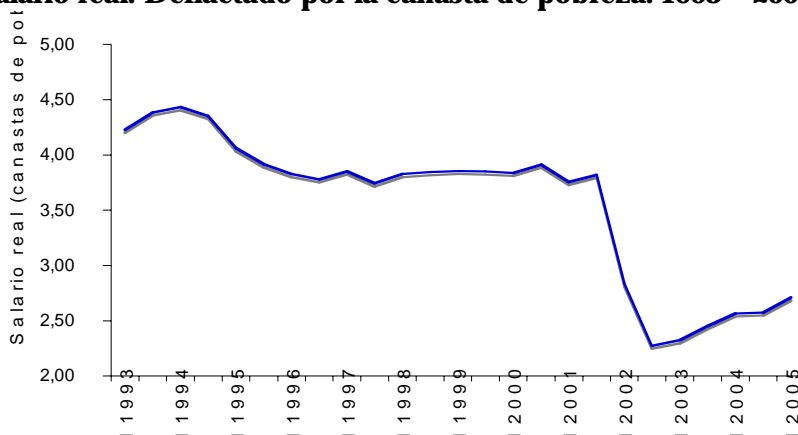
De esta manera, en la actualidad la discusión parece no girar tanto en torno a los efectos de “demanda” de las subas salariales y su relación con los saldos exportables sino más bien en torno a los efectos que la suba salarial podría tener sobre los precios y la determinación del tipo de cambio real.

III.2- Política social y superávit fiscal

A diferencia de la década de los noventa, período en que coexistieron múltiples programas focalizados, en la postconvertibilidad se destaca -por la magnitud de beneficiarios y recursos involucrados- el denominado Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJJHD). Este programa se implementa en mayo de 2002, en un momento en que los indicadores de pobreza y desempleo se encontraban en su punto más alto y los estallidos sociales que determinaron el fin de la presidencia de De La Rúa seguían presentes.

El PJJHD nace como un programa de amplia cobertura y reducida condicionalidad, disponible para todo aquel que reuniera los requisitos exigidos⁹, expandiéndose rápidamente de algo más de 500 mil beneficiarios en mayo de 2002 a más de 2 millones un año después.

Salario real. Deflactado por la canasta de pobreza. 1993 – 2005.



Fuente: Feliz y Pérez (2005), en base a datos del Ministerio de Economía y del INDEC. Nota: El salario real se encuentra expresado en número de canastas de pobreza que pueden adquirirse con el salario nominal.

Ahora habría que discutir los posibles efectos de una suba en los salarios reales en el superávit comercial.

Cortés y Marshall (1986) cuestionaron fuertemente la argumentación en torno de la contradicción entre el consumo asalariado y la restricción externa, destacando: 1) que la oferta de productos agropecuarios no es inelástica como supone la explicación estándar (el error consiste en extender las características de la ganadería -presentaba un estancamiento relativo- a todo el sector agropecuario), de manera que, aunque los productos agrícolas son bienes de consumo masivo no existiría conflicto entre aumento de las exportaciones y aumento del consumo interno, dado que la producción podría aumentar ante incrementos en la demanda; 2) que se

A pesar de las numerosas ambigüedades e inconsistencias que presenta el plan (no se define si es un programa de empleo o de sostenimiento de ingresos, pretende ser universal pero el acceso está condicionado; requiere contraprestación laboral, pero en muchos casos no se cumple), la magnitud de beneficiarios involucrada supone un cambio profundo respecto a la política social y de empleo anterior. Por primera vez un programa de empleo y/o de transferencia de ingresos alcanza una proporción tan importante del total de trabajadores desocupados.

La implementación del programa tuvo además efectos positivos a nivel macro, ya que “a pesar de lo exiguo del monto (\$150), el aumento en el consumo de las familias de

menores ingresos posibilitado por el PJJHD desempeñó un papel central en la recuperación de la actividad a partir del tercer trimestre de 2002” (Rapetti, 2005).

A partir del PJJHD podría haberse iniciado un movimiento en el sentido de expresar definitivamente el concepto que el programa llevaba en sí mismo: una redistribución universal del ingreso a todos los ciudadanos cualquiera sea su situación en la producción (MTSS, 2003).

Sin embargo, ese no fue el camino elegido. El monto del subsidio (fijo en \$150 pesos desde su creación) fue perdiendo precipitadamente valor real a la par del aumento de los precios minoristas y en particular de los precios de la canasta básica alimentaria. Entre diciembre de 2001 y febrero de 2005 el valor real de las prestaciones se redujo en un 37%. Paralelamente, desde hace un tiempo ya no se realizan incorporaciones y sólo se aceptan las bajas, abandonándose el perfil universalista que tuvo el programa en sus orígenes.

La decisión de achicar el alcance del programa y reformular sus objetivos e instrumentos¹⁰ plantea una tirantez entre la necesidad de un programa de ingresos que incluya a la gran cantidad de familias en situación de pobreza, en el marco de una situación social que -si bien tiende lentamente a mejorar- sigue siendo grave, y las restricciones de la política fiscal.

¿Es tan elevado el gasto involucrado en el PJJHD que se hace indispensable su contención para alcanzar los equilibrios macroeconómicos?. Cetrángolo y Jiménez (2003) plantean que como resultado de la crisis y producto de la fuerte caída en los salarios reales del sector público y del valor real de las prestaciones previsionales, en 2002 el gasto social consolidado se ubica en el menor nivel registrado desde 1992 (a pesar de que en 2002 comienza el PJJHD).

Sin embargo, optar por una expansión del PJJHD hacia un programa más amplio, podría ser alguna versión acotada del ingreso básico (menores de 18 años, el ingreso de participación de Atkinson¹¹, etc.) o una redefinición hacia una política como la del Estado como empleador de última instancia (Wray, 1998, 2003), requeriría una masa de recursos tal que superaría los límites impuestos por la actual estrategia de política económica.

El monto de recursos necesarios para un programa de ingresos que permita superar la indigencia y/o la pobreza generalizada no se encontraría fuera de las posibilidades materiales de la economía Argentina (Pérez, Féliz y Toledo, 2004) pero probablemente tornaría inviable la estrategia de generación de superávit fiscal actual. Recordemos que el manejo de las cuentas públicas fue central para lograr, y lo es aún para mantener, los equilibrios macroeconómicos básicos: el ajuste fiscal durante la recuperación fue del orden del 9.2% del PBI (Rapetti, 2005)

Además, la presión que un programa de este tipo pondría sobre el mercado de trabajo tornaría inviable, a su vez, la actual política cambiaria (tipo de cambio real alto / salarios bajos) pues facilitaría las negociaciones por parte de los trabajadores (Pérez, Féliz y Toledo, op. cit.).

No obstante, la decisión de mantener y/o expandir el PJJHD no deja de ser una decisión de política económica. Cetrángolo y Jiménez (2003) comparan la importancia del PJJHD dentro del presupuesto público con otras erogaciones fiscales. Los autores destacan los montos otorgados en diversos incentivos tributarios, los llamados “gastos tributarios”, es decir aquellos ingresos que el Estado deja de percibir al otorgar un tratamiento impositivo diferente al general con el objeto de promocionar diferentes actividades o zonas o contribuyentes.

El monto correspondiente a 2004 ronda los 10.500 millones (2.5% del PBI), algo menor al correspondiente a 2002 y 2003 (2.8 del PBI), que representa alrededor de tres veces el presupuesto del PJJHD (Cetrángolo y Jiménez, 2003).

IV- Crecimiento económico, salarios y empleo

La idea del gobierno es que sea centralmente la macroeconomía la que resuelva el problema del desempleo y la escasez de ingresos de gran parte de la población. Con un tipo de cambio real elevado y estable, aumentará la inversión y el empleo en las actividades comercializables internacionalmente, y al crecer el número de trabajadores empleados mejorará la distribución del ingreso y tenderán a disminuir los niveles de pobreza.

Desde organismos oficiales (Ministerios de Economía y Trabajo, Empleo y Seguridad Social) destacan que el tipo de cambio alto aumenta el precio de los bienes de capital (en su mayoría importados) respecto del precio del “trabajo” (los salarios), de manera que se alteraría la intensidad de uso de los factores en la economía (incluyendo los sectores “no transables”) y aumentaría estructuralmente la elasticidad empleo-producto (MTEySS, 2004; 2005).

Desde el propio Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social se manifiesta que “La magnitud del abaratamiento de la mano de obra respecto de las maquinarias fue mayor aún que la reducción de costos laborales unitarios. El ratio salarios/precios de las maquinarias importadas cayó un 62% durante el año 2002, incentivando el posterior crecimiento del empleo durante 2003 y 2004” (MTEySS, 2005). Este sería el tercer canal señalado por Frenkel (2004).

Pero, ¿existió realmente un cambio estructural en la elasticidad empleo-producto a partir de la salida de la convertibilidad?

La economía tenía niveles muy bajos de utilización de la capacidad instalada hacia el año 2002, por lo cual el crecimiento durante los años 2003 y 2004 se cubrió a partir del aumento en la capacidad instalada ya existente. Esto implicó un aumento considerable en demanda de fuerza de trabajo que condujo (sin grandes variaciones en la capacidad instalada) a un fuerte aumento en la elasticidad empleo-producto.

Sin embargo, a medida que el capital en los distintos sectores alcanza una tasa de crecimiento “sostenible”, semejante en la producción de bienes y en la producción de servicios, la elasticidad empleo-producto tiende a retornar a los niveles asociados a la estructura productiva argentina (Féliz y Pérez, 2005).

De esta manera, luego de haber alcanzado un nivel cercano a la unidad entre el segundo trimestre de 2003 y segundo trimestre de 2004, la elasticidad empleo-producto tiende a situarse nuevamente en niveles similares (aún menores) a los del período de crecimiento de la segunda mitad de los noventa (1995-1998).

Durante la Convertibilidad, producto de la apertura abrupta al comercio internacional con sobrevaluación cambiaria, la estructura productiva se reconvirtió fuertemente: mientras muchas empresas (principalmente Pymes) se vieron obligadas a cerrar, las que pudieron hacer frente a la competencia de productos foráneos incorporaron (importaron) fuertemente tecnología, lo que redujo fuertemente la demanda relativa de fuerza de trabajo por unidad de producto.

La salida de la convertibilidad no supuso un cambio estructural en este sentido, ya que la demanda de fuerza de trabajo está fuertemente determinada por la tecnología utilizada antes que

Elasticidad empleo-producto. Argentina.

Periodos	Producto	Empleo total	Elasticidad
M94/M91	26.1	3.9	0.15
M98/O95	20.7	10.8	0.52
2003:IV / Oct 2002	11.7	9.2	0.79
2004:I / 2003:I	11.3	8.5	0.75
2004:II / 2003:II	7.1	6.9	0.97
2004:III / 2003:III	8.7	6.2	0.72
2004:IV / 2003:IV	9.1	4.2	0.46
2005:I / 2004:I	8.0	2.4	0.30
2005:II / 2004:II	10.4	3.0	0.29
2005:III / 2004:III	9.2	3.5	0.38

Fuente: Período 1991-2004: Ministerio de Economía, Empleo e ingresos en el nuevo contexto macroeconómico, Análisis III (2005); Período 2004/2005: elaboración propia en base a datos del Ministerio de Economía, Dirección Nacional de Programación Macroeconómica.

por el nivel de salarios o los precios relativos de los factores. C. Pérez (2001) plantea que las tecnologías que se instalan en los países periféricos tienen generalmente bajos requerimientos de mano de obra, ya que éstas tienden a hacer uso más intensivo de la misma y a utilizar personal relativamente costoso de alto conocimiento y calificación durante sus fases iniciales; en cambio, cuando se aproximan a la madurez, ya están utilizando procesos altamente estandarizados, mecanizados y automatizados.

De este modo, la caída en el costo laboral permitió incrementar la tasa de ganancia de las empresas, pero este hecho no implica que necesariamente vayan a aumentar la demanda relativa de fuerza de trabajo, fuertemente determinada por una estructura productiva dependiente.

Además, debe tenerse en cuenta que a pesar de la devaluación el patrón de especialización productiva no parece haber sido alterado, conservando preponderancia los sectores poco intensivos en empleo. Las exportaciones primarias y de combustible representaron en 2004 un 37,7% del total de exportaciones, un poco más de la participación que tenían en 1997 (34%).

V- Reflexiones finales

La política macroeconómica ha señalado como su objetivo el logro y sostenimiento de ciertos equilibrios macroeconómicos que posibilitarían el crecimiento y el empleo. Sin embargo, problemas sociales como la reducción de la pobreza y la desigualdad no parecen ser considerados de acuerdo a su magnitud. Nuevamente quedamos a la espera que el crecimiento económico "derrame" sus beneficios sobre los sectores más postergados.

La vía para mejorar las condiciones de vida (los ingresos) de las familias sería, no mediante una recuperación en los salarios reales de los trabajadores ocupados ni por medio de una política de ingresos masiva, sino aumentando el número de perceptores de ingresos del hogar al crecer el empleo (crecería la "masa salarial", o sea, el producto del salario por número de trabajadores ocupados).

El aumento en el número de conflictos salariales y sociales muestra que la búsqueda de estos equilibrios macroeconómicos tropieza con la urgencia de las necesidades de una gran parte de la población.

Cómo adecuar estas necesidades a la preservación del orden macro no parece tarea sencilla. El aumento de la productividad posibilitaría el aumento en los salarios sin presiones inflacionarias. No obstante, la discusión de las tasas de beneficios de las empresas también debería entrar en juego. En el fondo, la discusión gira en torno a la definición de los niveles de rentabilidad 'adecuados' y por contraposición a la determinación de los estándares de vida de la población. No hay límites inherentes, naturales, a la tasa de ganancia. La misma está asociada a una determinada estructura económica y a una determinada configuración del conflicto social (Feliz y Pérez, 2005).

Por otra parte, la política económica acepta la necesidad de un elevado superávit fiscal para hacer frente a las necesidades de pago de los intereses de la deuda pública. Frente a esa restricción, la necesidad de elaborar una política social amplia y universalista que pueda resolver la crisis social argentina parece estar fuera de la discusión.

Aunque desde el gobierno se destaque la abundancia de reservas en el BCRA, la restricción externa sigue estando presente (latente) en la economía argentina. Se destacan dos canales por medio de los cuales una política de ingresos más acorde a las necesidades de las familias puede enfrentarse a la necesidad de superávit comercial:

* Los aumentos en los salarios reales afectan la estructura de costos de las empresas y por lo tanto su competitividad (rentabilidad).

* Tanto los aumentos salariales reales como un mayor gasto en programas sociales podrían redundar en un mayor consumo de bienes comercializables, afectando el superávit en la balanza comercial. Si bien coincidimos con cuestionamiento de Cortés y Marshall (1986), se plantea la duda de ¿Que pasaría si aumentan su nivel de consumo el 40% de la población que se encuentra por debajo de la línea de pobreza? ¿Cómo afectaría este mayor consumo el nivel de exportaciones e importaciones?

En otras palabras, una política social generosa sería contradictoria con el modelo, ya que tiende a erosionar dos pilares centrales del mismo: los superávit externo y fiscal.

Dadas las características de la formación de precios en Argentina, para recomponer los ingresos de los trabajadores no alcanza sólo con aumentos en los salarios nominales. Limitar

la puja distributiva al plano salarial implica dejar fuera de la discusión a más de la mitad de la población. En este sentido, una política de control del crecimiento de los precios es vital. Una propuesta que merece un mayor análisis es la de utilizar el Gasto Público en la formación de salario social. Además, habría que insistir en la modificación de la estructura impositiva, tendiendo a que la presión se desplace de los flujos hacia los stocks.

Diversos autores (Rodrick, 2003; Polterovich y Popov, 2002) destacan que el uso de la política cambiaria para estimular la competitividad de la economía, pese a implicar un subsidio implícito a los sectores comerciales, puede resultar menos oneroso que otros mecanismos de protección y promoción, ya que no genera un gerenciamiento burocrático o expuesto a corrupción. Sin discutir la efectividad de la medida, el debate que permanece oculto es ¿Quién paga el subsidio? Algunos

dirían que no la paga nadie, ya que los fondos se originan en el crecimiento, que no se hubiese constatado de no existir la promoción. No obstante, nuestra interpretación es que al menos parte de la cuenta parecieran pagarla los trabajadores mediante menores salarios reales; y los beneficiarios de programas sociales mediante una disminución en el Gasto Público Social.

Finalmente, insistimos en que habría que evitar caer en conformismos respecto de lo logrado. Reconocemos el valor de políticas heterodoxas como las retenciones a las exportaciones, que además de su importancia fiscal juegan un rol central en la contención de los precios internos de los productos exportables. No obstante, la situación social, a pesar de ir mejorando, sigue siendo muy grave. La gran cantidad de familias en situación de pobreza no pueden esperar a que suba la marea y flotemos todos.

Notas:

¹ Las ideas centrales de este texto se basan en Félix, M. y Pérez, P. (2005). Macroeconomía, conflicto y mercado laboral. El capital y el trabajo detrás de la política económica argentina posconvertibilidad. 3er Seminario de Discusión Intensiva de Investigaciones “Mercado de Trabajo e Instituciones Laborales Post-Devaluación”, organizado por el Programa de Estudios Socio-Económicos Internacionales / IDES, Julio de 2005.

² Frenkel y Rapetti (2004) asumen que el régimen que proponen es un esbozo de la práctica actual de las políticas macroeconómicas en Argentina, por lo cual se toma la propuesta de estos autores como la “visión oficial”.

³ La compra de divisas con recursos fiscales dieron lugar a un promedio mensual de reducción monetaria de \$543 millones en 2004. El propósito principal de estas operaciones fue cumplir con el servicio de la deuda con las instituciones multilaterales (Rapetti, 2005).

⁴ Esta estrategia, muchas veces denominada de promoción de las ‘industrias nacientes’, fue utilizada por las naciones industrializadas quienes alcanzaron ese status después de haber utilizado medidas proteccionistas a favor de sus industrias en las etapas iniciales de su desarrollo. El tipo de cambio no figura entre los instrumentos utilizados porque en esa época regía el sistema de patrón oro que impedía el uso de la política cambiaria. En la actualidad, se penaliza el uso de políticas de protección comercial, por lo que la utilización del tipo de cambio como herramienta de protección adquiere gran relevancia (Frenkel y Rapetti, 2004).

⁵ Se habla de un tipo de cambio “competitivo”, aunque nunca se explicitó sobre qué paridad real se busca preservar la competitividad.

⁶ Para una discusión más detallada sobre este tema ver Shaikh (2000, 2002), Feliz y Pérez (2005) y Feliz y Chena (2005).

⁷ Esto no significa que sean los asalariados quienes al pujar por aumentos en el salario provoquen inflación, ya que son los empresarios quienes forman los precios. En realidad, la inflación reciente puede entenderse como resultado de la reticencia del capital a reducir su rentabilidad. En la historia argentina podemos observar distintos episodios de esta “puja distributiva”.

⁸ Sólo el salario real del sector privado formal alcanza los valores pre-devaluación, mientras que el salario de los sectores informal y público se encuentra en torno a un 25% por debajo (el nivel general un 10%) de los niveles de diciembre de 2001.

⁹ Los postulantes debían acreditar su condición de jefe de hogar en situación de desocupado (declaración jurada), la tenencia de hijos a cargo y presentar certificados de su asistencia regular a establecimiento educativo (hijos menores de 18) y de vacunación. Además, considera la posibilidad de extensión a mayores de 60 años sin cobertura de previsión social o jóvenes sin hijos.

¹⁰ Para una discusión más detallada de este tema ver Pérez (2005).

¹¹ El “ingreso de participación” fue propuesto originalmente por Atkinson (1993) y se esboza como una forma especial de ingreso ciudadano sujeto a la obligación de trabajar en actividades socialmente útiles (Groot y van der Veen, 2002).

Bibliografía:

- Atkinson, A.B. (1993). Participation income. *Citizen's Income Bulletin* 16. (citado en Groot y van der Veen, 2002).
- Braun, O. y Joy, L. (1968) A model of economic stagnation. A case study of the Argentine economy. *The Economic Journal*, 312.
- Canitrot, A. (1983). El salario real y la restricción externa de la economía. *Revista Desarrollo Económico* vol. XXIII N° 91
- Canitrot, A. (1983). La política de apertura económica (1976-1981) y los efectos sobre el empleo y el salario. Un estudio macroeconómico. PNUD/OIT, ARG/81/008.
- Cetrángolo, O. y Jiménez, J.P. (2003). El gasto social y el Programa Jefes y Jefas de Hogar desempleados. Mimeo.
- Cortés, R. y Marshall, A. (1986). Salario real, composición del consumo y Balanza comercial. *Revista Desarrollo Económico* vol. XXVI N° 101.
- Cortés, R. y Marshall, A. (2003). Salarios, desigualdad y sector externo bajo distintos regímenes macroeconómicos. *Revista Realidad Económica* Número 195, Buenos Aires.
- Damill, M. y Frenkel, R. (2005). Globalización financiera y mercado de trabajo en la Argentina. Mimeo.
- Díaz Alejandro, C. (1969). Devaluación de la tasa de cambio en un país semi industrializado. La experiencia argentina 1955-1961. Editorial del Instituto, Buenos Aires.
- Félic, M. y Chena, P.(2005). "Cyclical crisis of capitalist development in the periphery. A reading from Argentina", Presentado en LACEA, París.
- Félic, M. y Pérez, P. (2004). Conflicto de clase, salarios y productividad. Una mirada de largo plazo para la Argentina, en *La economía Argentina y su crisis (1976-2001)*, Boyer y Neffa (coords.), Miño y Dávila. ISBN 84-952-94-680.
- Félic, M. y Pérez, P. (2005). Macroeconomía, conflicto y mercado laboral. El capital y el trabajo detrás de la política económica argentina posconvertibilidad. 3er Seminario de Discusión Intensiva de Investigaciones "Mercado de Trabajo e Instituciones Laborales Post-Devaluación", IDES.
- Frenkel, R. (2005). An alternative to inflation targeting in Latin America: macroeconomic policies focused on employment. Mimeo
- Frenkel, R. (2004). Real exchange rate and employment in Argentina, Brazil, Chile and México. Paper prepared for the G24.
- Frenkel, R. y Rapetti, M. (2004). Políticas macroeconómicas para el crecimiento y el empleo. Presentado en OIT-Oficina Regional para América Latina y el Caribe, Conferencia de empleo MERCOSUR.
- Groot y van der Veen (2002). ¿Cuán atractivo resulta el ingreso básico para los Estados de Bienestar Europeos? En *La renta básica en la agenda: objetivos y posibilidades del ingreso ciudadano*, van der Veen, Groot y Lo Vuolo (edit.). Miño y Davila.
- Lindenboim, J., Graña, J. M. y Kennedy, D. (2005), "distribución funcional del ingreso en Argentina. ayer y hoy", *Documentos de Trabajo*, CEPED, UBA, abril, Buenos Aires.
- Ministerio de Economía (2005). Empleo e ingresos en el nuevo contexto macroeconómico. Análisis III. Marzo de 2005.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2003). Plan Jefas y Jefes de Hogar desocupados. Un año de gestión: mayo 2002- mayo 2003.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2004). Empleo y Patrón de crecimiento económico. Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2005). Productividad, costo laboral y excedente en la Argentina durante 2003 y 2004. Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales.
- Perez, C. (2001), "Cambio tecnológico y oportunidades de desarrollo como blanco móvil", *Revista de la CEPAL*, diciembre de 2001.
- Pérez, P. (2005). "Los sospechosos de siempre. Los desempleados de larga duración en Argentina y su (in)empleabilidad. *Anales del V Encuentro de Economía Internacional*. Buenos Aires.
- Pérez, P., Félic, M. y Toledo, F. (2004). "¿Asegurar el empleo o los ingresos? Una discusión para el caso argentino de las propuestas de ingreso ciudadano y empleador de última instancia". *Anales del 2do Congreso Nacional de Políticas Sociales*, Mendoza.
- Polterovich, V. y Popov, V. (2002). "Accumulation of Foreign Exchange Reserves and Long Term Growth," *New Economic School*, Moscow, Russia.
- Rodrik, D (2003): "Growth Strategies", NBER Working Paper 10050, National Bureau of Economic Research, Cambridge, USA. (citado en Frenkel y Rapetti, 2004)
- Rapetti, M. (2005). La macroeconomía argentina durante la post-convertibilidad: evolución, debates y perspectivas. Trabajo preparado para el GPIA/NSU.
- Rodrik, D. (2003): "Growth Strategies", NBER Working Paper 10050, National Bureau of Economic Research, Cambridge, USA. (citado en Frenkel y Rapetti, 2004)
- Shaikh, A. (2000). "Los tipos de cambio reales y los movimientos internacionales de capital", En *Macroeconomía y crisis mundial*, D. Guerrero comp, Edit. Trotta, Madrid.
- Shaikh, A. (2002). "Productivity, Capital Flows, and the Decline of the Canadian Dollar: An Alternate Approach", *New School University*, mimeo.
- Wray, R. (1998). *Understanding Modern Money. The Key to Full Employment and Price Stability*. Edward Elgar Publishing
- Wray, R. (2003). "Currency Sovereignty and the Possibility of Full Employment," *Center for Full Employment and Price Stability (CFEPS)*. Presentado en Argentina en el 6to. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. ASET, agosto de 2003.

¿Las condiciones macroeconómicas vigentes desde 2002 alcanzan para aseverar que este es un modelo de crecimiento intensivo en generación de empleo? Y además, ¿la “buena” macroeconomía es condición necesaria y suficiente para garantizar la reversión de la “catástrofe distributiva” argentina? Estas preguntas, que actúan como disparadoras de la presente edición de *Laboratorio*, son sin lugar a dudas fundamentales porque remiten inmediatamente otras dos, mucho menos “retóricas”: ¿es suficiente con “esperar” que el crecimiento mejore las condiciones sociales? ¿O serán necesarias políticas públicas específicas si se pretende mejorar el bienestar de amplios grupos de la población?

En efecto, una primera cuestión, ampliamente debatida, tiene que ver con las dudas sobre el sostenimiento de la elevada elasticidad-empleo producto, la que se mantuvo a niveles muy elevados al comienzo de la recuperación –a partir de fines de 2002– y ha decrecido paulatinamente desde el III trimestre de 2004 para ubicarse hacia mediados de 2005 a niveles comparables con la experiencia argentina previa¹. Justamente este descenso, y el hecho de que la intensidad de la respuesta del empleo haya sido generalizada entre sectores, sugieren que los valores de elasticidad empleo-producto cercanos a la unidad experimentados han tenido más que ver con razones de corto plazo, tales como el alto grado de subutilización de la capacidad instalada al inicio de la recuperación, que con rasgos más “estructurales” del modelo vigente.

Una segunda cuestión, que nos interesa aquí desarrollar, apuntaría a dilucidar si el actual régimen de funcionamiento macroeconómico de “tipo de cambio real elevado” es compatible con el mejoramiento sustancial de las condiciones sociales, en particular de los importantes niveles de pobreza aún hoy vigentes, y los mecanismos a través de los cuales esto ocurriría.

Este trabajo aborda tematiza esta segunda cuestión en las dos secciones que siguen. En la primera, se abordan distintos argumentos sobre la relación entre el funcionamiento macroeconómico y la equidad y se los evalúa a la luz de la experiencia actual. En la segunda sección, por su parte, se presentan ejercicios de microsimulación en los que se proyecta la evolución de la pobreza bajo diferentes escenarios macroeconómicos.

Los ejercicios realizados sugieren que, tras haber experimentado condiciones sociales tan adversas y de manera tan sostenida, el proceso de convergencia hacia una sociedad más justa se vuelve muy complicado. Ello se debe a que la dinámica de las variables sociales presenta un grado importante de “perdurabilidad”, lo que sugiere que llevar a niveles razonables el bienestar y la equidad requerirá de un importante esfuerzo y tiempo, especialmente porque se parte de valores extremadamente elevados en los indicadores de pobreza y desigualdad.

1. Funcionamiento macroeconómico y equidad

El funcionamiento económico de la década pasada contribuyó a incrementar la desigualdad de ingresos y las diferencias de bienestar entre ricos y pobres en la Argentina. La distancia de ingresos familiares per cápita entre el 20% más rico de la población y el 20% más pobre pasó de 10 veces en 1991 a 20 veces a fines de 2001, en tanto el coeficiente Gini de estos ingresos se incrementó un 7% (pasó de 0,478 a 0,512). La pobreza, que afectaba en 1991 al 29% de la población, llegó al 33% en 2001, a la vez que la indigencia se duplicó en ese mismo período².

A lo largo de los años de la convertibilidad, el empeoramiento distributivo de los ingresos familiares estuvo ligado principalmente al deficiente funcionamiento del mercado de trabajo. El crecimiento del desempleo que irrumpió al principio de la década de los '90 explicó el mantenimiento de la concentración de los ingresos familiares hasta mediados de la misma, aún cuando se verificó una leve disminución del grado de desigualdad de la distribución de los ingresos de los perceptores que fue acompañada de una mejora de las remuneraciones reales – las que crecieron 28% entre 1991 y 1994–.

Entre 1995 y 1998, las remuneraciones reales se estancaron y la distribución de los ingresos familiares se hizo más desigual, debido a la ampliación de la brecha entre perceptores de diferentes calificaciones. A partir de allí y hasta 2001, la recesión profundizó la caída de las remuneraciones (que se deterioraron en términos reales un 14% desde esa fecha hasta el final de la convertibilidad), en tanto la desigualdad de los ingresos de la ocupación principal medida a través del coeficiente de Gini pasó de 0,41 a 0,47 entre 1994 y 2001. Hacia el final de la convertibilidad, y en el marco de niveles récord de desocupación abierta, la desigualdad de los ingresos de los activos (que incluyen a aquellos que, aún cuando insertos en el mercado de trabajo, no generan ingresos por estar desocupados), llegó a 0,565 en octubre de 2001 medida por el coeficiente de Gini, valor que era 0,462 diez años antes.

Una línea de análisis difundida sobre este fracaso distributivo en los años noventa en la Argentina³ aísla el funcionamiento del mercado de trabajo del régimen macroeconómico de esos años para ubicar el origen de estos desarrollos en las condiciones de la oferta de trabajo y en los desajustes entre ésta y una demanda de trabajo sesgada hacia mayores calificaciones. La mayor dispersión de las remuneraciones observada en la década pasada –el aumento de los premios a la educación y a las calificaciones–, se atribuye a la apertura comercial y/o al sesgo de la reestructuración productiva hacia cambio tecnológico demandante de mano de obra calificada. Desde esta perspectiva, la desigualdad de las remuneraciones se habría producido debido a un incremento en la demanda de trabajo

* Esta nota se basa en el trabajo ‘La desigualdad de los ingresos y otras inequidades en Argentina post-Convertibilidad’, Policy Papers Series #4, Argentina Observatory, The New School, New York.

** Universidad de General Sarmiento

sesgada hacia mayores niveles de educación, por encima del crecimiento de la oferta de calificaciones, generando aumentos en los retornos a la educación y/o en los niveles de desempleo de los que poseen menor capital humano.

Una interpretación alternativa enfatiza, por el contrario, la centralidad de la configuración macroeconómica en la determinación del nivel y distribución de los salarios, y por lo tanto, en el grado de equidad⁴. En la primera etapa de la convertibilidad, la apertura y la apreciación cambiaria generaron un proceso de reconversión productiva caracterizado por el desplazamiento de producción local y la reducción de los requerimientos medios de mano de obra, que derivó en una deficiente generación neta de empleo y niveles persistentemente elevados de desempleo⁵, los que se profundizarían aún más durante las sucesivas crisis externas. Dado que la “curva de salarios”⁶ no es la misma para todos los grupos de ocupados, el desempleo trajo aparejado una mayor desigualdad entre los ocupados y entre los hogares⁷. Debido a que el incremento en los retornos a la educación en la década del noventa se dio en un contexto de desempleo y caída generalizada de los ingresos reales y nominales que se extendió aún a los más calificados, puede sostenerse que la mayor desigualdad de los ingresos laborales encontrada se explica por una mayor erosión de los menos calificados y no por mayores salarios de los más educados. A esto habría contribuido también la desarticulación de ciertas instituciones del mercado de trabajo que tienden a proteger particularmente los salarios más bajos (salarios mínimos, cobertura de los sindicatos), lo que seguramente tendió a ampliar la brecha salarial aún más⁸. Esta segunda interpretación ilustra nuestra visión sobre el modo de abordar la relación entre régimen macroeconómico y equidad. El ejemplo de la década pasada sirve no sólo para comprender las condiciones iniciales del período actual –un punto al que volveremos más adelante–, sino también para presentar el marco analítico dentro del cual puede pensarse de qué modos podría configurarse el patrón distributivo asociado al régimen de funcionamiento macroeconómico “post-convertibilidad”.

De acuerdo a este marco, el nivel de desempleo “de equilibrio” asociado a la consolidación del nuevo modelo se vuelve crucial tanto en términos del funcionamiento del mercado de trabajo y la distribución del ingreso como en relación a la gestión de las políticas monetarias y de ingresos.

En efecto, si bien el régimen de tipo de cambio real elevado favorecería la generación de nuevos puestos de trabajo a través del abaratamiento relativo del factor trabajo (debido a los bajos salarios en dólares)⁹, este efecto de creación neta de empleo no necesariamente perdura una vez que la estructura productiva se adecuó a los nuevos precios relativos, en particular porque en dicha situación son esperables ganancias de productividad¹⁰. Más bien, la generación de puestos de trabajo “a régimen” estará determinada por la composición de esa estructura productiva, seguramente más sesgada hacia sectores transables, como las actividades primarias y a la industria. En nuestra economía, sin embargo, estas actividades que no se caracterizan por ser trabajo intensivas. En esa situación “de equilibrio” de mediano plazo probablemente sean definitorios los requerimientos medios de trabajo de las nuevas inversiones vis a vis los cambios en la composición sectorial del producto, más presentes en la etapa de transición¹¹.

Dados el nivel de demanda y el nivel el empleo asociado a ella, la estructura de la ocupación en términos de calificaciones y

categoría ocupacional (en particular, la proporción de trabajadores no registrados) contribuirá a definir las “curvas de salario” de distintos grupos de trabajadores –el grado en el que la desocupación afecta la determinación salarial para dichos grupos. Problemas de matching y cuellos de botella sectoriales podrían, en efecto, llevar a incrementar la dispersión de las remuneraciones –luego de un período de transición en el que se han homogeneizado relativamente– debido a problemas en la oferta de trabajo. Creemos, sin embargo, que el nivel de desempleo agregado “de llegada” moldeará el modo en que se canalicen las negociaciones salariales¹², y con ellas, las posibilidades de recomposición promedio de los ingresos del trabajo (su eventual crecimiento por encima de la productividad) y el nivel de desigualdad salarial asociado a la nueva configuración productiva. En efecto, la consolidación de una estructura ocupacional con un peso importante de asalariados no registrados pone un límite no sólo a la eventual conflictividad gremial a niveles todavía altos de desempleo, sino también a la posibilidad de que estos trabajadores se apropien de manera por lo menos proporcional de los frutos del crecimiento. Un punto no menor en este sentido es la lectura que se haga de la transmisión de la recomposición de los salarios a la inflación, durante la transición y “a régimen”. Si, como ha ocurrido, la aceleración de la inflación se considera como una “señal” de que los salarios están creciendo por encima de la productividad, las políticas monetarias y de ingresos antiinflacionarias pueden tener componentes contractivos que desaceleren la recomposición de los ingresos del trabajo y exacerben la desigualdad de los mismos, al hacer más permeable la distribución de los salarios a las distintas dinámicas sectoriales¹³.

Por último, y en cierta medida relacionado con el punto anterior, la relación causal entre equidad y funcionamiento macroeconómico también puede ser pensada de manera inversa, analizando el modo en que las condiciones distributivas moldean e inciden en la implementación de las políticas macroeconómicas¹⁴. Esto ha sido particularmente notorio en la gestión de la crisis de salida de la convertibilidad. Si bien los impactos distributivos y en los niveles de bienestar que trajo consigo la crisis no pueden explicarse sin tomar en cuenta el grado de deterioro de las condiciones de vida previas a la devaluación, estas condiciones –muy particularmente el nivel de desempleo de partida– fueron centrales para que la devaluación de enero de 2002 (y el consecuente incremento de precios) no estuviera acompañada de mecanismos de indización salarial¹⁵. El control de las variables financieras y monetarias en el segundo semestre de ese año fue entendido como el resultado de haber privilegiado el ajuste “a través del mercado” –la fenomenal contracción de la absorción doméstica que disciplinó precios y salarios– por encima de consideraciones distributivas. Los resultados inusitados en términos de desempleo y licuación de ingresos del trabajo, y sus consecuencias sobre la pobreza, fueron vistos como el mal menor¹⁶.

2. Los escenarios futuros

La evolución de los escenarios futuros reviste suma importancia al momento de evaluar las posibilidades de reversión de los actuales niveles de pobreza bajo diferentes configuraciones macroeconómicas y del mercado de trabajo. En este marco, un escenario favorable se define como aquél en que continúen evidenciándose mejoras en la distribución, con tasas de inflación bajas y recomposición de los ingresos del trabajo, tanto en términos del empleo como (especialmente) en

términos de las remuneraciones. Escenarios de este tipo se presentan en tres ejercicios de microsimulación, en los que se plantearon trayectorias alternativas del nivel de actividad económica, empleo, salarios reales y desigualdad, con el objetivo de estimar los niveles de pobreza que se registrarían en un horizonte de cinco años partiendo de la situación vigente en el primer semestre de 2005.

Tal como se observa en el cuadro siguiente, las diferencias entre las tres alternativas dadas por las tasas de crecimiento del PIB –del 4% y 5%– y por la elasticidad empleo-producto –0,4; 0,5; 0,6–. Las hipótesis de crecimiento anual del nivel de actividad utilizadas permiten respetar los equilibrios macroeconómicos más importantes bajo el período considerado.

En cuanto a las alternativas de intensidad de empleo utilizadas, el punto de partida es el valor de “largo plazo” registrado durante el período 1980-2002 (de 0,42), lo que justifica el uso del valor de 0,4 en las proyecciones. Si bien a la salida de la convertibilidad el empleo ha venido registrando un comportamiento muy dinámico (que implicó una elasticidad promedio del orden del 0,6/0,7), este valor es reflejo, en buena medida del importante nivel de capacidad ociosa existente al momento del cambio de régimen, por lo que no necesariamente se mantendrá durante el período considerado¹⁷. De todas maneras, se han realizado estimaciones con el valor de la elasticidad de 0,5 y de 0,6 de modo de evaluar la sensibilidad de los resultados de las estimaciones a los cambios en este parámetro.

Por su parte, la dinámica de los salarios reales proyectada implica recuperar en 2010 los valores de 2001, previos a la salida de la convertibilidad. Por último, la reducción del índice de desigualdad de Gini de los ocupados permite volver a los niveles de principios de los noventa.

Escenario I	2006	2007	2008	2009	2010
Crecimiento del PIB	4%	4%	4%	4%	4%
Elasticidad Empleo-Producto	0,4	0,4	0,4	0,4	0,4
Crec. Salarios Reales	4%	4%	4%	4%	4%
Reducción Gini (todo el período)			10%		
Escenario II	2006	2007	2008	2009	2010
Crecimiento del PIB	5%	5%	5%	5%	5%
Elasticidad Empleo-Producto	0,5	0,5	0,5	0,5	0,5
Crec. Salarios Reales	4%	4%	4%	4%	4%
Reducción Gini (todo el período)			10%		
Escenario III	2006	2007	2008	2009	2010
Crecimiento del PIB	5%	5%	5%	5%	5%
Elasticidad Empleo-Producto	0,6	0,6	0,6	0,6	0,6
Crec. Salarios Reales	4%	4%	4%	4%	4%
Reducción Gini (todo el período)			10%		

Los resultados se presentan en el Cuadro 1. Se observa que bajo el Escenario I el crecimiento del empleo implicaría una reducción del nivel de pobreza en hogares de alrededor de 2,2 p.p. Este efecto contribuye a llevar a casi 36% la población pobre hacia 2010. Por su parte, 11% de los individuos continuarían viviendo en hogares indigentes.

Bajo el Escenario II, el crecimiento de los puestos de trabajo implican una reducción adicional de aproximadamente 2 p.p. en la pobreza y de 1 p.p. en la indigencia. Por último, el Escenario III presenta una configuración significativamente más optimista, por lo que la pobreza se reduce en alrededor de 5 p.p. y la indigencia en 3-4 p.p. respecto de 2005.

El incremento de los salarios reales genera una mejora sustancial de estos indicadores, a partir de una reducción de aproximadamente 6-7 p.p. de la pobreza en los tres escenarios. Por último, el impacto de la disminución de la desigualdad entre los ocupados también es significativo, si bien de menor magnitud que el crecimiento salarial.

A pesar de la fuerte reducción de la pobreza que se obtiene en los tres escenarios, la incidencia de la misma continúa siendo

significativa, alcanzando a cerca del 16% de los hogares y a 22% de las personas en el escenario más favorable. Sin embargo, bajo el primer escenario estos valores ascienden a 18% y 26%, respectivamente.

Cuadro 1
Estimación de la incidencia de la pobreza en 2010

Situación al 1 semestre de 2005	Pobreza		Indigencia	
	Hogares	Personas	Hogares	Personas
	28,42	38,45	9,52	13,6
Escenario I				
Efecto Empleo	26,19 (26,0 ; 26,3)	35,81 (35,7 ; 35,9)	7,78 (7,7 ; 7,8)	11,33 (11,2 ; 11,5)
Efecto salario real	20,43 (20,3 ; 20,5)	28,72 (28,6 ; 28,8)	6,38 (6,3 ; 6,4)	9,17 (9,1 ; 9,3)
Efecto distribución	18,15 (18,0 ; 18,2)	26,13 (26,0 ; 26,2)	4,71 (4,6 ; 4,8)	6,75 (6,6 ; 6,8)
Escenario II				
Efecto Empleo	24,65 (24,5 ; 24,8)	33,98 (33,8 ; 34,2)	6,86 (6,7 ; 6,9)	10,10 (9,9 ; 10,2)
Efecto salario real	18,86 (18,7 ; 19,0)	26,78 (26,7 ; 26,9)	5,40 (5,3 ; 5,5)	7,82 (7,7 ; 7,9)
Efecto distribución	16,58 (16,5 ; 16,7)	24,18 (24,0 ; 24,3)	3,77 (3,7 ; 3,8)	5,48 (5,3 ; 5,6)
Escenario III				
Efecto Empleo	23,95 (23,8 ; 24,1)	33,04 (32,9 ; 33,2)	6,47 (6,3 ; 6,6)	9,48 (9,3 ; 9,6)
Efecto salario real	18,12 (18,0 ; 18,2)	25,72 (25,5 ; 25,8)	5,05 (5,0 ; 5,1)	7,29 (7,2 ; 7,3)
Efecto distribución	15,79 (15,6 ; 15,9)	22,99 (22,8 ; 23,2)	3,47 (3,4 ; 3,5)	5,01 (4,9 ; 5,2)

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH (INDEC)

De esta manera, estos niveles se transformarían en un nuevo piso, cercano a los valores registrados en el período 1991-1998 y claramente más elevado que el promedio del primer quinquenio de los años noventa (en donde se registraron los niveles mínimos de la década) continuando con la tendencia al deterioro en las condiciones de vida de la población.

Debe recordarse que estos resultados se encuentran determinados por escenarios que pueden considerarse optimistas tanto en términos de las tasas de crecimiento del PIB esperadas como de la elasticidad empleo-producto utilizada para determinar el dinamismo del empleo, especialmente en los escenarios II y III.

En efecto, no sólo las elasticidades empleo-producto consideradas son superiores a la experimentada en la recuperación que se dio entre el tercer trimestre de 1995 y el segundo trimestre de 1998 (0,43) por lo que deben considerarse elevadas, sino que, aún cuando las mismas se sostuvieran efectivamente en el tiempo, subsisten cuestiones que tienen que ver con el sostenimiento de los niveles de demanda proyectados, en particular relacionadas con la especialización externa de la economía y el dinamismo de los sectores domésticos. Como en el pasado, es igualmente posible una configuración macroeconómica en la que los sectores exportadores con base en recursos naturales generen los flujos de divisas necesarios para sostener una situación de equilibrio externo (incluso evitando el endeudamiento neto), en tanto vuelva a consolidarse una pauta de consumo doméstico acorde con la distribución desigual del ingreso. En efecto, en esta configuración puede ser esperable que los ingresos salariales tiendan a presentar mayores niveles de desigualdad (por educación y/o categoría ocupacional, de acuerdo al comportamiento sectorial), y que los incentivos a la mayor utilización del factor trabajo consoliden la actual configuración de elevada presencia de trabajadores pobres (“working poor”).

Es evidente entonces que la curva de salarios implícita en la pauta de crecimiento de los salarios reales incluida en las microsimulaciones, así como la continuidad en la reducción del Gini de las remuneraciones del 10% (que llegaría a 0,40) son en esta instancia hipótesis de trabajo –sin duda optimistas–, ya que tanto la posibilidad de recomposición continua de los salarios reales como el sostenimiento de la tendencia a la mejora distributiva evidenciada en los últimos dos años son endógenas al patrón de crecimiento que termine por delinarse

y a las políticas económicas que se lleven adelante.

En cualquier escenario, los niveles de pobreza de mediano plazo requerirán de la continuidad de políticas de transferencia de ingresos y sociales, las que sin embargo se verán probablemente limitadas por el volumen de recursos que serán girados al exterior en virtud de la negociación exitosa de la deuda pública. Las previsiones de holgura en la balanza comercial, y la política de tipo de cambio real elevado, probablemente refuerzan las políticas de contención fiscal destinadas a comprar con recursos genuinos parte de dicho superávit y redunden en una insuficiencia de recursos destinados a revertir la compleja situación social actual y a desactivar o atenuar los mecanismos de transmisión intergeneracional de la desigualdad.

3. Algunas reflexiones finales

Sabemos que la nueva configuración de precios relativos que emergió luego de la devaluación de la moneda en enero de 2002 ha contribuido a cierta reversión de las tendencias en los indicadores del mercado de trabajo: el empleo ha venido recuperándose muy aceleradamente desde fines de 2002 y la pobreza se ha reducido sustancialmente. Sin embargo, los salarios reales han mostrado un bajo dinamismo, como consecuencia de que las remuneraciones nominales no han logrado alcanzar el crecimiento de los precios.

Los aún bajos salarios reales (que se encuentran todavía un 20% por debajo de su nivel previo a la devaluación) y la persistencia de niveles altos de desempleo, se traducen en muy elevados índices de desigualdad, pobreza e indigencia. La permanencia durante períodos previos de condiciones de marginación y vulnerabilidad social, y los niveles extremos por los que se atravesó en 2002, hacen que la configuración macroeconómica actual, más favorable a la generación de empleo, haya tenido un impacto positivo pero insuficiente para revertir completamente el panorama de privación social

que aún afecta a un conjunto importante de la población.

Las proyecciones presentadas no permitirían un optimismo extremo sobre las posibilidades de recuperar niveles aceptables de calidad de vida de la población en el corto plazo. No sólo el mantenimiento del ritmo de generación de empleo futuro puede, en sí mismo, ser puesto en cuestión, sino que un rasgo del funcionamiento futuro del régimen macro emergente parecería ser el mantenimiento de bajos salarios en dólares, compatibles con un tipo de cambio elevado. Esto impondría en el futuro un límite a la recuperación de los salarios reales por encima de la productividad, cuando el modelo opere a régimen, y, la por lo tanto, a la recomposición de las condiciones de vida de una proporción elevada de la población.

La tensión entre el modelo de funcionamiento macroeconómico –en términos de estabilidad y crecimiento– y las posibilidades de mejoras sustanciales en los indicadores de pobreza y desigualdad es más que una cuestión técnica. La gestión macroeconómica, incluso la “buena” gestión, participa implícita o explícitamente, por acción y por defecto, en la construcción de un proyecto de sociedad. El “contrato social”, por el cual una sociedad define los límites en los que pretende promover la igualdad, y al mismo tiempo legitima las diferencias que acepta, se encuentra en el centro del debate macroeconómico¹⁸.

En efecto, la desigualdad en las remuneraciones y en los ingresos de los hogares, así como la naturalización de la existencia de niveles importantes y sostenidos de población que acumula desventajas, es, a la vez que generado por el funcionamiento macroeconómico, sostenido por una legitimación intelectual de la desigualdad y una menor valoración de la cohesión social. La desigualdad y la pobreza parecen haberse “interiorizado” como rasgo estructural, al menos por aquellos otros “no pobres” capaces de producir discursos legitimadores.

Notas:

¹ Beccaria, Esquivel y Maurizio (2005).

² Datos para el Gran Buenos Aires (GBA).

³ Gasparini (2003), Sanguinetti y Galiani (2003), De Ferranti et al (2004) con coeficientes de Gini ajustados para incorporar economías de escala por adulto equivalente.

⁴ Altimir y Beccaria (1999); Altimir, Beccaria y González Rozada (2002); Beccaria, Esquivel y Maurizio (2002); Damill, Frenkel y Maurizio (2002); Beccaria y Maurizio (2005).

⁵ La temprana aparición de esta configuración del mercado de trabajo, aún en momentos de expansión de la actividad económica, fue uno de los rasgos característicos de la década.

⁶ La curva de salarios relaciona la evolución de los ingresos reales con la dinámica del desempleo. Distintos grupos de trabajadores enfrentan distintas “curvas de salarios” de acuerdo a cuán sometidos estén a la competencia por sus puestos de trabajo (Damill, Frenkel y Maurizio, 2002).

⁷ En efecto, el aumento en el desempleo afecta con mayor intensidad a los menos educados, tanto por la mayor incidencia relativa de este fenómeno como por el mayor impacto negativo sobre sus salarios. Más aún, los contextos de elevado excedente de mano de obra favorecen la aceptación de condiciones más flexibles de trabajo por parte de los trabajadores y generan una “competencia por puestos de trabajo” que se traduce en credencialismo, en donde los más educados terminan desplazando de sus puestos a los de menor calificación. Ello, a su vez, genera un proceso de devaluación educativa que, sin embargo, no es incompatible con el aumento en los retornos a la educación. Sobre este último punto, ver Maurizio (2005).

⁸ Nótese entonces que una diferencia crucial entre ambas posturas es la conceptualización sobre el origen y el impacto distributivo del desempleo. Mientras que para la primera perspectiva, el desempleo no incide en la distribución de los ingresos laborales de los ocupados –aunque sí, obviamente, en las familias, debido a que los activos no ocupados no generan ingresos–, en la segunda el desempleo generalizado (es decir, en todos los niveles de calificaciones) estaría señalando insuficiencias en la demanda agregada de trabajo más allá del eventual cambio de composición de la misma.

Bibliografía

- Abeles, M. y M. Borzel (2004) "Metas de Inflación: Implicancias para el desarrollo", Centro de Economía y Finanzas para el Desarrollo de la Argentina, Buenos Aires.
- Altimir, O., L. Beccaria (1999) "Distribución del Ingreso en Argentina", Serie Reformas Económicas. N°40, CEPAL, Chile.
- Altimir, O., L. Beccaria y M. González Rozada (2002) "La distribución del ingreso en Argentina, 1974-2000", Revista de la CEPAL, N° 78, Chile.
- BCRA (2005), Informe de Inflación, Primer Trimestre, Buenos Aires.
- Beccaria, L. (2001) "Inestabilidad laboral y de ingresos en Argentina", Estudios del Trabajo, N° 21.
- Beccaria, L., Esquivel, V. y Maurizio, R. (2002), "Desigualdad y polarización del ingreso en la Argentina", en Res Publica, Revista de la Carrera de Ciencia Política de la UBA, Año 1 N° 2, Agosto de 2002, Buenos Aires.
- Beccaria, L., Esquivel, V. y Maurizio, R. (2005), "Empleo, salarios y equidad durante la recuperación reciente en Argentina", en Desarrollo Económico, N° 178, Vol. 45, julio-setiembre 2005, Buenos Aires.
- Beccaria, L. y N. López (1996), "El debilitamiento de los mecanismos de integración social", en Sin trabajo, UNICEF/Losada.
- Beccaria, L. y Maurizio R. (2005) "El fin de la Convertibilidad, Desigualdad y Pobreza", en Beccaria, L. y Maurizio, R. (comp.), Mercado de Trabajo y Equidad, PROMETEO/UNGS.
- Blank, R. (1994) "Social Protection versus Economic Flexibility: Is There a Trade-off?". Chicago: The University of Chicago Press.
- Blank, R. (1997) "No Easy Answers: Labor Market Problems in the United States versus Europe" The Jerome Levy Economics Institute of Board College Public Policy Brief, 33.
- Canitrot, A. (1982) "Orden social y monetarismo", Estudios CEDES, vol. 4, N° 7, Buenos Aires.
- Damil, M., R. Frenkel y R. Maurizio (2002) "Argentina: A decade of currency board. An analysis of growth, employment and income distribution", Employment Paper, International Labour Office (ILO), Volumen: 2002/42.
- De Ferranti, D., Perry, G., Ferreira, F. y Walton, M. (2003), Inequality in Latin America and the Caribbean: Breaking with History?, World Bank Latin American and Caribbean Studies, Washington.
- Elson, D. y N. Cagatay (2000) "The Social Content of Macroeconomic Policies", World Development 28 (7): 1347-1364.
- Esquivel, V. y Maurizio R. (2005) "La desigualdad de los ingresos y otras inequidades en Argentina post-Convertibilidad", Policy Paper Series #4, Argentina Observatory, The New School, New York. Disponible en <http://www.argentinaobservatory.org/documents.asp?refid=18&id=5&status=1>
- Fitoussi, J.P y P. Rosanvallon (1997), La nueva era de las desigualdades, Manantial, Buenos Aires.
- Frenkel, R. y Rapetti, M. (2004), "Políticas macroeconómicas para el crecimiento y el empleo", mimeo.
- Gasparini, L. (2003) "Argentine's Distributional Failure. The role of integration and Public Policies", CEDLAS, Universidad Nacional de La Plata, La Plata
- González, M. y Nahón, C. (2005), "Desarrollo Económico y Condiciones de Vida en la Argentina (1880-2002). ¿Entre la equidad y el crecimiento?", Realidad económica, N° 210.
- Maurizio, R. (2005) "Demanda de trabajo, sobreeducación y distribución del ingreso", (mimeo).
- Sawyer, M., (1997) "Income Distribution, Macroeconomic Analysis and Barriers to Full Employment", Working Paper No. 211, The Levy Economics Institute.

La sociedad aparece a nuestros ojos como un conjunto de individuos, que conviven, en un área geográfica determinada, compartiendo leyes, cultura, y sentimientos de pertenencia, más o menos sólidos, más o menos duraderos, como un todo con cierta armonía y articulado en torno a las garantías de los ciudadanos, respaldada por su carta magna. Pero en su interior encontramos formas absolutamente asimétricas con respecto a la posesión de bienes, a oportunidades de reproducción, y a inserciones colectivamente dignas de empleo y desarrollo individual. Por ende, de ingresos diferenciales como resultado de formas asimétricas de reproducción.

La obtención y cuantía de ingresos monetarios nos lleva a las discusiones sobre la medición de la pobreza en torno a la magnitud de ingresos percibidos por los miembros activos de un hogar, tomando en cuenta el sexo y la edad de sus integrantes. Varios autores, entre los que se destaca Sen, plantean la necesidad de visualizar esta problemática, no tan sólo desde la perspectiva de la situación de pobreza en la que se encuentra la población, sino que además es necesario cuantificar la magnitud de la desigualdad de esos ingresos, y los atributos que debería contener un análisis dinámico de la pobreza: su profundidad y las transferencias distributivas. El primero de los atributos se cumple si la reducción de ingresos de una persona que esta bajo la línea de la pobreza debe hacer que el índice de la pobreza aumente, en resumen el indicador deber ser sensible a las variaciones en la profundidad de la pobreza.

El indicador que nos permite visualizar esta problemática es la "brecha de ingresos", que parte de los ingresos promedios de los sectores pobres, mostrándonos que tan lejos o cerca están los mismos de superar la línea de la pobreza y/o de indigencia.

Poner en observación este indicador en el marco del estallido social 2001, la salida de la convertibilidad, y en el período de

expansión económica a partir de 2003, nos arroja resultados que señalan una leve disminución en la brecha de los ingresos en los últimos años, aunque poniendo entre paréntesis el cambio de metodología en la EPH, el subregistro de los ingresos, los planes sociales incluidos en los ingresos familiares, etc.

La última medición estadística disponible para el cálculo de brecha de ingresos datan del 1º semestre 2005, donde podemos apreciar (cuadro N 1), el aumento gradual de la brecha de ingresos desde mayo 2001 a mayo 2003, con un pico de aumento en mayo 2002, como efecto de la devaluación del peso y salida de la convertibilidad a inicios de ese año, aunque se evidencia una desaceleración de la misma, desde el 2º semestre 2003.

La profundidad de esta desigualdad nos manifiesta que la población pobre está, en promedio a un 43% de alcanzar ingresos que le permitan por lo menos cruzar la frontera de la línea de pobreza, y cómo se aprecia en el cuadro 1, situación agravada en el contexto de estallido de la crisis, morigerada y desacelerada en el período actual de expansión económica. Sin embargo en valores absolutos, superar el umbral de pobreza por ingresos, sigue implicando un esfuerzo monetario no menor, ya que al 1º semestre 2005, era necesario contar con \$478 adicionales para superar la LP.

Sin embargo, los hogares que se encuentran bajo la línea de indigencia, están muy por debajo de superar la línea de pobreza, sus ingresos totales familiares promediados, implican tan sólo el 28% de los ingresos necesarios para salir de la pobreza, aunque garantizar una canasta básica de alimentos pareciera estar más cerca, sus ingresos representan aproximadamente el 80% de la CBA, y en dinero efectivo, representa aproximadamente \$55. Cabe destacar que en el cuadro 2 no se discrimina los planes percibidos por los hogares indigentes, ni tampoco por las ayudas no monetarias

Cuadro Nro. 1 Brecha de la Pobreza. Total urbano, desde mayo 2001 en adelante

Periodo	Canasta Básica Total del Hogar Promedio (a) \$	Promedio		
		Ingreso Total Familiar (b) \$	Brecha (b-a) \$	Brecha (b- a)/a %
May '01 (1)	548,6	305,1	-243,5	44,4
Oct '01 (1)	528,3	282,3	-246,0	46,6
May '02 (1)	641,6	300,9	-340,7	53,1
Oct '02 (2)	756,3	375,6	-380,7	50,3
May '03 (3)	766,1	387,0	-379,1	49,5
2º semestre 2003	730,6	383,1	-347,5	47,6
1º semestre 2004	781,2	428,4	-352,8	45,2
2º semestre 2004	804,5	446,0	-358,5	44,6
1º semestre 2005	840,3	478,9	-361,4	43,0

Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC, ondas mayo y octubre 2001-2003, y EPH Continua 1º semestre 2003 a 1º semestre 2005.

¹ Lic. en sociología, Master en Políticas Sociales (FLACSO), integrante del equipo Cambio Estructural y Desigualdad Social, IIGG/FSOC/UBA

Cuadro Nro. 2 Brecha de Indigencia. Total urbano, desde 2º semestre 2003 a 2º semestre 2005

Periodo	Canasta Básica Total del Hogar Promedio \$	Canasta Básica Alimentos del Hogar Promedio \$	Ingreso Total Familia Hogar Indigente Promedio \$	Promedio	
				Brecha con CBT %	Brecha con CBA %
2º semestre 2003	730,6	258	193,0	26,4	74,8
1º semestre 2004	781,2	276,8	220,6	28,2	79,7
2º semestre 2004	804,5	278,9	221,9	27,6	79,6
1º semestre 2005	840,3	289,6	234,2	27,9	80,9

Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC , ondas mayo y octubre 2001-2003, y EPH Continua 1º semestre 2003 a 1º semestre 2005.

Cuadro Nro. 3 Brecha de No Pobre sobre 2 LP. Total urbano, de 2º semestre 2003 a 2º semestre 2005

Periodo	Canasta Básica Total del Hogar Promedio \$	Canasta Básica Alimentos del Hogar Promedio 2 LP \$	Promedio	
			Brecha con CBT \$	Brecha con CBA %
2º semestre 2003	462,1	2030,0	1567,9	339%
1º semestre 2004	504,3	2178,0	1673,7	332%
2º semestre 2004	519,5	2224,3	1704,8	328%
1º semestre 2005	544,7	2343,7	1799,0	330%

Fuente: Elaboración propia en base a EPH-INDEC , EPH Continua 1º semestre 2003 a 1º semestre 2005.

que suelen percibirse en comedores comunitarios, iglesias, cocinas centralizadas, etc., que en valores totales alcanza aproximadamente al 50% de los hogares con niños/as en el país.

Si comparamos los cuadros anteriores con el del grupo que tiene ingresos 2 veces superior a la Línea de Pobreza de acuerdo a su estructura de hogar, lo cual presupone alejarse de

un límite de vulnerabilidad por ingresos, apreciamos por una lado, el costo menor de la canasta básica total, motivada principalmente por una menor composición de personas al interior del hogar, pero por otro lado, la enorme distancia con respecto al umbral de la LP, que de acuerdo a los últimos valores se encuentran más de un 300% sobre dicho límite. Los indicadores transferencias de ingresos, analizando la

Cuadro n° 4: Evolución del Coeficiente de Gini en los países latinoamericanos

País	Primeros 90s	Mediados de los 90s	Primeros 00s	Variación
Argentina	0,426	0,458	0,504	7.7
Bolivia	0,543	0,558	0,559	1.6
Brasil	0,595	0,583	0,572	-2.3
Chile	0,547	0,549	0,561	1.4
Colombia	0,559	0,543	0,558	-0.1
México	0,539	0,525	0,527	-1.2
Perú	0,457	0,464	0,477	2.0
Uruguay	0,408	0,409	0,425	1.7
Venezuela	0,417	0,445	0,455	3.8
Promedio	0,505	0,507	0,514	0.9

Fuente: David de Ferranti, Guillermo Perry, Francisco H. G. Ferreira and Michael Walton: Inequality in Latin America & the Caribbean: Breaking with History?, World Bank, 2003

Cuadro 5: Evolución Coeficiente Gini en Argentina

Año	Coeficiente Gini
1974	0,36
1980	0,39
1986	0,41
1990	0,45
1994	0,48
1999	0,49
2002	0,53
2003	0,50
2004	0,49
2005	0,46

Fuente: Elaboración propia en base a EPH.

más ricos, debería señalarnos las mejoras cuando la situación de los más pobres produzca una redistribución de ingresos a su favor, y por el contrario, debería detectar retrocesos cuando se produzca una concentración de ingresos.

Para ello analizaremos dos tipos de indicadores, el coeficiente de Gini, y la distribución de ingresos por deciles.

Este coeficiente varía entre cero -situación ideal en la que todos los individuos o familias de una comunidad tienen el mismo ingreso- y uno, valor al que tiende cuando los ingresos se concentran en unos pocos hogares. Así, valores de hasta 0,30 -como se ven en los países escandinavos- reflejan una distribución del ingreso equitativa. En cambio, se puede hablar de desigualdad cuando el intervalo varía de 0,40 hasta 0,60 y de grave distribución inequitativa cuando el índice supera los 0,60. En América Latina, si comparamos con el resto del mundo, sus resultados nos muestran una de las regiones más inequitativas del mundo, situando su coeficiente promedio, superior a 0,50. Pero lo que es más grave, que el país que más a acelerado su proceso inequitativo es la Argentina.

Si apreciamos la evolución del coeficiente de Gini en los últimos 30 años, podemos apreciar el considerable aumento en el país de la distribución inequitativa de los ingresos, mostrándonos una absurda ecuación, transferencia de

ingresos de los más pobres a los más ricos. En 1974 el coeficiente se situaba en 0.36, enmarcado en un promedio europeo de sus indicadores distributivos, hasta alcanzar en nivel de hoy, en el promedio latinoamericano, peor muy por arriba de países como Uruguay, Perú o Venezuela.

El 30% más pobre se apropia de sólo el 7,5% de los ingresos generados, en tanto que el 30% más rico lo hace en un 64,8%. Estos valores muestran una estructura de distribución del ingreso, y de resultados en torno a un set de bienes y servicios, profundamente asimétrica y distante entre los diferentes grupos en su interior. A pesar de la morigeración de este nivel de desigualdad de ingresos en los últimos años, los valores no dejan de reflejar la herencia del patrón distributivo de las últimas décadas, y aun cuando las mejoras con respecto a las inserciones laborales son importantes, el grado de desarticulación social en tan grande, que tiende a repetirse esa estructura desintegrada en el momento de obtener ingresos. El resultado no es tan sólo un esquema heterogéneo de recursos distribuidos, sino una sociedad fragmentada, diferencial, y "tensionada", tanto por la legitimidad de dicha desigualdad, como por horizontes que trazan los diferentes actores, al proyectar su futuro.

20

Cuadro N°6: Distribución del ingreso por deciles de la población. Total aglomerados urbanos. 1° Semestre 2005

decil	Ingreso promedio	% de participación
1	77	1,3
2	157	2,6
3	211	3,6
4	280	4,7
5	359	6,1
6	447	7,5
7	554	9,4
8	709	12,0
9	972	16,4
10	2.154	36,4

Fuente: EPH - Onda Continua primer semestre 2005

¿El epitafio del plan jefes de hogar o una nueva orientación de la política social? Evaluando algunos de los escenarios sociolaborales posibles ante la consolidación del plan familia*

Gabriel Calvi y Carla Zibecchi**

1. Introducción:

Luego de más de tres años de implementación, el Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (en adelante PJJH) ha visto intensificada una de las peculiaridades que lo diferenciaba en sus orígenes del resto de los planes de empleo transitorio de los '90: la presencia femenina entre las filas de beneficiarios se ha incrementado notablemente. Este fenómeno está en el origen de cierto golpe de timón en materia de programas sociales que es presentado por la actual gestión como tributario de “considerables ventajas” para las mujeres beneficiarias del PJJH. La nueva iniciativa no consiste más que en rotar a las mujeres beneficiarias hacia la órbita del Plan Familia, dentro del cual conservarían una asignación mensual similar –en algunos casos levemente superior– y se “liberarían” de la obligación de efectuar algún tipo de contraprestación laboral. Este trabajo intenta –mediante la combinación de técnicas de investigación cuantitativas¹ y cualitativas²– definir los posibles escenarios sociolaborales asociados al reemplazo del PJJH por el Plan Familia y estimar, prestando especial atención a las representaciones de las beneficiarias, cuál de ellos sería el más probable.

2. El Plan Jefes y Jefas de Hogar

2.1 Breves referencias sobre el origen, características y evolución del PJJH

El PJJH es el emergente del escenario de crisis económica y elevado nivel de conflictividad social que signó a los últimos años de la Convertibilidad. Implementado a partir del segundo trimestre del gobierno provisional de Eduardo Duhalde (2002-2003) y financiado gracias a una pronunciada mejora en las cuentas fiscales³, el PJJH se caracterizaría ya desde sus inicios por ser un programa de transferencia de ingresos de amplio alcance –con cerca de dos millones de beneficiarios

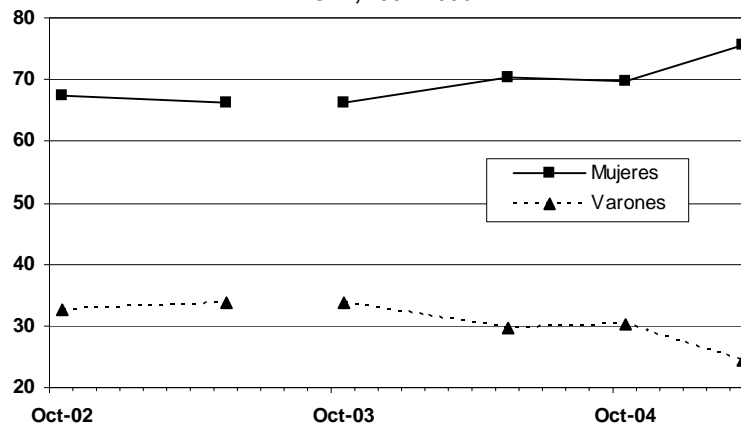
en los primeros meses–. Constituye, básicamente, un programa centrado en el pago de una ayuda monetaria (150 pesos por titular) con el fin de “garantizar el derecho familiar de inclusión social” a partir de una serie de propósitos: a) asegurar la concurrencia escolar de los hijos/as y el control de salud; b) incorporar a los beneficiarios/as a la educación formal y/o actividades de capacitación laboral que coadyuven a su futura reinserción laboral; c) incorporar a los beneficiarios/as a proyectos productivos o servicios comunitarios, bajo la modalidad de “contraprestación”.

Transcurridos más de tres años consecutivos desde su puesta en vigencia, cabe hacer algunas consideraciones preliminares en torno a la peculiar evolución del Plan. En lo que al nivel de cobertura refiere, hacia octubre del 2005 la población beneficiaria se había reducido de 2 millones de personas a 1.470.000⁴. Las razones de esta reducción son diversas y, de acuerdo a la información suministrada por informantes clave y personas destinatarias del Plan, entre las mismas se cuentan: i) beneficiarios que acceden a una actividad regulada o registrada gracias a la reactivación económica del último período, con la consecuente baja automática del beneficio; ii) beneficiarios que son ocupados en el sector informal y no registrado, que pasan más de tres meses sin cobrar el subsidio; iii) desordenes administrativos de la más diversa índole que ocasionan muchas veces la injusta baja del beneficio (por ejemplo, cambios de gestiones a nivel municipal), y iv) el cumplimiento de la mayoría de edad de los hijos⁵.

En lo relativo a las características sociodemográficas de la población destinataria, la Segunda Encuesta de Evaluación del PJJH realizada por el MTSS destaca que la presencia mayoritaria de mujeres se vio acentuada con el correr del tiempo. La población beneficiaria en la actualidad se caracteriza por una muy elevada participación femenina (71%) y relativamente

21

Cuadro 1
Porcentaje de beneficiarios del PJJH según sexo.
GBA, 2002-2005



Fuente: elaboración en base a EPH puntual (ondas octubre y mayo) y continua (ventanas de observación semestrales y trimestral para 2005)

* Este artículo constituye la síntesis de un trabajo presentado por quienes escriben en el 7º Congreso de la Sociedad de Argentina de Análisis Político, noviembre del 2005.

** Licenciados en Sociología, docentes de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

joven (casi la mitad de las personas beneficiarias tiene menos de 35 años de edad). También los datos que surgen de la EPH, presentados en el Gráfico 1, muestran esta particular evolución de la composición de género del Plan. Esta acentuación de la presencia de mujeres se debe, fundamentalmente, a que los hombres tienden a insertarse con mayor facilidad en ocupaciones formales –algunas de las razones que explicarían las bajas automáticas masculinas–. Por su parte las mujeres destinatarias tienden a incorporarse, en mayor medida, en tareas informales y de tiempo parcial, con lo cual la baja del beneficio no resulta tan inminente (Roca et al., 2005). Si efectivamente esta es la tendencia, puede considerarse que la acentuada y creciente feminización de la población del PJJH no es más que un síntoma de la mayor precariedad y vulnerabilidad laboral asociada a la desigualdad de género. Las mujeres tienen menos posibilidades de acceder ocupaciones plenas que los hombres –precisamente por las restricciones que les imponen las cargas domésticas, para nombrar sola una razón– y cuando lo hacen, se insertan en posiciones precarias (por ejemplo, en el servicio doméstico).⁶

2.2. Entre la solución coyuntural y el problema estructural

No obstante que la magra asignación monetaria asociada al PJJH no logró revertir los niveles de pobreza de ingreso, cabe

debido a su amplio alcance, la asignación monetaria derivada del PJJH tuvo un efecto distributivo positivo –aunque también contradictorio–, elemento que lo diferenció de los planes de empleo precedentes⁸. Sin embargo, otra de las tendencias que en materia de indicadores socio-laborales se revierte resulta igualmente notoria y está en el origen de problemas actuales asociados a la feminización del programa. Tal tendencia es la que refiere a los niveles de participación económica: mientras que la tasa de actividad masculina no se vio afectada al momento de implementación del PJJH, la evolución de la PEA femenina encontró un punto de inflexión y experimentó un salto de casi un 10% hacia octubre de 2002, primera onda de la EPH posterior a la implementación de Plan –los datos refieren a GBA–. El análisis de los indicadores que surgen de un estudio de panel, elaborado a partir del solapamiento de las ondas mayo y octubre de 2002 de la EPH para GBA resulta esclarecedor⁹. En primer lugar, del Cuadro 1 se desprende que mientras la tasa de actividad masculina se incrementa en menos de un punto porcentual la correspondiente a las mujeres lo hace en un 9%. Asimismo, los guarismos relativos a la ocupación también parecen favorecer más a la población femenina: la tasa de empleo femenino se incrementa un 10%, mientras que la correspondiente a los varones lo hace sólo un 6%.

Tabla 1
Evolución de la condición de actividad según sexo. GBA, mayo y octubre de 2002

Tasas calculadas sobre la población relevada en ambas ondas (37,5% de solapamiento).

Referencia	Tasas	Sexo		Total
		Varones	Mujeres	
Mayo de 2002	Actividad	54,8	34,5	44,1
	Empleo	42,4	27,6	34,6
	Desocupación	22,6	19,8	21,5
Octubre de 2002	Actividad	55,3	37,5	46,0
	Empleo	44,9	30,4	37,3
	Desocupación	18,8	18,9	18,8
Diferencia entre tasas de mayo y octubre (en porcentaje)	Actividad	0,9	8,9	4,2
	Empleo	6,0	10,1	7,7
	Desocupación	-17,1	-4,5	-12,3

Fuente: Panel de elaboración propia en base a EPH ondas mayo y octubre de 2002.

destacar que la implementación del PJJH no fue ajena a cierta recomposición de las tasas de desocupación y simultáneo deterioro de las de subocupación observado hacia octubre de 2002, dado que buena parte de los beneficiarios –aquellos que realizan su contraprestación laboral– son considerados ocupados por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadística y Censos –principal sistema de estimaciones socioeconómicas del país–⁷. Asimismo,

Sin embargo, y dada la evolución de los dos indicadores señalados, la reducción en las tasas de desempleo favorecen notablemente a los varones: ante el fuerte incremento del empleo y el relativo estancamiento de la participación económica los niveles de desempleo de esta población merman un 17%. Por su parte, la población femenina también ve reducida su tasa de desempleo, dado que el empleo crece más que la actividad, pero en una proporción significativamente menor

Tabla 2
Condición de actividad de los beneficiarios hacia mayo de 2002, según sexo. GBA

Porcentajes calculados sobre la población relevada en mayo y octubre de 2002 (37,5% de solapamiento de la EPH) que en la última onda se registran como beneficiarios del PJJH

Condición de actividad	Sexo		Total
	Varones	Mujeres	
Ocupados	62,3	34,1	41,7
Desocupados	33,4	16,7	21,2
Inactivos	4,2	49,2	37,1
Total	100,0	100,0	100,0

Fuente: Panel de elaboración propia en base a EPH ondas mayo y octubre de 2002.

(Tabla 1). El rol del PJJH en la explicación de esta reducción de la desocupación resulta bastante claro: si consideramos desocupados a los beneficiarios del Plan y controlamos –con la información provista por el panel para mayo de 2002– el incremento de la participación económica la tasa ascendería al 22% de la PEA hacia octubre de 2002¹⁰. Estos datos alcanzan para dar cuenta con cierta claridad del notable cambio en las tendencias relativas a la participación económica femenina. Pero las evidencias sobre la relación entre la tasa de actividad de las mujeres y el PJJH se tornan más notables cuando se evalúa la condición de actividad de los beneficiarios hacia mayo de ese año.

La Tabla 2 muestra cómo casi un 50% de las beneficiarias del PJJH eran consideradas inactivas por la EPH hacia mayo de 2002 –proporción significativamente menor a la correspondiente a los varones-. Ahora bien, de la Tabla también se desprende que una buena proporción de los varones y un no menos significativo porcentaje de mujeres se encontraban ocupados en mayo y, eventualmente, fueron expulsados del mercado de trabajo con la intensificación de la recesión¹¹. Pero la composición por ramas de estas ocupaciones (Tabla 3) resulta también diversa: a diferencia de los varones, cerca del 50% de las mujeres se encontraban ocupadas en rubros como alimentación (14%) y limpieza (36,3), siendo la ocupación más importante la vinculada al servicio doméstico (18,2%). Resumiendo, el estudio de panel revela que, en primer lugar, la implementación del PJJH desencadenó la activación de mujeres que no participaban de la actividad económica: cerca del 50% de beneficiarias no trabajaba ni buscaba trabajo en mayo de 2002. En segundo lugar, dentro de las beneficiarias que quedaron desocupadas luego de la crisis una alta proporción desarrollaba actividades asociadas a sus roles reproductivos –actividades que, en general, proveen de bajos ingresos-. Dadas estas características del programa en sus inicios no resulta difícil interpretar la progresiva intensificación del componente femenino arriba señalada (Gráfico 1). Finalmente, el carácter explícitamente transitorio del PJJH, que depende necesariamente de la prórroga del Estado de Emergencia Ocupacional –cosa que ha dado lugar a intensos debates parlamentarios hacia fines de 2005–, hace de su feminización un problema a futuro: una eventual finalización del programa podría llevar a un aumento de los niveles de desempleo –fundamentalmente para las mujeres– de mantenerse las elevadas tasas de participación femenina. Así, la respuesta coyuntural que constituyó el PJJH –que se encuentra lejos del “derecho de inclusión” proclamado– ante la crisis socio-económica de 2002 se ha tornado en un problema

estructural: de no reducirse la participación femenina una eventual finalización del programa desencadenaría un fuerte incremento de la desocupación. Como veremos, la respuesta del gobierno ante tal disyuntiva parece insinuarse en la “nueva” orientación de la política social.

3. La respuesta gubernamental ante la feminización del PJJH

En octubre de 2004, luego de que diversos sectores de la sociedad plantearan distintas modificaciones en la materia, el gobierno presentó una propuesta orientada a producir un “cambio” en lo que refiere a los planes sociales¹². En términos esquemáticos este “cambio” refería –y aún hoy refiere– a la consideración de distintas subpoblaciones dentro del conjunto de beneficiarios del PJJH: por un lado, se visualizó una población que tiene mayores posibilidades de empleabilidad y a la cual hay que fortalecer en la cultura del trabajo; del otro lado, se encontraría el resto de los beneficiarios, con bajas probabilidades de empleabilidad, y vinculados, en adelante, con la atención de la calidad de vida de los/as niños/as. De acuerdo al artículo cuarto del decreto 1506/04, normativa que daba origen a esta modificación en la orientación de los planes sociales: “Los beneficiarios con posibilidades de empleo continuarán percibiendo sus beneficios en la órbita del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, que entenderá en todo lo atinente a la inserción y reinserción laboral de los destinatarios, a través de programas específicos y/o acciones de empleo transitorio, formación profesional y promoción del empleo programas (...) Los beneficiarios del Programa Jefes de Hogar que no fueran calificados de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 4º del presente, podrán ser incorporados a los Programas destinados a la atención de grupos vulnerables, la mejora de ingresos y de desarrollo humano creados o a crearse en el Ministerio de Desarrollo Social”¹³.

Concretamente, esta “reforma a fondo de la política social”, de acuerdo a la retórica oficial, apuntaba a: a) que aproximadamente unas 750.000 madres beneficiarias del PJJH pudieran optar por pasar al Plan Familias por la Inclusión Social (Plan Familias) dependiente del Ministerio de Desarrollo Social¹⁴, y b) la creación de un Seguro de Capacitación y Empleo para el resto de los beneficiarios, que estaría bajo la órbita del Ministerio de Trabajo. De esta manera, tanto el nuevo Seguro de Capacitación y Empleo¹⁵ como el Plan Familias apuntarían alimentarse del PJJH. Este traspaso de beneficiarios/as tendería a ser gradual y optativo –lo cual no tardó en despertar críticas por parte de algunos sectores de la sociedad–¹⁶ y

Tabla 3
Rama de actividad de los beneficiarios que estaban ocupados en mayo de 2002 según sexo. GBA, en porcentajes

Rama de actividad	Sexo		Total
	Varones	Mujeres	
	s	s	
Servicio de alimentación (calificación operativa)	-	14,0	8,4
Servicio doméstico (no calificados)	-	18,2	10,9
Servicio de limpieza no doméstico (no calificados)	26,6	18,1	21,6
Otros servicios (calificación operativa)	19,6	9,2	13,4
Construcción (calificación operativa)	12,8	-	5,1
Producción artesanal-industrial (calificación operativa)	6,8	13,2	10,6
Otras ramas	34,2	27,2	2,7
Total	100	100	100

Fuente: Panel de elaboración propia en base a EPH ondas mayo y octubre de 2002.

conllevaría un trabajo conjunto por parte del Ministerio de Desarrollo Social y el Ministerio de Trabajo. Como no podía ser de otra manera, los municipios participantes del PJJH, en carácter de organismos responsables, serían los encargados de realizar la clasificación de beneficiarios en función de las condiciones de empleabilidad que reúnan los mismos¹⁷.

3.1 El Plan Familia

En la actualidad, el Plan Familia es ejecutado por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, sus objetivos consisten en promover el desarrollo, la salud y permanencia en el sistema educativo de los niños y evitar la exclusión social de la familia en situación de pobreza, mediante el pago de transferencias monetarias a la titular del beneficio (con un tope de 250 pesos mensuales), la cual debe realizar contraprestaciones –no laborales– tendientes a asegurar la asistencia escolar y los controles de salud de los menores a cargo (CELS, 2004)¹⁸. Ahora bien, el Plan Familia presenta algunas diferencias con respecto al PJJH, las cuales son presentadas por el Ministerio de Desarrollo Social como “ventajas”. En primer lugar, en Plan no demanda que la persona beneficiaria realice una contraprestación de cuatro horas, sino que refiere a “condicionalidades de salud y educación”, esto es, la presentación de certificados de escolaridad (cada cuatro meses) y vacunación de los/as niños/as y controles de salud de niños/as y embarazadas. En segundo lugar, en el Plan Familia el monto del subsidio depende de la cantidad de niños/as a cargo. No obstante, el monto comienza a variar a partir de los dos hijos y presenta el límite de “cinco hijos o más”¹⁹. En tercer lugar, se presenta una serie de “actividades complementarias” –inexistentes en el PJJH– muy vinculadas con la contraprestación no laboral que propone el Plan, esto es, el cuidado de la educación y la salud de los hijos/as²⁰. Por

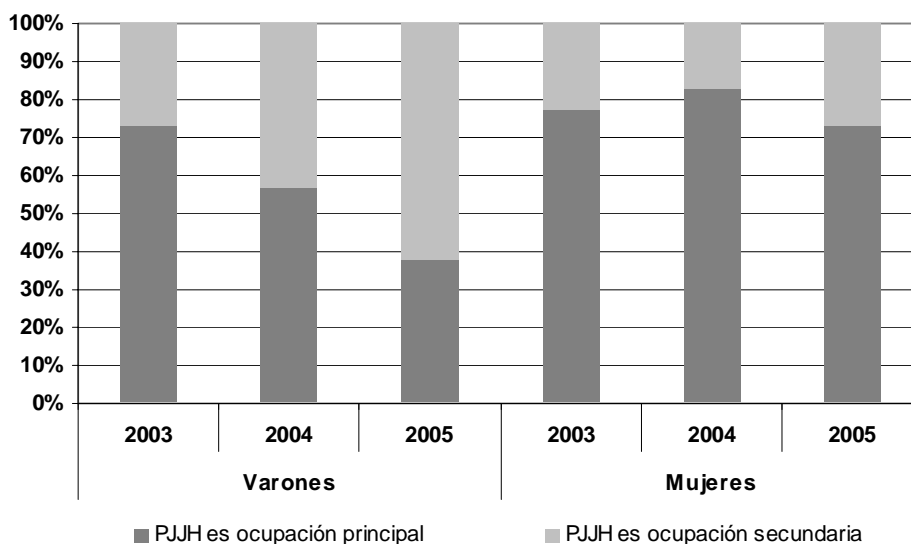
último, se señala que el Plan Familia está destinado a aquellas personas con hijos/as o niños/as a cargo de hasta 18 años inclusive, a diferencia del PJJH, que contempla edades de menores a cargo de hasta los 17 años.

3.2 Plan Familia: final no anunciado del PJJH. Algunos escenarios posibles

Las características del Plan Familia señalan el rol marcadamente reproductivo que el gobierno pretende asignar a buena parte de las beneficiarias del PJJH, con el horizonte puesto en contribuir a bajar –en alguna medida– el grado de participación económica de las mujeres y, consecuentemente, controlar los niveles de desocupación ante una nunca anunciada ni anunciada, pero eventual y probable, finalización del PJJH. En este apartado evaluaremos, a partir de la información estadística disponible, posibles escenarios relacionados con el impacto conjunto de la eventual eliminación del PJJH y la probable rotación de mujeres al Plan Familia. Un primer dato a evaluar es que, en el primer trimestre de 2005, la alternativa de “volver al hogar”, que implicaría el Plan Familia, involucraba al 77,2% de las beneficiarias del GBA, pues el resto habría permanecido o regresado a la esfera doméstica por voluntad propia (ver Tabla 5).

En segundo lugar, cabe considerar que, no obstante la tasa de actividad de las beneficiarias mujeres se encuentra muy por debajo de la correspondiente a los beneficiarios, los niveles de ocupación de ambos grupos tienden a acercarse, dado el menor desempleo de las mujeres (Tabla 4). Así, la proporción de ocupados sobre la población beneficiaria activa es, en ambos casos, cercana al 95%. Sin embargo, tal semejanza se torna nuevamente en abierta disparidad cuando evaluamos el peso de la ocupación provista por el PJJH con relación al resto de las actividades que desarrollan los beneficiarios empleados.

Beneficiarios ocupados según peso de la ocupación provista por el PJJH, por sexo. GBA, 2003-2005



Fuente: elaboración en base a EPH puntual (ondas octubre de 2003) y continua (segundo semestre de 2004 y primer trimestre de 2005)

El Gráfico 2 marca la evolución del peso de la contraprestación laboral del Plan con relación al resto de las ocupaciones de beneficiarios y beneficiarias, entre 2004 y 2005. Los datos sugieren que, mientras que para los varones la contraprestación laboral pierde progresivamente el carácter de ocupación principal, para las mujeres la actividad provista por el PJJH conserva, notablemente, su rol central: en 2005 la actividad laboral asociada al PJJH era ocupación principal para el 73% de las beneficiarias, mientras que sólo lo era para el 38% de los varones.

Este último dato no es menor y constituye, junto con los anteriormente señalados, la base para la estimación de tres escenarios posibles ante una eventual finalización del PJJH. Un primer escenario, el “mejor de los mundos posibles” visto desde la mirada gubernamental, sería el relativo a la total rotación de las beneficiarias del PJJH hacia el Plan Familia y su automático pase a la inactividad. Queda claro el carácter extremo de una situación tal de “re-reclusión en lo doméstico” de las mujeres: supone al mismo tiempo la rotación total de las beneficiarias y la desactivación lisa y llana de las ocupadas y desocupadas. Un segundo escenario, más realista pero aún optimista, estaría dado por algunos niveles de rotación de beneficiarias pero de ninguna manera supone una desactivación total de las mujeres. Por el contrario, sólo pasarían a la inactividad las beneficiarias que no logran conseguir empleo (desocupadas) y aquellas para quienes el PJJH constituye la actividad principal. La última posibilidad sería la relativa a una supuesta ineficacia del Plan Familia para “re-recluir” a las beneficiarias activas. Esta última posibilidad significaría que, más allá del nivel de rotación entre planes, las mujeres antes ocupadas o desocupadas mantendrían su participación en la economía: aquellas con actividades principales distintas del PJJH, como ocupadas; aquellas con ocupación antes provista por el Plan, como desocupadas; aquellas beneficiarias desocupadas, manteniendo su misma condición. Las tasas resultantes de este ejercicio se presentan en la Tabla 5. Una primera observación que se desprende de los guarismos de la Tabla 5 es que la finalización del PJJH no entraña para el universo masculino de beneficiarios cambios abruptos en la tasa de desocupación. Dada la mayor inserción de los varones en actividades ajenas a la contraprestación laboral, la desocupa-

ción de esta población sólo se incrementaría levemente. Por su parte, en lo que refiere a las tasas femeninas el impacto de los escenarios es sensiblemente diverso. En el primer escenario, la “re-reclusión total” de las beneficiarias, se observa una tenue mejora en los índices de desempleo, que resulta, directamente, de una caída de la tasa de actividad que supera a la pérdida de los empleos generada por la finalización del PJJH. En el segundo escenario, de “re-reclusión parcial”, el desempleo femenino aumenta levemente, dada la menor caída de la participación económica y la igual pérdida de empleo por finalización del PJJH. En el último caso, el que estaría asociado a una virtual ineficacia del Plan Familias sobre la tasa de actividad, el desempleo de las mujeres se dispara: la tasa de actividad se mantiene constante ante una reducción de puestos de trabajo por finalización del PJJH.

El impacto de los tres escenarios sobre las tasas agregadas de la población total es también, y no podía ser de otro modo, diverso. Sin embargo, en el primer caso, “el mejor de los mundos”, la tasa de desocupación no se modifica, de modo que la reducción abrupta de la actividad femenina sólo logra compensar el leve incremento de la desocupación de los varones. En el segundo caso, el desempleo aumenta tenuemente, impulsado tanto por las tasas de varones y mujeres. En el tercer escenario, los guarismos asumen sus peores niveles, principalmente empujados –dado el limitado impacto de la pérdida del PJJH sobre las tasas masculinas– fundamentalmente por el peso de las mujeres: las altas tasa de participación se mantienen y la reducción del empleo conmina en la desocupación al 17,5% de la PEA.

La pregunta que queda por resolver luego de analizar estos tres escenarios es, precisamente, cuál resulta más probable: ¿en qué medida las beneficiarias estarán dispuestas a resignarse nuevamente a limitar su actividad a los roles reproductivos? En otras palabras, a tres años de haber sido “arrancadas” de su encierro en lo doméstico, como resultado de la activación que implicó el PJJH en términos de contraprestación laboral: ¿estarán dispuestas aceptar la “alternativa” de seguir cobrando una asignación similar (o levemente superior), sin contraprestación laboral alguna, y recluirse nuevamente en el hogar? La mirada cualitativa se impone cuando intentamos dar luz sobre este tipo de cuestiones. El significado que los

Tabla 5
Indicadores de mercado de trabajo según sexo y escenarios posibles.
GBA, primer trimestre de 2005

		Primer trimestre de 2005	Escenario 1	Escenario 2	Escenario 3
Varones	Actividad	57,0	57,0	57,0	57,0
	Empleo	50,1	49,6	49,6	49,6
	Desempleo	12,1	13,0	13,0	13,0
Mujeres	Actividad	38,8	35,6	36,5	38,8
	Empleo	31,9	29,6	29,6	29,6
	Desempleo	17,6	16,8	18,7	23,5
Población total	Actividad	47,4	45,8	46,2	47,4
	Empleo	40,6	39,1	39,1	39,1
	Desempleo	14,5	14,6	15,4	17,5

Escenario 1: sin PJJH y total de ex beneficiarias de PJJH inactivadas gracias al PFF

Escenario 2: sin PJJH y con PFF pero con algunas ex beneficiarias en actividad (aquellas para quienes la contraprestación del PJJH constituía sólo una ocupación secundaria)

Escenario 3: sin PJJH y con PFF pero con la totalidad de ex beneficiarias antes activas aún en actividad (ocupadas, con PJJH como actividad principal o secundaria, y desocupadas)

Fuente: Elaboración propia en base a EPH, primer trimestre de 2005

beneficiarios/as del PJJH asignan a la contraprestación es la clave que usaremos para evaluar cuál de los tres escenarios presentados resulta más factible.

4. Representaciones de los beneficiarios del PJJH en torno a la contraprestación

Un elemento recurrente en las definiciones que los mismos beneficiarios elaboran en torno al hecho de “ser beneficiario” de un plan social es la obligación de devolver el subsidio que reciben, esto es, realizar la contraprestación. Si bien algunos entrevistados han presentado una postura que es, si no antagónica, cuando menos, opuesta a esta posición meritocrática²¹, es evidente que un grupo mayoritario y significativo de personas asistidas se autopercebe como responsables de cumplir con su trabajo por el subsidio que reciben. Precisamente su acatamiento a los principios meritocráticos los lleva a valorar positivamente las exigencias de la normativa del Plan, en la medida en que o bien nada tiene que ser entregado “gratis”, o bien hay que instalar la “cultura del trabajo” –cuando, paradójicamente, su relato da cuenta de la vigencia que aún conserva este imaginario–. No obstante, debido al tipo de actividad que realizan y, fundamentalmente, a sus trayectorias previas, existen –en términos esquemáticos– grupos de beneficiarios que no tienen una alta valoración por la contraprestación que realizan y otros que sí la tienen.

En primer lugar, están aquellos que no valoran intensamente la contraprestación, en tanto no perciben que la misma les reporte una gratificación inmediata que trascienda el simple hecho de quedarse tranquilos con su conciencia por haber cumplido con las exigencias de la normativa del Plan, o bien les permita salir de la angustia que acarrea la desocupación. En algunos casos son beneficiarios que cuentan con una trayectoria laboral calificada, por lo cual están sobrecalificados para las tareas que realizan en el marco del PJJH. En otros casos son beneficiarios que efectúan actividades en el marco del Plan muy similares y de igual calificación a que las que realizan independientemente del Plan, bajo la modalidad de “changa”. La razón central que los impulsa a realizar la contraprestación, todos los días por el transcurso de cuatro horas, es la percepción de que la misma es una obligación por el subsidio que reciben. Asimismo, para el caso de aquellos que sufrieron largos periodos de desocupación, la contraprestación permite estructurar el tiempo cotidiano simulando horarios laborales y construyendo una cierta rutina de trabajo (horarios de ingreso, de almuerzo, salida).

En segundo lugar, se encuentra otro grupo de entrevistadas –pues casi en su totalidad son mujeres– que también acatan fuertemente los principios meritocráticos, lo cual las lleva a valorar intensamente las exigencias de la normativa del Plan y a estar muy preocupadas por cuidar la cultura del trabajo. Sin embargo, a diferencia del grupo anterior, valoran altamente el tipo de actividad que realizan. Con distintas intensidades consideran que el Plan significó “un antes y un después” en sus vidas en la medida que permitió una ruptura con su historia previa. Claro está que ninguna de sus percepciones puede entenderse desvinculada de sus trayectorias personales: son predominantemente mujeres que han pasado por largos años de inactividad –y, en consecuencia, de encierro en lo doméstico–, o bien mujeres que han trabajado en el servicio doméstico y/o en trabajos no calificados que no les retribuían ningún tipo de reconocimiento por parte de otros. Tampoco

su alta valoración puede comprenderse sin considerar las características de la contraprestación que realizan: la posibilidad de adquirir algún tipo de capacitación, un proyecto a futuro a partir de un microemprendimiento, o bien recibir un buen trato de parte de sus pares y “superiores”. La posibilidad de reconocimiento social por parte de los otros (directivos de la institución, compañeros, hijos) es central en sus relatos y más intensa que en el otro grupo de entrevistados.

Sus miradas retrospectivas se les imponen y no dudan en comparar su situación actual con sus experiencias laborales y/o sus contraprestaciones anteriores. Tal es, por ejemplo, el caso de Irene, que trabaja en un centro de información al vecino –asesorando sobre los derechos a la ciudadanía– y que nunca había realizado ese tipo de actividades. Antes que nacieran sus hijos trabajó en una fábrica, luego se dedicó al servicio doméstico y a dar clases de manualidades. Para Irene su actividad en el marco de su contraprestación trasciende las exigencias contractuales emanadas de la burocracia asistencial: aunque el PJJH deje funcionar manifiesta que su compromiso con la institución a la que fue asignada no va terminar²².

También la contraprestación adquiere un valor excepcional para mujeres como Marisa, quien gracias al Plan se puso en contacto con una organización piquetera y en la actualidad tiene el proyecto para un microemprendimiento productivo. Marisa, otrora empleada doméstica como Irene, interpreta que antes del PJJH estaba “solá”. No obstante su anterior experiencia en el marco del Plan resultó negativa –consistía en barrer la plaza del municipio, razón por la cual decidió cambiar el lugar de la contraprestación–, en la actualidad considera que gracias al PJJH pudo contactarse con la organización de desocupados y establecer una ruptura con su historia previa: pasó “de empleada doméstica a patrona”.

Una consideración aparte merece la valoración que le asignan a la contraprestación aquellas mujeres antes “inactivas”, de las cuales tan poco nos dicen las estadísticas oficiales. Para estas mujeres, la contraprestación adquirió un valor excepcional vinculado con la posibilidad de encontrar nuevos espacios de socialización, confianza en ellas mismas y un cierto grado de autonomía. Elocuente ejemplo de esa valoración es la historia de Verónica, una mujer de 31 años que sólo salía de su casa para llevar a sus hijos a la escuela y hoy se siente distinta: espera ser contratada en el colegio donde realiza la contraprestación, porque quiere trabajar y tener estabilidad para sacar un crédito. También encontramos el caso de Isabel, quien toda su vida se habría dedicado a la crianza de sus cuatro hijos y a “estar en casa” porque su marido “no quería que trabajara”. Hoy Isabel manifiesta sentirse muy contenta con las tareas que realiza en una organización social dependiente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, cerca del lugar donde ella reside. En la entrevista que mantuvimos contaba que cuando empezó a salir de su casa recuperó las ganas de lo que ella definió como “ocuparse de ella”. Si bien son muchos los aspectos del PJJH que la entrevistada no duda en criticar –los 150 pesos que no alcanzan, las largas colas para cobrar el subsidio, entre otros–, es claro que el Plan implicó un antes y un después en su vida: “Yo nada que ver con lo que era antes... estaba en mi casa, ahí nomás encerrada... nunca salía [...] Entonces, a veces digo, gracias al Plan conozco otras cosas. Sino capaz iba a seguir ahí: en mi casa”.

Este marcado idealismo también impregna las visiones a futuro de muchas de las beneficiarias. Algunas esperan, no sin cierta ansiedad, ser contratadas por las instituciones donde llevan a cabo la contraprestación. Otras, depositan sus anhelos

en que sus microemprendimientos funcionen y les permita dejar su condición de beneficiarias y empleadas domésticas. Por último, están aquellas que apuestan al futuro realizando estas actividades más allá del subsidio que reciben y las exigencias ministeriales.

5. A modo de conclusión. De la liberación al encierro en lo doméstico: la viabilidad de la “nueva” política social

La información evaluada en este trabajo pone en tela de juicio la posibilidad de que el traspaso de beneficiarias del PJJH al Plan Familia satisfaga las altas expectativas que en ello ha puesto el gobierno. Si tenemos en cuenta los escenarios posibles evaluados en el apartado 3.2, el estudio de las representaciones sobre la contraprestación nos permite proyectar un futuro bastante alejado de aquel que dimos en llamar “mejor de los mundos posibles”. La positiva valoración que buena parte de las beneficiarias hace de su contraprestación laboral –tanto aquellas inactivas antes de la implementación del PJJH como aquellas que tenían ocupaciones asociadas a tareas reproductivas– nos lleva a prever, ante una eventual finalización del PJJH, un escenario más cercano al mantenimiento de las altas tasas de actividad. Por sí solo, el Plan Familia tendría un limitado, si no nulo, efecto sobre la participación económica femenina, empujando al alza los niveles de desempleo.

El Plan Familia tampoco representaría un cambio favorable con respecto a la puesta en marcha de políticas sociales que consideren la perspectiva de género, si por ello entendemos un instrumento analítico que acompañe a un objetivo ético y político –equidad social y equidad de género– y que permita dar cuenta de los aportes que hacen tanto las mujeres como los hombres al desarrollo, así como de los beneficios que obtienen y las necesidades que ello plantea²³. En primer término, es clara la intencionalidad de perpetuar a las mujeres en la esfera de lo doméstico. La explicitación de una condicionalidad “no laboral” –el cuidado de los hijos/as– implica la pérdida de la contraprestación laboral y de la posibilidad utilizarla como “trampolín” para ingresar en tareas productivas. El Plan Familia tendría como corolario una vuelta al encierro en lo doméstico, con todo lo disruptivo que esto puede ser para las relaciones de género en el interior del hogar²⁴. En segunda instancia, si bien es cierto que los programas de los años noventa y el PJJH presentaban en su tipología de proyectos tareas redundantemente reproductivas

Notas

¹ Los datos cuantitativos aquí presentados tienen por fuente la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC para el aglomerado Gran Buenos Aires.

² El análisis se basa en 25 entrevistas en profundidad efectuadas a personas que perciben el PJJH con distintos perfiles según: sexo, edad, trayectoria previa, lugar de residencia y tipo de inserción social. Con respecto a la limitación de nuestro universo de indagación, nos hemos centrado en tres municipios de Gran Buenos Aires, que consisten en localidades industriales desactivadas con altos niveles de desocupación y pobreza: Caseros, Lanús y Florencio Varela? y la Capital Federal? Ciudad de Buenos Aires?.

³ Tanto el incremento de la recaudación por Impuesto al Valor Agregado (en un contexto inflacionario post-devaluación) como por nuevas tributaciones (retenciones a las exportaciones) como la disminución de las erogaciones fiscales por pagos a acreedores privados de deuda pública hicieron que el déficit crónico que caracterizó al sector público en los años de la Convertibilidad se tornara mágicamente en un superávit fiscal pronunciado.

⁴ Clarín, 14 de febrero del 2006.

⁵ Si bien este aspecto es controvertido y existe escasa y contradictoria información al respecto, algunos de los beneficiarios contactados manifestaron su temor a perder el beneficio una vez que sus hijos cumplieran la mayoría de edad, precisamente por “conocer a gente que le pasó eso”. Más aún, una de las entrevistadas asociaba la caída de su plan debido a tal causal.

⁶ El segmento de las trabajadoras del servicio doméstico –el sector prioritario de ocupación de las mujeres de hogares pobres– es el que tiene las peores condiciones de trabajo y el que percibe los más bajos ingresos (Faur y Gherardi, 2005:219).

⁷ Cf. Calvi y Zibecchi, 2004.

y de baja calificación, un aspecto “novedoso” del Plan Familia es que ya desde su normativa define a las madres como una población “no empleable”. En tercer lugar, sería interesante preguntarse acerca de la capacidad de respuesta del Estado –y no de las madres– con relación al cuidado de la salud y educación de los menores de edad. Es decir, se plantea una contraprestación que consiste en incentivar –si no forzar– a las mujeres a acciones de cuidados básicos de salud y de educación de sus hijos, de lo cual se deduce que “las mujeres pobres no saben cuidar a sus hijos”, al mismo tiempo que no se controlan las condiciones institucionales y los medios para que lo puedan hacer, esto es, asegurar un sistema de salud y educación, gratuito y de calidad para todos los ciudadanos. Finalmente, el criterio de empleabilidad según género también se cristaliza en la nueva lógica de radicación institucional para hombres y mujeres beneficiarios/as. Los problemas de empleo y capacitación de los hombres continuarán bajo la órbita del Ministerio de Trabajo, las mujeres “no empleables” beneficiarias del Plan Familia pasarán a depender del Ministerio de Desarrollo Social.

A esta altura, luego de la implementación sistemática de planes de empleo transitorio y planes de transferencia de ingresos durante más de diez años consecutivos, y dadas las “nuevas orientaciones” en materia de políticas sociales que comienzan a vislumbrarse, sería muy interesante que se considere, a la hora de diseñarlos y ponerlos en marcha, una serie de aspectos tales como la subjetividad, intencionalidad y experiencias de mujeres y hombres, devenidos en beneficiarios de planes asistenciales. Poco parecen tenerse hoy presentes las experiencias de aquellas mujeres que, a través de una contraprestación laboral realizada en el marco del PJJH, pudieron encontrar nuevos espacios de socialización y establecer una ruptura con el ámbito de lo doméstico. De resultas, sería muy valioso, que cuando se diseñen programas sociales, se evalúen estos aspectos de la vida de hombres y mujeres y no sólo el número de hijos, el sexo, la inexistencia de una trayectoria laboral y/o el bajo nivel educativo. La consideración de tales aspectos en el diseño de los programas sociales no sólo permitiría cumplir con objetivos éticos y políticos –equidad social y equidad de género–, práctica poco frecuentada en nuestro país, sino que también redundaría en la posibilidad de planificar y gestionar verdaderas políticas sociales y no meras respuestas coyunturales que dan origen a nuevos problemas estructurales a futuro.

⁸ El impacto distributivo es contradictorio debido a que el plan mejora la distribución de ingresos de los hogares (en términos de ingreso per cápita familiar) pero profundiza la desigualdad de ingresos individuales de los ocupados (dados los bajos montos de la asignación en comparación con el ingreso promedio de esta población). Cf. Calvi y Zibecchi, 2004.

⁹ Cabe destacar que, mientras que en la encuesta de mayo se relevó el total de la muestra del GBA, en la onda octubre el INDEC sólo encuestó al 50% de los casos del GBA. La EPH tradicional (puntual) rota a un 25% de la muestra entre ondas consecutivas y un 50% entre las mismas ondas de años consecutivos, dando como resultado un solapamiento del 75% y del 50%, respectivamente. La diferencia entre los tamaños muestrales de las ondas de 2002 hace que el solapamiento del panel usado en este apartado refiera sólo al 37,5% de los casos encuestados en mayo de ese año.

¹⁰ Con relación a la reducción de la desocupación, las mismas autoridades del INDEC han señalado, en un comunicado de prensa de fines de 2002 (INDEC, 2002), que si se calculara la tasa correspondiente de la onda octubre de ese año “considerando como desocupados a los ocupados cuya ocupación principal proviene de un Plan Jefes/Jefas y que además buscan activamente empleo” las cifras ascenderían del 17,9% –tasa oficial de la onda octubre de 2002 para el conjunto de aglomerados urbanos– de la población activa al 21,8%. Más aún, si se considerara como desocupados “a los ocupados cuya ocupación principal proviene de un Plan Jefes/Jefas”, busquen o no activamente empleo, la desocupación para esa onda ascendería al 23,6% (INDEC, 2002).

¹¹ En ambas poblaciones (masculina y femenina) del panel las ocupaciones hacia mayo de 2002 eran, fundamentalmente, de posiciones registradas, es decir, con descuentos jubilatorios (75% y 73%, respectivamente). Esto confirmaría que, efectivamente, la intensificación de la recesión posterior a la devaluación contribuyó a expulsar mano de obra y, de no haber mediado la implementación del PJJH, las tasas de desocupación se habrían disparado sensiblemente.

¹² También durante el año 2003 se comenzaron a vislumbrar ciertas iniciativas por parte del gobierno nacional con respecto a la puesta en marcha de emprendimientos productivos. Dichas iniciativas respondieron al doble objetivo de incluir en el “mundo del trabajo” a los Jefes y Jefas de Hogar y mejorar sus magros ingresos mediante la inserción en dichos emprendimientos. En este sentido, el Plan Nacional de Desarrollo Local y Economía Social –comúnmente denominado Manos a la Obra– contó con una tipología especialmente diseñada para que los/as beneficiarios/as del PJJH presenten proyectos microproductivos, denominada Herramientas por Trabajo.

¹³ Cf. artículos 4 y 5 Decreto 1506/2004. Dicho Decreto también prorroga la fecha de vencimiento de la Emergencia Ocupacional Nacional y, por ende, la vigencia del PJJH hasta el 31 de diciembre del 2005.

¹⁴ En octubre del 2004 –cuando el presidente Kirchner firmó decreto de traspaso del PJJH–, se esperaba que 750 mil madres fueran incluidas para fines del 2005, pero el padrón actual del Plan Familias es de 240.000. Con el aumento de 50 pesos y, a diferencia del PJJH, la posibilidad de recibir el subsidio aún teniendo otros ingresos en el hogar, el Plan Familias tuvo un virtual relanzamiento. El Ministerio de Desarrollo Social, de quien depende, espera traspasarle 260 mil del PJJH este año, y otros 240 mil en el 2007 hasta alcanzar los 740 mil beneficiarios (Clarín, 14 de febrero del 2006).

¹⁵ Será de 225 pesos y estará bajo la órbita del MTSS, está destinado a los desocupados y espera incorporar gradualmente a medio millón de personas a partir de abril del 2004 (Clarín, 14 de febrero del 2006).

¹⁶ Cáritas criticó que el traspaso del PJJH al Plan Familias sea de “carácter voluntario” (Clarín, 19 de febrero del 2006).

¹⁷ Cf. resolución conjunta del Ministerio de Desarrollo Social 336/2005 y del MTSS 155/2005.

¹⁸ Para el año 2003 alcanzaba aproximadamente a 175 mil familias.

¹⁹ La beneficiaria titular recibe 150 pesos al igual que el PJJH cuando tiene un hijo, el monto va ascendiendo 25 pesos a partir de los dos hijos hasta “cinco hijos o más”, caso en el que la asignación asciende al máximo de 250 pesos.

²⁰ Para nombrar sólo algunas: seguimiento y orientación en materia de salud y educación, apoyo escolar para niños/as y adolescentes, alfabetización y terminación de estudios para los adultos y adolescentes.

²¹ Los beneficiarios no meritocráticos son aquellos que tienen una visión negativa con respecto a la exigencia de efectuar la contraprestación impuesta por la burocracia estatal, su no participación en las actividades propuestas se erige como mecanismo de toma de distancia.

²² “Yo el día de mañana, se me termina el plan y yo voy a seguir trabajando los mismo acá!. No voy a dejar. Porque es una opción, es una opción de vida, es un cambio, quiero no solamente por mí, sino que pasen por mis hijos también”, señala Irene.

²³ Cf. Daeren, 2001.

²⁴ En este sentido, existen investigaciones que señalan que la implementación sistemática de planes sociales en varios países de Latinoamérica sí ha logrado dar la posibilidad a las mujeres de salir de sus hogares, ampliar sus horizontes y redes sociales, lo cual redundado en una mayor confianza en sí mismas y en capacidad de negociación familiar (Daeren, 2004).

Bibliografía

Calvi, G. y Zibecchi, C. (2004): “El Plan Jefes y Jefas: cambios y continuidades en materia de programas sociales”, Buenos Aires: Revista Textos, Año 3, N° 5 (pág. 28-43).

CELS. (2004): Plan Jefes y Jefas. ¿Derecho social o beneficio sin derechos?, Buenos Aires: Centro de Estudios Legales y Sociales.

Daeren, L. (2001): Enfoque de Género en la política económica y laboral, en Serie Mujer y Desarrollo Nro. 20, Santiago de Chile: CEPAL.

Daeren, L. (2004): Mujeres pobres: ¿prestadoras de servicios o sujetos de derecho? Los programas de superación de la pobreza en América Latina desde una mirada de género, Santiago de Chile: CEPAL.

Faur, L. y Gherardi, N. (2005): “El derecho al trabajo y la ocupación de las mujeres” en Informe sobre Género y Derechos Humanos, Buenos Aires: Biblos editorial.

INDEC (2002): Comunicado de prensa del 27 de diciembre de 2002, Buenos Aires.

Roca E., Langieri, M. Schachtel, L., Berthó, F. (2005): “Resultados de la Segunda Evaluación del Programa Jefes de Hogar e Inserción Laboral de los Beneficiarios en empleos registrados”, ponencia presentada en el 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires: ASET.

“Piqueteros eran los de antes”: Sobre las transformaciones en la Protesta Piquetera.

Por Astor Massetti¹

Introducción

El propósito de este artículo es realizar una descripción de la evolución del fenómeno socio-político “piqueteros”; enfocándose no en la explicación causal de la matriz referencial del fenómeno, sino en su trayectoria. Ya que el objetivo será el de contribuir a delinear en términos de tendencia una analítica sobre el estado actual de la protesta social. El método será el de recorrer tres series históricas proponiendo ciertas rupturas o fenómenos que las atraviesan. La primera se referirá a la intensidad y espacialidad de la protesta. La segunda, hará alusión a los procesos organizacionales y dinámicas socio-políticas que los encarnan. La tercera, tomará como objeto la respuesta del sistema político, diferenciando en ella: a) Las acciones gubernamentales y b) La política pública.

1- Intensidad y espacialidad de la protesta piquetera

¿Cuántas acciones de protesta se produjeron en los últimos 10 años? ¿Dónde se han producido? Ambas preguntas son significativas para entender la protesta social en general en Argentina y la “Protesta Piquetera” en particular. En este sentido, si hay algo que puede caracterizar a los “piqueteros” es la variación de escala y de escenario en el flujo de las acciones de protesta que se asocian con este actor socio-político en la última década. Desde las primeras dinámicas del “piquete-pueblada” en el interior del país hasta un “movimiento piquetero” con proyección y conducción nacional es observable un importante salto cualitativo y cuantitativo que transforma el sentido mismo del piqueterismo (Massetti, 2004^a). Y que transforma a su vez y, en gran medida, a la protesta en Argentina (Schuster y Scribano, 2001). Dicha transformación

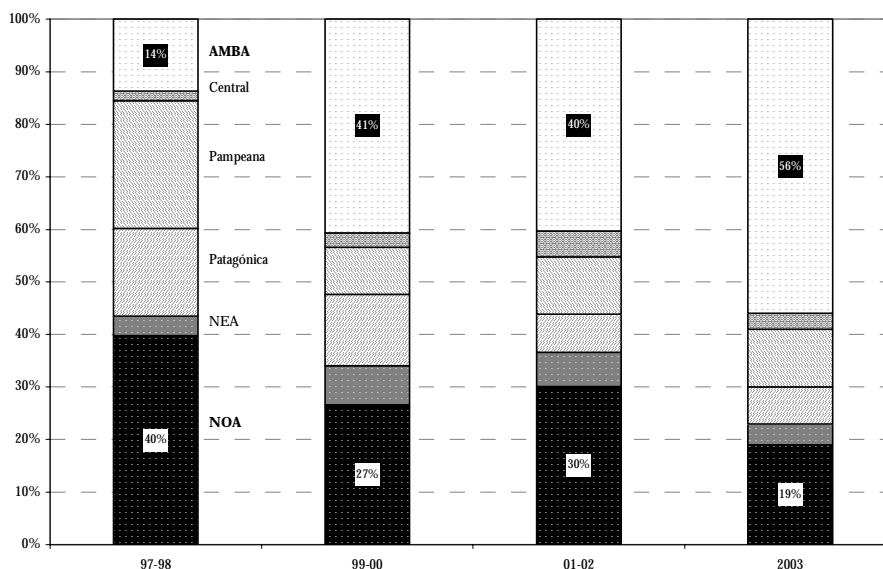
depende de la incorporación del área metropolitana de Buenos Aires como nuevo núcleo de la conflictividad social. Incorporación que cobra una especial relevancia a partir de la crisis institucional que tiene como hito la renuncia del presidente De La Rúa. Núcleo que adquiere otra dinámica a partir de la asunción de Néstor Kirchner en el 2003; transformando nuevamente el escenario de la protesta social en nuestro país. Podemos distinguir así tres grandes períodos provisionales: 1996-1999, 2000-2003 y 2003-2005.

El límite entre los dos primeros períodos tiene como base dos criterios: por un lado, el movimiento de traslado de la protesta social y, por otro, el punto de inflexión simbólico que generó el primer gran corte de ruta en el conurbano bonaerense (el 28 Junio del 2000). El primero se refiere directamente a un fenómeno de intensificación de los cortes de ruta en las grandes áreas urbanas, que comienza a percibirse en 1999. En el siguiente gráfico podemos ver cómo la zona con mayor cantidad de cortes de rutas entre 1996 y 1998 fue el Noroeste del país, con 64 cortes (50 sólo en Jujuy), lo que equivale al 40% del total. Entre el '99 y el 2000 observamos un cambio: Gran Buenos Aires (Capital Federal y Conurbano), con 310 cortes de ruta, el 41%, comienza a tener un protagonismo que se mantendrá en el tiempo; siendo en el 2003 la región donde se condensará más de la mitad de los cortes de ruta (56%), el .Acumulando esta región el 42% de los cortes totales producidos desde 1997-2003.

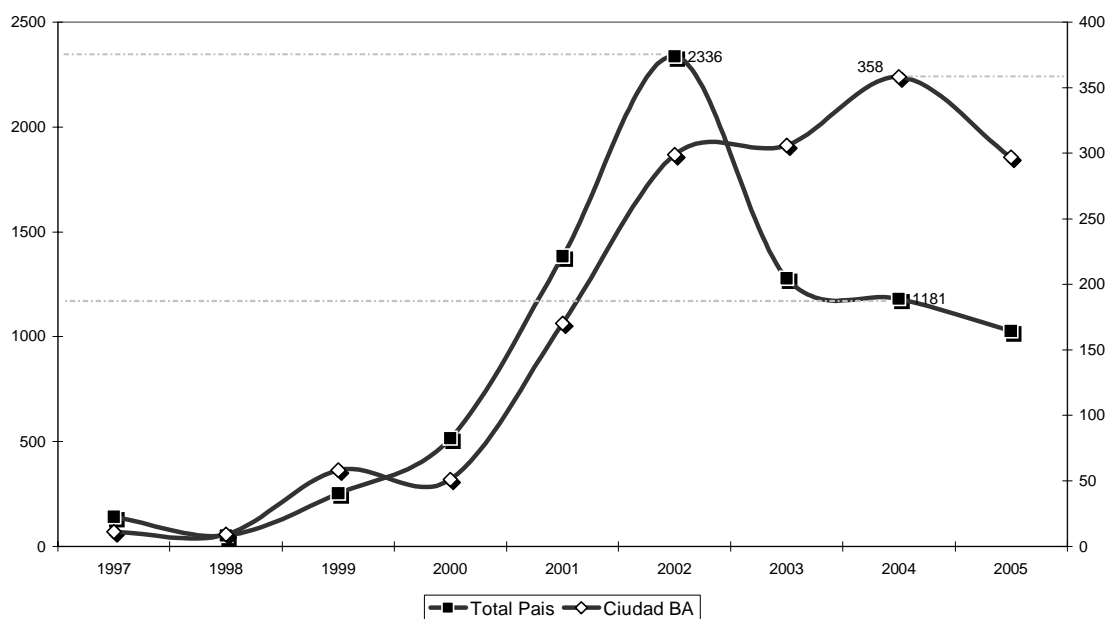
En lo que se refiere a la cantidad de acciones de protesta, vemos que experimentaron un crecimiento continuo desde mediados de los noventa hasta 2003. (ver gráfico 1). A partir de ese año la cantidad de acciones de protesta desciende notoriamente. De 2336 acciones de protesta en el 2002 se

29

Gráfico 1: Piquetes por año y por región. En valores relativos.



¹Becario doctoral del conicetCONICET. Investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA.



reduce a nivel nacional a 1278 durante el 2003; reduciéndose a 1181 durante el 2004 y aún más (1025) durante el 2005. Es casi imposible omitir la relación existente entre esta disminución y el nuevo "clima político" instalado luego de la asunción a la presidencia de Néstor kirchner, quien ha desarrollado una trama "transversal" incluyendo a los sectores piqueteros². Este cambio de estrategia no es un detalle menor si tenemos en cuenta que el "piqueterismo" como tal se basa en la idea de la multiplicación de acciones de protesta en simultáneo en distintos lugares (Masseti, 2004). Primero la creación de "muchos Cutral-Co", replicando así la figura del piquete-pueblada del interior del país, luego generando múltiples barricadas o bloqueos de los principales accesos a la Ciudad de Buenos Aires. De todas maneras, es interesante también pensar que esta disminución a nivel nacional de la cantidad de acciones de protesta no hizo sino acrecentar la concentración geográfica de la protesta en la propia ciudad de Buenos Aires. Ya que allí la cantidad de acciones de protesta no menguó sino que continuó creciendo durante el 2003 y el 2004; con una caída del 20% recién en el 2005.

2- Procesos organizacionales y dinámica política

La dimensión cuantitativa que puede aportar pensar en "cantidades de acciones de protesta" es un elemento más a ser tenido en cuenta cuando nos referimos a las distintas etapas o momentos de la protesta social en nuestro país. Conjugada con una oteada a los procesos organizacionales y las dinámicas políticas que generan nos permite ajustar aún más nuestra mirada. En este aspecto se pueden reconocer tres grandes momentos. El primero (1991-1999) en el que sobresalen los diversos intentos de reagrupamientos políticos, y emerge el piqueterismo. El segundo (2000 - 2003) en el que la visibilidad de la protesta urbana adquiere grandes dimensiones. Y el tercero (2003-2006), en el que se reconvierten posiciones por parte los sectores más politizados.

1991-1999. Piqueteros como emergencia: La cuestión del origen.

La noción "piqueteros" usada contemporáneamente es, por supuesto, un constructo simbólico cuya principal utilidad es la de enmarcar la acción de protesta, el reclamo en sí, bajo una

serie de sentidos legitimados. Decir esto implica remontarnos al proceso de reconversión de las "formas de hacer política". Estos temas exceden los límites de este trabajo, pero para situar contextualmente el clima político previo al "piqueterismo" se pueden replicar aquí tres aspectos que desarrolla Maristella Svampa (2005) en "La sociedad Excluyente": 1) la crisis de los partidos políticos y los sindicatos; 2) en el caso argentino al menos, la crisis de un modelo de militancia asociada a un modelo de acumulación política fijado a mediados de los 60's; y 3) la "derrota" (con las leyes de obediencia debida y punto final) del movimiento de derechos humanos.

En ese contexto se multiplicaron, a partir de 1990, diferentes formas de protesta y configuraciones de actores sociopolíticos. Una de las más notorias fue la creación de la CTA, que como central sindical ya presentaba, en el 2001, la particularidad de comprender un modelo de acumulación política orientado a los sectores sociales no representados tradicionalmente por los sindicatos. (Gurrera, 2005; Delamata y Armesto, 2005; Massetti, 2005 y 2004³). Las protestas sociales de los 90's adquirieron como una característica distintiva la ausencia de los sectores tradicionalmente ligados con el sindicalismo y los partidos. Por el contrario, son desde entonces los sindicatos ligados con el estado (ATE, gremios docentes) junto con nuevas organizaciones sociales quienes intentaron resistir el deterioro progresivo del marco institucional del trabajo, la salud y la educación.

En este período la idea de origen del movimiento piquetero, comienza a ser gestada, pudiéndose reconocer en Cutral-Co (1996) y Mosconi (1997) las "Bastillas" de un nacimiento mítico, encarado desde las distintas organizaciones, como forma de buscar una legitimidad que quebrara la "despolitización" y apatías heredadas de la dictadura militar. Su efectividad se expresó a través de la continuidad de las luchas., cada vez más asociadas al término "piqueteros".

2000-2003. Piqueteros como Tecnología de Representación: La matancerización.

Si efectivamente aquella primera época ('96-'99) fue la de la fundación de la "mítica piquetera", el periodo 2000-2003 fue el de su fundación organizacional. En ese momento se intensifica y relocaliza la protesta en Buenos Aires. Un sector ligado

con las tomas de tierra en Isidro Casanova a principios de los 80, con lazos estrechos con la CTA (Gurrero, 2005), protagoniza, a fines de 1999, fallidas acciones de protesta; que servirían como base para un “modelo” de acción de protesta centrado en la movilización en conjunto de variadas organizaciones barriales. La Matanza a la altura de Isidro Casanova, se transforma en el nuevo corazón de la protesta, protagonizando nutridos cortes de la ruta 3 a principios del 2000.

La capacidad de movilización y la plataforma política de la CTA (que engloba varias corrientes y partidos políticos) permitió un crecimiento en lo organizacional. Se logró rápidamente dar un paso en lo que se refiere a la escala del conflicto, armando “redes de redes barriales” capaces de negociar directamente con el gobierno nacional, “arrinconándolo” con múltiples y simultáneas acciones de protesta. Esta trama de “redes de redes” configura la correlación de fuerzas básica entre las agrupaciones políticas, y deja sentada la viabilidad de una estrategia más amplia que venía madurando desde principios de la década, centrada en la alianza de acción de sindicatos, partidos y grupos barriales (Merklen 2002, Forni, 2002; Massetti 2004 y Massetti 2005). Correlación de fuerzas que se mantuvo durante el 2002 y buena parte del 2003, conformándose dos grandes alianzas “piqueteristas” casi en correspondencia con la matriz ideológica a la que adscribían.

Desde finales del 2000 hasta finales del 2001 las agrupaciones entablan el proceso de organización de la protesta como táctica (“hay que hacer de cada barrio un piquete” decía por ese entonces D’ Elia). Se apostó a incentivar la reproducción del método: acorralar a De La Rúa en todos lados al mismo tiempo. Esta idea duró hasta diciembre del 2001. Principalmente por dos motivos: por la creencia de muchos grupos en la continuidad del “Argentinazo” (especialmente los partidos de izquierda como el PO y el PCR), pero con distintas concepciones (vanguardistas versus insurreccionalistas), y por la falta de proyectos de la alianza de centro-izquierda. Desde finales del 2001 a mediados del 2003 el piqueterismo estaba conformado por dos grandes alianzas: Bloque Piquetero Nacional y -o versus- FTV-CCC-CTA. El Bloque Nacional Piquetero, compuesto por agrupaciones de distinto tamaño agrupaba tanto a pequeñas corrientes independientes, como a partidos de la izquierda tradicional.

2003-2005. Piqueteros como cliché. Reagrupamientos y clivajes.

En el 2003, con la llegada de Kirchner a la presidencia, esa correlación de fuerzas se desbalancea. Ya desde la campaña comenzaron a verse fisuras en las dos alianzas. Por un lado, la tensión entre la FTV y un grupo de la CCC se origina por la «alineación automática» de D’ Elia, que propugna por “dejar la calle”. Y mismo en la FTV se produjeron fisuras internas y aparecieron nuevas agrupaciones. Por otro lado, en el BPN se observaron dos fenómenos: primero el crecimiento de la Verón y otros grupos independientes que ahora pueden presionar internamente para movilizar. Segundo, la fractura interna de varias de las agrupaciones más nutridas. Y como emblemático, aparecen grupos piqueteros abiertamente peronistas y pro kirchneristas. Esto realinea al piqueterismo en cuatro subgrupos que atraviesan estas alianzas: Los revolucionarios «típicos» (trotskistas y marxistas clásicos), los revolucionarios “modernos” (hollovayistas), los «chinos» (maoistas) y los “neo” peronistas o “chavistas” (nacionalistas); adoptando tres posturas: hipercrítica, crítica con reservas o con reservas pero críticas, y «alineados».

El sistema de alianzas piqueteristas basado en dos grandes polos de atracción (Bloque Piquetero Nacional y Alianza FTV-CTA-CCC) entra en una diáspora en la que se observa una creciente dinámica de rupturas organizacionales. Nuevas agrupaciones se desprenden de las más nutridas al punto que el ya complejo mapa organizacional se torna indescifrable. La CCC reconfigura su sistema de alianzas acercándose al Bloque Piquetero Nacional. La CTA, quien fuera sustento y promotora de gran parte de las acciones de protesta, se encuentra atravesada por disputas internas que minan su capacidad de organización.

3- Respuesta del sistema político e institucional

3.1- De Víctor Choque a Martín Cisneros: La letalidad de la reacción estatal

Menem

La reacción estatal frente a la protesta pública desde el retorno a la democracia adquirió a partir del gobierno de Menem connotaciones perversas que incluyen la represión desmedida. Y aquí hay que señalar dos momentos, primero una represión casi a-sistemática por parte de las fuerzas policiales provinciales; y, segundo un proceso de reorganización del aparato represivo. Los conflictos de alcance nacional encontraron durante la década menemista a los aparatos policiales provinciales en clara desventaja para ejercer acciones represivas frente a manifestaciones en creciente capacidad de resistencia a la disuasión. Una consecuencia de tal esquema de represión caótica fue la muerte de Víctor Choque y de Teresa Rodríguez. Desde el Ministerio del Interior, en ese entonces comandado por Carlos Corach, el gobierno nacional reorganizó a las fuerzas de seguridad con el fin de hacer más efectiva la acción represiva. Se re-estructuró entonces a la Gendarmería Nacional, que hasta ese momento su principal función era el resguardo de los puestos fronterizos, dotándola de equipamiento (en un período de clara desinversión estatal en el área militar) y convirtiéndola en la principal fuerza de choque “anti motines” a nivel nacional (al estilo de los países europeos). La entrada en funciones de la Gendarmería como fuerza anti-motines se relaciona con la llamada “protesta piquetera” en el sentido que el argumento legal para recurrir a esta fuerza fue la “defensa del territorio bajo la órbita del gobierno nacional”; esto es, las rutas nacionales. En este argumento legal buscó el gobierno nacional basar la legitimidad de la acción represiva; argumento que se complementó con la primera versión de lo que hoy es la falacia de la contraposición de derechos: la defensa “legal” de las rutas nacionales para “garantizar” la libertad de circulación. Y se complementó argumentalmente también con la teoría de la manzana podrida: la ilegitimidad de quienes protestan a partir de la distinción de dos clases de ciudadanía. Apelar a “grupos de izquierda” o “intereses políticos de un grupo” comenzó a ser una forma de estigmatizar a sectores de la población que perderían su derecho a manifestar por el solo hecho de tener creencias u opiniones particulares (clausurando de esta manera el ciclo de defensa de los derechos humanos del gobierno alfonsinista).

Sin embargo, la nueva faceta represiva inaugurada por el gobierno de Carlos Menem se mostró insuficientemente legitimada como para limitar por sí misma el crecimiento de la protesta social. Un punto de inflexión fueron los sucesos de Cutral-Co en 1996-1997, en donde por decisión de la Jueza interviniente, se negó la competencia de las fuerzas nacionales de Gendarmería para intervenir. Las razones de la jueza

fueron que no se estaba frente al delito de obstaculización de las rutas nacionales sino frente al delito de “sedición” (desconocimiento de los poderes públicos). Este matiz legal impidió una verdadera masacre y barrió conjuntamente la teoría de la manzana podrida (era todo un pueblo, no un sector, quienes encaraban la protesta) y la falacia de la contraposición de derechos. A raíz de tal acontecimiento, el gobierno nacional inauguró la una nueva faceta de la política pública basada en la negociación.

La negociación, como dinámica política, está presente ya en los ámbitos locales desde por lo menos mediados de los 80's. En los municipios del conurbano bonaerense fueron registrados procesos de urbanización popular (asentamientos) en los cuales la relación con los gobiernos locales fueron atravesados, como apunta Denis Merklen y muestra Pablo Forni, por un doble proceso de confrontación/colaboración. Sin embargo, a nivel nacional la negociación aparece sistematizada a partir de mediados de los noventa con la creación de una prenda de negociación que son los Planes Trabajar. Diseñados, monitoreados y financiados por el Banco Mundial, los Planes Trabajar consistieron en un subsidio de \$200 durante seis meses otorgado discrecionalmente por el gobierno nacional. Estos planes sirvieron de paliativo frente a condiciones de vida sumamente desfavorables para 200.000 personas y fundamentalmente como mecanismo de descompresión de la tensión social. Pero lo más importante es que a partir de los procesos de negociación comienzan a reconocerse como interlocutores a actores socio-políticos que emergen a través de las acciones de protesta.

De la Rúa

El gobierno de De La Rúa, a partir de una concepción ultra neoliberal intentó achicar el gasto público impactando directamente sobre el salario de los sectores más movilizados (los gremios estatales, especialmente ATE y los gremios docentes), generando así, un efecto de crecimiento de la conflictividad. Pero al mismo tiempo, el gobierno de la Alianza fue contemporáneo al fenómeno aquí descrito de matancerización del piqueterismo. La transformación de la protesta de los sectores no representados tradicionalmente en un mega actor socio-político a través de un complejo tramado de alianzas nacionales transformó el escenario de la protesta social.

Entre 1999 y el 2000 sectores del conurbano bonaerense realizan las primeras acciones de protesta asociables al mote piqueteros en el distrito más poblado del país. La respuesta gubernamental, aunque se orientó fundamentalmente a entablar negociaciones, osciló entre el inmovilismo y el incumplimiento, generando un acrecentamiento de las acciones de protesta. A partir del 2001 especialmente, la cantidad e intensidad de las acciones de protesta urbanas fue incrementando. De la acción de protesta focalizada en zonas suburbanas se pasó rápidamente a masivas movilizaciones que luego de recorrer hasta 50 Km., culminaban en el centro simbólico de la política en la Argentina. La Plaza de Mayo comenzó a ser destino obligado para las acciones de protesta que perdieron definitivamente su inicial carácter local. Tan solo la escalada represiva de los días 19 y 20 de diciembre (crisis institucional mediante) logró postergar las acciones de protesta piqueteristas por un tiempo (hasta la asunción de Duhalde).

Duhalde

El interinato de Duhalde se caracterizó por una triple táctica de contención. Por un lado, se implementó el subsidio moneta-

rio más grande de la historia Argentina (comparable tan sólo como política de estado al rol que ocupó el Banco Hipotecario Nacional entre 1947 y 1952). Este subsidio fue la plataforma de salvataje de las dinámicas políticas locales. El 90% de los subsidios pasaron automáticamente al control de los municipios; sirviendo de colchón de contención en un clima social enrarecido por la crisis institucional y los efectos devastadores de la pesificación regresiva de la economía (en un año la pobreza salta del 20 al 60%). Pero al mismo tiempo, y desde su asunción, algunas organizaciones piqueteristas tuvieron llegada al gobierno.

Las negociaciones y la transferencia discrecional del control de cupos de planes por organización fueron marcando el ritmo de la protesta. La cantidad de acciones de protesta disminuyó sensiblemente, y su localización geográfica se concentró en las grandes áreas urbanas. Algunas organizaciones fueron beneficiadas más que otras, pero en general el impacto fue notorio en términos de la metodología de la protesta: parte del acuerdo tácito fue precisamente concentrar la protesta sobre los organismos gubernamentales.

El otro mecanismo de Duhalde fue el de armar un doble táctica de deslegitimación de la protesta. Primero, extremando la falacia de la contraposición de derechos a un extremo delirante (incluso instalando el miedo de que los piqueteros cortaran las rutas a los balnearios tradicionales de Buenos Aires en plena temporada de vacaciones). Segundo, recurriendo a la teoría manzana podrida en su faceta más extrema: la teoría de los dos demonios. El Duhaldismo, secundado por sectores del piqueterismo, avivó el argumento predilecto del pasado gobierno de facto para justificar la amenaza o la acción represiva contra las acciones de protesta. El saldo de esta faceta de la táctica de deslegitimación fueron dos muertos a mediados del 2002 (Kosteki y Santillán) y otros tantos heridos de bala. Como lo fue también la represión ocurrida en la fábrica Brukman, en un increíble episodio de persecución y represión de los grupos manifestantes, del que no fueron escenarios exentos ni hospitales de niños ni universidades.

Finalmente, una forma de interpretar el marco jurídico en el contexto de la falacia de la contraposición de derechos implicó el brutal aumento de militantes sociales procesados a raíz de las acciones de protesta. La judicialización o criminalización de la protesta social aunque ya se observa en casos puntuales en el periodo menemista, adquiere una dimensión mayor con Duhalde: acumulando ya para entonces más de 3000 procesados en todo el país según estudios del CELS (2003).

Kirchner

Un factor destacable en el mandato de Kirchner, en realidad, se inicia bajo el interinato de Duhalde: se observa un notorio desplazamiento del eje temático y el tenor con el que los medios de comunicación se refieren a la protesta pública en general y a piqueteros en particular. A partir del 20 de noviembre del 2002, en el marco de una escalada de acciones de protesta piqueteras nacionalmente coordinadas la cobertura de los medios se mostró obviamente sesgada: una subrepresentación (en términos de centímetros y segundos mediáticos) de los sucesos de ese día. Este nuevo fenómeno de silencio de radio se continuó, y hasta agudizó, a partir de la asunción de Kirchner, quien, por el estilo de comunicación que encaró (con un discurso netamente progresista en su primer año de gobierno), absorbió muchas de las demandas sociales en relación con la “deuda” en materia de recursos humanos y en relación al reconocimiento gubernamental del sujeto pueblo.

Con este fenómeno de silencio de radio, tanto la visibilidad de la protesta pública como la capacidad de los grupos piqueteristas de comunicar sus demandas se vio claramente alterada y suplantada generalmente por editorializaciones crecientemente negativas.

Este fenómeno se complementa con un acrecentamiento de la falacia de contraposición de derechos como voz hegemónica, tanto de las declaraciones oficiales como de los principales voceros del establishment mediático. Se complementa, también, con continuidad de la teoría de la manzana podrida y la publicidad de las contradicciones propias de las organizaciones piqueteras como elemento demostrativo de cierta intencionalidad perversa e irracionalidad extrema de los grupos que encarnan las acciones de protesta (en clara continuidad con la política de Duhalde).

Otro elemento de continuidad con la política Duhalde es la persecución legal de los militantes sociales a través del procesamiento de las personas que intervienen en acciones de protesta. La represión, sin embargo, adquiere características novedosas. Frente a la violencia física abierta utilizada por los gobiernos anteriores, en el mandato Kirchner opera una aparente limitación del alcance del uso de la fuerza. Plagada de simbolismos, la táctica represiva de Kirchner se orientó a “encuadrar” a las fuerzas de seguridad para evitar “excesos”. Sin embargo esto no ha evitado que se registren al menos dos hechos de sangre: primero un atentado durante el 3er aniversario de la caída de De La Rúa. Un artefacto explosivo que contenía clavos estalla en un tacho de basura en plena Plaza de Mayo generando una decena de heridos. Segundo, un militante popular del barrio de la boca (el oso Cisneros) es asesinado por un narcotraficante con conexiones con la policía local.

3.2- Política Pública y Protesta Social

La forma en que el Estado la ha históricamente practicado las políticas públicas orientadas a los sectores “desprotegidos” (vulnerabilizados o llanamente excluidos en la terminología corriente actual) tiene un impacto sustancial tanto en las dinámicas organizacionales como en las características de la protesta social.

En palabras de Estela Grassi: “en sentido general, la política social no es otra cosa que la forma política (es decir, “estatalizada”) de la cuestión social” (Grassi, 2004). La forma de “estatizar” la cuestión social (para seguir el léxico de esta autora) tiene una historicidad que conviene al menos mencionar brevemente: si bien puede rastrearse hasta principios de la década del '30 (con los primeros programas de Copa de Leche), su gran expansión y sistematización, diversificación y superposición, forman parte del viraje neoliberal en la concepción del estado. Viraje sintetizable como un cambio en el papel del Estado. Caracterizado por el paulatino abandono del modelo del Estado Benefactor (Rosanvallon, 1995; Castel, 1997). Y, en especial, con el abandono de su concepción de políticas públicas “universales” y su reemplazo por un modelo de política pública focalizada: pequeños “parches” que serían puestos en donde se produjeran los mayores daños de la transformación estructural (Trotta, 2003).

Hay dos enfoques en los cuales puede interesarnos esta forma de estatizar la cuestión social: primero, ¿cuánto y cuándo gasta el Estado? ; yY segundo ¿cómo gasta? Ambos aspectos son reflejos de la estaticidad de la cuestión social.

3.2.1- Gasto Social y Pobreza

En otro lado (Masseti 2005b) trabajé la relación entre crecimiento de la pobreza y decrecimiento del gasto público.

Aquí me interesa traer a colación dos conclusiones: la relación no es lineal y requiere para que tenga alguna utilidad analítica, de un marco teórico que la contenga. Podemos sin embargo coincidir con la propuesta de Merklen y decir rápidamente que la relación entre ambas términos asumió una “dinámica paradójica”: “mientras que las políticas de asistencia adquirirían una importancia creciente en el presupuesto de los hogares pobres (...) el Estado veía limitada la base de recursos financieros que podían destinar a estas prestaciones” (Merklen, 2005:57). Esta “dinámica paradójica” sin embargo presenta matices temporalmente identificables:

Un primer momento 1998-2001 en el que se observa un crecimiento de la incidencia de la pobreza en hogares del 30%, al tiempo que una oscilante tendencia negativa se observa en el Gasto Social Focalizado. Este período tiene además relevancia política, tanto para el piqueterismo como para la situación socio-política general. Por un lado, coincide con el periodo de arranque y expansión del piqueterismo en GBA, la emergencia de las principales corrientes; la consolidación de una amplia alianza de centroizquierda (bajo la órbita del FRENAPO y la propuesta del “shock distributivo”), y la generalización del conflicto social en el corazón simbólico, político, económico y demográfico de la Argentina. Por el otro, con el cierre de un largo proceso de erosión de la legitimidad política, que tuviera su pico máximo la caída de De La Rúa y “el que se vayan todos”.

Un segundo momento (específicamente el 2002) en el cual la aceleración del ritmo de crecimiento de la pobreza mes a mes (el “mediascape” del momento lo difundía como más pobres día a día) fue récord debido a las modificaciones en política monetaria. Sólo ese periodo acumula un 40% de crecimiento. Pero, también, coincide con el cambio de gobierno y la aplicación del plan más extenso en la historia de nuestro país en materia social (Jefas y Jefes de Hogar).

Un tercer momento, el actual (2003 en adelante), en el cual, aunque insuficientemente (debido a lo retrasado de la relación), se comienza a revertir la tendencia. El gasto público focalizado comienza a representar un peso relativamente mayor en paralelo al superávit.

3.2.2- Políticas públicas públicas

La relación entre gasto público y protesta social se observa también en función a la herramienta institucional desarrollada para transferir recursos a las poblaciones definidas como merecedoras de asistencia. El diseño de estas herramientas no es menor e implicará una estaticidad (para seguir con la idea de Grassi), diferencial en el periodo de vigencia de cada instrumento. Veamos algunas especificidades.

1983: Del PAN al Plan Trabajar

El proyecto neoliberal de transformación de la estructura productiva fue completado (y extremado) por los sucesivos gobiernos democráticos a partir de 1983. Con un evidente correlato entre la transformación de la acción y el rol gubernamental y el impacto en las “políticas públicas” orientadas a encarar la “cuestión social”. En la Argentina contemporánea se observa, con la implementación del “Plan Alimentario Nacional” (PAN), a mediados de los 80, un intento de “focalizar” el gasto público que es novedoso en la historia de las políticas sociales Argentinas (oscilante, al decir de Lo Vuolo y Barbeito, entre las políticas de corte Bismarkiano –que comprenden el gasto social como “interludio” entre dos situaciones de ocupación- y las de corte “sajón” –que intentan cubrir una mayor franja poblacional a través de “universalizar” ciertas situaciones de emergencia social). La “novedad” del

PAN residía en ser un plan nacional orientado específicamente hacia la pobreza; por su carácter transitorio (como contingencia); y porque su implementación se centraba en la distribución de cajas de alimentos a través de los municipios y sus redes. A nivel nacional, el gobierno de Menem discontinuó este plan, pero continuó con el espíritu de focalización-contingencia que subyacía, a través de aportes monetarios, que, luego de los primeros piquetes-pueblada se formalizarían, a partir de 1996, como Plan Trabajar I (diseñado y financiado por el Banco Mundial). A nivel provincial, bajo la gobernación (1993-99) de Duhalde, en Buenos Aires, las políticas públicas adquirieron un carácter mucho más extenso. A través de una inmensa red, las “manzaneras” –dirigidas por la esposa del gobernador-, se proveía de leche (Plan Vida); al tiempo que proliferaron, sobre todo en los distritos más “ricos” (como en La Matanza con el plan BONUS), planes focalizados con el mismo enfoque que el Trabajar I.

El plan Jefas y Jefes de Hogar

Pensada originalmente en un millón de subsidios, la nómina de planes Jefas y Jefes de Hogar llega a tener cerca de 1.99 millones (durante la campaña presidencial 2003) hasta ubicarse actualmente en cerca de 1.4 millón. Claro está que el magro subsidio de U\$s 50 nunca fue una política social clara, y los requisitos “jefe de hogar”, “con un hijo menor de 18 años a cargo”, “desocupado” y “con contraprestación obligatoria” no solo no contribuyeron a establecer una “población objetivo” coherente con las problemáticas del ingreso o el empleo, sino que además incluyeron dinámicas y “resortes” políticos perversos (Masseti, 2003^a y 2003b), en los que debe incluirse de manera ambigua la capacidad de autoadministración de cupos por ONG’s (como las organizaciones piqueteras.

El “Plan Nacional de Desarrollo Local y Economía Solidaria Manos a la Obra”

El caso estigmático es el “Plan Nacional de Desarrollo Local y Economía Solidaria Manos a la Obra” (otro ejemplo podría ser el “Plan Agua para Todos” para la Matanza), que fue anunciado con bombos y platillos aún antes de haberse hecho el “diseño” del mismo. El subsidio concebido como un aporte dinerario de hasta \$12000 (U\$s 4000) tiene como destinatarios a los municipios u ONG’s que deben desarrollar un “proyecto productivo”. El diseño de esta política pública está empapado por un inusual (en Argentina) optimismo basado en cierta “filosofía económica” de corte progresista-liberal más común en los organismos internacionales en los últimos 40 años de “desarrollismo”. Y al menos a nivel retórico, recupera cierta tradición de “ingeniería social”:

“Manos a la Obra se propone consolidar los vínculos entre las organizaciones gubernamentales y de la sociedad civil, para lo cual es necesario integrar el capital social y el capital económico. Pensado como un “derrame al revés” se recupera la noción de “Economía Social/ Economía Solidaria” para “generar puestos de trabajo” y “aumentar los ingresos”.

Claro está que el destinatario “natural” del plan (el usuario) es sin dudas el beneficiario del Plan Jefas y Jefes de Hogar, quien, de hecho, al menos “pulula” en experiencias asociativas como las que requiere este plan. Lo que crea ciertas contradicciones, en términos de García Delgado³: “Sobre imaginarios y capacidades emprendedoras: de acuerdo a Villar, los beneficiarios se caracterizan por un bajo perfil educativo y una experiencia laboral con un alto porcentaje de tareas no calificadas, junto a bajos porcentajes de las contraprestaciones relacionadas con la actividad económica y la escasa motivación para la formación y capacitación. Este perfil, genera, debilidades en las capacidades

laborales, pero lo que es más significativo para la economía social, una escasa o nula experiencia en participación en organizaciones horizontales y solidarias que, tradicionalmente, aportaba la actividad sindical. De esta forma, si se asume que el sujeto de la economía social debe reunir las características de un emprendedor con actitudes y prácticas solidarias, el perfil de los beneficiarios del PJHD (Plan Jefes de Hogar Desocupados) constituye un serio problema para el desarrollo de la economía social (2003).”

Para expresarlo en otros términos, es interesante la hipótesis que ofrece Salvia (2004): “Los actores movilizados alrededor de la llamada economía social no son agentes directos del cambio social en un sentido progresista. Ni a nivel global, ni a nivel local. Por el contrario, sus prácticas y representaciones tienden a generar una redefinición de los lazos sociales en dirección a una mayor degradación de los espacios institucionales asociativos establecidos; incapaces estos, a su vez, de recomponer la legitimidad perdida. De tal manera que lo más destacable del actual proceso socio-político no sea el alto grado de reacción, identidad o autoorganización social que la falta de empleo genera entre los pobres y desplazados; sino los efectos de mutación que el conjunto de la situación (desamparo + reacción) tiende a producir sobre el orden social, poniendo en escena respuestas locales que reproducen de manera ampliada y sin solución, una matriz atomizada y conflictiva de integración social”. A pesar de la tendencia casteliana de recurrir a cierto formalismo que porta la idea de “orden” para “aprender la situación como una desviación” (Castel, 1995:390) y la provocativa polémica con cierto neomarxismo hollowaiano, es interesante rescatar de esta hipótesis la posibilidad de pensar críticamente ese “liberalismo-progresista” que pretende invertir la utopía del desarrollo por “derrame” (en donde el sector más concentrado de la economía sería capaz de traccionar al resto). La mera idea de “capital social” no basta para recomponer una trama socio-laboral que lleva 30 años de descomposición. Y, por el contrario, las prácticas que genera la implementación de este Plan, si no fomentan, al menos reproducen la precarización laboral. Y más importante aún es porque dada la estrategia de reconversión de las relaciones entre ONG’s y Estado Nacional y Municipios y Estado Nacional, que prevé el plan desde su diseño primario, es observable una tendencia a la utilización del subsidio como un mecanismo de “re-afiliación” de solidaridades políticas (que tiene sin lugar a dudas al distrito de “La Matanza” como escenario privilegiado, en donde las “rupturas” y “pasajes” de grupos de la CCC a la órbita municipal es abiertamente encarada como política local).

Palabras Finales

Como apretada síntesis se puede decir para terminar que la metodología del análisis longitudinal de series de fenómenos nos permite por un lado identificar los distintos momentos y mutaciones de la protesta piquetera; que por añadidura (si reconocemos inductivamente la parte que “piqueteros” representa) son al menos un síntoma en lo que se refiere a la protesta social toda en Argentina. La combinación de estas series históricas en el lapso 1990-2005 nos permite proponer tres subperíodos en ese lapso: 1997-1999; 1999-2002 y del 2002 -2005. La relevancia de esta clasificación reside en tal caso en ella capacidad descriptiva que conllevan. Permittiéndonos enmarcar el diagnóstico de la situación actual de la protesta piquetera: a partir del 2003 se observa la particularidad de un importante cambio en el tenor e intensidad, a tal punto que se

puede sostener la idea de una clara distinción entre la protesta piquetera hasta esa fecha y lo que sigue desde.

Parte de esta merma en la intensidad de las acciones de protesta y su reubicación espacial se explica por el desgaste y la deslegitimación que implican los más de diez años de piqueterismo en nuestro país. Por un lado, no ha mejorado la situación legal de los procesados; y la acumulación de procesos judiciales en torno a quienes ejercen el derecho a manifestar adquiere alarmantes proporciones. Por el otro, especialmente a partir de mediados del 2003, y también como Duhalde y antes De La Rúa y Menem, se opera mediáticamente para limar la legitimidad frente a la opinión pública del piqueterismo. Sea vía la falacia de la contraposición de derechos; sea vía descalificar moral o políticamente («que son vagos», «manipulan recursos públicos», «persiguen otros intereses»). Planteándose así un escenario completamente distinto al que se observaba hasta finales del 2002: efectivamente, piqueteros eran los de antes.

Pero más importante aún son los cambios a nivel organizacional y la relación entre las agrupaciones piqueteras y las agencias gubernamentales. Organizacionalmente, se han reestructurado tanto las alianzas entre grupos como se han generado nuevos agrupamientos en torno al clivaje que propone la “transversalidad”⁴ kirchnerista; generando un efecto polarizante del campo opositor (casi exclusivo ahora de partidos de izquierda) piquetero. Se visualiza este fenómeno de manera cuantitativa: la protesta piquetera ha decrecido en intensidad; y cualitativamente se puede observar en paralelo que se ha concentrado especialmente en Buenos Aires. Este complejo de cambios en el escenario político nacional se complementa (y en cierta medida se puede decir que se basa) con las reformas paulatinas en la aplicación de políticas asistenciales, que tienen un impacto profundo en términos políticos. A lo errático de la política de asistencia pública para encarar el impacto de las transformaciones estructurales de los últimos 30 años en nuestro país debe sumársele el hecho que la asistencia social a partir de distintos tipos de subsidios pasa a integrar el núcleo de demandas de los “piqueteros”: retroalimentando la tensión que implica (como señala Denis Merklen en varios estudios) los procesos de colaboración y confrontación entre los actores sociopolíticos que entraña “piqueteros” y los distintos niveles del poder político. Desde finales del 2001 se intercala la confrontación (discursiva o

represiva) con los “piqueteros” y la cooptación: observándose selectivamente una «mano izquierda» del Estado más suelta. La política de asistencia social (masificada a partir de Duhalde) tiende hoy a concentrarse en grupos políticos y sectores sociales específicos (incluso notoriamente discrecional a lo largo del territorio nacional); prometiendo “focalizarse” cada vez más (con el desmantelamiento del Plan JyJH).

La forma en que impacta la política pública en el plano organizacional de “piqueteros” es tan visible como lo que implica el plano meramente político a partir de la trama “transversal” pro-kirchnerista: Por un lado los grupos políticos (que deben institucionalizarse en ONG’s para acceder a los recursos), dependen de una constante inyección de recursos para mantener lo que se considera un logro en materia social: una creciente capacidad de responder específicamente a las necesidades de su base social. Claro está que la idea de un proyecto autosustentable es todavía algo muy difícil de plasmar en la realidad. Por lo general, las actividades desarrolladas apenas alcanzan a cubrir las necesidades diarias. Es cierto que hoy se disponen, aunque discrecionalmente, de más recursos, pero eso no quiere decir que sea posible reemplazar con este tipo de economía popular al sistema capitalista. Por otro lado el límite que presenta este modelo de resolución de las necesidades de sectores de la población a partir de la gestión y administración de los recursos estatales es su carácter temporal; implicando a futuro, una redefinición del modelo de país que queremos.

Hoy parecería ser que el método más viable de conseguir recursos es agilizando los mecanismos de negociación (cuando no formar parte de algún nivel estatal directamente) con las distintas agencias gubernamentales. Lo que tenemos que ver es que la forma en que llega el recurso es limitadora del crecimiento y calidad organizacional. Hoy este “modelo” implica una gran debilidad y dependencias políticas, porque la mayoría de los planes sociales dependen del ejecutivo: lo que representa a nivel social una gran falla. Si no se logra que este tipo de política pública esté bajo institucionalizada en la ley de presupuesto, por ejemplo y no se crean mecanismos de institucionalización de la distribución de recursos que estén por fuera de la confrontación política es muy fácil los recursos sociales que las organizaciones utilizan desaparezcan. Y con ello que se revierta las condiciones generadas en la actual coyuntura política.

Notas:

² La figura más representativa en este proceso es sin lugar a dudas Luis D’Elía, militante barrial proveniente de las tomas de tierra en el sur del conurbano bonaerense a principios de los 80’s, ex diputado por el Polo Social y actual subsecretario de vivienda. Quién no solo fundamentó su propia fallida candidatura a gobernador de Buenos Aires en el 2003 como el aliado incondicional del entonces futuro presidente, sino que al poco tiempo de la asunción de Kirchner lisa y llanamente anunció un cambio en la estrategia del sector “piqueterista” que lidera: abandonar la calle.

³ <http://www.desarrollosocial.gov.ar/foro/discursos/discurso2.html>

⁴ Lo novedoso del momento que estamos viviendo es que se puede entrever como han surgido nuevas expectativas a partir del discurso de asunción de K: comienzan a resurgir contenidos de la cultura política argentina que parecían abandonados al ámbito barrial. La “re-peronización” de la dirigencia política y su impacto en los clivajes socio-políticos, es aún un interrogante. Pero es posible afirmar que (como lo intentó Rodríguez Saa) el interregno de la desperonización menemista está acabado. Si comparamos con Lula, Tavaré, y hasta cierto punto con Chavez, Morales y Gutiérrez, podemos intuir un “neo-populismo” latinoamericano, complejo y contradictorio, pero diferente al “pensamiento único” que lo precedía.

Bibliografía

- Auyero, Javier. (2004). *Vidas Beligerantes*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Auyero, Javier. (2002b) *La protesta*. Buenos Aires: Ediciones del Rojas
- Carrera, Iñigo y Cotarelo, M.C. *La protesta social en los 90*. PIMSA, Buenos Aires, 2000
- Carrera, Iñigo. (2002) *Piqueteros: los caminos de la protesta popular*. Buenos Aires: Enfoques Alternativos.
- CELS (2003). *El estado frente a la Protesta Social 1996-2002*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Delamata, Gabriela (2005). *Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires y la(s) crisis*. En: Schuster et al. (comps.) *Tomar la palabra*. Buenos Aires: Prometeo.
- Delamata, Gabriela y Armesto, Melchor (2005) *Construyendo el pluralismo territorial. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales*. En: Delamata, Gabriela (comp.) *Ciudadanía y territorio*. Buenos Aires: Espacio.
- Forni, Pablo (2002). *La búsqueda de nuevas formas de organización popular: Del Consejo de la Comunidad a la mutual el Colmenar*. En: Forni, Floreal (comp.) (2002) "De la exclusión a la organización". CICCUS, Buenos Aires.
- Grassi, Estela (2004), *Problemas de la teoría, problemas de la política. Necesidades sociales y estrategias de política social*. En: *Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV . . número16 . número16. veranoVerano 2004 - ISSN :ISSN: 1515-6370 -*
- Gurrera, María Silvana (2005). *La redefinición del conflicto social. La conformación de la Central de Trabajadores Argentinos*. En: Delamata, Gabriela (comp.) *Ciudadanía y territorio*. Buenos Aires: Espacio.
- Lo Vuolo, Rubén y Barbeito, Alberto (1998). *La nueva oscuridad de la política social*. Buenos Aires: CIEPP.
- Manzano, Virginia (2003), *Piqueteros y beneficiarios: modalidades de acción sociopolítica y porcesoproceso de construcción identitaria*. (mimeo)
- Massetti, Astor (2004a). *Piqueteros: Acción de protesta e identidades colectivas*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias. ISBN 987-20200-8-6
- Massetti, Astor (2005). *La pobreza como disputa política*. En: Mallimaci, F. y Salvia, A. "Los nuevos rostros de la marginalidad", Buenos Aires:, Biblos.
- Merklen, Denis (2002). *Le quartier et la barricade*. Atelier Argentine, CEPREMAP, Ecole Normal Superiore de Paris.
- Merklen, Denis (2005). *Pobres Ciudadanos*. Buenos Aires: Gorla.
- Schuster, Federico y Scribano, Adrián. (2001) *Protesta social en la Argentina de 2001*. Revista OSAL, Septiembre de 2001.
- Scribano, AdrianAdrián (1999). *Argentina cortada: "cortes de ruta y visibilidad social en el contexto del ajuste"*. En: López Amaya, M. (editora) "Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América popular en los años del ajuste", Caracas: Nueva VisionVisión. 1999.
- Svampa, Maristela y Pereyra, SebastianSebastián (2005). *La política de los movimientos piqueteros*. En: Schuster et al. (comps.) *Tomar la palabra*. Buenos Aires: Prometeo.
- Svampa, Maristella (2005). *La sociedad Excluyente*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003). *Entre la ruta y el barrio*. Buenos Aires: Biblos.

¿Disipación del desempleo o espejismos de la Argentina post devaluación?

Agustín Salvia *, Luciana Fraguglia ** y Ursula Metlika ***

I. Introducción

La vinculación entre los cambios estructurales y el deterioro de la situación social a fines del siglo XX en la Argentina, forman una idea fuerza ampliamente aceptada. Avala esta línea de diagnóstico una extensa literatura que describe el alcance del problema en términos de pobreza, desempleo, precariedad laboral y desigualdad en la distribución del ingreso. Entre sus causas funcionales, el problema tiende a ser explicado por la volatilidad económica que ha experimentado el país y la debilidad institucional del Estado. En cualquier caso, se reconoce como causa más estructural la falta de un programa estratégico de desarrollo capaz promover un crecimiento relativamente estable e integrar al país al escenario de una economía globalizada¹.

En este contexto, la crisis del empleo resulta un fenómeno especialmente complejo cuya explicación -tal como destacan la mayoría de los trabajos de investigación- no se reduce a los cambios estructurales de la última década. Sin embargo, también es cierto que durante el programa de reformas estructurales -bajo el régimen de convertibilidad-, el deterioro del mercado de trabajo argentino alcanzó una virulencia significativa, afectando en forma global y cualitativa la estructura social del trabajo². En términos de balance resulta evidente que el deterioro del empleo constituyó un rasgo característico tanto de las fases de crecimiento (1991-1994 y 1996-1998) como de crisis (1995-1996 y 1999-2001) a lo largo de la década del noventa.

Este deterioro ha dejado en evidencia un mercado de trabajo heterogéneo en cuanto a su funcionamiento interno y a las oportunidades de movilidad ocupacional y social que genera. La literatura aborda la descripción del problema en términos de heterogeneidad sectorial (empleos en el sector formal o el sector informal) o en términos de precariedad laboral (empleos registrados y estables o empleos precarios o inestables) o en términos de desajuste entre la calificación demandada de los nuevos puestos y la calificación de la fuerza de trabajo. En cualquier caso, la calidad del empleo creado constituye un indicador importante para evaluar los desequilibrios del mercado de trabajo o, incluso, llamar la atención sobre la existencia de mercados que funcionan de manera segmentada. La salida del modelo de la convertibilidad y la reactivación económica y ocupacional ulterior a la crisis de dicho modelo generan un conjunto de interrogantes relevantes en cuanto al actual comportamiento y las perspectivas que presenta este mercado de trabajo. Por donde se los mire los datos oficiales sobre crecimiento de la actividad, el empleo y la ocupación horaria resultan positivos y promisorios. Ahora bien, ¿en qué medida la recuperación económica está implicando un cambio en el funcionamiento del mercado de trabajo? ¿Qué alteraciones se están produciendo en términos de calidad del empleo y en la estructura del desempleo?

El presente artículo aborda estas preguntas analizando distintas formas de empleo y de desempleo, bajo la hipótesis de que a pesar de la recuperación económica y laboral, se mantiene vigente un mercado de trabajo segmentado en cuanto a sus rasgos estructurales y modos de funcionamiento. De este modo, se busca un acercamiento que brinde mayores elementos de análisis con el objetivo de evaluar los cambios ocurridos en la "calidad ocupacional" durante el período 2003-2005. Este análisis considera: 1) diferentes formas de inserción laboral, así como condiciones productivas e institucionales asociadas a cada inserción, en términos de estabilidad, protección, cantidad de horas trabajadas e ingresos laborales; y 2) diferentes formas de desempleo, tales como el desempleo de tipo 'friccional' y la desocupación de carácter estructural. La información empírica fue elaborada a partir de los microdatos trimestrales de la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC (Continua), correspondientes al período que va del 3º trimestre de 2003 al 3º trimestre de 2005, para el total de aglomerados urbanos del país relevados por el INDEC.

II. El método utilizado para abordar la calidad ocupacional

La literatura ha mostrado la importancia del trabajo como un factor que marca el proceso de formación de una identidad adulta y el modo de integración en la vida social. Por lo tanto, la imposibilidad de conseguir un empleo -o de perderlo en caso de contar con él- tiene un efecto negativo sobre la formación de la personalidad. En tal sentido, los estudios han demostrado que la situación de desempleo debilita tanto la integración social como la estabilidad psicológica, mostrando una asociación inversa entre el desempleo y el bienestar personal medido en términos de depresión, ansiedad y autoestima³.

Los sectores de la población participan de la necesidad de un trabajo o empleo, ubicados en espacios económicos y sociales particulares, lo cual implica la existencia de muy distintas posibilidades de acceso a recursos y capacidades de realizar logros de desarrollo a partir del trabajo. Sobre esta desigual estructura de oportunidades, parece emerger una realidad social globalizada sometida a un proceso que opera en dos direcciones: a) un mayor desarrollo técnico puesto al servicio del desarrollo personal a favor de unos pocos privilegiados que pueden hacer del trabajo una fuente de realización personal; y b) una multiplicación de las economías de la pobreza en donde el trabajo es para una gran mayoría requisito de subsistencia y fuente de explotación o de auto explotación forzada. Estos procesos abren el escenario del trabajo a un estallido de mayores desigualdades en un orden social cada vez más polarizado. En este contexto, las sociedades modernas han procurado instalar el derecho universal de las personas a sostener y desarrollar su vida a través de un

37

* Investigador CONICET. Coordinador del Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA (CEyDS-IIGG), investigador jefe del Observatorio de la Deuda Social Argentina/UCA.

** Becaria CONICET. Integrante del CEyDS-IIGG.

*** Lic. en Sociología. Integrante del CEyDS-IIGG.

trabajo digno y estable. De esta manera, el trabajo ha pasado a ser materia de fomento, protección y regulación de los Estados⁴.

En lo que respecta al caso argentino, son conocidas las diferenciales estructurales que presentan los distintos sectores sociales en cuanto a poder acceder a un empleo y, aun más, si de lo que se trata es de acceder a un trabajo de calidad a las normas nacionales e internacionales que regulan los derechos laborales. Por otra parte, es también conocida la vigencia de un complejo vector de condicionantes que atraviesan el mercado laboral, segregando las oportunidades de inserción y movilidad de la población según su particular posesión de capitales educativos y socio-culturales⁵. Al respecto, se ha puesto de manifiesto que se trata de un problema de tipo estructural, sobre el que muy poca incidencia han tenido las diferentes coyunturas de crecimiento económico y los variados formatos institucionales que asumieron las políticas económicas y sociales durante los últimos años (Salvia, 2004; 2005).

¿Cómo abordar esta segmentación en las oportunidades laborales que surge de la estructura social y se reproduce en los comportamientos e intercambios que establecen los agentes económicos y sociales? Si aceptamos que la economía tiene capacidad para generar distintos tipos de puestos de trabajo, entendiendo que esto conlleva a situaciones diferenciales para quienes los ocupan (baja o nula protección laboral y social, bajos salarios, inestabilidad), el problema de la calidad de los

puestos generados y el tipo de desempleo existente puede ser un indicador de dicha segmentación. Para ello resulta útil distinguir diferentes segmentos ocupacionales a partir del comportamiento que registran algunas variables críticas del mercado de trabajo (empleo, protección social, salario, etc.)⁶.

Desde esta perspectiva, el mercado de trabajo puede ser representado a partir del funcionamiento de las condiciones, normas e instituciones sociales que rigen y estructuran espacios diferenciados dentro del conjunto de interacciones entre puestos y trabajadores. El adoptar esta particular mirada sobre la segmentación del mercado –descartando el recorte por productividad o tamaño de las unidades económicas– permite identificar diferentes estratos ocupacionales con distintas capacidades de integración y movilidad social. Sin duda, esta perspectiva sobre el problema toma distancia de los enfoques que suponen un mercado homogéneo, auto regulado y en donde el desempleo se define como “voluntario” y explicado por las expectativas sobrevaloradas de la mano de obra.

Tomando en cuenta estas consideraciones, no parece recomendable evaluar los cambios en el nivel y la calidad del empleo a través de los indicadores tradicionales sobre el mercado laboral (actividad, empleo, desocupación, subocupación). En el mejor de los casos, tales variables pueden dar cuenta de tendencias generales, pero no de las diferentes formas y comportamientos que puede presentar el mercado laboral. La simple y directa aplicación de estos indicadores no permite efectuar distincio-

Figura N°1: Definiciones operativas de los segmentos y categorías de análisis.

EMPLEOS EN EL SEGMENTO PRIMARIO	EMPLEOS EN EL SEGMENTO SECUNDARIO
<p>Empleos Plenos: Ocupados autónomos con capital intensivo o en relación de dependencia con trabajo estable, de tipo registrado y con aportes a la seguridad social, que no desean trabajar más horas ni buscan otro empleo, y con ingresos totales superiores a la canasta familiar de indigencia (*).</p> <p>Empleos Parciales: Ocupados autónomos con capital intensivo o en relación de dependencia con empleo pleno en términos de estabilidad, afiliación a la seguridad social e ingresos, pero demandantes de empleo y/o con deseo de trabajar más horas.</p>	<p>Empleos Precarios: Ocupados autónomos sin capital intensivo o en relación de dependencia en puestos inestables, irregulares o sin beneficios sociales pero con ingresos laborales totales superiores a la canasta familiar de indigencia.</p> <p>Trabajos de Indigencia: Ocupados autónomos sin capital intensivo o en relación de dependencia con ingresos laborales totales inferiores a la canasta familiar de indigencia, en su mayoría inestables, irregulares y sin beneficios sociales.</p> <p>Empleos Asistidos: Ocupados en relación de dependencia del sector público o social que no realizan aportes de seguridad social (en general reciben ingresos totales menores a la canasta familiar de indigencia.)</p>
DESEMPLEO RECIENTE	DESEMPLEO ESTRUCTURAL
<p>Desempleo Reciente: Desocupados con experiencia laboral previa que no trabajan, desean trabajar y buscan empleo hace menos de 6 meses.</p> <p>Nuevos Trabajadores: Desocupados sin experiencia laboral previa, que se encuentran en esta condición desde su incorporación a la población activa (menos de 6 meses).</p>	<p>Desempleo Estructural: Desocupados con experiencia o sin laboral previa que buscan empleo hace más de 6 meses.</p> <p>Desaliento Laboral: Desocupados que, deseando trabajar, no buscan empleo porque no creen encontrarlo.</p>

(*) La canasta familiar de indigencia se definió como los ingresos laborales necesarios para cubrir las necesidades alimenticias básicas de una familia tipo de dos adultos y dos niños, a partir de la línea de indigencia estimada por el INDEC y correspondiente a cada medición.

Fuente: Grupo Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto Gino Germani / UBA y Observatorio de la Deuda Social / UCA

nes con relación al tipo de empleo generado, ni en cuanto al avance o retroceso del desempleo estructural y de los segmentos primarios o secundarios del mercado laboral. Estas limitaciones nos han llevado a ampliar la noción de problemas de empleo procurando medir con mayor detalle la “calidad ocupacional” que genera el desenvolvimiento económico y social al interior del mercado de trabajo. En función de estas preocupaciones se ha procedido a identificar una serie de categorías ocupacionales de empleo y desempleo que permiten analizar con mayor detalle la compleja situación del mercado laboral argentino. Tal clasificación busca constituirse en una aproximación a la segmentación laboral, buscando diferenciar formas de empleo o de desempleo distintas –en términos de tipo y calidad-. Este procedimiento no implica sostener la desvinculación de los segmentos del mercado de trabajo y las formas precarias o marginales de empleo con respecto a los sectores económicos, pero sí, al menos, busca no ligarlas por definición a un sector determinado (p.e. formal o informal, tradicional o dinámico, público o privado, etc.).

Para este trabajo, la “calidad ocupacional” se definió en términos operativos a través de clasificar la actividad económica principal de la población económicamente activa –ampliada por la población laboralmente desalentada-, distinguiendo distintas calidades de empleo y tipos de desempleo:

- a) En primer lugar, se ha identificado a los empleos que se realizan en el segmento más moderno y dinámico del mercado de trabajo, siendo los mismos de alta calidad por contar con estabilidad, ingresos por sobre los mínimos de subsistencia, aportes a la seguridad social y protección legal (empleos en el segmento primario).
- b) En segundo lugar, se reconoce una importante porción de empleos que se desarrollan en el segmento más atrasado, escasamente regulado y más competitivo del mercado de trabajo. Se trata de empleos sin protección legal ni social, trabajos con ingresos por debajo de las necesidades de subsistencia, o incluso, subocupaciones que se desarrollan en el marco de los programas de empleo público (empleos en el segmento secundario).
- c) Por otra parte, al interior del desempleo, se ha clasificado en primer lugar a aquellos desocupados que registran menor tiempo de desempleo, tengan o no experiencia laboral anterior, con alta probabilidad de ser el mismo un empleo de tipo friccional (desempleo reciente).
- d) Por último, se ha identificado aquellos desocupados que registran un mayor tiempo de desempleo o que, si bien desean trabajar, no buscan empleo porque no creen poder encontrarlo (desempleo estructural).

La figura N° 1 brinda las definiciones operativas utilizadas para

delimitar cada segmento o categoría de análisis:

III. El escenario reciente de expansión del empleo.

Con posterioridad al impacto generado por la devaluación de 2002, la introducción de herramientas macroeconómicas basadas en un tipo de cambio alto, elevado superávit fiscal y relativo control inflacionario, generó condiciones internas favorables para que tuviera lugar un crecimiento económico promedio del PBI al 9% anual. Este crecimiento económico ha impactado en forma directa y positiva sobre el empleo, aumentando la demanda en términos absolutos y haciendo caer sistemáticamente las tasas de desempleo y subempleo. Durante los primeros semestres post crisis, esta expansión del empleo tuvo un desempeño extraordinario (medido en términos de elasticidad empleo – producto, ver Cuadro 1), pero con el correr del ciclo este comportamiento inicial tendió a amortiguarse, alcanzando la creación de empleos a niveles similares a los de la segunda parte de la década del noventa⁷. En efecto, el seguimiento de los indicadores sobre actividad y empleo permiten reconocer tendencias que ya vienen siendo observadas desde la literatura especializada: tras un acelerado incremento de la ocupación vinculada a la expansión inicial de la producción en base a la utilización de capacidad instalada ociosa, la proximidad a tasas de crecimiento sectoriales sostenibles vuelven los niveles de crecimiento del empleo a valores más próximos a las tendencias históricas a razón de la estructura productiva existente (Feliz y Pérez, 2005). De todos modos, el crecimiento del producto a una tasa del 9% anual ha seguido empujando al desempleo hacia la baja y según los datos oficiales la tasa de desocupación habría bajado del 20,4% en el primer trimestre de 2003 al 10,1% en el cuarto trimestre de 2005 (incluyendo como ocupados a quienes tienen planes de empleo y realizan alguna contraprestación laboral). Ese comportamiento puede entenderse en el sostenimiento de una competitividad vía costos (incluido los costos laborales), sustentada en la depreciación del tipo de cambio y en un retraso en la planificación de un crecimiento económico orientado a la expansión de la productividad. Si bien parece evidente que la recuperación del empleo se presenta como un objetivo dentro de la política desde el gobierno, en el marco de las restricciones señaladas –aún bajo un ciclo económico expansivo- las posibilidades de recuperación de la situación social a partir de las formas de inserción de la fuerza de trabajo en el mercado laboral resultan todavía –tal como veremos- limitadas. De ahí los interrogantes sobre los límites que la sola expansión de la economía puede tener en cuanto al impacto positivo sobre el funcionamiento del mercado de trabajo y la

Cuadro N° 1: Variación del Producto y del Empleo Total

Períodos	Variación del Producto	Variación del Empleo Total	Elasticidad
1994 / 1991	8,2	1,2	0,14
1996 / 1998	5,9	2,0	0,34
2004:III/2003:III	8,7	6,1	0,70
2004:IV/2003:IV	9,3	4,4	0,47
2005:I/2004:I	8,0	2,2	0,27
2005:II/2004:II	10,4	2,6	0,25
2005:III/2004:III	9,2	3,4	0,37

Fuente: Elaboración propia con base en datos del Ministerio de Económica e INDEC.

situación social, el cual no parece encontrar alteraciones en su dinámica de segmentación y restricción de la estructura de oportunidades, en un marco de restricciones a la aplicación de políticas efectivamente redistributivas⁸.

IV. Situación laboral, estructuras del empleo y segmentación del mercado laboral

A fin de reconocer el impacto del crecimiento económico sobre la dinámica del mercado de trabajo se describe la evolución de la estructura ocupacional centrando el análisis en la calidad de la inserción ocupacional y la segmentación del mercado laboral. El trabajo se ubica en el nuevo escenario expansivo post devaluación (tercer trimestre de 2003 y el tercer trimestre del 2005) a partir de las bases de datos y proyecciones de población de la EPH-INDEC. Para ello, se analizan los cambios netos y las variaciones absolutas experimentadas por la población activa (ampliada por la inclusión de los desalentados) para el total de los aglomerados relevados.

Evolución de la situación laboral de la fuerza de trabajo

El Cuadro 2 que se presenta a continuación da cuenta de la participación relativa de los diferentes segmentos ocupacionales para el empleo y tipos de desempleo a lo largo de los últimos dos años (3º trimestre 2003 al 3º trimestre 2005), correspondiente al total de las áreas urbanas relevadas por la EPH. Un primer acercamiento a los datos, nos permite corroborar la tendencia de crecimiento de la participación del empleo y la consecuente caída de la participación del desempleo. Sin embargo, es preciso analizar este comportamiento a partir de la desagregación de la información para comprender el alcance de dicha recuperación al interior de los segmentos del mercado de trabajo y de la estructura del desempleo.

En primer lugar, se destaca un aumento de la participación vinculada a situaciones de empleo propias del segmento primario (del 30% al 36% entre puntas de período), a la vez que la participación del empleo en el segmento secundario se

mantuvo estable (con valores próximos al 51%). Dicho comportamiento constituye un dato importante de la marcada heterogeneidad estructural que continúa presentando el mercado laboral. En segundo lugar, se observa que si bien el empleo pleno en el segmento primario ha aumentado, esto se da conjuntamente con la reducción de los empleos parciales. Por otro lado, dentro de la estructura del segmento secundario, se reconoce un claro aumento de los empleos precarios junto a una reducción de los trabajos de indigencia y de los planes de empleo. De tal forma se entendería la estabilidad del segmento dentro del cual se manifiestan los efectos positivos de las políticas distributivas y las redefiniciones en las políticas de empleo, y una simultánea expansión de empleos de baja productividad y sin acceso a la cobertura social.

Por último las fluctuaciones que se observan al interior del desempleo, dan cuenta de la heterogeneidad en las oportunidades de acceso a un empleo. En primer lugar debemos destacar la caída del desempleo estructural, principalmente entre los cesantes de más de seis meses. Si bien el desempleo reciente presenta una recuperación menor al antes dicho, su peso relativo al interior de la desocupación sigue ubicándose por debajo del desempleo estructural⁹.

De esta manera, a pesar de que la situación general ha experimentado una mejora significativa respecto a los años signados por la crisis post convertibilidad, no puede dejar de observarse que en el tercer trimestre de 2005 casi el 60% de población económicamente activa urbana continúa presentando problemas en el acceso a empleos de calidad. Estos problemas refieren a situaciones de desocupación estructural, trabajo con ingreso por debajo de la canasta familiar de indigencia y empleos precarios. En tal sentido y conociendo la evolución que siguió el mercado de trabajo a lo largo de estos últimos dos años, cabe preguntarse sobre el alcance en la participación de la población ocupada dentro de las distintas categorías de la ocupación. Específicamente interesa indagar sobre la incidencia

Cuadro N° 2: Situación Laboral de la Población Activa Ampliada. Total Urbano EPH, 2003 – 2005.

Situación Ocupacional	III 2003	IV 2003	I 2004	II 2004	III 2004	IV 2004	I 2005	II 2005	III 2005
Total Empleo	81,0	82,2	82,2	82,9	84,3	85,7	83,8	85,7	86,7
<i>Empleo Segmento Primario</i>	30,3	32,8	30,1	33,1	32,4	34,4	32,4	36,1	35,9
Empleo Pleno	24,7	26,6	24,2	27,3	27,2	28,9	27,2	31,3	31,0
Empleo Parcial	5,6	6,2	5,9	5,8	5,2	5,5	5,2	4,8	4,9
<i>Empleo Segmento Secundario</i>	50,7	49,4	52,1	49,8	51,9	51,3	51,4	49,6	50,8
Empleo Precario	19,7	20,7	21,5	21,8	22,0	23,4	24,5	24,4	24,9
Trabajos de Indigencia	25,1	22,3	25,1	23,4	25,3	23,7	22,9	21,5	22,7
Planes de Empleo	5,9	6,4	5,5	4,6	4,6	4,2	4,0	3,7	3,2
Total Desempleo	19,0	17,7	17,7	17,1	15,7	14,3	16,1	14,3	13,3
<i>Desempleo Reciente</i>	7,2	7,4	7,7	7,8	7,1	6,5	8,1	6,5	6,0
Cesantes hasta 6 meses	6,4	6,4	6,6	7,0	6,2	5,8	7,0	5,8	5,5
Nuevos Trabajadores	0,8	1,0	1,1	0,8	0,9	0,7	1,1	0,7	0,5
<i>Desempleo Estructural</i>	11,8	10,3	10,0	9,3	8,6	7,8	8,0	7,8	7,3
Cesantes más de 6 meses	8,9	7,7	6,8	6,7	5,9	5,3	5,2	5,4	5,0
Activos Desalentados	2,9	2,6	3,2	2,6	2,7	2,5	2,8	2,4	2,3
Total PEA	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Grupo Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto Gino Germani / UBA y Observatorio de la Deuda Social / DIICA, con base en datos de EPH-INDEC.

Cuadro N° 3: Estructura del Empleo. Total Urbano EPH, 2003 – 2005.

Situación Ocupacional	III 2003	IV 2003	I 2004	II 2004	III 2004	IV 2004	I 2005	II 2005	III 2005
Total Empleo	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
<i>Empleo Segmento Primario</i>	37,4	39,9	36,6	40,0	38,5	40,2	38,7	42,1	41,4
Empleo Pleno	30,5	32,4	29,4	33,0	32,3	33,8	32,5	36,5	35,8
Empleo Parcial	7,0	7,5	7,2	7,0	6,2	6,4	6,2	5,6	5,6
<i>Empleo Segmento Secundario</i>	62,6	60,1	63,4	60,0	61,5	59,8	61,3	57,9	58,6
Empleo Precario	24,3	25,2	26,1	26,2	26,1	27,3	29,2	28,5	28,6
Trabajos de Indigencia	31,0	27,1	30,6	28,2	30,0	27,6	27,4	25,1	26,2
Planes de Empleo	7,2	7,7	6,7	5,5	5,4	4,9	4,8	4,3	3,7

Fuente: Grupo Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto Gino Germani / UBA y Observatorio de la Deuda Social / DIICA, con base en datos de EPH-INDEC.

de la demanda laboral de los sectores público y privado en la estructura del empleo.

Evolución de la calidad del empleo según sector público o privado

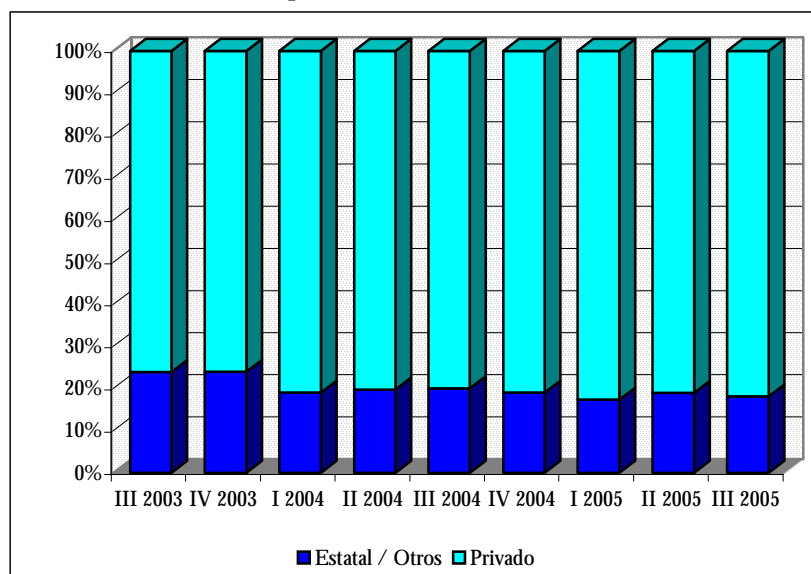
Una primera observación que se deriva del análisis de la estructura del empleo total (Cuadro 3) es que el crecimiento del mismo en el segmento primario estuvo dado fundamentalmente por el incremento progresivo del empleo pleno, a costa incluso del empleo parcial dentro del mismo segmento. Este último fenómeno podría estar dando cuenta de una expansión de la jornada laboral, en principio reducida involuntariamente. Por otro lado, la leve disminución del empleo en el segmento secundario se explica por la evolución del segmento a partir del segundo trimestre del 2005. Dicha disminución se produce básicamente por la caída de los planes de empleo y la mejora en los niveles salariales que reduce estadísticamente los empleos de indigencia. Estos dos comportamientos se contraponen con el seguido por el empleo precario, que tras mantener ciertos niveles de estabilidad hasta fines del 2004, aumenta desde sistemáticamente durante 2005.

Si bien no puede hablarse de desplazamientos necesarios entre las categorías del segmento secundario, es factible imaginar transferencias entre estas. En un mercado de trabajo donde sólo algo más del 40% de la población ocupada accede a un empleo con cobertura social e ingresos aceptables, las oportu-

nidades de obtener un puesto en el sector más dinámico (donde las demandas de competencias son mayores) viniendo del segmento más retrasado, parece encontrar canales reducidos, al menos para el grueso de la fuerza de trabajo que se encuentra en el segmento secundario del mercado laboral. Esta breve descripción de la estructura del empleo, nos permite introducirnos en el análisis de la evolución de la composición sectorial del empleo, diferenciando el comportamiento del sector privado del sector público¹⁰. Al respecto, a nivel del conjunto de aglomerados urbanos relevados, se observa un paulatino retroceso del sector público en el peso del empleo total. En tal sentido, la mayor contracción se registra en el segundo semestre de 2003, el cual se continúa durante todo el período hasta alcanzar una caída de 6 p.p. entre puntas. De esta manera, entre el tercer trimestre de 2003 y el tercer trimestre de 2005, el sector público redujo su participación en el empleo total del 24% al 18% (ver Gráfico 1).

Ahora bien, el análisis de la evolución de la estructura del empleo al interior de cada sector (Cuadro 4) muestra un comportamiento muy similar entre sí (si bien en proporciones diferentes), destacándose el incremento tanto del empleo pleno como del empleo precario en ambas esferas. El aumento de los empleos de calidad a lo largo de los trimestres (con mayor incidencia en el sector público) explica la creciente participación del segmento primario en el total de la ocupa-

Gráfico N° 1: Participación de los sectores público y privado en el empleo total. Población Ocupada. Total Urbano EPH, 2003 – 2005.



Fuente: Grupo Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto Gino Germani / UBA y Observatorio de la Deuda Social / DIICA, con base en datos de EPH-INDEC.

Cuadro N° 4: Estructura del Empleo por sector de inserción. Población Ocupada. Total Urbano EPH, 2003 – 2005.

<i>Sector Estatal</i>	III 2003	IV 2003	I 2004	II 2004	III 2004	IV 2004	I 2005	II 2005	III 2005
<i>Empleo Segmento Primario</i>	51,5	51,2	48,7	55,6	54,6	57,8	53,1	58,7	60,7
Empleo Pleno	41,1	39,5	37,5	45,0	44,7	49,5	45,8	50,1	52,0
Empleo Parcial	10,4	11,7	11,2	10,6	9,9	8,3	7,3	8,6	8,7
<i>Empleo Segmento Secundario</i>	48,4	48,7	51,2	44,4	45,4	42,2	46,9	41,3	39,3
Empleo Precario	10,0	11,3	10,7	10,4	10,9	11,9	13,7	13,0	13,4
Trabajos de Indigencia	11,1	8,0	8,2	8,9	9,9	7,0	8,2	7,4	7,3
Planes de Empleo	27,3	29,4	32,3	25,1	24,6	23,3	25,0	20,9	18,6
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

<i>Sector Privado</i>	III 2003	IV 2003	I 2004	II 2004	III 2004	IV 2004	I 2005	II 2005	III 2005
<i>Empleo Segmento Primario</i>	33,0	36,4	33,8	36,2	34,5	36,1	35,6	38,2	37,2
Empleo Pleno	27,1	30,2	27,5	30,0	29,2	30,1	29,7	33,3	32,2
Empleo Parcial	5,9	6,2	6,3	6,2	5,3	6,0	5,9	4,9	5,0
<i>Empleo Segmento Secundario</i>	67,0	63,6	66,2	63,8	65,6	63,9	64,4	61,8	62,8
Empleo Precario	28,8	29,6	29,7	30,1	29,9	30,9	32,5	32,1	32,0
Trabajos de Indigencia	37,2	33,1	35,8	33,0	35,0	32,4	31,4	29,2	30,4
Planes de Empleo	1,0	0,9	0,7	0,7	0,7	0,6	0,5	0,4	0,5
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,1	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Grupo Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto Gino Germani / UBA y Observatorio de la Deuda Social / DII-UCA, con base en datos de EPH-INDEC.

42

ción. Por otro lado, la contracción de los empleo de baja calidad (segmento secundario) tuvo lugar a razón de la menor intervención de los ocupados en programas de empleo (especialmente al interior del sector público) y de los ocupados en trabajos de indigencia (particularmente al interior el sector privado). Tal comportamiento se explicaría en principio por el efecto combinado de la expansión de la demanda laboral y el aumento de las remuneraciones mínimas fijadas desde el gobierno¹¹.

Cabe destacar que, siendo el sector público el ámbito donde se registra una mayor concentración de empleos en el segmento primario (61%), el peso que el mismo tiene sobre el total de la ocupación sólo permite explicar el 26% del empleo de calidad (al último trimestre objeto de observación). Así mismo, no puede dejar de mencionarse el elevado porcentaje de empleos que el sector genera al interior del segmento secundario¹².

Cerca del 40% de las ocupaciones estatales se ubican en esta condición, con una presencia mayoritaria de empleos precarios y una (todavía) importante presencia de ocupados en planes de empleo. En lo referente al sector privado, su capacidad de ocupación en el segmento primario no llega al 40% de la ocupación, si bien explica el 74% del total de los empleos de calidad. De esta forma, el sector que se expresa el comportamiento genuino de la economía de mercado, concentra en la actualidad el 60% del empleo en el segmento secundario, con una participación similar entre empleos precarios y trabajos de indigencia.

Lo desarrollado hasta el momento ha puesto de manifiesto

este comportamiento dual entre la recuperación de los niveles de empleo y la caída significativa de la desocupación, por un lado, y la desigual participación en la estructura de oportunidades, por otro.

V. Comportamiento y tendencias de la dinámica del empleo según segmento

Con el objetivo de acercar una mejor descripción de los cambios que están ocurriendo en el mercado de trabajo urbano, se presenta a continuación un análisis del comportamiento desnacionalizado de la actividad laboral y del empleo en sus distintas categorías, considerando las variaciones trimestrales interanuales correspondientes a la población absoluta. De esta manera se logra tener una medida más adecuada para evaluar las tendencias que vienen operando al interior de la estructura social del trabajo.

En lo que respecta a la evolución que sigue tanto la población ocupada como la población desocupada, se destaca que tras una desaceleración en la expansión de la primera y de retracción de la segunda entre fines de 2004 e inicios de 2005, se registra una recuperación en el comportamiento de ambos indicadores para las mediciones recientes. Sin embargo, cabe señalar que, en relación a la desocupación su mayor retracción (segundo trimestre de 2005) coincide con una caída de la población activa y un incremento más bajo del nivel de empleo, lo cual cabe presuponer un retiro hacia la inactividad de algunos sectores del mercado secundario¹³. De esta manera, el análisis de los datos interanuales para el tercer trimestre (único trimestre posible de comparación), entre 2005/2004 y 2004/2003,

Cuadro N° 5: Variaciones Interanuales de Población. Total Urbano EPH, 2003-2005

Variación anual	III 04/03	IV 04/03	I 04/05	II 05/04	III 05/04
Población Ocupada	6,1	4,4	2,2	2,6	3,4
Población Desocupada	-15,5	-12,9	-10,0	-18,8	-15,3
PEA Ampliada	2,1	1,5	0,1	-0,5	0,9
Población Total	1,1	1,1	1,0	0,9	1,0

Fuente: Grupo Cambio Estructural y Desigualdad Social, con base a datos EPH-INDEC.

Cuadro N° 6: Variaciones interanuales por situación laboral. Población Activa Ampliada. Total Urbano EPH, 2003-2005

Situación Ocupacional	III 04/03	IV 04/03	I 05/04	II 05/04	III 05/04
<i>Empleo Segmento Primario</i>	7,50	6,45	6,17	8,04	11,49
Empleo Pleno	10,75	10,22	11,11	13,68	14,83
Empleo Parcial	-6,72	-9,74	-14,01	-18,31	-5,88
<i>Empleo Segmento Secundario</i>	2,82	5,26	-2,59	-0,95	-1,32
Empleo Precario	12,12	14,39	12,54	11,50	13,83
Trabajos de Indigencia	1,20	7,71	-9,88	-8,80	-9,47
Planes de Empleo	-21,49	-33,00	-28,39	-19,92	-28,98
<i>Desempleo Reciente</i>	-1,77	-11,58	4,15	-17,03	-15,39
Cesantes hasta 6 meses	-3,42	-8,76	5,00	-17,39	-10,37
Nuevos Trabajadores	11,12	-29,38	-0,82	-14,09	-49,32
<i>Desempleo Estructural</i>	-26,43	-24,29	-20,65	-17,12	-15,31
Cesantes más de 6 meses	-32,81	-31,03	-24,36	-20,84	-15,20
Activos Desalentados	-7,10	-4,48	-12,75	-7,39	-15,53

Fuente: Grupo Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto Gino Germani / UBA y Observatorio de la Deuda Social / DII-UCA, con base en datos de EPH-INDEC.

muestra que la población ocupada continúa creciendo aunque a un ritmo más lento y que sigue siendo relevante la caída del desempleo, siendo esto posible gracias al menor crecimiento que registra la oferta laboral (ver Cuadro 5).

El Cuadro 6 busca evaluar el alcance y los movimientos que están detrás de estos comportamientos teniendo en cuenta la situación laboral y la calidad de la inserción de la fuerza de trabajo. Para ello se expone las variaciones absolutas que ha experimentado la población activa estudiada según calidad del empleo y tipo de desempleo (ver Cuadro 6).

En primer lugar, se replican las tendencias generales hasta ahora analizadas. Así, se observa un incremento del empleo en el sector primario, aunque es destacable el gran aumento que este indicador presenta en el último período. Este comportamiento se explica fundamentalmente a partir del crecimiento constante que experimentó el empleo pleno y la disminución del empleo parcial, posiblemente relacionado esto con una mayor utilización horaria más intensiva de la

fuerza de trabajo disponible en el segmento. Por otro lado, dentro del empleo en el segmento secundario se advierte un aumento del empleo precario como producto de la caída de los trabajos con ingresos de indigencia y de los planes de empleo. Esta tendencia se observa fundamentalmente a partir del 2004.

En segundo lugar, el análisis al interior del desempleo muestra comportamientos interesantes de ser analizados. Si bien se observan caídas generales a nivel del desempleo, son importantes las tendencias que se observan al desagregar desempleo reciente con el desempleo estructural. En el primero de los casos, la retracción más llamativa es aquella que se produce en la oferta de nuevos trabajadores, que acompaña la caída de los desocupados cesantes con hasta seis meses de búsqueda. En el caso del desempleo estructural, este continúa desacelerando su nivel de retracción, particularmente en el último año. Esta tendencia parece estar signada por la evolución del desempleo mayor a seis meses, siendo su caída

43

Cuadro N° 7: Variaciones interanuales por situación laboral según sector público o privado. Población Ocupada. Total Urbano EPH, 2003-2005

<i>Sector Estatal</i>	III 04/03	IV 04/03	I 05/04	II 05/04	III 05/04
<i>Empleo Segmento Primario</i>	-7,1	-5,2	0,1	3,8	4,0
Empleo Pleno	-4,7	5,4	12,0	9,5	8,8
Empleo Parcial	-16,5	-40,8	-40,1	-20,3	-17,7
<i>Empleo Segmento Secundario</i>	-17,8	-27,2	-16,2	-8,6	-19,2
Empleo Precario	-4,4	-10,9	17,5	22,4	14,5
Trabajos de Indigencia	-21,8	-27,1	-9,1	-18,2	-31,2
Planes de Empleo	-21,1	-33,4	-29,1	-18,1	-29,3
Total	-12,3	-15,9	-8,3	-1,7	-6,5
<i>Sector Privado</i>					
<i>Empleo Segmento Primario</i>	14,6	11,6	8,2	9,6	14,5
Empleo Pleno	18,1	12,2	10,8	15,2	17,1
Empleo Parcial	-1,3	8,7	-3,1	-17,4	-0,3
<i>Empleo Segmento Secundario</i>	7,5	13,1	-0,2	0,4	1,8
Empleo Precario	13,9	17,6	12,1	10,6	13,8
Trabajos de Indigencia	3,4	10,4	-10,0	-8,2	-7,9
Planes de Empleo	-24,6	-28,6	-19,8	-36,5	-25,9
Total	9,9	12,6	2,7	3,7	6,1

Fuente: Grupo Cambio Estructural y Desigualdad Social, Instituto Gino Germani / UBA y Observatorio de la Deuda Social / DII-UCA, con base en datos de EPH-INDEC.

menor a aquella que se observa en los otros periodos considerados.

De esta manera, es evidente que la recuperación económica ha generado un crecimiento general del empleo, el cual si bien tuvo en buena parte como destino el segmento primario, no dejó tampoco de generar nuevos empleos de baja calidad en el segmento secundario. Asimismo, destaca las limitaciones que el mercado de trabajo parece encontrar en la actualidad en cuanto a absorber desocupados estructurales y atraer nuevos trabajadores. El tipo de evidencia presentada permite revisar la dinámica en cuanto al tipo de empleo generado por los sectores público y privado, como su incidencia al interior de cada segmento ocupacional (ver Cuadro 7).

Las variaciones interanuales evidencian el continuo retroceso del sector público, mientras que el sector privado parece recuperar su impulso expansivo desde el inicio de 2005, aunque a un ritmo más modesto que el registrado en 2004. Respecto a la dinámica seguida por este sector, cabe observar que se registra una expansión de los puestos de trabajo en el segmento primario (4,0%), específicamente de los empleos plenos (8,8%), al mismo tiempo que tiene lugar una caída continua de los planes de empleo como factor de mayor incidencia en la contracción general del empleo público (-29,3%). De este comportamiento podría inferirse un desplazamiento entre segmentos, principalmente como efectos de incrementos salariales, como evaluar la posibilidad de tránsitos hacia el sector privado. Ahora bien, en este punto cabe destacar que un análisis más detallado sobre la evolución del sector, permite reparar que esta retracción del empleo público está fuertemente vinculada a la salida de beneficiarios de planes sociales. Si dejamos de considerar a estos últimos, se observa un crecimiento neto del empleo público, en puestos tanto plenos como precarios¹⁴.

Por otra parte, se destaca la importancia en la expansión de la demanda privada de empleo en el segmento primario en la recuperación de los niveles de ocupación general (14,5%). Para el último trimestre con datos, dicho componente parece recuperar su capacidad de generación de empleos de calidad, luego de una desaceleración entre fines de 2004 y el segundo trimestre de 2005. Esta tendencia podría estar dando cuenta de un incremento en la calidad de los puestos con una consecuente redistribución al interior de la estructura general del empleo (de empleos parciales a empleos plenos). Sin embargo, en términos de participación, dicha situación no estaría alcanzando a quienes registran un empleo de tipo precario, el cual mantiene un incremento constante al interior de la situación ocupacional, por encima del 13%. Nuevamente, si bien el tipo de dato con el cual se está trabajando no permite evaluar tránsitos, la proximidad entre calidades ocupacionales lleva a pensar que el incremento de ingresos o la salida de planes de empleo (centradas en ocupaciones de baja calidad) derive en desplazamientos o inserciones hacia empleos de tipo precario.

VI. Conclusiones

En forma resumida puede decirse que la recuperación de la situación ocupacional durante estos últimos dos años se centró en la expansión del empleo en su segmento más dinámico, con un fuerte impulso en la expansión de la demanda privada de fuerza de trabajo. Dicho comportamiento se refleja en el sostenimiento del crecimiento del empleo de calidad al interior del sector privado, el cual sin embargo no logra sostener los niveles de empleo total del sector. Esta pauta podría estar dando cuenta de redistribuciones en la

participación entre categorías al interior del mismo, vinculadas básicamente a la extensión de la jornada de trabajo y la parcial recuperación del nivel real de remuneraciones.

Por otro lado, el papel del sector privado en el total de la ocupación se refleja en la retracción que observa el sector público. La evolución negativa que este presenta parece explicarse principalmente por la fuerte caída de los planes de empleos. Cabría notar que si aislamos este componente en la participación ocupacional estatal, el empleo público registraría cierta expansión vinculada a la variación positiva del empleo pleno (al interior del cual se estarían actuando efectos de desplazamiento desde el segmento secundario) y principalmente de empleo precario, carente de protección social (contratados).

En lo que respecta a la participación del segmento secundario se remarca la estabilidad que el mismo mostró a lo largo todo el periódico (con valores próximos al 51%). El escenario resultante sin embargo no resulta del todo óptimo cuando se observa que menos del 33% del empleo en el sector privado es un empleo pleno de calidad.

El análisis del dato efectuado permite comprender este doble juego entre expansión del empleo y caída de la desocupación. En este sentido, y exceptuando a los activos desalentados, hasta inicios de 2005 el conjunto de los desocupados parecen reducir su participación al interior de la población activa. Igualmente, es de remarcar que las dos últimas mediciones ubican al desempleo estructural por encima del friccional, lo cual de persistir la tendencia describiría a un porcentaje importante de la fuerza de trabajo con problemas estructurales de desempleo.

Por otra parte, son los ocupados precarios o con remuneraciones de indigencia los menos favorecidos por la recuperación económica, a los cuales se suman una proporción importante de desocupados estructurales. Si a esto se agrega la reducida participación del segmento privado primario al interior del mercado de trabajo, estamos obligados a reconocer que una parte importante de población enfrenta límites estructurales para participar de manera plena de los beneficios de la recuperación económica, más allá de los buenos resultados que muestran las tasas de crecimiento económico y del empleo. A la pregunta inicial sobre ¿en qué medida la recuperación económica está implicando un cambio real en el funcionamiento del mercado de trabajo?, cabe responder que a pesar de las bondades del proceso económico en materia de demanda de empleo pleno, todavía nada parece definitivo. En realidad, no hay evidencias para suponer que este modelo de crecimiento esté alterando el funcionamiento segmentado del mercado de trabajo. Por el contrario, todo hace inferir que dicho funcionamiento se mantiene vigente aunque con una fuerte presión por parte del segmento más dinámico del mercado en cuanto a poder disponer de fuerza de trabajo en condiciones de empleabilidad. Para ello, el segmento primario parece recurrir a los sectores más vinculados al mercado laboral y nuevos trabajadores calificados.

Si esta tendencia se confirma, cabe advertir que poco puede hacer por sí solo el crecimiento del empleo pleno en cuanto a lograr un cambio sustantivo en la sostenida dualidad que presenta la estructura social del trabajo. Ante esta situación, la respuesta a este problema ya no debería buscarse en la tasa de crecimiento económico sino en las condiciones estructurales del funcionamiento del sistema económico y de las instituciones políticas, sociales y laborales que lo regulan.

Notas:

¹ A la luz de la investigación histórica, si bien parte del deterioro se vincula con las políticas emprendidas durante los noventa, tal situación corresponde ser ubicada en el contexto más amplio de la decadencia que durante más de 30 años caracterizan al capitalismo argentino. Este diagnóstico presenta amplia coincidencia desde programas y espacios de investigación que sostienen paradigmas divergentes, tales como FIEL (2001), PNUD-Argentina (PNUD, 2002), el Observatorio de la Deuda Social - UCA (Salvia, y Tami., 2004), PIETTE-CEIL (Neffa, Battistini, Panigo y Pérez, 1999), OIT-MTESS (Monza, 1995), UNGS (Altimir y Beccaria, 1999); CEDLS (Gasparini, 2005). En igual sentido, los hallazgos y las conclusiones alcanzadas por Grupo Cambio Estructural y Desigualdad Social del Instituto de Investigaciones Gino Germani (FCS/UBA) (Salvia, 2005).

² De todos modos, cabe no perder de vista que se trata de un problema cuyas causas no son sólo imputables a condiciones endógenas sino también a factores y cambios que han operado a nivel internacional.

³ Un estudio concluyente en este sentido es el de Donovan, A., Oddy, M., Pardoe, R. y Ades, A. (1985). También se pueden consultar el clásico estudio de Eisenberg y Lazarsfeld (1938), así como Jahoda M. (1987).

⁴ En esta línea, la Organización Internacional de Trabajo ha propuesto umbrales mínimos para alcanzar un trabajo decente (1999). De esta manera la OIT ha planteado en su agenda como principal desafío institucional la defensa y procura del derecho a un trabajo decente. Esta noción ha quedado definida como el derecho a un empleo en condiciones cualitativas de dignidad personal, ingresos, seguridad social y justicia distributiva acordes al nivel nacional o regional bajo consideración.

⁵ Para mayores antecedentes y presentación de evidencias sobre estos temas en el marco del programa del Observatorio de la Deuda Social Argentina, ver Boso et al (2003); Lépoire, S. et al (2003); Lépoire, E. et al (2004); Salvia y Rubio (2003); Salvia (2003, 2004); Boso y Salvia (2005).

⁶ Se siguen los criterios desarrollados por el enfoque institucionalista norteamericano. Para algunos de los autores de esta corriente, el estudio de los mercados de trabajo como ámbitos estructurados por segmentos distintos parte de reconocer la calidad de los puestos de trabajo que se ofrecen en cada uno: el sector primario con salarios relativamente elevados, buenas condiciones de trabajo, estabilidad, cierta regulación de la carrera profesional mediante procedimientos establecidos; en oposición a un sector secundario con salarios peor pagados, condiciones de trabajo poco óptimas, relaciones jerárquicas informales, inestabilidad del empleo y elevada rotación con consecuencias de caídas reiteradas en el desempleo (Piore, 1983).

⁷ Para un análisis crítico de este comportamiento y una explicación en términos estructurales, puede consultarse a P. Pérez (2006), en "Tensiones entre la política macroeconómica y la política de ingresos en la Argentina post Convertibilidad", publicado en este mismo número de Laboratorio. Sobre este mismo punto, aunque desde otro enfoque y para una explicación micro-económica, puede consultarse los informes del SEL (2005).

⁸ Un informe del SEL evidencia como lo niveles de recuperación de la pobreza se centraron en capas medias y medias bajas que por pérdida de ingresos durante la crisis cayeron por niveles inferiores a los de pobreza. La instrumentación seguida por el gobierno respecto a la distribución de ingresos (de montos fijos sobre el salario) benefició menos a aquellos hogares situados en la base de la pirámide que si bien pudieron incrementar sus ingresos, estos no fueron lo suficientemente elevados como para cubrir las necesidades de una canasta básica total. En un mercado de trabajo segmentado, la consecuencia que deviene es la de un incremento en la brecha distributiva entre los hogares de clase media y los de hogares de menos recursos. (SEL, 2006)

⁹ El desaliento laboral parece constituir un elemento de peso en el sostenimiento del desempleo estructural. A lo largo de la serie este componente se mantiene con fluctuaciones en valores entre el 2,5% y el 3,0%.

¹⁰ El sector público da cuenta básicamente del conjunto de la administración del Estado en todos sus ámbitos de gobierno (nacional, provincial y municipal), e incluye también los beneficiarios de planes de empleo que realizan contraprestación laboral en dichos ámbitos.

¹¹ Si bien los incrementos salariales se destinaron al conjunto de asalariados registrados, estos habrían también tenido incidencia en el sector informal de la economía, pero lograr alterar en lo más mínimo sus desigualdades relativas (Frenkel, 2004).

¹² Esto se presenta como relevante teniendo en cuenta que por definición el empleo público supone mayores niveles de estabilidad y calidad.

¹³ Este comportamiento se enmarca en el freno general en el crecimiento de la oferta laboral, la cual desde inicios del 2005 se ubica muy por debajo del crecimiento demográfico.

¹⁴ Los planes de empleo (centralmente el plan Jefas y Jefes de Hogar) vienen mostrando una caída en su participación vincula a las bajas continuas y cierre de altas. Entre 2003 y fines de 2005, la cantidad de beneficiarios pasa de 2 millones a 1.5 millones a nivel nacional. El peso numérico de éstos al interior de la ocupación pública, junto a la mencionada tendencia a la baja de las prestaciones explican la reducción total del sector. Una estimación sobre la variación del empleo público total separando las ocupaciones originadas por planes de empleo, revela para el tercer semestre de 2005 que el sector alcanzó un crecimiento de 1%.

Bibliografía

- Altimir, O. y Beccaria, L. (1999), "Distribución del ingreso en la Argentina", en Serie de Reformas Económicas, n°40, CEPAL, Santiago de Chile.
- Boso, R., Salvia, A. y Rodríguez M. (2003), "Línea Sujeto: Metamorfosis del lazo social", Documento de investigación CSOC 05 A/2003, Departamento de Investigación Institucional, UCA, Buenos Aires.
- Bosso, R. y Salvia, A. (2005), Crisis del Mundo del Trabajo y Subjetividad. Ed. Biblos, Bs. As., 2005. En prensa
- CENDA (2005), "¿La vuelta de la industrialización sustitutiva?", en El trabajo en Argentina. Condiciones y perspectivas. Informe trimestral, Centro de estudios para el desarrollo argentino.
- Donovan, A., Oddy, M., Pardoe, R. y Ades, A. (1985), "The arousal: Cost-reward model and the process o intervention", en M. S. Clark (Ed.), Prosocial behaviour: Review of personality and social psychology, 12. Newbury Park, California: Sage Publications.
- Eisenberg y Lazarsfeld (1938), "The psychological effect of unemployment", en Psychological Bulletin N° 35, s/d.
- Féiz, M. y Pérez, P. E. (2005), "Macroeconomía, conflicto y mercado laboral. El capital y el trabajo detrás de la política económica argentina posconvertibilidad", en 3er. Seminario de Discusión Intensiva de Investigaciones, Programa de Estudios Socio-Económicos Internacionales, Buenos Aires.
- FIEL (2001), Crecimiento y equidad en la Argentina, bases de una política económica para la década, Buenos Aires.
- Fraguglia, L. (2005), "Movilidad laboral en el mercado de trabajo urbano del Gran Buenos Aires (1993-2003)", 7mo. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires.
- Gasparini, L. (2005), Monitoring the Socio-Economic Conditions in Argentina, Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales. UNLP, La Plata, 2005.
- Jahoda M. (1987), Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico, Editorial Morata, Madrid.
- Lépre, E., et al (2004), "Tener un empleo decente y desarrollar capacidades productivas", en Salvia y Tami (coord.) (2004): Barómetro de la Deuda Social Argentina / 1: Las Grandes Desigualdades. EDUCA, Bs. As.
- Lépre, S.; Salvia, A. y Macció, J. (2003), Marginalidad y Segmentación Laboral en los Hogares, Instituto para la Integración del Saber, Departamento de Investigación Institucional, Universidad Católica Argentina.
- Monza, A. (1995), "Situación actual y perspectivas del mercado de trabajo en la Argentina". En Libro blanco sobre el empleo en la Argentina, MTSS, Buenos Aires.
- Neffa, J., Battistini, O., Panigo, D. y P. Pérez (1999), «Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina», en Serie Exclusión Social ? MERCOSUR, No. 109. Equipo Técnico Multidisciplinario, OIT-Fundación Ford, Santiago de Chile, 1999.
- PNUD (2002), Aportes para el Desarrollo Humano de la Argentina/2002. Buenos Aires.
- Salvia A. (2003), "Crisis del empleo y fragmentación social en la Argentina. Diagnóstico necesario y condiciones para su superación", Revista Herramienta, Ponencias para XXIV Congreso ALAS 2003, Bs. As., Oct 2003.
- Salvia y Tami (coord.) (2004): Barómetro de la Deuda Social Argentina / 1: Las Grandes Desigualdades. EDUCA, Bs. As.
- Salvia, A. (2004), "Crisis del empleo y nueva marginalidad: el papel de las economías de la pobreza en tiempos de cambio social", Ponencia Jornadas Internacionales Interdisciplinarias ICALA, "Trabajo, Riqueza, Inclusión", Río Cuarto, Córdoba.
- Salvia, A. (2005), "Segregación y nueva marginalidad en tiempos de cambio social en la Argentina", 7mo. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires.
- Salvia, A. y Rubio, A. (coord.) (2003), Trabajo y desocupación. Programa "La Deuda Social Argentina" 1, Departamento de Investigación Institucional, Instituto de Integración del Saber, UCA, Bs. As.
- SEL Consultores (2005), "El empleo en el II trimestre: buenas noticias y otras no tanto", Newsletter sobre la situación laboral y social de la Argentina, www.selconsultores.com.ar.
- SEL (2005), "El modelo económico y los salarios", en Newsletter sobre la situación laboral y social de la Argentina, SEL Consultores, www.selconsultores.com.ar.

La contracara de la mejor de los indicadores del mercado de trabajo en la provincia de Mendoza

Eliana Canafoglia, Natalia Millan y Beatriz Soria?

Introducción

El nuevo escenario económico y social en Argentina luego de la explosión de la crisis de 2001 plantea una situación laboral de la población que reviste alguna mejora a nivel de los indicadores del mercado de trabajo y pobreza, principalmente los que aporta el Ministerio de Economía - EPH/INDEC - y el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social -EIL-. Sin embargo, el crecimiento económico, del que se habla en este período, tiene un alcance limitado sobre los factores que configuraron un mercado de trabajo excluyente. Es decir, las condiciones de trabajo de los ocupados y las oportunidades laborales (de acceso a un puesto de trabajo) no presentan una variación favorable.

El presente trabajo intenta mostrar que si bien los indicadores laborales presentan evidencias concretas de un mejoramiento, no dan cuenta de la reversión de los procesos de fragmentación, polarización y exclusión social. El análisis realizado está delimitado en el área urbana de la Provincia de Mendoza (Argentina) en el período 2002-2005. En primer lugar, se analiza la evolución de las distintas tasas del mercado laboral (actividad, empleo, desempleo, sobreempleo, subempleo). Luego se profundiza sobre la composición de los ocupados, haciendo hincapié en dos variables: nivel educativo y calificación laboral. Este recorte responde a la necesidad de detectar cambios en la demanda laboral; es decir, explorar si se están produciendo cambios en cuanto a las posibilidades de inserción laboral para el conjunto de los trabajadores o si se reproduce y afianza la tendencia excluyente del mercado de trabajo.

La fuente de información utilizada en esta presentación es la EPH (Encuesta Permanente de Hogares¹). En lo relativo a la evolución de las tasas se trabaja las bases correspondientes al período 2002-2005. En el segundo punto, se estudia la onda octubre de 1998 (EPH puntual) y el cuarto trimestre de 2004 (EPH continua). Esta selección se fundamenta en que 1998 es el año a partir del cual comienza un proceso de recesión económica que culmina en el 2002 con el derrumbe del régimen cambiario sostenido por 10 años. En tanto el 2004 se escogió por representar, para la Provincia de Mendoza particularmente, el año en que los indicadores laborales (de empleo y desempleo) son ampliamente positivos.

Transformaciones en la década de los noventa

En este período, la presencia de ciclos económicos de expansión y de recesión, delimitados por los vaivenes de la economía internacional, repercutieron inmediatamente en la situación socioeconómica y política nacional. Interesa observar particularmente los efectos sobre el mercado de trabajo. El crecimiento económico en los años picos se tradujo en una oferta de trabajo que alcanzó mayores niveles de ocupación de

la población en la actividad productiva, pero el tamaño de la oferta de trabajo absorbida fue muy inferior al que hubiera correspondido según el volumen de crecimiento del producto en ese período.

El tipo de cambio fijo favoreció las importaciones, produciéndose una importante sustitución de la producción local con productos importados. Asimismo, la extranjerización de la economía mediante la transferencia de activos de empresas locales a conglomerados extranjeros, la privatización de empresas estatales y la escasa inversión productiva inhibieron en conjunto la creación de puestos de trabajo.

La relación producto-empleo exhibió particularidades en términos de la demanda y oferta de trabajo. Las empresas optimizaron sus ganancias mediante el uso intensivo de los recursos humanos y materiales ya existentes y con la puesta en marcha de contratos temporarios y/o a tiempo parcial, favorecidas por el proceso de flexibilización laboral propuesto desde el Estado. Esta situación implicó que un gran número de trabajadores quedaran fuera del mercado de trabajo, a la vez que otros mantuvieran sus empleos en condiciones de precariedad.

La política económica implementada agudizó el proceso de segmentación, heterogeneización y fragmentación de la estructura ocupacional. Si bien la tasa de actividad en la región tuvo un comportamiento relativamente homogéneo a lo largo de la década, presentó niveles más bajos que los registrados a nivel nacional (alrededor de 39% en la Provincia de Mendoza).

A pesar de esta relativa estabilidad de la tasa de participación, no existieron condiciones de estabilidad en términos de inserción laboral. La tasa de empleo, en términos generales, experimentó un proceso de descenso, en especial en momentos en que se produjo una fuerte presión por parte de la oferta laboral.

En cuanto al comportamiento de las tasas de desocupación, subocupación y sobreempleo, se observa que durante los períodos de crecimiento una parte importante de la población pujó por insertarse en el mercado pero no logró incorporarse en condiciones de mediana o alta calidad laboral.

El deterioro del empleo tuvo como base a un mercado que fragmentó a la población activa a partir de la flexibilización laboral. El sobreempleo fue una característica de toda la década, el que en promedio afectó cerca del 40% de la PEA superando los niveles nacionales. Probablemente, se dio como efecto compensador de los despidos y de los recortes horarios.

Además, la situación de los trabajadores de ocuparse más horas en el mercado que las que caracterizan al empleo pleno (hasta 45 horas), tuvo que ver con el modo en como operaron las empresas en medio del contexto de crecimiento, explotando los recursos humanos disponibles sin crear nuevos

* Lic. en Sociología, Integrantes del Proyecto «Crecimiento, mercado de trabajo y construcción de subjetividades», coord. por la Lic. Azucena Reyes. Fac. Ciencias Políticas y Sociales, Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado, UNCuyo.

puestos de trabajo. De este modo, las empresas alcanzaron mayores beneficios, pero sometiendo a la población a condiciones laborales de baja calidad.

La subocupación se convirtió en otra de las formas degradadas de inserción laboral. En Mendoza resultó uno de los indicadores que evidenció el avance del deterioro laboral en el contexto urbano y constituyó una característica de la forma como operó el mercado en el largo plazo.

Conjuntamente, se registraron niveles alarmantes de precariedad laboral, comprendiendo en promedio al 40% de la fuerza de trabajo asalariada. Esto demuestra la generalización del proceso de precarización del trabajo, aun teniendo en cuenta que este indicador toma sólo un aspecto parcial de la precariedad, a saber, la inexistencia de aportes previsionales.

El nivel educativo de los trabajadores resultó determinante para el logro de oportunidades laborales. La demanda selectiva generó una polarización en la población ofertante de trabajo, ubicando al margen de la posibilidad de conseguir un empleo a aquellos de menor educación. La educación se convirtió entonces en un requisito indispensable para obtener algún ingreso, y/o para quedar dentro de los promedios salariales de la economía.

De esta manera, se quiebra la pauta seguida al inicio del periodo – año 1991- donde las oportunidades laborales con ingresos altos eran más accesibles a una oferta laboral más dispar en sus niveles educativos. Se produjo en el periodo una segmentación de la demanda y una fragmentación de la población según su nivel educativo y de ingresos, y una marginación de aquellos/as que contaban con menores atribuciones (educación).

Asimismo, a lo largo de la década varió la composición de la población ocupada en cuanto a los niveles de calificación. Se produjo un importante deterioro en las condiciones de la ocupación de los trabajadores quienes, al tiempo que se les exigía mayores niveles educativos para ingresar o mantenerse en el mercado dentro de los distintos estratos de ingresos, lo debían hacer en desmedro de sus acreditaciones en tareas presumiblemente menos calificadas que aquellas para las que estaban formados.

Al mismo tiempo, las empresas se liberaron de la población con calificación media y baja, mientras que no se desprendieron de la fuerza de trabajo altamente calificada. Estos últimos casi no aparecen entre los desocupados. En síntesis, esta situación expresa un alto grado de explotación de los trabajadores, quienes calificando para tareas de un nivel medio se vieron obligados a aceptar bajísimos ingresos.

De esta forma, se polarizó la población entre aquellos que calificaban para entrar al mercado y los que quedaron literalmente afuera. La profesionalización se constituyó en un rasgo de los puestos reservados para los ingresos altos.

El comportamiento de la demanda laboral a lo largo de la década, absorbió y expulsó fuerza de trabajo según los requerimientos de la economía para apuntalar un modelo económico incapaz de generar estabilidad y crecimiento sostenido en el tiempo.

Como corolario, se conformó una estructura ocupacional crecientemente fragmentada, heterogénea y segmentada. Se puso de manifiesto la conformación de sectores cada vez más extensos de informalidad y precariedad, al tiempo que el sector formal se contrajo, exhibiendo mayores exigencias y selectividad respecto a las posibilidades de inserción laboral. Por lo tanto, se acentuaron las disparidades entre las ocupaciones formales e informales y se consolidó la tendencia del mercado

de trabajo de expulsar mano de obra, sobre todo la de bajos niveles de calificación.

Por lo tanto, se generaron oportunidades laborales dispares, supeditadas a los vaivenes del ciclo económico que obligaron a los hogares elaborar estrategias de liberación de la fuerza de trabajo de acuerdo a las características fluctuantes de la demanda laboral².

Estas características del mercado de trabajo, asociadas a un crecimiento económico sin generación de empleo y fuertemente concentrador de la riqueza, repercutieron directamente en los niveles de vida de la población. Los estudios sobre pobreza han puesto de manifiesto la estrecha relación entre el desempeño del mercado de trabajo y las situaciones de pobreza.

Transición hacia el presente

Como se ha planteado, la década de los noventa estuvo marcada por la presencia de distintos ciclos económicos. A partir de 1998 se dio un proceso de recesión en la economía que culminó con el fracaso del Plan de Convertibilidad a fines del 2001 y la consiguiente devaluación de la moneda, produciendo la mayor crisis económica e institucional de la Argentina de los últimos tiempos.

Los indicadores del mercado de trabajo y pobreza para los años 2001 y 2002 alcanzaron los peores valores de la historia socioeconómica del país. La desocupación trepó a 21,5% a nivel nacional en el 2002. Al tiempo que bajó la tasa de empleo, se produjo un abrupto descenso en el poder adquisitivo de la población.

Luego de la importante contracción verificada en los primeros meses de post-convertibilidad, se produjo para el final del año 2002 una leve recomposición en la tasa de empleo debido, sin embargo, a la instrumentación del Plan Jefes y Jefas de Hogares Desocupados (PJJHD), como respuesta a la fuerte crisis social, agudizada en el 2002.

Estos cambios repercutieron a nivel provincial. El porcentaje de hogares pobres aumentó de 28% en el 2001 a 45,7% en el 2002, además del fuerte incremento de la tasa de desocupación, que llegó en el 2001 a 13,6%. Sin embargo, el PBG provincial a valores constantes mostró un descenso de 6,5% en ambos años consecutivos. Esta disminución fue menor que la observada a nivel nacional, donde la caída fue del 15%, por el comportamiento de la industria del petróleo y de los subsectores relacionados con la actividad agrícola, la ganadería y el turismo.

Proceso de reactivación económica (fines de 2002-2004)

Desde fines de 2002 en adelante comienza a consolidarse en el país una situación de reactivación económica que lleva a un crecimiento del PBI (9% en los años 2003 y 2004, respectivamente), revirtiéndose de esta manera la tendencia negativa que caracterizaba la evolución de este indicador desde mediados de 1998, y exhibiendo una evolución favorable en los niveles de la actividad industrial. Esto favoreció la creación de puestos de trabajo, la reducción de la desocupación (descendiendo al 14,5% en el 2003) y la disminución de los niveles de pobreza. En cuanto a los ingresos, en 2003 se registró una leve alza, tanto en los salarios reales de la economía formal (del orden del 15,8% interanual) como en las remuneraciones de la economía informal (9,8% interanual). A pesar de estos incrementos impulsados por la política del Gobierno Nacional, en 2004 el nivel de los salarios se encontraba todavía un

15% por debajo de los valores de 2001 (CTA, 2004) 3. Por lo tanto, uno de los obstáculos de la consolidación de un crecimiento económico equitativo tiene que ver con el nivel relativamente reducido de la demanda interna, afectada por la pérdida de poder adquisitivo luego de la devaluación de la moneda nacional.

Durante 2004 hubo una cierta desaceleración del crecimiento de la economía (afectada en el periodo invernal por una fuerte crisis energética), no obstante, en su conjunto la economía creció un 9%. Esta tendencia en la economía sigue sin interrumpirse, dado que el crecimiento del producto en el primer trimestre de 2005 (comparado con el mismo periodo de 2004) ha sido de un 8%.

Asimismo, resulta aún muy poco claro el alcance que el nuevo régimen económico está logrando en relación a transformar las condiciones de vida de la población, las situaciones de exclusión; la concentración del capital; en cuanto a lograr una distribución más equitativa de los ingresos.

Se examinan a continuación los indicadores del mercado de trabajo para observar comparativamente los cambios producidos a partir del 2002. La fuente de datos es la Encuesta Permanente de Hogares específicamente se analizaron las bases de la onda octubre de 1998 (Puntual) y del cuarto trimestre de 2004 (Continua) en el Gran Mendoza.

Situación laboral en la Provincia de Mendoza (2002-2005)

A nivel nacional, la tasa de empleo en los principales aglomerados urbanos, medida por la Encuesta Permanente de Hogares, aumentaba durante el periodo 2002-2003 en casi 3 p.p. (de un 33,2% en el cuarto trimestre de 2002 a un 36% en el mismo periodo de 2003).⁴

A raíz de esto, la tasa de desempleo descendió a un 14,5% a fines de 2003. De acuerdo a los datos del Ministerio de Economía de la Nación, habría un mejoramiento importante en la elasticidad producto-empleo, que en dicho periodo se situó en valores cercanos a 0,85.

Según un informe difundido por la CTA6, «la región de Cuyo presenta (...) un aumento del empleo que absorbe el leve crecimiento de la PEA y que permite reducir la desocupación e incluso el subempleo (...). Esta es la región donde más favorables son las tendencias del mercado laboral».

En Mendoza, la tasa de actividad muestra una tendencia ascendente durante el periodo considerado. Se puede observar (ver Cuadro N°1) que en octubre de 2002 la tasa se ubicó en 39%, para situarse durante el año 2003 en valores superiores al 40%. Alcanzó su valor máximo en el segundo trimestre de 2004, notándose en los periodos ulteriores un leve descenso. La tasa de actividad ha acompañado el proceso de crecimiento económico iniciado a fines de 2002, con una importante expansión durante 2003 y la primera parte del año 2004.

En el momento en que la tasa de actividad alcanzó su pico, la tasa de empleo llegó a 40%, superando los valores que caracterizaron los periodos de expansión de los '907. Entre la primera parte del año 2003 y el mismo periodo de 2004, la tasa de empleo se incrementó en casi 3 pp, acompañando el desempeño favorable del empleo que se ha registrado a nivel nacional (desde mayo de 2002 hasta el segundo trimestre de 2004 se han creado más de 2.000.000 de nuevos puestos de trabajo en todo el país, de acuerdo a cifras del Ministerio de Economía de la Nación⁸).

El incremento en la tasa de empleo explica parcialmente la suba en la tasa de actividad, observándose a la par un constan-

te descenso en la tasa de desocupación. De hecho, esta tasa que a principios de 2003 rondaba el 15%, alcanza a fines de 2004 valores de un dígito (7%). Sin duda, parte de este descenso en la desocupación se explica por la creación de nuevos empleos, tal como lo evidencia la evolución de la tasa de empleo hasta la primera parte del año 2004. No obstante, en periodos más recientes se registra un cierto estancamiento de la tasa de empleo y a fines de 2004 la tasa de actividad presenta una baja que acompaña el descenso que registra la tasa de desempleo. Esto podría significar que un sector de la población económicamente activa se retira del mercado dejando de buscar trabajo, lo cual produce un descenso en la tasa de desocupación, aun cuando el empleo no crece.

A principios de 2005, la desocupación sube en 1 pp, presionando sobre la tasa de actividad que asciende levemente, mientras que la tasa de empleo prácticamente no varía. Si bien todavía es prematuro concluir sobre esta situación que se viene presentando desde fines del año pasado, podría indicar algunos problemas que encuentra este modelo de crecimiento en la generación de empleo. Pese a la mejora de los indicadores laborales, la creación de puestos de trabajo no es suficiente para compensar el deterioro producido en la situación socio laboral de la última década. Es oportuno recordar que el desempleo es fuente de exclusión social, dado que no poseer trabajo limita las posibilidades de acceso a condiciones de vida dignas y redes de protección social.

Es necesario ser cautelosos en el análisis de este periodo dado que el tiempo transcurrido es muy breve como para pensar en un cambio estructural. Si bien a nivel económico hay un crecimiento, no se refleja en la modificación de las condiciones de inserción laboral y pobreza. Esto está asociado a que no se evidencian cambios en lo referente a políticas económicas, de empleo y distributivas. Ejemplo de esta situación es la continuidad de la ley de flexibilización laboral.

En el marco de este planteo, uno de los indicios de la problemática laboral es la variación de las tasas de subocupación y la sobreocupación. La duración de la jornada laboral ha operado como factor de ajuste en los momentos de cambios económicos. En general, en periodos de expansión económica se extiende la jornada laboral en lugar de incorporar nuevo personal. Esto se explica por la estrategia de la utilización de la capacidad productiva ociosa, que incluye la maquinaria, resultando económicamente más eficiente. A su vez, el empleador no tiene certezas sobre la duración de la fase de reactivación, de modo que considera arriesgado la contratación de mano de obra nueva, además de los costos de su formación.⁹

En cuanto a la dinámica del subempleo en la provincia, a pesar de que esta tasa disminuye entre 2003 y principios de 2005, sus valores superan los de la tasa de desocupación, constituyendo una suerte de refugio ante situaciones de desempleo abierto. Históricamente, Mendoza presenta una tasa alta en comparación con los valores nacionales.

A esto se suma el comportamiento de la tasa de sobreempleo que presenta una disminución en el 2002 (de valores cercanos al 40% en la década del noventa pasa al 32% en el 2002).

Luego, aumenta a fines de 2003 y durante el primer semestre de 2004, momento en el cual se registra la más alta tasa de empleo (40,1%). Una explicación probable a estas variaciones es el aumento de la demanda de mano de obra, que se resolvió incorporando más trabajadores e incrementando la carga horaria de los ya ocupados.

Composición de los ocupados según nivel educativo y calificación laboral

Desde fines de la década pasada, se ha verificado que el grupo de ocupados presenta un mayor nivel de educación formal.

Con esto, los trabajadores con menor nivel tienden a ser expulsados del mercado o quedan relegados a puestos precarios, en el sector informal o desprotegidos. A nivel provincial, queda demostrado que la precariedad laboral afectó mayoritariamente a los asalariados de menor nivel educativo en los noventa¹⁰.

En Mendoza la composición de los ocupados muestra que la participación de los trabajadores con un nivel bajo (hasta secundario incompleto) es mayoritaria, sin embargo en los últimos años ha disminuido de 58,9% en 1998 a 46,9% en 2004.¹¹ Mientras que la participación de las personas ocupadas con nivel medio y alto han aumentado en el mismo periodo en 5,9 pp y 6,1 pp respectivamente.

En otros términos, a menor nivel de instrucción mayor dificultad para emplearse. El 43,7% de los desocupados tiene un nivel de instrucción menor o equivalente a secundario incompleto; al tiempo que la menor tasa de desocupación corresponde a aquellos con universitario completo¹².

Con esto se corrobora que la creación de puestos de trabajo no es suficiente para integrar en el mercado a todos los oferentes de mano de obra y se tiende a desplazar a aquellos con un menor nivel de educación. De esta manera, se constituye en un elemento de exclusión, en el sentido de que el mercado laboral da lugar sólo a aquellos con un nivel medio o alto de educación (secundario completo, terciario y universitario). En 2004, los ocupados con un nivel medio y alto superan en conjunto a los ocupados con un nivel bajo, característica que no se evidencia en años anteriores.

En cuanto a la calificación laboral, se observa un aumento de los técnicos y operarios calificados (6pp de 1998 a 2004) conservando su mayor participación en el conjunto de los ocupados, 65, 5% en 2004. Los profesionales presentan una variación porcentual de 1 punto. Los trabajadores ocupados en puestos no calificados registran una fuerte disminución de 7 pp. Esto refuerza la idea expuesta al analizar la variable nivel educativo, donde las personas de menor instrucción disminuyen su participación en el mercado de trabajo.

Finalmente, al analizar la distribución de los ocupados por quintiles de ingreso per cápita familiar según nivel educativo, se destaca que para el primer quintil si bien la proporción de ocupados con nivel educativo bajo es mayoritaria (78, 7%) disminuye en el periodo analizado. Aún más relevante es la disminución en el quintil de ingresos más altos comparativamente de 1998 a 2004 en un 12,4 pp. Es decir, la participación de ocupados de bajo nivel educativo decreció casi un 50%. En tanto que el grupo con un alto nivel educativo presenta un aumento de 17, 4 pp.

Se puede concluir que, al igual que en la década de los noventa, resultó un requisito indispensable tener por lo menos niveles educativos medios para alcanzar ingresos medios y altos.

En definitiva, se puede establecer que una de las estrategias de los empleadores es requerir más «credenciales educativas» para el mismo puesto de trabajo, un proceso al que se alude como «devaluación educativa». Por ejemplo, si en los años 80 un repositor de supermercado debía acreditar instrucción primaria completa, ahora debe haber completado el nivel secundario. (Beccaria, 2004).

Conclusión

El intento de este artículo fue abordar un aspecto de una problemática de vasta envergadura como es la interrelación entre mercado de trabajo y procesos de exclusión dentro del marco de una economía en crecimiento.

Si bien es un hecho que en esta fase de reactivación se ha generado un crecimiento en relación al mercado de trabajo en comparación con el último período de estancamiento, también es necesario realizar otra lectura; a saber, aquella que da cuenta que aún no se ha alcanzado, en términos de niveles de empleo, valores semejantes al periodo previo a la recesión. Lo que pone de manifiesto que el país se encuentra en ocho años atrasado en materia de empleo.

Puntualmente, el análisis de los indicadores y tasas laborales mostró que la tendencia favorable que presentan no se traslada al interior de la estructura ocupacional. Sino que existe una demanda dispar de empleo, como si existieran dos mercados de trabajo, en uno de ellos se genera empleo precario, inestable, de baja calidad y con salarios insuficientes; y en otro mercado, la selección se realiza por nivel educativo y calificaciones laborales, generando empleo de calidad, o al menos más estable y mejor remunerado.

La profundización de las exigencias de un mercado laboral, que demanda mayor instrucción para tareas de menor calificación explica el llamado proceso de devaluación educativa. Es decir, el mercado de trabajo continúa operando con una lógica excluyente, donde las posibilidades de insertarse laboralmente se vuelven más complejas. Continúan, de esta manera, los procesos de exclusión en cuanto a las características de los ocupados y los requerimientos para acceder a un puesto de trabajo.

Asimismo, no se muestran intenciones para promover dichos cambios, prueba de ello es la vigencia de la actual Ley de flexibilización laboral.

Entonces puede concluirse que si bien se ha generado empleo, la brecha es cada vez más amplia entre los que pueden acceder a puestos de calidad y bien retribuidos, y quienes no. Pero hay que ser cuidadosos al analizar estos resultados, ya que por la proximidad histórica del periodo analizado, en el cual se está aun inmerso, no se pueden realizar análisis concluyentes en materia de políticas de empleo; como así tampoco se puede pretender que en el corto periodo transcurrido desde la crisis que tuvo su punto culminante en diciembre de 2001, se puedan revertir procesos estructurales de exclusión que vienen gestándose desde mediados de la década de los setenta.

Cuadro N°1: Evolución de las tasas de actividad, empleo, desocupación, subocupación y sobreocupación durante el periodo 2002/2005. Gran Mendoza.

	EPH "puntual"		EPH "continua"								
	Oct-02	MAYO 2003	3° TRIM 2003	4° TRIM 2003	1° TRIM 2004	2° TRIM 2004	3° TRIM 2004	4° TRIM 2004	1° TRIM 2005	2° TRIM 2005	3° TRIM 2005
	Tasa de actividad	38.9	38.0	43.5	42.8	44.4	45.1	44.0	42.3	42.6	42.3
Tasa de empleo	34.4	34.4	38.0	37.5	39.2	40.1	39.1	39.2	39.1	39.0	38.9
Tasa de desocupación	11.5	9.4	12.8	12.4	11.7	11,2	11.0	7.2	8.4	7.9	8.6
Tasa de subocupación	20.9	19.6	15.7	15.9	14.8	11.7	14.8	13.0	11.8	13.0	15.7
Tasa de sobreocupación	32.1	36.5	31.4	35.9	37.0	39.3	35.4	35.9	33.4	35.2	35.9

Fuente: Elaboración propia en base a los datos de la EPH "puntual" (ondas octubre 2002 y mayo 2003) y EPH "continua" (2003, 2004 y 2005), DEIE-INDEC.

Cuadro N° 2: Composición de los ocupados según características educativas y calificación laboral. Gran Mendoza. Años 1998 y 2004

		Oct-98	4° TRIMESTRE 2004
NIVEL EDUCATIVO	Nivel bajo	58,9	46,9
	Nivel medio	28,9	34,8
	Nivel alto	12,2	18,3
	Total	100	100
CALIFICACIÓN LABORAL	Profesionales	7,8	8,7
	Técnicos y operarios calificados	59,5	65,5
	No calificados	32,7	25,7
	Total	100	100

Fuente: Elaboración propia en base a los datos de la EPH "puntual" (ondas octubre 2002 y mayo 2003) y EPH "continua" (4° trimestre 2004), DEIE-INDEC.

Cuadro N° 3: Distribución de los ocupados por quintiles de ingreso per cápita familiar según nivel educativo. Gran Mendoza. Años 1998, 2002 y 2004.

Quintil	NIVEL EDUCATIVO	Oct-98	4° TRIMESTRE 2004
1°	Nivel bajo	79,1	78,7
	Nivel medio	17,8	20,2
	Nivel alto	3,2	1,1
2°	Nivel bajo	70,9	57,3
	Nivel medio	24,8	36,8
	Nivel alto	4,3	5,9
3°	Nivel bajo	61	51,6
	Nivel medio	30,3	35,5
	Nivel alto	8,7	12,9
4°	Nivel bajo	54	37,9
	Nivel medio	29	37,4
	Nivel alto	17,1	24,7
5°	Nivel bajo	28	15,6
	Nivel medio	41,9	36,9
	Nivel alto	30,1	47,5

Fuente: Elaboración propia en base a los datos de la EPH "puntual" (ondas octubre 2002 y mayo 2003) y EPH "continua" (4° trimestre 2004), DEIE-INDEC.

Notas:

¹ Se trata de un relevamiento de información que realiza el INDEC en forma continua para los distintos aglomerados urbanos del país. Esta fuente proporciona datos sobre los hogares y los individuos en relación a su vinculación con el mercado de trabajo, sobre los ingresos, sobre las características sociodemográficas y educativas de la población encuestada. Recoge información discriminada sobre los variados aspectos relativos a la participación laboral, a las características y tipos de ocupación, a las ramas según sectores de la economía, a la calificación de las tareas y también sobre seguridad social de los trabajadores.

² REYES, A. BLAZSEK, A. y CANAFOGLIA, E. (2004). Estructura ocupacional en el Gran Mendoza. Revista de Sociología. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo. Mendoza.

³ CTA, Instituto de Estudios y Formación. Boletín Estadístico: «Pobreza e indigencia, desempleo estructural, distribución regresiva de los ingresos y ganancias empresariales extraordinarias». Claudio Lozano (coord.), septiembre de 2004.

⁴ De este cálculo se han excluido los beneficiarios del PJJHD que realizan contraprestaciones laborales.

⁵ La elasticidad producto-empleo da cuenta de la variación que se registra en la generación de empleo de acuerdo a los aumentos en el producto, es decir, qué tan sensible es la creación de empleo a los aumentos del PBI. Es consabido que en los '90, el crecimiento económico no fue acompañado por aumentos importantes en los niveles de empleo, registrándose una baja elasticidad producto-empleo (del orden de 0,15 entre 1991-1994 y 0,52 entre 1995-1998).

⁶ CTA, op. cit.

⁷ Ver Reyes, Blazsek, Canafoglia, 2004^a2004^a y 2004b.

⁸ MECON. La Economía argentina durante el II y III trimestre de 2004.

⁹ Graña y Kennedy, 2005 «Mercado de trabajo en el período 1998-2004: asalariados y extensión de la jornada de trabajo» Revista Lavboratorio Año VI, N°17-18.

¹⁰ Reyes, Blazsek, Canafoglia, 2004 op. cit.

¹¹ Es importante recordar que los datos del 1998 corresponden a la onda de octubre de la EPH puntual. Los datos referidos a partir del 2003 corresponden a la EPH continua.

¹² Encuesta Permanente de Hogares, Empleo en Mendoza, Datos provisorios y preliminares, DEIE, Segundo trimestre 2004.

Bibliografía

Amadeo, E. y Caputo, S. (2000). «Crisis en el mercado de trabajo y exclusión social». Cuadernos de Observatorio Social, N° 1, Buenos Aires.

Azpiázu, D., Basualdo, E.M., y Khavisse, M. (1987). «El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80», Buenos Aires: Legasa.

Basualdo, E.M. (1999). «Acerca de la naturaleza de la deuda externa y la definición de una estrategia política», Buenos Aires: FLACSO / UNQ / Página 12.

Basualdo, E.M. (2000). «Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa». Buenos Aires: FLACSO, UN.Q. e IDEP.

Cardello, M. y otros (1998). «Reforma del Estado, concentración económica y fragmentación social en la provincia de Mendoza», Mendoza: CIUNC/UNCuyo.

Lozano, Claudio (coord.) (2004). «Pobreza e indigencia, desempleo estructural, distribución regresiva de los ingresos y ganancias empresariales extraordinarias». Instituto de Estudios y Formación. Boletín Estadístico, CTA septiembre de 2004.

DEIE. (2001). «Información Económica de Mendoza». www.economia.mendoza.gov.ar

Encuesta Permanente de Hogares, Empleo en Mendoza, Datos provisorios y preliminares, DEIE, Segundo trimestre 2004.

Graña y Kennedy, (2005). «Mercado de trabajo en el periodo 1998-2004: asalariados y extensión de la jornada de trabajo» Revista Lavboratorio Año VI, N°17-18.

INDEC (1998). «Reformulación de la Encuesta Permanente de Hogares en la Argentina». Bs. As.

Kaztman, R. y Wormald, G. (coord.) (2002). «Trabajo y Ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina», Santiago de Chile: Fundación Ford.

MECON. «La Economía argentina durante el II y III trimestre de 2004».

Monza, A. y otros (2001). «Crecimiento y empleo. Una explicación empírica de la elasticidad producto del empleo en el caso argentino». Observatorio Social, SIEMPRO, UNESCO.

Reyes Suárez, A; Collado, P; Blazsek, A; Canafoglia, E (2003). «¿Cómo distinguir los pobres de los no pobres en el contexto económico social de la argentina? Una doble mirada: la definición desde los sujetos y desde los indicadores objetivos de ingreso y ocupación». FCPyS, UNCuyo. Resumen aceptado en el 51° Congreso Americanistas. Universidad de Chile. Santiago.

Reyes Suárez, Blazsek, A; Canafoglia, E (2004.a). «Estructura ocupacional en el Gran Mendoza». Revista de Sociología. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo. Mendoza.

Reyes Suárez, Blazsek, A; Canafoglia, E (2004.b) «Oportunidades laborales y género en el Gran Mendoza». Ponencia presentada al Congreso Nacional de Políticas Sociales. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo. Mendoza.

Salvia, A., Fraguaglia, L. y Metlika, U. (2005). «¿Una mejor calidad ocupacional en los mercados laborales de la Argentina postdevaluación?» Lavboratorio, Año VI, N° 17/18, Buenos Aires.

Salvia, Agustín (2003-a). «Mercados segmentados en la Argentina: Fragmentación y precarización estructura social del trabajo (1991-2002)». Lavboratorio, año 4, N° 11/12. Bs As.

Serino, Leandro y González, Mariana L. (2002). «Dinámica económica y empleo: Reflexiones acerca de sucesos inevitables». Lavboratorio, Año 4, N° 9, pp.3-8, Buenos Aires.

SIEMPRO (2000). «La educación y formación de los trabajadores. Un abordaje comparativo de resultados en la EDS-97 y la EPH-98». Buenos Aires.

Indicadores laborales y percepciones sobre los mercados de trabajo desde un enfoque regional. Situación ocupacional de los aglomerados urbanos de la región patagónica, 2001-2004

*María Rosa Cicciari**

1. Caracterizando el contexto socioeconómico nacional y regional

Durante casi 25 años, nuestra sociedad ha atravesado una y otra vez ciclos de extrema inestabilidad, vulnerando tanto sus condiciones de reproducción social como sus capacidades de desarrollo e integración nacional, a partir de la generación en forma recursiva de desorden fiscal, hiperinflación, crisis de la deuda, corrupción, vaciamiento del Estado, desequilibrios regionales, problemas de desocupación, máxima pobreza y desigualdad social. Así, la crisis social que atravesamos se define por la imposibilidad institucional de poner en marcha un programa de amplio consenso social, con capacidad para superar el atraso económico, la dependencia cultural y la desintegración social, en acuerdo con los cambios productivos y tecnológicos producidos en el orden mundial.

Actualmente el país se encuentra tratando de salir de la más grave crisis de su historia contemporánea. Este intento de reactivación económica, redefinición política y reconstrucción de la esperanza social, contiene en su interior al menos dos procesos, que si bien están relacionados no se implican. Por un lado, un proceso de crisis expresado en el estancamiento económico, el desplome del modelo de convertibilidad y la caída del gobierno de la Alianza, cuyo punto de inflexión se reconoce en el verano de 2002, teniendo lugar a partir de ese momento un retroceso del bloque neoliberal. La reactivación económica iniciada en 2004, la relativa estabilidad social y el fracaso político del menemismo constituyen aspectos claves de esta transición. Por otro lado, se evidencia una crisis que remite a condiciones económicas, políticas y culturales mucho más profundas y de más largo aliento, cuya necesaria redefinición carece todavía de protagonismo social. Así, estamos frente a un proceso de transición caracterizado por su dualidad, en donde la demanda de una redistribución progresiva de la riqueza –a nivel de los hogares y de las regiones– no se realiza en ausencia de un tejido social que lo exija y garantice como regla política y cultural de convivencia institucional.

En la coyuntura política nacional, el Estado aparece en un reposicionamiento de su rol, orientado hacia el desarrollo y con esquemas de acción que recuperan un perfil de corte neokeynesiano. El mismo tipo de estrategia se despliega desde los gobiernos provinciales y locales, asistidos –en el caso evidente de Chubut y Santa Cruz, por la percepción de un importante nivel de regalías petroleras y gasíferas derivadas de un ciclo expansivo en las actividades extractivas regionales que otorgan a los Estados Provinciales una inédita capacidad de acción¹. Este escenario se liga a la incipiente recuperación económica nacional enmarcada en un contexto internacional que en los últimos años ha favorecido el esquema agro-

exportador del país, y ha contribuido a la mejora en el funcionamiento del mercado interno, con consecuencias positivas en muchos indicadores sociales.

Pero en sintonía con la lógica de los últimos años, el Estado sigue desempeñando un fuerte rol de contención social, habiendo recuperado en cierta forma parte del lugar histórico que ocupó en el poblamiento y sostenimiento de las actividades económicas de la región patagónica; pero sus diversos sectores políticos y sociales no han podido aún imaginar y mucho menos propiciar escenarios que promuevan el desarrollo endógeno autosostenido con la constitución de actores regionales y locales fuertes, con capacidad para consolidar en el mediano plazo esquemas alternativos para el desarrollo regional. El tránsito de una economía rentística subordinada a la extracción de recursos primarios exportables a otra vinculada con la generación de valor agregado y con la consolidación de encadenamientos productivos sostenidos desde la propia región, supone aún mayor tiempo y esfuerzo institucional y social para su logro.

2. Aproximaciones a una mirada regional en la Patagonia

Presentaré aquí un breve recorrido acerca de lo que entendemos por región socio-laboral². Para ello, se han recuperado diversas aproximaciones teóricas en la temática: el reconocimiento de configuraciones regionales³ a partir de áreas geográficas; la consideración de la espacialidad social⁴ a partir de la identificación de los procesos sociales de interrelación; la articulación de las concepciones geográfica, económica y social en la definición de subregión⁵, así como la noción de mercado regional⁶ desde una concepción económica. Por último, la articulación de estas dos últimas perspectivas permite considerar que el desarrollo de una región es resultante de la superposición de procesos externos de expansión y acumulación de capital y procesos endógenos de creación y materialización de potencialidades existentes a partir de la capacidad de acción de la matriz social regional⁷.

En base a las características geográficas, económicas y sociales que otorgan cierta uniformidad a la estructura sociodemográfica de la región patagónica, así como las características de su dinámica productiva y los efectos expansivos de sus principales núcleos poblacionales hacia el interior del territorio, es posible considerar la existencia de diversas subregiones dentro del espacio geográfico patagónico. Los diversos centros urbanos analizados han constituido históricamente un mercado regional altamente especializado, algunos de ellos con carácter de enclave⁸; por otra parte, su estructura económico-ocupacional ha presentado un alto

53

* Este artículo ha sido elaborado en el marco del Proyecto de Investigación “La Patagonia Austral y el Mercado Laboral en un contexto de transformación económica. Entre la profundización del modelo rentístico y las perspectivas de diversificación económica” (UNPA-UARG), dirigido por el Dr. Lic. Agustín Salvia.

* Lic. en Sociología (UBA). Docente-Investigadora de la Unidad Académica Caleta Olivia, Universidad Nacional de la Patagonia Austral. Integrante del Área de Estudios Antropológicos para el Desarrollo Patagónico (UNPA).

grado de división del trabajo social, siendo predominante la relación capital-trabajo asalariado hasta mediados de los '80, con un alto peso de los asalariados del sector público⁹. Es en esta estructura regional, con fuerte desarrollo de actividades de capital intensivo, gran concentración de trabajadores asalariados y fuerte dependencia hacia una empresa o actividad en crisis o reestructuración sectorial, donde el impacto socio-ocupacional de la crisis y la reestructuración de los años '90 se manifiesta con mayor gravedad¹⁰. En el marco de este desarrollo conceptual, ¿es posible delinear a partir de las características de los principales aglomerados urbanos de la región patagónica un perfil de dinámicas ocupacionales que permita la identificación de una matriz en común en el ámbito patagónico?

3. La Patagonia en relación al resto de las regiones estadísticas del país.

A partir de la implementación del relevamiento de la EPH bajo la modalidad continua en el año 2003, la información estadística referida a las características sociodemográficas y ocupacionales de los aglomerados urbanos relevados se presenta en forma agregada en las denominadas regiones estadísticas¹¹. En nuestro caso, la región estadística Patagónica está integrada por los aglomerados urbanos de Comodoro Rivadavia-Rada Tilly (Chubut), Neuquén-Plottier (Neuquén), Río Gallegos (Santa Cruz) y Ushuaia-Río Grande (Tierra del Fuego)¹².

Otra de las innovaciones introducidas por la nueva EPH tiene relación con la difusión pública de la información estadística producida. Tanto para el Total de los Aglomerados, como para las Regiones Estadísticas y los Aglomerados urbanos de más de 500.000 habitantes, la misma tiene una periodicidad de cuatro (4) veces al año¹³; mientras que en el caso de los aglomerados urbanos con menos de 500.000 habitantes¹⁴, se mantiene el anterior criterio de difusión.

A partir de estas modificaciones en la estructura de producción de indicadores sociales del mercado de trabajo para el relevamiento de las características sociodemográficas y socioeconómicas de la población, podemos establecer algunas caracterizaciones correspondientes a la Región Estadística Patagónica. En primer lugar, podemos hacer mención a la magnitud de la población de referencia que reside en el área cubierta por la EPH en la región y establecer la relación existente con el conjunto nacional, tal como se presenta en la Tabla Nro. 1.

En segundo lugar, el relevamiento continuo de la EPH nos permite describir la composición poblacional interna de la región, a partir de la distinción de los aportes poblacionales de cada uno de los aglomerados urbanos que la conforman. Las Tablas Nro. 2 y 2 bis aportan esa información, señalando que:

* En términos de población general, el aglomerado urbano con mayor peso relativo en el conjunto regional es Neuquén-Plottier, representando el 42.6% de la población total, seguido por Comodoro Rivadavia-Rada Tilly, con el 24.3%, Ushuaia-Río Grande, con el 18.7% y por último, Río Gallegos, con el 14.4%.

* En relación a la población económicamente activa y a la población ocupada, se mantiene la misma distribución

* Pero en relación a la población desocupada, vemos que si bien la distribución presenta el mismo peso relativo, las magnitudes varían significativamente: Neuquén-Plottier presenta el 38.9% de la población desocupada de la región, le siguen Comodoro Rivadavia-Rada Tilly y Ushuaia-Río

Grande, ambas con el 27.8% y por último, Río Gallegos, con el 5.5% del total.

En tercer lugar, si observamos la evolución comparativa¹⁵ de los principales indicadores sociocupacionales de la Región Patagónica en relación al resto de las regiones del país, de acuerdo a Tablas Nro. 3.1. a 3.5 podemos señalar que:

* A nivel del Total de 28 Aglomerados, la Tasa de Actividad presenta una muy leve disminución, en valores alrededor del 45%; mientras que en la Región Patagónica, además de observarse valores en torno al 42-43%¹⁶, su evolución es ascendente, con una variación positiva de más de 1 punto porcentuales.

* A nivel del Total de 28 Aglomerados, la Tasa de Empleo presenta un incremento interesante de 4 puntos porcentuales entre 2003-2004, con valores entre el 36 y el 40%. La Región Patagónica presenta una evolución similar, tanto en la tendencia como en las magnitudes¹⁷.

* En cuanto a la Tasa de Desocupación Abierta se observa a nivel del Total de 28 Aglomerados un importante descenso de 7 puntos porcentuales (entre el 19.1 y el 12.6% entre el 2003 y el 2004 respectivamente) mientras que en la Región Patagónica se observa la misma tendencia descendente, con una disminución de 5 puntos porcentuales, pero es significativo que se trata de la Región que presenta la menor magnitud de esta tasa en el conjunto nacional, entre el 11.2 y el 6.8%.

* Respecto a la Tasa de Subocupación Demandante, se observa en el conjunto nacional una disminución de casi 2 puntos porcentuales (entre el 11.9 y el 10.1%); la región patagónica presenta la misma tendencia pero en magnitudes mucho menores (entre el 5.7 y 3.6% respectivamente), siendo también la región que presenta las magnitudes más bajas.

* En cuanto a la Tasa de Subocupación No Demandante, la tendencia a nivel nacional es descendente en 1.5 puntos porcentuales, observándose en la región patagónica el mismo comportamiento, siendo muy leve la disminución dados los reducidos valores que presenta el indicador (entre 2.3 y 1.9%). Por último, se presentará la evolución de dichos indicadores sociocupacionales teniendo en cuenta a la Región Patagónica en relación con cada uno de los aglomerados urbanos que la componen, de acuerdo a la Tabla Nro. 4. Allí podemos observar que:

* en general, los indicadores de la Región que se presentan como valores agregados incorporan las diversas dinámicas ocupacionales correspondientes a cada aglomerado en particular¹⁸. Así por ejemplo, la Tasa de Desocupación de la Región que es de 8.6% en el 2° Sem. 2003 y de 6.88.1% en el 2° Sem. 2004 se expresa en magnitudes superiores a los 2 dígitos en el primer periodo considerado en Comodoro Rivadavia (12.7%), así como en magnitudes muy reducidas, como el 1.9% de Río Gallegos en ambos periodos.

* A su vez, las tendencias observadas a nivel regional no presentan en todos los casos la misma dirección en cada aglomerado urbano por separado. Incrementos y disminuciones a nivel regional no se corresponden con lo que ocurre en cada caso particular. Así por ejemplo, la Tasa de Actividad a nivel regional presenta un incremento de casi 2.5 puntos porcentuales, mientras que en Comodoro Rivadavia se mantiene estable; o la Tasa de Desocupación, que a nivel regional presenta un descenso casi 2 puntos porcentuales (de 8.6% a 6.8%), mientras que en el aglomerado Ushuaia-Río Grande se observa una muy leve tendencia a su incremento (de 9.5 a 9.9%).

Cabe aclarar que en relación a los valores de la Tasa de Activi-

dad a nivel regional, se puede argumentar que, a partir de la conformación histórica de los mercados de trabajo de la región, esta se ha caracterizado por magnitudes que nunca han sido elevadas¹⁹. Este indicador presenta valores bastante similares en los aglomerados analizados, siendo el mayor el correspondiente a Ushuaia-Río Grande (aglomerado que presenta un perfil más asociado con la actividad productiva industrial privada), mientras que los valores intermedios se encuentran en Comodoro Rivadavia-Rada Tilly y Neuquén-Plottier y los valores más reducidos en Río Gallegos (aglomerado que presenta un perfil asociado a la ocupación a partir de las esferas de la administración pública).

Por otra parte, la Tasa de Empleo a nivel regional, presenta valores en concordancia con el anterior indicador se puede señalar que su valor más alto se registra en Neuquén-Plottier, seguido muy de cerca por Ushuaia-Río Grande y Comodoro Rivadavia- Rada Tilly, para presentar los valores más reducidos en el caso de Río Gallegos (cuya tasa de empleo es inferior al 40% en el período analizado).

4- La dinámica ocupacional de los aglomerados urbanos de la región patagónica.

Para apropiarnos con un nivel de mayor profundidad analítica esta diferenciación entre la región y las diversas subregiones con características en común en su dinámica socio-laboral que la componen, presentaré aquí un análisis más detallado de los principales indicadores sociocupacionales, ahora teniendo en cuenta cada uno de los aglomerados urbanos que conforman la Región Patagónica, describiendo su evolución entre los años 2000 y 2004, teniendo en cuenta los valores indicados en la Onda Octubre (EPH puntual) y en el Segundo Semestre (EPH continua).

La descripción de dichos indicadores sociocupacionales tiene en cuenta los sesgos provenientes de los cambios referidos a la presentación de los resultados (formas de agregación / desagregación y mayor frecuencia anual), no considerándose aquellos vinculados a la forma de medición (relevamiento continuo) a las modificaciones muestrales y al efecto cuestionario. Los aspectos considerados han sido planteados en virtud de las inquietudes que han orientado este trabajo, mientras que aquellos no considerados, han tenido como base la solidez de los argumentos sostenidos por los equipos técnicos del Indec respecto de la necesidad de revisión metodológica, descontando sus efectos en el mejoramiento de la calidad de la medición de la situación laboral.

En primer lugar, describiré el aglomerado urbano Comodoro Rivadavia-Rada Tilly, teniendo en cuenta su desarrollo histórico como centro petrolero y su importancia económico-social como principal centro urbano de la dinámica sociodemográfica y ocupacional de la Cuenca Petrolera del Golfo San Jorge²⁰; siendo representativo de las alternativas laborales generadas a partir de la actividad hidrocarburífera. Podemos observar en la Tabla 5, la siguiente dinámica ocupacional:

* un aumento constante de la tasa de actividad a partir de Octubre 2001, momento previo a la crisis, en valores ascendentes entre el 39% y el 43%.

* Un aumento constante de la tasa de empleo a partir de Octubre 2001, en valores constantes y ascendentes entre el 33.6% y el 39.8%. El incremento del empleo es importante, en casi 7 puntos porcentuales en el lapso 2001-2004.

* La tasa de desempleo presenta un incremento inicial entre

Octubre 2001 y la primera mitad del año 2003 (del 14.1% al 15.5%), para luego descender en forma constante hasta el final del período (del 15.5% al 8.1). Esta disminución es constante y presenta una variación en menos de casi 7 puntos porcentuales entre el 2003 y el 2004.

* Las tasas de subocupación demandante y no demandante presentan una evolución ascendente al inicio del período analizado, para luego descender en forma constante entre Octubre de 2002 y el Segundo Semestre de 2004.

Se observa así un escenario sociocupacional de dinamismo positivo, a partir de la reactivación de la actividad petrolera en el período analizado (dado que se ha producido a partir del año 2000 un corrimiento de las actividades de exploración y explotación hacia los yacimientos ubicados en el Oeste de la Cuenca -Sarmiento, Cerro Dragón., Las Heras, Los Perales). Esta reactivación de la principal actividad productiva del aglomerado urbano ha tenido su repercusión positiva también en otras actividades productivas asociadas, tales como la prestación de servicios hacia las empresas petroleras y la construcción urbana y en los yacimientos. Asimismo, la dinámica ocupacional da cuenta de un incremento del circulante en la ciudad y áreas de influencia que repercute en el comercio local. Por otro lado, desde mediados de 2003 y en el transcurso del año 2004 se han producido en la localidad y en la región algunos reclamos salariales vinculados a la actividad petrolera por parte de las agrupaciones sindicales del sector, hecho que puede ser considerado un indicador más de la reactivación productiva del sector.

En segundo lugar, se presenta la evolución del aglomerado urbano Neuquén-Plottier, describiendo las características de la dinámica ocupacional de otro espacio geográfico afectado por el proceso de privatización de la empresa estatal YPF a comienzos de la década del '90²¹, particularmente, la Cuenca Neuquina. En la Tabla 6 podemos observar la evolución de sus principales indicadores ocupacionales:

* la Tasa de Actividad presenta un descenso en los años 2002 y 2003, producto del impacto de la crisis, que recién registra una recuperación en el año 2004.

* la Tasa de Empleo presenta el mismo comportamiento, descende en 2002 y se recupera a partir de 2003, con un incremento de casi 6 puntos porcentuales.

* la Tasa de Desempleo, en concordancia con el anterior indicador, presenta un incremento en los años 2002 y 2003, para registrar un descenso sostenido a partir de 2003, reduciendo sus valores a un tercio (de 18.0 a 6.2%).

* Por su parte, las Tasas de Subocupación demandante y no demandante, se mantienen estables hasta 2002 y luego presentan un sostenido descenso, registrándose una disminución en sus valores en un tercio entre ambos períodos. De este modo, estamos nuevamente en presencia de un escenario laboral de dinamismo positivo dado que los indicadores sociocupacionales dan cuenta en forma acabada del cimbronazo que la crisis de verano de 2002 tuvo sobre la dinámica ocupacional y de cómo ha habido una recuperación a partir de fines del 2003 y el durante el 2004. Dicha recuperación puede ser asociada en parte a la reactivación de la actividad petrolera y, en mayor medida para el aglomerado urbano analizado, al impacto positivo de las políticas económicas que han favorecido las economías vinculadas a la agro-exportación²² de productos primarios.

En relación al aglomerado urbano Río Gallegos, se observa la siguiente dinámica ocupacional, a partir de los datos presentados en la Tabla 7:

* Descenso de la Tasa de Actividad en Octubre 2002, permaneciendo estable hasta el Segundo Semestre de 2003 y registro de recuperación en el año 2004.

* La Tasa de Empleo presenta una evolución similar, registrándose un descenso de 2 puntos porcentuales en 2002, manteniéndose durante 2003 y recién recuperándose en el 2004, al alcanzar el mismo nivel que en Octubre 2001.

* En cuanto a la Tasa de Desempleo, se observa un leve incremento en el año 2002 y luego un descenso que se inicia en el 2003 y continúa en el 2004.

* La Tasa de Subocupación Demandante presenta un incremento en los años 2002 y 2003, en relación a la evolución del desempleo en el mismo período.

El escenario presentado puede ser considerado como un caso atípico en el conjunto de aglomerados urbanos de la región patagónica. En primer lugar, por presentar valores que están muy por debajo de los que presentan los restantes aglomerados urbanos (en particular referencia a la Tasa de Desocupación; panorama que nos orienta a pensar en una situación "ideal" de economía de pleno empleo). En segundo lugar, porque podría decirse que la dinámica laboral descrita se corresponde con una situación de fuerte intervención del Estado en la generación de empleo público en el orden local²³. Más precisamente, se observa un escenario en deterioro de la dinámica laboral, en donde si bien se registran valores muy reducidos en la Tasa de Desocupación (inferiores al 3% en todo el período) se registran a la vez indicadores que dan cuenta de una situación de malestar ocupacional, tal como se puede dar cuenta a partir de la evolución ascendente de la Tasa de Subocupación Demandante. Al respecto, algunos autores consideran que se produce la conjunción de dos realidades ocupacionales en la localidad: por una parte, la ocupación plena de los puestos de trabajo vinculados con la función administrativa provincial y por otra, la no capacidad de absorción de aquellas personas que se insertan al mercado de trabajo a partir de su salida de la esfera educativa, por no contar con los requisitos mínimos de capacitación y formación para el trabajo que la reducida demanda laboral requiere para su incorporación en el sector de actividad más demandante de puestos de trabajo en la actualidad (prestación de servicios asociados a la actividad del turismo: gastronomía, hotelería, comercio, etc)²⁴.

Por último, el aglomerado urbano Ushuaia-Río Grande presenta la siguiente dinámica socio-ocupacional, de acuerdo a lo que puede observarse en la Tabla 8:

* Una Tasa de Actividad en descenso de casi 3 puntos porcentuales a partir de la crisis del verano de 2002, su mantenimiento hasta fines de 2003 y su recuperación durante el año 2004.

* En concomitancia con este indicador, la Tasa de Empleo presenta una disminución en 4 puntos porcentuales al momento de la crisis, manteniéndose hasta mediados de 2003 y recuperándose significativamente hacia fines de 2004.

* El impacto de la crisis es notorio en la evolución de la Tasa de Desempleo, registra un incremento de casi 4 puntos porcentuales en los años 2002 y la primera mitad del 2003, para registrar un descenso a partir del segundo semestre de 2003, que logra mantenerse en los mismos valores hasta fines de 2004.

* En cuanto a las Tasas de Subocupación Demandante y No demandante, presentan una evolución oscilante, con aumentos y descensos a lo largo del período analizado, de acuerdo a la dinámica del desempleo y el empleo.

De esta forma, estamos frente a un escenario oscilante de la dinámica ocupacional. Así la Tasa de Actividad presenta valores en relación con los comportamientos del Empleo y el Desempleo, observándose oscilaciones ascendentes y descendentes entre 2002 y 2003, para presentar una recuperación en el 2004, en concordancia con la reconversión de la actividad de ensamblaje en artículos electrónicos desarrollados en la isla de Tierra del Fuego (nueva tecnología en audio y video para los hogares) y con el incremento del consumo interno de estos bienes en los sectores sociales que presentan un nivel de ingresos medio y medio alto.

A la luz del análisis particularizado de los aglomerados urbanos seleccionados, considero necesario hacer algunas observaciones con mayor profundidad en relación a la evolución de la Tasa de Desocupación Abierta en el período analizado. En los casos que hacen referencia a las Cuencas Petroleras, se han alcanzado cifras entre el 14 y casi el 17% en los años 2000 y 2001, que luego de la crisis han registrado incrementos respectivos hasta alcanzar el 15.5 y el 18%, para luego, en el marco del dinamismo positivo impregnado por la reactivación de la actividad petrolera han descendido hasta valores de un dígito, oscilantes alrededor del 7% en ambos aglomerados.

En la particularidad de los mercados de trabajo de Comodoro Rivadavia-Rada Tilly y Neuquén-Plottier, estudios anteriores han señalado la presencia de procesos sociales que evidencian dificultades de inserción laboral para la población masculina y a la vez, una creciente incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, sustituyendo el tradicional rol de los trabajadores masculinos en tanto fuente de ingreso para el hogar²⁵. A este proceso habría que agregar la emergencia de elevadas tasas de desocupación abierta y subocupación, que presionan los salarios hacia la baja e inducen a un deterioro de las condiciones de trabajo de una vasta proporción de los ocupados, generando y/o reforzando las tendencias de exclusión social. En cuanto a los restantes aglomerados urbanos, Ushuaia-Río Grande presenta una dinámica asociada a las actividades industriales, con valores que presentan una tendencia similar a la descrita anteriormente aunque en rangos inferiores; mientras que Río Gallegos, presenta niveles muy inferiores que pueden ser asociados a una situación de pleno empleo a partir del fuerte rol de generador de empleo asumido por el Estado en sus esferas provincial, nacional y municipal.

5- Entre las aspiraciones metodológicas y la realidad productiva regional

A partir de los profundos cambios experimentados por el mercado de trabajo en la década del '90, el INDEEC inició una exhaustiva revisión metodológica de la EPH llevando adelante un proceso de reformulación integral que abarcó aspectos temáticos, muestrales y organizativos. Entre las modificaciones incorporadas se pueden mencionar: relevamiento continuo, modificaciones muestrales, rediseño de los cuestionarios y mayor frecuencia de la presentación de los resultados²⁶.

Estas innovaciones metodológicas tienen su correlato en la producción de conocimientos sobre la región patagónica y sus principales centros urbanos. Al respecto, se puede argumentar que:

* se plantea una disyuntiva en torno a la presentación de los datos de la región (perspectiva que prioriza lo general) y de los aglomerados urbanos (priorizando lo particular): la presenta-

ción en forma agregada bajo la denominación de región estadística Patagónica, tiene como contrapartida la no presentación de los datos de cada aglomerado urbano con la misma frecuencia temporal.

* el énfasis puesto en la innovadora forma de presentación de los datos a nivel regional, introduciendo una nueva categoría analítica para el entendimiento de la dinámica laboral, genera al mismo tiempo una situación de silenciamiento de la heterogeneidad existente en cada aglomerado urbano como centro de referencia de las distintas actividades productivas del espacio geográfico patagónico.

* De este modo, las cuestiones metodológicas tienen consecuencias en otros ordenes de acción: la producción de conocimientos estadísticos, es decir con status académico sobre la realidad socioeconómica local y regional, a su vez inserto en el marco de una estrategia política de alcance nacional, tiene a su vez importantes implicancias en los diversos niveles vinculados a la toma de decisiones en las esferas políticas.

6. Conclusiones preliminares

A través de este artículo ponencia, hemos expuesto el análisis de los principales indicadores sociocupacionales a nivel de aglomerado urbano y de la región patagónica en el período 2001-2004, con especial énfasis en los impactos posteriores a la crisis nacional del año 2001, que nos ha permitido establecer las siguientes conclusiones preliminares:

* En primer lugar, exponer argumentos en torno a la pertinencia de la noción de “región estadística”, teniendo en cuenta los análisis descriptivos realizados sobre la realidad económica y social de los centros urbanos en particular, la región patagónica y sus diversas dinámicas productivas. En este sentido, cabe el interrogante acerca de la oportunidad política de ¿cómo poner en valor la Región Patagónica en cuanto a su situación ocupacional en el contexto nacional?

* En segundo lugar, explicitar la estrategia de presentación en forma agregada de la dinámica ocupacional que deja a su vez en segundo plano la exposición de la diversidad existente en el conjunto, es decir tomar en cuenta la presencia de las particularidades en el contexto más amplio de la región.

En este sentido, la adopción de una estrategia de producción y difusión de conocimientos sobre las dinámicas ocupacionales en el ámbito regional que prioriza la agregación de los datos se contraponen tanto a:

* el análisis de los indicadores estadísticos construidos desde las instituciones responsables de la producción de conocimientos sobre la realidad socioeconómica de cada aglomerado urbano en particular,

* como a las percepciones sociales acerca de la situación ocupacional en los diversos centros urbanos de la región. Desde esta perspectiva, es importante señalar las distorsiones existentes entre el argumento que desde el discurso político (nacional y regional) enfatiza la “oportunidad histórica propicia para el desarrollo patagónico” frente a la recurrente aparición de situaciones vinculadas a la conflictividad social en torno al mundo del trabajo y a otras problemáticas (inseguridad urbana, protesta social, economía de la pobreza, corte de ruta, etc) de reciente presencia en el plano regional.

Como principio de análisis resultante de lo anteriormente expuesto, cabe señalar la importancia de los aportes provenientes desde las Ciencias Sociales. Desde allí, se hace necesario sostener una mirada reflexiva y crítica sobre el sentido que asume la producción de conocimiento académico-científico – con seguras implicancias en el orden de la toma de decisiones políticas- en torno a qué se sabe y qué se difunde sobre la realidad sociocupacional de la región patagónica y de sus principales centros urbanos.

De este modo, cabe reflexionar sobre el alcance de la situación ocupacional de los centros urbanos fuertemente afectados por los procesos de privatización y que en su anterior configuración histórico-social eran sociedades estatales en razón del accionar del Estado Nacional. Es decir, es necesario considerar la injerencia de la lógica del modelo capitalista en sociedades que durante casi toda su trayectoria histórica se han desarrollado con una matriz de funcionamiento basada en el Estado-Sector público-lógica de la satisfacción de las necesidades de los individuos y grupos sociales y no en el Mercado-Sector privado-lógica de la ganancia y la competencia.

Las consecuencias de estos cambios en términos histórico-sociales tal vez puedan verse reflejadas en algunas tendencias establecidas a partir de los indicadores estadísticos pero, aunque menos perceptibles, sus huellas son más profundas en términos de constitución -o ausencia- de proyectos de vida personales y comunitarios de quienes han decidido habitar estos espacios sociales.

Queda así planteada la necesidad de introducir en la agenda de debate el estudio de las diversas subdimensiones analíticas referidas a procesos sociales en torno a la cultura del trabajo y al desarrollo regional y local, consideradas como un enfoque complementario a los estudios vinculados a los aspectos cuantitativos sobre la dinámica de los mercados de trabajo y las estructuras productivas de los diversos sectores de actividad.

Tabla 1: Población de referencia del área cubierta por EPH. Total de los 28 aglomerados urbanos, por regiones estadísticas. 2° Semestre de 2004, en miles de habitantes.

Area Geográfica	Población				
	Total	Económicamente Activa	Ocupada	Desocupada	Subocupada
Total 28 aglomerados	23.402	10.777	9.415	1.362	1.590
Ciudad de Buenos Aires (a)	2.860	1.509	1.378	131	186
Partidos del GBA (a)	9.764	4.611	3.912	699	813
Regiones					
- Patagónica	571	249	232	17	14
- Cuyo	1.483	632	579	53	84
- Noreste	1.183	440	404	36	54
- Noroeste	2.268	958	831	127	136
- Pampeana	5.273	2.378	2.079	299	303

Notas: (a) Ambas conforman la región estadística Gran Buenos Aires.

Fuente: Elaboración propia en base a Indec, Información de Prensa Resultados 2° Sem.2004, pag.15.

Tabla 2: Población de referencia del área cubierta por EPH. Región Patagónica y Aglomerados Urbanos relevados. 2° Semestre de 2004, en porcentajes.

Región Patagónica	Población				
	Total	Económicamente Activa	Ocupada	Desocupada	Subocupada
Total	100	100	100	100	100
Comodoro Rivadavia-Rada Tilly	24.3	24.1	24.0	27.8	28.6
Neuquén-Plottier	42.6	42.6	42.9	38.9	35.7
Río Gallegos	14.4	13.7	14.2	5.5	7.1
Ushuaia-Río Grande	18.7	19.6	18.9	27.8	28.6

Fuente: Elaboración propia en base a Indec, Información de Prensa 2° Semestre 2004, pag. 15.

Tabla 2 bis: Población de referencia del área cubierta por EPH en la Región Patagónica y Aglomerados Urbanos . 2° Semestre de 2004, en miles de habitantes.

Región Patagónica	Población				
	Total	Económicamente Activa	Ocupada	Desocupada	Subocupada
Total	571	249	233	18	14
Comodoro Rivadavia-Rada Tilly	139	60	56	5	4
Neuquén-Plottier	243	106	100	7	5
Río Gallegos	82	34	33	1	1
Ushuaia-Río Grande	107	49	44	5	4

Fuente: Elaboración propia en base a Indec, Información de Prensa 2° Semestre 2004, pag. 15.

Tabla Nro. 3 Evolución semestral de los principales indicadores sociocupacionales. Región Patagónica y Areas Geográficas seleccionadas, Años 2003 y 2004

3.1 Tasa de Actividad

Onda / Semestre	2003		2004	
	1°	2°	1°	2°
Total 28 aglomerados	45.6	45.7	45.8	46.1
Ciudad de Buenos Aires (a)	52.4	53.1	54.5	52.8
Partidos del GBA (a)	46.3	46.3	45.9	47.2
Regiones				
- Patagónica	42.3	41.3	43.2	43.6
- Cuyo	43.6	43.5	44.4	42.6
- Noreste	35.9	37.6	37.8	37.2
- Noroeste	41.2	41.9	41.4	42.2
- Pampeana	45.4	45.1	45.4	45.1

Notas: (a) Ambas conforman la región estadística Gran Buenos Aires.

Fuente: Elaboración propia en base a Información de Prensa INDeC, pag. 17.

3.2 Tasa de Empleo

Onda / Semestre	2003		2004	
	1°	2°	1°	2°
Total 28 aglomerados	36.9	38.6	39.2	40.2
Ciudad de Buenos Aires (a)	44.5	46.6	48.0	48.2
Partidos del GBA (a)	36.2	37.9	38.4	40.1
Regiones				
- Patagónica	37.5	37.7	39.5	40.6
- Cuyo	36.9	38.3	39.6	39.0
- Noreste	31.0	33.6	34.3	34.1
- Noroeste	33.9	36.0	35.3	36.6
- Pampeana	36.5	38.1	38.4	39.4

Notas: (a) Ambas conforman la región estadística Gran Buenos Aires.

Fuente: Elaboración propia en base a Información de Prensa INDeC, pag. 18.

3.3 Tasa de Desocupación

Onda / Semestre	2003		2004	
	1°	2°	1°	2°
Total 28 aglomerados	19.1	15.4	14.6	12.6
Ciudad de Buenos Aires (a)	15.2	12.1	12.0	8.7
Partidos del GBA (a)	21.8	18.2	16.4	15.2
Regiones				
- Patagónica	11.2	8.6	8.5	6.8
- Cuyo	15.4	11.8	10.8	8.4
- Noreste	13.6	10.6	9.4	8.2
- Noroeste	17.9	14.0	14.9	13.3
- Pampeana	19.7	15.4	15.4	12.6

Notas: (a) Ambas conforman la región estadística Gran Buenos Aires.

Fuente: Elaboración propia en base a Información de Prensa INDeC, pag. 19.

3.4 Tasa de Subocupación Demandante

Onda / Semestre	2003		2004	
	1°	2°	1°	2°
Total 28 aglomerados	11.9	11.5	10.6	10.1
Ciudad de Buenos Aires (a)	6.5	7.4	6.5	6.6
Partidos del GBA (a)	14.6	13.6	12.6	11.9
Regiones				
- Patagónica	5.7	3.7	5.0	3.6
- Cuyo	13.0	12.2	10.8	10.5
- Noreste	9.6	9.8	8.8	9.7
- Noroeste	13.6	13.5	11.8	11.2

TABLA NRO. 4: Principales indicadores sociocupacionales de la Región Patagónica y sus Aglomerados Urbanos. Años 2003- 2004, Segundo Semestre.

Periodo de Relevamiento	2do. Semestre 2003					2do. Semestre 2004				
	REGION PATAGONICA	Comodoro Rivadavia-Rada Tilly	Neuquén-Plottier	Río Gallegos	Ushuaia-Río Grande	REGION PATAGONICA	Comodoro Rivadavia-Rada Tilly	Neuquén-Plottier	Río Gallegos	Ushuaia-Río Grande
Tasa de Actividad	41.3	43.4	41.8	38.4	39.4	43.6	43.3	43.9	40.7	45.2
Tasa de Empleo	37.7	37.9	38.5	37.6	35.6	40.6	39.8	41.2	39.9	40.7
Tasa de Desocupación	8.6	12.7	7.9	1.9	9.5	6.8	8.1	6.2	1.9	9.9
Tasa de Subocupación Demandante	3.7	3.9	3.0	5.2	4.2	3.6	4.4	2.9	2.6	4.8
Tasa de Subocupación No Demandante	1.3	1.6	1.2	0.6	1.7	1.9	2.4	1.4	0.5	3.5

Fuente: Elaboración propia en base a datos INDeC, Información de Prensa, Resultados 2º Semestre 2003 y 2º Semestre 2004, pag. 16.

Tabla 5: Evolución indicadores sociocupacionales. Comodoro Rivadavia – Rada Tilly. Años 2000 a 2004.

Aglomerado	COMODORO RIVADAVIA – RADA TILLY						
	Oct. 2000	Oct. 2001	Oct. 2002	1er Sem. 2003	2do. Sem. 2003	1er. Sem. 2004	2do. Sem. 2004
Onda / Período de Relevamiento							
Actividad	40.1	39.2	39.9	42.4	43.4	42.4	43.3
Empleo	34.8	33.6	34.2	35.8	37.9	38.6	39.8
Desocupación	13.3	14.1	14.2	15.5	12.7	8.9	8.1
Subocupación Demandante	9.3	7.6	7.2	4.6	3.9	4.1	4.4
Subocupación No Demandante	3.8	2.9	4.6	2.7	1.6	1.8	2.4

Fuente: Elaboración propia en base a EPH Indec.

Tabla 6: Evolución indicadores sociocupacionales, Neuquén- Plottier. Años 2000 a 2004.

AGLOMERADO	NEUQUEN-PLOTTIER						
	Oct. 2000	Oct. 2001	Oct. 2002	1er Sem. 2003	2do. Sem. 2003	1er. Sem. 2004	2do. Sem. 2004
Onda / Período de Relevamiento							
Actividad	43.0	43.6	42.9	43.6	41.8	44.1	43.9
Empleo	37.0	36.3	35.2	39.2	38.5	39.8	41.2
Desocupación	14.0	16.7	18.0	9.9	7.9	9.6	6.2
Subocupación Demandante	9.6	10.1	9.1	7.1	3.0	4.7	2.9
Subocupación No Demandante	4.6	4.8	4.8	1.7	1.2	3.2	1.4

Fuente: Elaboración propia en base a EPH Indec.

Tabla 7: Evolución indicadores sociocupacionales, Río Gallegos. Años 2000 a 2004.

Aglomerado	RIO GALLEGOS						
	Oct. 2000	Oct. 2001	Oct. 2002	1er Sem. 2003	2do. Sem. 2003	1er Sem. 2004	2do. Sem. 2004
Onda / Período de Relevamiento							
Actividad	39.4	40.2	38.9	38.2	38.4	40.8	40.7
Empleo	38.6	39.2	37.7	37.9	37.6	39.9	39.9
Desocupación	1.9	2.5	3.0	0.7	1.9	2.2	1.9
Subocupación Demandante	4.0	3.5	3.0	3.3	5.2	4.0	2.6
Subocupación No Demandante	2.7	2.6	2.6	2.1	0.6	.04	1.4

Fuente: Elaboración propia en base a EPH Indec.

Tabla 8: Evolución indicadores sociocupacionales, Ushuaia-Río Grande. Años 2000-2004.

Aglomerado	USHUAIA – RIO GRANDE						
	Oct. 2000	Oct. 2001	Oct. 2002	1er Sem. 2003	2do. Sem. 2003	1er Sem. 2004	2do. Sem. 2004
Onda / Período de Relevamiento							
Actividad	39.9	42.6	40.0	42.4	39.4	44.0	45.2
Empleo	34.8	37.5	33.7	35.6	35.6	39.7	40.7
Desocupación	12.8	12.1	15.6	16.1	9.5	9.7	9.9
Subocupación Demandante	7.3	10.0	8.1	5.6	4.2	7.6	4.8
Subocupación No Demandante	2.9	3.8	5.4	3.3	1.7	3.6	3.5

Fuente: Elaboración propia en base a EPH Indec.

Notas:

- ¹ Cfr. AA.VV; Observatorio Patagónico. Estudios sobre Trabajo y Desarrollo; Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Unidad Académica Caleta Olivia, Año 5, Nro, 5, Junio de 2005, pag. 5.
- ² Para un mayor detalle cfr. Cicciari, María Rosa; "Globalización y reestructuración en el sector petrolero y su impacto sobre la estructura social del trabajo en la Cuenca del Golfo San Jorge"; Informe Final Beca Interna de Iniciación en Investigación, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – CONICET, Caleta Olivia, Inédito, Noviembre de 1999, pags. 5 a 9.
- ³ Entendiendo por tal a la identificación de un área geográfica con una estructura socioeconómica definida a partir de las actividades económicas predominantes, que presenta un alto grado de homogeneidad respecto a un conjunto de condiciones asociadas -físicas, naturales y sociales-, manteniendo un tipo de relaciones internas y externas. Cfr. Álvarez y Lezama, Francisco; Diversas definiciones de región; México; Instituto Panamericano de Geografía e Historia; 1967. Págs. 3-14.
- ⁴ Entendiendo por tal a la consideración de los procesos de socialización en carácter amplio, referenciados en la adscripción de múltiples valores -además de las premisas del desarrollo económico. En este sentido, autores que consideran a las regiones como ámbitos territoriales de relaciones sociales, plantean que lo espacial es una condición de existencia de dichas relaciones, entendiéndose que la espacialidad social está referida a la constitución espacial de los sujetos y los soportes físicos, planteándose una articulación entre sociedad y naturaleza, sobredeterminada por los procesos sociales. Cfr. Pirez, Pedro; La población y el estudio de lo urbano-regional en América Latina; México, PISPAL/ El Colegio de México; 1986; Pág. 70-87.
- ⁵ Una "subregión" existe a partir de la relación establecida entre una ciudad cabecera y el entorno sobre el cual proyecta su influencia. Generalmente, la ciudad más importante actúa como polo que tiende a establecer vínculos de interacción con el conjunto de localidades más pequeñas aledañas, proveyendo servicios, canalizando la circulación económica u ofertando posibilidades de inserción laboral. Cfr. Cuevas Acevedo, Huberto; Patagonia. Panorama dinámico de la geografía regional. GAEA Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, Buenos Aires, 1981, Pág. 58.
- ⁶ Entendido como espacio en donde se observa la primacía de una lógica de la competencia y de la racionalidad económica, constituyendo un espacio restringido de acción, cuya viabilidad sólo es posible en términos de esta lógica y donde sólo se reconoce la interacción de los actores económicos.
- ⁷ Uribe Echevarría, Francisco; "Desarrollo regional en los años noventa", en Albuquerque Llorens, F.; de Mattos, C. y otros; Revolución tecnológica y reestructuración productiva: Impactos y desafíos territoriales; Buenos Aires; Grupo Editor Latinoamericano; 1990; Pág.25-54.
- ⁸ Se entiende por tal a un espacio económico-social relativamente aislado en lo geográfico aunque interconectado a la economía nacional mediante la presencia del Estado, en su papel de impulsor del desarrollo de un área productiva estratégica y de garante de la integración territorial. A estos aspectos deben agregarse la no diversificación productiva del sistema económico y la significativa composición migratoria de su estructura poblacional. Esta situación se ha traducido en la segmentación de los procesos productivos, de las unidades económicas y de los perfiles ocupacionales; así como también el establecimiento de relaciones sociales particulares en su interior y en relación a los centros de decisión económica y política las cuales se caracterizan por la estrecha dependencia existente entre la formación social y la unidad productiva. Cfr. Zapata, Francisco; Los mineros de Chuquicamata: productores o proletarios?. Centro de Estudios Sociológicos, Cuaderno Nro. 13, El Colegio de México, 1979, Pág. 15.
- ⁹ Cfr. Salvia, Agustín y Oliva, Miguel; "Reestructuración económico-social y evolución del "mercado de trabajo en la provincia de Santa Cruz", IDEP-ATE, Buenos Aires, 1992.
- ¹⁰ Cfr. Salvia, Agustín y Panaia, Marta; La Patagonia Privatizada; Buenos Aires, CEA-UBA-CBC-UNPA, 1997 y Salvia, Agustín y Muñoz, Christian, "Yacimientos Carboníferos Fiscales: Análisis histórico y económico de la evolución de una empresa pública de combustibles. Una empresa pública y una comunidad en la mira de los planes de ajuste". Buenos Aires, IDEP – Instituto de Estudios sobre Participación y Estado, 1991.
- ¹¹ Definidas por el INDEEC a partir del criterio de área geográfica. Cfr. INDEC, Mercados de Trabajo: principales indicadores. Resultados trimestrales del 4° trimestre de 2004 y Resultados semestrales del 2° semestre de 2004. Información de Prensa, Buenos Aires, Marzo de 2005, pag. 24.
- ¹² Cabe aclarar que desde el año 2002 se han incorporado a la EPH los aglomerados patagónicos correspondientes a Trelew-Rawson y Viedma-Carmen de Patagones. Sin embargo en estos aglomerados urbanos se sigue aplicando la modalidad de EPH puntual, razón por la cual los mismos no integran la Región Estadística Patagónica. Por otra parte, la EPH puntual continua con el relevamiento del aglomerado urbano-rural del Alto Valle del Río Negro, que tampoco forma parte de la nueva región estadística.
- ¹³ De este modo, la Región Patagónica presenta los principales indicadores sociales vinculados a su mercado de trabajo (en valores agregados de los aglomerados urbanos que la componen) con una frecuencia trimestral (en junio, datos del 1° trimestre; en septiembre, datos del 2° trimestre; en diciembre, los datos del 3° trimestre; en marzo, los datos del 4° trimestre), siendo esta situación importante a la hora de la difusión pública de los referidos indicadores y su uso en el caso de la toma de decisiones en las distintas esferas de gestión de políticas públicas y privadas al respecto.
- ¹⁴ Es el caso de los aglomerados urbanos que conforman la región patagónica. De este modo, para los aglomerados patagónicos no hay diferencia en cuanto a la presentación de los datos estadísticos relevados en tanto se hace con frecuencia semestral (en septiembre los datos del 1° semestre y en marzo los datos del 2° semestre) con la modalidad de EPH continua, al igual que con la modalidad de EPH puntual.
- ¹⁵ Por razones de comparabilidad, sólo se incluyen los periodos de relevamiento correspondientes a los años 2003 y 2004, en los cuales se ha aplicado la EPH bajo la modalidad continua.
- ¹⁶ Si bien en el conjunto nacional, es una de las regiones que presenta menor Tasa de Actividad (en 1° lugar, Noreste, con el 35-37%, en 2° lugar, Noroeste, con el 41-42% y en 3° lugar, Patagonia, con el 42-43%, las razones que dan explicación a estas magnitudes reducidas son de diversa índole.
- ¹⁷ Aunque cabe señalar que del total de ocho Áreas Geográficas, Patagonia ocupa el 4° lugar entre las que presentan Tasas de Empleo más reducidas (Noreste, Noroeste, Cuyo y Patagonia).
- ¹⁸ Cfr. Documentos "Encuesta Permanente de Hogares: cambios metodológicos" y "La nueva Encuesta Permanente de Hogares de Argentina" en página Web del INDEEC: www.indec.mecon.gov.ar.
- ¹⁹ Teniendo en cuenta que se ha tratado de una estructura económica fuertemente dependiente de actividades primarias monoproductivas y de carácter extractivo orientadas a la generación de puestos de trabajo de carácter calificado o no, correspondientes a trabajadores asalariados varones en edades centrales y con remuneración elevada de acuerdo a los diferenciales por zona desfavorable, desarraigo, etc; de suficiente alcance para el bienestar económico de los individuos y/o sus grupos familiares radicados en la zona. Cfr. Salvia, Agustín "Sectores que ganan, sociedades que pierden" en La Patagonia de los noventa; Buenos Aires, Edit. La Colmena -UNPA, 1999.

²⁰ La Cuenca hidrocarburífera del Golfo San Jorge se extiende entre los paralelos 43° y 47° de latitud sur, abarcando la zona sur de la provincia de Chubut, la zona norte de la provincia de Santa Cruz y gran parte de la plataforma continental del Golfo San Jorge en el océano Atlántico. Sus principales centros urbanos son: Comodoro Rivadavia y Sarmiento (sur de la provincia de Chubut), Caleta Olivia, Pico Truncado y Las Heras (norte de la provincia de Santa Cruz). La dinámica ocupacional de todos estos centros urbanos está fuertemente asociada al desarrollo de la actividad hidrocarburífera.

²¹ Los principales centros urbanos de dicha cuenca petrolera son Cutral-Có y Plaza Huinul, donde en el año 1996 se realizaron los primeros cortes de ruta como medidas de protesta social ante las dificultades de inserción laboral de la población antes ocupada en la actividad petrolera. En estas ciudades no se efectúan relevamientos de la EPH; sin embargo aunque los datos relevados en el aglomerado urbano Neuquén-Plottier no proporcionan un cabal reflejo de la dinámica ocupacional de la Cuenca Neuquina, sí dan cuenta en forma indirecta del impacto de la dinámica de la actividad petrolera en el principal centro administrativo y de servicios de la provincia de Neuquén, que a su vez es la principal ciudad patagónica, contando con una población actual que supera los 300.000 habitantes.

²² En el caso de Neuquén, es muy importante la economía frutihortícola (manzanas y peras) del Alto Valle de los ríos Nuequén y Limay.

²³ Sin embargo este caso es testigo de la dificultad que tiene un aglomerado urbano para representar la totalidad de la realidad jurisdiccional en términos de dinámica ocupacional. Esta dinámica, propia del ámbito de la ciudad de Río Gallegos, capital de la provincia de Santa Cruz, que reúne alrededor del 50 % de la población provincial y es la sede de la administración pública provincial y de prestación de los principales servicios de la provincia, es muy diferente al resto del conjunto provincial, fuertemente afectado por los procesos de privatización de las actividades hidrocarburíferas que afectaron la Zona Norte (Caleta Olivia, Pico Truncado, Las Heras) y la Zona más austral de la Provincia (Cuenca minera de Río Turbio) y de desertificación de las áreas dedicadas a la explotación ovina (meseta central).

²⁴ Para mayor detalle de estos aspectos, Cfr. Ruiz, J. y Muñoz, Nelly "Perfil de la fuerza de trabajo y formación escolar. Contextos, tendencias y puntos críticos de la relación educación-trabajo" en Observatorio Patagónico. Estudios Sociales sobre Trabajo y Desarrollo, Año 5, Nro. 6, Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Caleta Olivia, Junio 2005, pags. 27 a 32.

²⁵ Cfr. Ciccari, María R. "Reflexiones sobre algunos aspectos de la estructura laboral en las sociedades privatizadas. El caso de las Cuencas petroleras patagónicas del Golfo San Jorge y Neuquina" en Observatorio Patagónico. Boletín de Estudios Sociales sobre Trabajo y Desarrollo; Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Unidad Académica Caleta Olivia, Año, 1, Nro. 3, Diciembre 2000, pags. 30 a 32.

²⁶ Cfr. Notas 12 y 13 ut supra.

Bibliografía

Álvarez y Lezama, Francisco (1967) Diversas definiciones de región; Instituto Panamericano de Geografía e Historia; México.

Área de Estudios de Población y Mercados de Trabajo Regionales (1998) Estudio demográfico de la población urbana de la Cuenca del Golfo San Jorge; UNPA-UACO, Mimeo, Caleta Olivia.

Ciccari, María Rosa (1997) "Caracterización de la dinámica económica de la Cuenca del Golfo San Jorge en los años '90" en Salvia, A. y Panaia, M. (comp.) La Patagonia privatizada; CEA-UBA-UNPA, Buenos Aires.

Ciccari, María Rosa (1999) "Globalización y reestructuración en el sector petrolero y su impacto sobre la estructura social del trabajo en la Cuenca del Golfo San Jorge"; Informe Final Beca Interna de Iniciación en Investigación, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - CONICET, Mimeo, Caleta Olivia.

Ciccari, María Rosa (2000) "Reflexiones sobre algunos aspectos de la estructura laboral en las sociedades privatizadas. El caso de las Cuencas petroleras patagónicas del Golfo San Jorge y Neuquina" en Observatorio Patagónico. Boletín de Estudios Sociales sobre Trabajo y Desarrollo; Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Caleta Olivia, Año, 1, Nro. 3, pags. 30-32.

Cuevas Acevedo, Huberto (1981) Patagonia. Panorama dinámico de la geografía regional. GAEA Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, Buenos Aires.

Pérez, Pedro (1986) La población y el estudio de lo urbano-regional en América Latina; PISPAL/ El Colegio de México; México.

Ruiz, Juan y Muñoz, Nelly (2005) "Perfil de la fuerza de trabajo y formación escolar. Contextos, tendencias y puntos críticos de la relación educación-trabajo" en Observatorio Patagónico. Estudios Sociales sobre Trabajo y Desarrollo, Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Caleta Olivia, Año 5, Nro. 6, Junio 2005, pags. 27 -32.

Salvia, Agustín (1999) "Sectores que ganan, sociedades que pierden" en La Patagonia de los noventa; Edit. La Colmena -UNPA, Buenos Aires.

Salvia, Agustín y Muñoz, Christian (1991) "Yacimientos Carboníferos Fiscales: Análisis histórico y económico de la evolución de una empresa pública de combustibles. Una empresa pública y una comunidad en la mira de los planes de ajuste. IDEP-ATE, Buenos Aires.

Salvia, Agustín y Oliva, Miguel (1992) Reestructuración económico-social y evolución del mercado de trabajo en la provincia de Santa Cruz, IDEP-ATE, Buenos Aires.

Salvia, Agustín y Panaia, Marta (comps.) (1997) La Patagonia Privatizada; CEA-UBA-UNPA, Buenos Aires.

Uribe Echevarría, Francisco (1990) "Desarrollo regional en los años noventa", en Alburquerque Llorens, F.; de Mattos, C. y otros; Revolución tecnológica y reestructuración productiva: Impactos y desafíos territoriales; Grupo Editor Latinoamericano; Buenos Aires.

Zapata, Francisco (1979) Los mineros de Chuquicamata: productores o proletarios?. Centro de Estudios Sociológicos, Cuaderno Nro. 13, El Colegio de México, México.

Fuentes

INDEC, Mercados de Trabajo: principales indicadores. Resultados trimestrales del 4° trimestre de 2004 y Resultados semestrales del 2° semestre de 2004. Información de Prensa, Buenos Aires, Marzo de 2005.

INDEC, Documentos "Encuesta Permanente de Hogares: cambios metodológicos" y "La nueva Encuesta Permanente de Hogares de Argentina" en página Web del INDEC: www.indec.mecon.gov.ar.

Capitalismo y método. Alternativas de la coproducción investigativa

Alberto L. Bialakowsky*, María I. Costa**, M. Mercedes Patrouilleau***, Rocío S. Martínez Schnaider**** y Ana L. López*****

"Por cuerpo entiendo todo aquello que puede llenar un espacio, de tal manera que cualquier otro cuerpo quede excluido de él. DESCARTES. ...Por fulminante disposición presidencial quedaron suspendidos los carnavales y la Prisión Modelo se llenó de máscaras. Y hubo aullidos y estertores, y garrotos apretados, ...y palos y latigazos, y sexos taconeados, y hombres colgados por los tobillos y muñecas, y gentes paradas durante días..., y mujeres desnudas,... y hubo también aquellos que, metidos en grandes cajas rectangulares, fueron recubiertos de cemento, en tal forma que los bloques acabaron por alinearse al aire libre, a un costado de la cárcel, tan numerosos que pensaron los vecinos que se trataba de materiales de cantería destinados a futuras ampliaciones del edificio... (Y transcurrieron muchos años antes de que se llegase a saber que cada uno de esos bloques encerraba un cuerpo disfrazado y enmascarado, moldeado por la dura materia que lo envolvía -perfecta inscripción de una estructura humana dentro de un sólido.)"

Alejo Carpentier, *El Recurso del Método*, 1974.

Nota inicial

Este artículo se postula a modo de ensayo para reflexionar sobre cuestiones que consideramos se encuentran en la frontera de la producción investigativa. Estas cuestiones son fronterizas al menos en dos sentidos, una dirigida a comprender los estratos subyacentes de los procesos sociales de trabajo en la producción de conocimiento¹ y otra acerca de los planteos sociológicos sobre la praxis colectiva cognoscitiva. Solamente tomando estas dos cuestiones ya se desarrollan una cuantiosa serie de interrogaciones y tensiones teóricas, empíricas y epistemológicas. Luego de intensas experiencias de exploración en estos bordes² nos hemos decidido a colocar en intercambio y debate algunas consideraciones que por una parte nos permitan avanzar sobre estas fronteras y por el otro impulsen a aportar, si emergiera de ello consenso científico, nuevos instrumentos para afrontarlos. Asimismo al plantearlos para este breve artículo hemos descubierto sólo una serie de senderos para interrogarnos *dialógicamente*, han quedado pendientes otras series equivalentes que ameritan sin duda mayor extensión espacial y temporal, así hemos enunciado este desarrollo como *Parte I*, de otras secuencias que le seguirán. Debe comprenderse así que este texto no intenta abarcar toda la problemática enunciada en sus contenidos sino constituir un inicio de ensayo, que permita con extrema libertad, abrir interrogaciones y descubrir prácticas. La tarea emprendida abarca diversidad de facetas y se desarrolla, como hemos dicho, por medio de la instalación de senderos (*trilhas*) que guían las interrogaciones, hipótesis y contenidos puestos en juego, que abren pequeñas y frágiles *picadas* entre la intrincada, rica y extensa *floresta* de la acumulación en ciencias sociales y humanas. De ahí que los senderos que se abren, se esparcen, se estrechan y confluyen, como

arroyos, para volver a abrirse. Y en este recorrido nosotros, ese actor colectivo que interroga, recoge destacados interlocutores, elección siempre incompleta del extenso listado, para acompañarnos y para dialogar por trechos. Así deseáramos encontrarnos con el lector y disculparnos de antemano de esta por momentos abrupta navegación, guardando por nuestra parte la expectativa de contribuir al encuentro productivo.

El texto se compone de tres partes. En la primera la interrogación gira en torno a la comparación con el descubrimiento de la *cooperación* fabril como clave para comprender el desarrollo del capitalismo, la convergencia de la producción del saber, científico y del *general intellect* y para introducirse en la homología colectiva y productiva de estos dos campos convergentes, imágenes isomórficas que intentan descubrir la subterranidad de los procesos colectivos de trabajo que no alcanzan totalmente a explicitarse en las formas instituidas del método. En una segunda parte se colocan en diálogo aserciones, que aunque fragmentarias se consideran claves, de *fundadores* en el modo de concebir lo sociológico de los colectivos y del *modo metódico* de captarlos o comprenderlos, para contrastarlos luego con lecturas contemporáneas y sus propios límites ante la interrogación de los desafíos en que los coloca su crítica a lo acumulado en razón de la creatividad de lo colectivo y el encuentro de discursos. Finalmente se aborda el ensayo propiamente dicho para postular la posibilidad alternativa, no necesariamente sustitutiva, acerca de una metodología de *coproducción investigativa*, ejemplificando con alguno de sus componentes procesuales tales como el encuentro discursivo y el pensamiento colectivo como así su materialización a través de dispositivos de trabajo que privilegien la investigación coproductiva, dejando abiertas, en las conclusiones inconclusas, las hipótesis que al subrayar lo expuesto abren nuevas *trilhas* para explorar.

a. Paralelos y especulaciones

Nuestro motivo es la producción de conocimientos, más específicamente, la producción de conocimientos vista desde los aportes de la sociología y la sociología laboral. Caben aquí muchas preguntas si consideramos que las reflexiones sociológicas giran más frecuentemente en torno de contenidos y protagonismos sociales que acerca de su propia base metodológica, bajo determinados supuestos epistemológicos del producir. Nuestra mirada, entonces, se posa aquí en el propio proceso productivo del hacer de los productores, sus métodos y procesos de trabajo. Pero antes de llegar al meollo de la cuestión cabe preguntarse primero acerca de las distancias y acercamientos de la producción de estos productores "*homo*

63

* Director del Proyecto UBACyT S015: "Exclusión - Extinción Social y Procesos de Trabajo Institucionales. Dispositivos de Intervención Transdisciplinarios", Instituto de Investigaciones Gino Germani, Fac. Ciencias Sociales, UBA.

** Becaria CONICET e Integrante del Proyecto de Investigación UBACyT S015

*** Becaria Doctoral (UBA) e Integrante del Proyecto de Investigación UBACyT S015

**** Cursante del Taller de Investigación: «Exclusión social, nuevos padecimientos y procesos de trabajo» (Cátedra: A. Bialakowsky), Carrera de Sociología, Fac. Ciencias Sociales, UBA

***** Becaria Estímulo (UBA) e Integrante del Proyecto de Investigación UBACyT S015

academicus" (Bourdieu y Wacquant, 1992) y si es diferente a la del productor general.

"Junto a ese árbol se abría un pasadizo abovedado, tan estrecho, tan bajo, que me pareció imposible meter la curiara por ahí. Y, sin embargo, nuestra embarcación se introdujo en ese angosto túnel, con tan poco espacio para deslizarse que las bordas rasparon duramente unas raíces retorcidas. Con los remos, con las manos, había que apartar obstáculos y barreras para llevar adelante esa navegación increíble, en medio de la maleza anegada..."

Alejo Carpentier, Los pasos perdidos, 1953.

Trilha 1³

Cuando el productor de conocimiento social *labora* desde un punto de vista podría afirmarse que trabaja en una actividad creadora, transformadora de lo otro, de otros, y autotransformadora de sí recursivamente. Ello nos aloja en una definición necesaria sobre el trabajar social en general, que suspende por un momento algunos significados del conocimiento relacionados con sus teleologías. Trabajo, desde un punto de vista sociológico, no puede sino formularse en su diferenciación con las actividades en general, trabajo en la historia del trabajo es el campo donde se desarrolla una tensión por las luchas de apropiación de los recursos, de la sobrevivencia, de la energía. Trabajo significa, más allá de una actividad particular, un campo de apropiación del *sobretabajo* (Deleuze y Guattari, 2002; Bialakowsky y Antunes, 2005), trabajo es plustrabajo. El significado de la sociología del trabajo no remite a una simple relación creativa sino a un espacio de luchas y tensiones en derredor de esta (a)expropiación. La alienación como punto de partida no es más que el camino inverso para comprender su recorrido histórico (Marx, 1844). Quizás la propia interrogación sobre el trabajo no es más que una inducción a la interrogación sobre los conflictos sociales, las luchas entre clases.

Trilha 2

Ahora bien, qué distingue al capitalismo como sistema productivo de otros sistemas apropiadores de trabajo, de los valores que produce la fuerza de trabajo. Marx aporta una de las claves fundamentales para su comprensión. Lo que distingue al capitalismo de otros sistemas es la modulación colectiva de la fuerza de trabajo que él (re)define como *cooperación*⁴. *Contrario sensu* a su uso más difundido, la *cooperación* no es una actividad que enlaza solidariamente a los hombres, sino un instrumento que los aloja en el proceso productivo como un *arte mecánica maquina* (Gaudemar, 1978) superior que la distingue de otros procesos de producción social. La cooperación en este contexto teórico remite a la *cooperación despótica* la cual se expresa con dos significados: la imposición de un orden militarizado productivo, y la mutación del saber individual en saber colectivo pasible de ser expropiado por ese otro distinguible del productor. La calidad del descubrimiento de este concepto es enorme pues revela que la cooperación no se encuentra como resultado voluntario de los productores sino por iniciativa del capitalista. Claro está que no se trata, como hemos aprendido (Foucault, 1976a), de un método encapsulado, vertical, sino que produce más allá de sí mismo en lo social y en lo subjetivo. El resultado de este método es alcanzar una productividad inalcanzable individualmente, un *plusvalor colectivo*. Además, el encuentro *forzado* va más allá de su formulación metódica, de encuentro colectivo, para multiplicar la fuerza productiva la cual igualmente se escapa por sus líneas de fuga en la construcción de oposición, de resistencia (Holloway, 2004).

El descubrimiento capitalista del significado de la cooperación productiva es excepcional, no por cuanto toda obra de trabajo

colectivo ya lo había demostrado históricamente desde Egipto a Tikal, sino porque la capacidad de modular y producir un plusvalor, *surplus* proviene tanto del sobre-esfuerzo de la fuerza productiva como, y especialmente, de su interacción productiva a través de su método organizativo (Coriat, 1979). De ahí que las luchas no sólo se hayan librado por la distribución del producto (plusvalía) sino en torno a la apropiación de los colectivos. La posesión de lo micro y macro colectivo es un instrumento extendido del capitalismo.

Este descubrimiento puede verse claramente en los análisis de los procesos organizativos del trabajo y sus modalidades que han asumido nominaciones homologando las etapas industriales en sus segmentos tayloristas, fordistas, neofordistas, postfordistas (Coriat, 1979; Linhart, 1996; Boyer y Saillard, 1998; Neffa, 1998). La cooperación social, en sentido macro, también ha sido reinstalada como instrumento clave para comprender la etapa actual (Hardt y Negri, 2002), es una cooperación social que se extiende en la totalidad del sistema, implicando en sí a la propia reproducción de la vida, al punto que quedan imbricados sistema productivo y reproductivo. Interesa aquí establecer un paralelo entre las formas fabriles de la cooperación despótica y la producción de conocimientos. Para ello debe reconocerse que existe no sólo una producción individual, sino que dicha producción, en apariencia segmentada, conduce finalmente a una producción social del excedente que es acumulado, concentrado y expropiado. No es necesario –pensamos– detenernos sobre los caracteres de concentración científico tecnológica y sus actuales consecuencias depredadoras. Cabe si dirigirnos, en esta oportunidad, a comprender el núcleo productivo que sobre bases homólogas mantendrían tres ejes básicos: división del trabajo, extracción del *surplus* colectivo e instalación de la competencia entre los productores.

Esta comprensión, como veremos, puede resultar bidireccional: por una parte, dirigida a la comprensión de la organización de colectivos productores y, por otra, al sujeto social al cual se destina la producción de conocimientos. Así, de manera isomórfica a la producción fabril, puede afirmarse que la producción de conocimientos asienta su base material en el trabajo asalariado de los productores. Aquí las homologías con el mundo fabril emergen para registrarse una profundización de la competencia entre productores. Se produce un múltiple juego que secundariza el destino social que podrían alcanzar si obraran conjuntamente. Los sistemas institucionales y sus entramados sociales y subjetivos enfatizan el control sobre los (in) *dividuos*, produciéndose así rasgos entrópicos en la capacidad de apropiación del *surplus* colectivo para la transformación social y se reduciéndose la capacidad del colectivo para autoproducirse como colectivo productor. El tema es desbrozar sociológicamente cuál es su significado. Se trata de sostener posturas éticas y epistemológicas dialógicas y críticas (Maliandi, 2000) necesarias en la producción del conocimiento y, al mismo tiempo, discurrir acerca de las potencialidades en la utilización de la producción y el pensamiento colectivo, el encuentro discursivo y la coproducción de conocimientos. Las claves de la cooperación en este sentido –estimamos– aguardan ser redescubiertas. Hasta aquí hemos debatido la producción colectiva dentro del marco de la producción científica o del pensamiento intelectual. Corresponde desplazarnos a campos más amplios, por un lado hacia los actores sociales y, por el otro, hacia un espacio aún más amplio como es el *general intellect*.

Como punto de partida a estos interrogantes, puede afirmarse

que nos encontraríamos fuera del conflicto acerca de polarizar el conocer y transformar lo social por fuera o por dentro de los actores sociales. Sin disputar la centralidad de una u otra estrategia -objetivismo o comprensivismo-, convendría establecer una nueva posibilidad de investigar *con el sujeto investigado*. No se trata de un afuera sino de inclusión coproductiva. En estos casos se tiende a difuminar varios obstáculos no superados hasta el presente en las metodologías usuales, a saber: a. la manipulación o apropiación del saber del otro, b. el monopolio de la interpretación de los datos, c. la concentración del conocimiento, d. la necesidad de la traducción. La división entre investigador-investigado sin duda tiene sentido o bien se justifica por diversidad de motivos: universo, oposición, distanciamiento, etc. Aquí destacamos la posibilidad de converger dialógicamente sobre el mundo investigado y promover una forma de conocimiento más directamente apropiable por el actor social como productor de conocimiento.

En esta línea, comprendiendo un círculo más amplio en la producción colectiva del conocimiento, puede hacerse referencia al *general intellect*. Así tempranamente Marx⁵, como otros autores contemporáneamente⁶ (Virno, 2003; Hardt y Negri, 2002), han señalado sus potencialidades. Sin embargo, en la situación actual la producción y modulación social del *general intellect* resulta extraña a los individuos, situándolos en una posición ajena en relación a la legítima(da) producción de conocimiento: “*Importa el carácter exterior, social, colectivo que compete a la actividad intelectual una vez que ella deviene, según Marx, el verdadero resorte de la producción de riqueza (...)* A excepción de estas páginas de Marx, al intelecto siempre le han sido atribuidas las características de la reserva y de la amenidad en relación a la esfera pública” (Virno, 2003: 29). Esta producción social, de manera homóloga al trabajo colectivo fabril en el sistema capitalista, se ha tornado apropiable. Así el lenguaje, como los discursos científico-tecnológicos y su distribución *genérica* (en un *common land* social) está siendo privatizado y concentrado con efectos hegemónicos.

La pregunta que puede hacerse aquí es cómo resistir a este proceso de concentración sin establecer una modulación totalitaria y, al mismo tiempo, aprovechar estos descubrimientos. No tenemos una respuesta para este gran desafío pero intentamos introducir interrogantes sobre algunas cuestiones necesarias para tener en cuenta: a. hegemonías epistémicas, b. distribución del conocimiento en la sociedad del conocimiento, c. potenciación de la producción colectiva.

b. Intercambios dis-cursivos

En esta segunda parte del ensayo transitaremos por el sendero (*trilha*) de autores clásicos y contemporáneos. Reconocemos en él múltiples recorridos, paradas, miradas, sin embargo, nos detendremos sólo allí donde consideramos que los elementos y reflexiones postuladas por los diferentes autores abonan a nuestra discusión acerca de la producción de conocimiento, el hacer de los productores, sus métodos y procesos de trabajo. En este sentido, resulta perentorio aclarar que no es nuestro objetivo presentar un estudio exhaustivo de la obra de los mismos sino *colocar en diálogo*, en intercambio dis-cursivo sus consideraciones tendiendo de esta manera un puente con nuestros interrogantes.

Trilha 1

En relación con la producción de conocimiento puede detectarse desde los autores clásicos que los aspectos metodológicos legitimadores de la disciplina científica

conducen como posibilidad a una expropiación y concentración del conocimiento. En los programas del positivismo y el iluminismo, corrientes con gran influencia histórica, puede sintetizarse esta separación entre un saber consagrado y la base social que participa de la construcción del mismo. Estamos hablando de la utilización en ciencias sociales del saber acumulado, de la experiencia o de los *efectos de lugar* (Bourdieu, 1999), en la posibilidad de producción de conocimiento.

A. Comte como fundador del positivismo entendía que la metodología de indagación de la ciencia debía subordinar la imaginación a la observación y la razón o especulación a los hechos. El orden intelectual para el autor devendría en orden social. Desde estos comienzos ciencia y orden social se encuentran entrelazados.

“*El verdadero espíritu positivo consiste, ante todo, en ver para prever, en estudiar lo que es, a fin de concluir de lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales*” (Comte, 1844: 32).

El iluminismo, por su parte, deposita en la razón humana las bases para el desarrollo de la ciencia y el progreso poniendo énfasis en la individualidad como esfera de razón, autonomía y libertad (Lagorio, 2001). Sobre estos conceptos que van a ser cuestionados a partir de la primera y segunda posguerra interesa retomar el cuestionamiento realizado por la Escuela de Frankfurt. Los aportes de Adorno y Horkheimer invitan a reflexionar sobre la autonomía proclamada por esta manera de razonar iluminista, ligando la producción de conocimiento con las condiciones técnicas que la posibilitan y con el plusvalor social para la reproducción del sistema.

“*El saber, que es poder, no conoce límites, ni en la esclavización de las criaturas ni en su fácil aquiescencia a los señores del mundo. Se halla a disposición tanto de todos los fines de la economía burguesa, en la fábrica y en el campo de batalla, como de todos los que quieran manipularlo, sin distinción de sus orígenes (...)* La técnica es la esencia de tal saber. Dicho saber no tiende -sea en Oriente como en Occidente- a los conceptos y a las imágenes, a la felicidad del conocimiento, sino al método, a la explotación del trabajo, al capital privado o estatal” (Horkheimer y Adorno, 1987: 16).

Entre los autores clásicos de la sociología puede tomarse, como lo hacemos aquí, fragmentos indicativos en la producción de Durkheim. Este autor no ignora los aspectos colectivos del pensamiento, la reflexión y la producción intelectual. Por un lado considera a las representaciones sociales como una fuente de conocimiento diseminada en la sociedad y encarnadas en los individuos, de este modo las categorías del pensamiento se construyen a través de la cooperación y comunión de los individuos:

“*Las representaciones colectivas son producto de una inmensa cooperación que se extiende no sólo en el espacio, sino también en el tiempo (...)* para construir las, una inmensa multitud de espíritus diferentes ha asociado, mezclado y combinado sus ideas y sus sentimientos; largas series de generaciones han acumulado allí su saber. Una intelectualidad muy especial más rica y más compleja que la del individuo, se encuentra allí concentrada” (Durkheim, 1912: 48).

A su vez Durkheim reconocería, tanto en las representaciones colectivas como en las elaboraciones conceptuales en la ciencia social, capacidad de producir verdad en su adecuación con la realidad; distinguiría sin embargo entre ambas la elaboración de validez metódica privativa del conocimiento científico.

“*Tenemos tendencia a pensar que, si el concepto es colectivo, es porque tiende a ser verdadero. Pero solamente los conceptos científicos revisten ese carácter. Los otros son elaborados sin método (...)* Se puede contestar no obstante que las representaciones colectivas no están fuera de la verdad lógica. Su generalidad y su fijeza serían imposibles si

fuera totalmente inadecuadas a la verdad. El control se hace mutuamente: las experiencias de todos los individuos se critican entre ellas. Los conceptos elaborados por la masa y los que elaboran los sabios no son de naturaleza esencialmente diferente” (Durkheim, 1955: 156-157).

En esta perspectiva entonces la cooperación se encuentra presente en estos dos niveles de producción social, lo que resulta inasible es el intercambio entre los mismos o la transferencia entre ellos. Esta separación es argumentada en la obra del autor a partir de “las reglas del método sociológico” que se fundamentan en una epistemología positivista.

“Los fenómenos son cosas y deben ser tratados como tales (...) Basta considerar que son el único ‘datum’ de que puede echar mano el sociólogo. En efecto es cosa todo lo que es dado, todo lo que se ofrece, o mejor, lo que se impone a la observación. Tratar los fenómenos como cosas es tratarlos como ‘datos’” (Durkheim, 1894: 54-55).

Por un lado Durkheim plantea a partir de sus premisas metodológicas la aprehensión del dato por medio de la transformación de lo social en *coesidad*, por otro, entiende que resulta necesaria la realización de una transferencia del cientista a las masas, y la manera que propone para propiciar dicho encuentro es por medio de instrumentos pedagógicos y de divulgación⁷. El reconocimiento del valor del saber del otro queda entonces fraguado en la formulación de estas reglas y se complementa con una noción unilateral para la producción de la transferencia.

Estas nociones epistemológicas son en cierta medida cuestionadas por Max Weber, otro autor en el que recalamos en este sendero. Por un lado, Weber establece un distanciamiento de la epistemología positivista: destaca la complejidad de la vida social y la multicausalidad de los fenómenos socioculturales, propone una perspectiva que complementa la *explicación* causal con la *comprensión* de los sentidos de la acción social y reconoce la subjetividad del investigador puesta en juego en la producción de conocimiento. La metodología que propone se basa en la conformación de tipos ideales entendidos como construcciones que el investigador ensaya para comprobar conexiones causales.

“Respecto de la **investigación**, el concepto típico ideal pretende guiar el juicio de imputación: no es una “hipótesis”, pero quiere señalar una orientación a la formación de hipótesis. **No constituye una exposición** de la realidad, pero quiere representar medios de expresión unívocos para representarla (...) Se obtiene mediante el **realce** unilateral de **uno** o de **varios** puntos de vista y la reunión de una multitud de fenómenos singulares, difusos y discretos, que se presentan en mayor medida en unas partes que en otras o que aparecen de manera esporádica, fenómenos que encajan en aquellos puntos de vista, escogidos unilateralmente, en un cuadro **conceptual** en sí unitario” (Weber, 1968: 79).

Weber continúa indicando que paralelamente a la estrategia de construcción de tipos ideales, el investigador debe abocarse a la labor historiográfica y contrastar en qué medida los casos analizados se acercan o se alejan de los tipos conformados. En estas recomendaciones estos casos son aprehendidos mediante la noción de *individuos históricos*. Naishtat define de la siguiente manera este abordaje que fuera categorizado como *individualismo metodológico*.

“Se entiende por **individualismo metodológico** la siguiente regla referida al método de las ciencias sociales: que el **explanans** de toda explicación social se limite a conceptos de **primer orden**, es decir, de individuos humanos, incluyendo sus orientaciones subjetivas en la acción -sus esperanzas, temores, creencias, deseos, y valores respectivos-, como así mismo sus expectativas referidas a las acciones de otros

individuos” (Naishtat, 1998: 61).

Puede decirse que en esta metodología subyace una influencia iluminista o bien un *solipsismo metodológico* en tanto no se proponen metodologías colectivas o participativas de aprehensión del sentido de la acción de los sujetos sociales, al parecer la comprensión propuesta por Weber queda truncada por la función del interpretador, traductor del sentido de la acción de otros que corresponde al investigador⁸. Por otra parte el saber de los sujetos es apreciado en tanto conocimiento para sí, es decir, a partir de la valoración que demuestran en los motivos de acción pero no en tanto aportantes a la interpretación propuesta en la producción de conocimiento científico⁹.

Trilha 2

Los interrogantes que hemos abierto con la revisión de las propuestas epistemo-metodológicas de autores clásicos, nos invitan a retomar las cuestiones referentes a los diversos obstáculos y limitaciones identificados en las prácticas y métodos de investigación que continúan vigentes. No se trata aquí de invalidar los métodos clásicos, si no de analizar críticamente por medio de reflexiones que permitan repensarlos y generar nuevas alternativas.

Así, al revisar la tradición clásica, Gouldner (1970) advierte que el conocimiento es concebido, desde el positivismo, como el producto de la elaboración de registros sobre la realidad contemplada como un hecho exterior -*lo que es*-, aprehensible mediante la puesta en práctica del *dualismo metodológico*. De este modo la instrumentación del conocimiento como tecnología de control *reifica* al otro, cuyo saber, inquietudes o competencias sobre lo social, no sólo es negado, sino que, en tanto la información comporta un atributo cultural, puede obtenerse en forma despersonalizada, prescindiendo de los interrogantes y necesidades de los individuos como tales. Al analizar críticamente el dualismo metodológico -esto es, el divorcio entre sujeto y objeto de estudio, como canon *sine qua non* de rigurosidad científica-, lo que Gouldner intenta evidenciar es la función que éste cumple respecto al método que subyace al funcionamiento institucional e institucionalizado de la sociología, por cuanto, al estar inserta en un sistema social donde prima la distribución desigual de recompensas en forma selectiva como dispositivo central de control, no se encuentra exenta de su lógica.

“Una elite hegemónica no busca ni utiliza solamente el poder, sino también una autoridad enraizada en la disposición de los demás a creer en sus buenas intenciones, a cesar sus disputas cuando aquella anuncia sus decisiones, a aceptar su concepción de la realidad y a rechazar las alternativas que diverjan del statu quo. La estrategia más eficaz con que cuenta cualquier sistema social estable y sus elites hegemónicas para inducir a esa conformidad es hacerla beneficiosa” (Gouldner, 1970: 451).

A partir de esto, por lo tanto, es posible pensar que mediante la instalación del un fetichismo metodológico en las ciencias sociales, se opera la instauración de ficciones que ocultarían mecanismos de control sobre ellas, los fines reales a los que tributan y al poder hegemónico que absorbe del conocimiento producido como información.

Sin embargo, al detenernos en las propuestas de la sociología reflexiva, puede observarse que su planteo se encuentra atravesado por las mismas dificultades que denuncia ya que, si bien reconoce la imposición externa de un orden competitivo en las prácticas productivas al interior de la sociología, al acotarla al cientista social como sujeto de conocimiento, ignora tanto la cooperación despótica como el carácter colectivo y, por lo tanto, aquello que es apropiable, es decir el surplus

cognoscitivo, con lo cual se trunca parcialmente la posibilidad de plantear alternativas necesarias frente a la crisis de la sociología occidental. Así plantea finalmente una solución individual a un problema que compromete al colectivo cooperante y con ello se reproduce la –ilusoria- segmentación al interior de la producción de conocimiento.

“La misión histórica de una sociología reflexiva tal como yo la concibo sería (...) transformar al sociólogo, penetrar profundamente en su vida y su labor diaria, enriquecerlo con nuevas sensibilidades y elevar su conciencia a un nuevo nivel histórico” (Gouldner, 1970: 444)

“Como programa para una sociología reflexiva (...) lo que se necesita es nueva praxis que transforme a la persona del sociólogo (...) el objetivo final de una sociología reflexiva es profundizar la propia conciencia del sociólogo, acerca de quién es y lo que es (...) y de cómo su rol social y su praxis personal afectan su obra como sociólogo (...) ahondar la autoconciencia del sociólogo y su capacidad de elaborar elementos de información válidos y confiables acerca del mundo social de otros (...) exige una persistente adhesión al valor de esa conciencia que se expresa a través de todas las etapas de trabajo (...)” (Gouldner, 1970: 448)

Por otra parte, la ruptura con el dualismo metodológico, en los términos que el autor la propone –aceptación de la semejanza con el otro, su habilidad, competencia y talento en la comprensión de lo social, así como su consideración en instancias ejecutivas- puede ser considerada como un punto inicial en la búsqueda de formas diferenciadoras, de reducción de la asimetría y convergencia en la relación entre el científico social y los otros. Empero, la parcialidad dada a la primacía que otorga a la reflexividad del sujeto científico en la relación para con los otros, sin formular prácticas específicas en la relación reflexiva con estos, tiende más a la objetivización del propio observador que a la asunción de la subjetividad de los observados (Callejo, 1998: 40).

La tradición clásica representa, según Wright Mills, una promesa que no será cumplida hasta tanto no aceptemos sus limitaciones actuales¹⁰. Dicha empresa, requiere de la reformulación de prácticas investigativas, sus usos culturales y sentido político teniendo en cuenta aquello que diferencia al técnico del sociólogo: su imaginación creadora y creativa. La imaginación sociológica no es privativa de la comunidad intelectual, aunque esta se sienta inclinada por su propio interés a desarrollarla. Los “individuos corrientes” (Wright Mills, 1977: 23) tienen inquietudes personales y es justamente la imaginación sociológica la que permite comprender el escenario más amplio en el cual tiene lugar la experiencia individual, la intersección entre historia y biografía.

Aceptar la sustitución de los métodos por la metodología, que generalmente se opera, implica anular la imaginación sociológica y relegar su actividad y producción al ámbito técnico-ingenieril, dejando de lado la creación artesanal de nuevas alternativas que se adapten a los desafíos que enfrentamos en la actualidad. Sin embargo, W. Mills nos coloca en el borde del dilema, ya que sin variar el encuadre investigador-investigado, la crítica sobre la utilización incuestionada de una metodología postulada como única opción científicamente válida para la producción de conocimiento queda sesgada. A pesar de la apertura plasmada en las críticas de estos autores, el anclaje en torno a lo externo o interno en la investigación sociológica clásica continúa ocupando centralidad, con lo cual se retroalimentan –pensamos- las dificultades para imaginar una ruptura en dirección de una metodología más abarcativa,

por ello la imaginación sociológica nos incita aún a abrir nuevos senderos.

Trilha 3

Si bien las perspectivas puestas en diálogo en las trilhas anteriores resultan un punto de partida en el análisis, nuestra hipótesis señala que en la evolución de las prácticas de investigación las fisuras mencionadas se heredan, se reproducen, se mantienen latentes en el proceso de trabajo del investigador. Esta afirmación no desconoce las reflexiones que diversos autores contemporáneos han realizado en derredor del tema, problematizando y enunciando las fallas que emergen del proceso de trabajo, de la naturaleza de la relación que se establece entre el investigador social y su objeto de estudio, de la transferencia de los productos o acerca de la distribución del saber. Sobre estos puntos continuamos este diálogo imaginario con los autores.

Una aproximación al modus operandi de la sociología de Pierre Bourdieu nos brinda algunos elementos para reflexionar acerca del método en la producción de conocimientos. A. Gutiérrez ha expresado en una fórmula las reglas que este intelectual propone para comprender las prácticas de los agentes sociales así como las propias prácticas del investigador: «Conocimiento de los mecanismos y de los sentidos + autosocioanálisis asistido + autosocioanálisis propio (objetivación del sujeto objetivante) = posibilidad de actuar y obligación de hacerlo...» (Gutiérrez, 2000: 19).

Así, Bourdieu señala un camino a transitar al proponer un punto de encuentro entre sujeto y sujeto-objeto de conocimiento a través del autosocioanálisis asistido, inaugurando un proceso interactivo y dialógico entre el investigador y los sujetos de investigación en el proceso de producción de conocimiento. Sin embargo, nos deja abiertos al menos dos interrogantes: el primero, vinculado con la relación asimétrica que subyace al método –el investigador actúa como guía a la vez que reside en él la posibilidad de acción-; el segundo, relativo a la apropiación del conocimiento, es decir, la disputa por la autoridad científica como capacidad de hablar y de actuar legítimamente en materia de ciencia.

Por otra parte, en una de sus últimas conferencias, P. Bourdieu ha avanzado en la crítica a las prácticas del investigador, en especial en lo que respecta a la cuestión de la neutralidad a partir del reconocimiento de una creciente dominación del capital cultural por el capital económico, a la cuestión del distanciamiento, en virtud de las nuevas necesidades sociales y, finalmente, a la necesidad de romper con la actual organización del trabajo y la preeminencia de la producción individual en post de adecuarse a las exigencias de competitividad en el campo académico.

«(...) Me parece necesario, para concluir, llamar a los investigadores a movilizarse para defender su autonomía y para imponer los valores ligados a su oficio. Diciendo esto tengo conciencia de exponerme a chocar con aquellos que, eligiendo las facilidades virtuosas del encierro en su torre de marfil, ven en la intervención fuera de la esfera académica una peligrosa falta a la famosa ‘neutralidad axiológica’ identificada con razón o sin ella, a la neutralidad científica. (...) es que sólo esta suerte de intelectual colectivo me parece capaz, hoy de inventar y de imponer, en lazos con sindicatos, las asociaciones, y todos los grupos en lucha, una Realpolitik de la razón, una política de intervención en el mundo social que obedezca, tanto como sea posible, a las reglas en vigor en el campo científico; capaz, también, de hacer entrar en el debate público, donde están trágicamente ausentes, las conquistas más avanzadas de la

ciencia...

(...)

Quisiera para terminar, decir que mi primera contribución a la empresa colectiva que requiero con deseo, podría ser, no la de proponer aunque más no fuese el esbozo de un programa de acción, sino la de apelar y la de trabajar en la invención de la organización del trabajo que es necesaria para producir el intelectual colectivo interdisciplinario e internacional, que será capaz de producir tal programa. En otros términos, la tarea más urgente es la de encontrar los medios materiales, económicos y también intelectuales, en primer lugar, para incitar a todos los investigadores competente y de buena voluntad a aceptar entrar en el juego de la investigación colectiva, y unir sus esfuerzos para proponer, discutir, elaborar e imponer colectivamente un conjunto de problemas y posiciones progresistas que hoy no existen sino en el estado virtual de pensamientos privados y aislados...» (Bourdieu, 2000: 34-37). Esta reflexión nos invita a redescubrir tanto el plusvalor de la cooperación en el proceso de trabajo del investigador como la necesidad de crear puentes entre las ciencias sociales, la política, la ciudadanía. Y en este sentido, el desafío que se impone a futuro indudablemente es romper con el aislamiento que impone la división del trabajo, la especialización y los métodos positivos de investigación.

Asimismo, el recorrido por este sendero de autores contemporáneos conduce a introducir las palabras de M. Foucault, tributario de las ciencias sociales, quien abona a la discusión a partir de su crítica a las disciplinas: «las disciplinas tienen su discurso. Son (...) creadoras de aparatos de saber y de múltiples dominaciones de conocimiento. Son extraordinariamente inventivas en el orden de los aparatos que forman saber y conocimientos. (...) las disciplinas conllevarán un discurso que será el de la regla, no el de la regla jurídica derivada de la soberanía, sino el de la regla natural, es decir, el de la norma. Definirán un código que no será el de la ley sino el de la normalización, se referirán a un horizonte teórico que no serán las construcciones del derecho, sino el campo de las ciencias humanas, y su jurisprudencia será la de un saber clínico» (Foucault, 1976b: 159).

En nuestra perspectiva, este análisis interpela acerca de la posibilidad de pensar las ciencias humanas no ya como mecanismos de dominación, sino como discursos capaces de dialogar, de aceptar las diferencias, de coproducir códigos. Por otra parte, M. Foucault contribuye a la discusión central de este ensayo referente al hacer de los productores, sus métodos y procesos de trabajo a partir de su reflexión acerca de la relación entre los intelectuales, la sociedad, el saber y el poder: «(...) los intelectuales han descubierto, después de las recientes luchas, que las masas no los necesitan para saber; ellas saben perfectamente, claramente, mucho mejor que ellos; y además lo dicen muy bien. Sin embargo, existe un sistema de poder que intercepta, prohíbe, invalida ese discurso y ese saber. Poder que no está tan solo en las instancias superiores de la censura, sino que penetra de un modo profundo, muy sutilmente, en toda la red de la sociedad. Ellos mismos, los intelectuales, forman parte de ese sistema de poder, la propia idea de que son los agentes de la 'conciencia' y del discurso forma parte de ese sistema. El papel del intelectual ya no consiste en colocarse 'un poco adelante o al lado' para decir la verdad muda de todos; más bien consiste en luchar contra las formas de poder allí donde es a la vez su objeto e instrumento: en el orden del 'saber', de la 'verdad', de la 'conciencia', del 'discurso'» (Deleuze y Foucault, 1972: 9). Y luego también

dirá: «El intelectual no puede seguir desempeñando el papel de dar consejos. El proceso, las tácticas, los objetivos deben proporcionárselos aquellos que luchan y forcejean para encontrarlos. Lo que el intelectual puede hacer es dar instrumentos de análisis, y en la actualidad este es esencialmente el papel del historiador» (Foucault, 1975: 117).

La microfísica del poder, penetra el método de producción de conocimientos, y nos presenta un esquema explicativo complejo acerca de la distribución del saber -o de su falta-, de la revalorización de la función iluminista de los intelectuales, de la dificultad, una vez más, de establecer nexos entre el saber científico y el saber popular.

Estas proclamas, estos enunciados acerca de la necesidad de un investigador colectivo, del diseño de un nuevo rol para el cientista social nos presentan, simultáneamente, una pregunta y un desafío, así nos interrogamos acerca de cuál será el método que estos autores piensan para esa práctica, a la vez que nos planteamos el desafío de la empresa colectiva y del saber coproductivo.

c. Coproducir, significados, lógicas y prácticas investigativas

Antes de avanzar, conviene reiterar nuestra convicción en dos cuestiones, una es que al referirnos a la coproducción investigativa se reconocen antecedentes privilegiados tanto en las propuestas transdisciplinarias e interdisciplinarias complejas (Morin, 1990; García, 1994), como en la pedagogía de la pregunta freireana, como en el desarrollo pionero de la investigación acción participativa (Fals Borda, 1987) y otra cuestión básica es que esta metodología no intenta sustituir las más difundidas cuanti-cualitativas en la sociología y las ciencias sociales, en muchos puntos se torna complementaria, en otros como pensamos se constituye en una alternativa teórico-práctica. Ello no oculta que, coincidiendo con Irene Vasilachis postulemos, como investigadores, participar de paradigmas emergentes¹² donde el conocimiento del sujeto a investigar quede en posibilidad de participar críticamente. Para referirnos a la acción de la coproducción investigativa debemos distinguir entonces dos planos que permanentemente hemos tratado de sugerir, una latencia colectiva en todo tipo de producción de conocimientos y un plano dirigido a la apropiación del producto de ese proceso colectivo, ya sea molecular ya sea molar¹³. En este campo se distinguen a su vez tres atributos, el pensamiento colectivo, la producción política del saber y el proceso de trabajo.

Podríamos partir de una afirmación: el pensamiento no ocurre en soledad¹⁴. Desde un punto de vista epistemológico Ricardo Maliandi expresa: «Sostener la dialogicidad de la razón obliga a abandonar la vieja creencia de que nuestros razonamientos se desarrollan dentro de nuestras cabezas individuales, aunque haya o no comunicación dialógica con otras cabezas individuales. Esa creencia junto con su correspondiente actitud, es considerada hoy como 'solipsismo metódico', y en ella se da por supuesto que desde nuestro 'yo' pensante, en soledad (es decir, al margen de nuestra inserción en una comunidad de comunicación), podemos razonar y hallar todo tipo de verdades. Se incurre en el mencionado solipsismo cuando no se advierte que el sentido y la validez de lo que pensamos dependen del intercambio comunicativo con interlocutores reales o potenciales. Se lo evita, en cambio, cuando se admite que cada uno de nosotros vehiculiza pensamientos o razonamientos elaborados por un medio comunitario, y, en definitiva, por la humanidad" (2000: 68-

69).

Esta cita le otorga un elemento radical a esta cuestión fundante, como también lo expresa Nancy precediendo al texto *Communitas de Esposito*: “Es evidente que nosotros somos juntos (de otro modo no habría nadie para leer esto, que tampoco sería escrito, menos aún publicado y, por ende, comunicado). Es evidente que nosotros existimos indisolubles de nuestra sociedad, si se entiende por ello no nuestras organizaciones ni nuestras instituciones, sino nuestra asociación, la cual es mucho más que una asociación y algo muy distinto de ella (...), es una condición coexistente que nos es co-esencial.” (2003:13).

Estimamos que no es necesario extremar sobre entidades polarizadas ya que el pensamiento subjetivo y el pensamiento colectivo se suponen inescindibles, bastaría reconocer que el pensamiento colectivo subsiste y podría ser incorporado como alternativa complementaria en la acción investigativa. El aspecto político que citábamos como zona a explorar, se entiende aquí que nos referimos a las cuestiones del poder orientados por el enfoque foucaultiano, trata de comprender que la investigación pone en juego el poder tanto en su exterioridad como en su interioridad. Lo que importa aquí, además de repensar el destino y la transferencia de conocimientos para la sociedad, imaginario social siempre incompleto e imposible, comentar que su producción y distribución se encuentra sesgada, escotomizada, por un lado. Por otro que la utilización del saber deberá ser traducido, aún cuando su destino constituya ese para de aplicación científica, nuevamente una representación imposible.

Así en ese interior se enfrentan dos trabajadores, el investigador y el trabajador investigado, en la medida que el método impone la invisibilización del investigado, se produce una succión de conocimiento por una parte y una pérdida de plusvalor por la otra, que la cooperación (asimétrica) impone. Poder y saber, se reflejan en el interior no dicho del proceso de trabajo que dispone el método “neutral” y objetivo. Cabe entonces interrogarse acerca de los efectos políticos de la apropiación: “El general intellect, o intelecto público, si no devienen república, esfera pública, comunidad política, multiplica localmente las formas de la sumisión” (Virno, 2003: 33). El interrogante acerca de la productividad creativa, producción y apropiación del general intellect abarca entonces un sentido semántico amplio que difumina los límites prescriptivos de la metodología, otorgando complejidad a los procesos de reconocimiento y producción del pensamiento colectivo.

La coproducción investigativa se propone entonces mover, un poco al menos, estas barreras del pensamiento en soledad, el poder asimétrico sobre el investigado (encuestado, entrevistado, caso, dato, etc.) y revertir en el proceso de trabajo investigativo la cooperación despótica, multiplicando, por hipótesis, la potencialidad de la cooperación en su carácter esencial de producir plusvalor del trabajo colectivo. Lo que importa es rescatar (recuperar) metodológicamente esta potencialidad del con que puede reemplazar alternativamente al para.

d. Acerca del juego de verdad y el método como discurso

“65 mineros atrapados: El gobierno mexicano espera hacer contacto este miércoles con los mineros atrapados desde el domingo en una mina a 150 metros bajo tierra, dijo en entrevista radiofónica el secretario de Trabajo: ‘Estamos más

cerca que nunca y hoy están modificando la concentración de gases para poder avanzar más rápido, están inyectando aire, o sea que con mucha probabilidad hoy a medio día ya podamos hacer contacto con los mineros, incomunicados tras la explosión en la mina Pasta de Conchos, ubicada en San Juan de Sabinas, Coahuila, norte de México, dijo. (...) Para enfrentar la tragedia, había dicho que los primeros contactos con los mineros se lograrían el pasado martes, sin embargo otro derrumbe hizo necesario volver a cavar con picos y palas, debido a la amenaza que representa la maquinaria pesada ante la presencia de gas en el ambiente.” (Página 12, 22-2-06).

“El trágico fin de los mineros mexicanos: Mientras los 65 mineros morían (quien sabe si en el momento de la explosión o posteriormente en atroz tortura, lo que sólo podría saberse si continuara la cara, peligrosa y quizás inútil búsqueda) (...) hoy tiene(n) interés en tapar ‘el pozo’ cuanto antes para que no se investiguen (...) condiciones que provocaron la tragedia de los mineros mexicanos.” (Red Voltairenet.org, 8-3-06). Qué es el saber, dónde debe colocarse la interrogación, cuál es el método, quién es el sujeto de interrogación. El problema es permanente y está bien que así lo sea: el saber se acumula, el saber se distribuye, el conocimiento es provisorio, siempre ha constituido un juego de verdad (Foucault, 1986), un consenso entre determinados sujetos que acuerdan un paradigma de comprensión y prueba (Kuhn, 1962; Sousa Santos, 2003), una asimilación del escotoma. Pero en cualquier caso constituye una fuerza. La observación de Horkheimer (1932) ha sido significativa al respecto, la ciencia participa de la vida social y constituye por sobre todo una fuerza y un medio de producción: “La ciencia, en la teoría de la sociedad sostenida por Marx, figura entre las fuerzas productivas del hombre. La ciencia hace posible el sistema industrial moderno, ya como condición de carácter dinámico del pensamiento –carácter que, en los últimos siglos, se ha desarrollado con ella-, ya como configuración de conocimientos simples acerca de la naturaleza y del mundo humano –conocimientos que, en los países adelantados, están al alcance incluso de los miembros de los estratos sociales más bajos-, y no menos como componente de la capacidad espiritual del investigador, cuyos descubrimientos contribuyen a determinar, en modo decisivo, la forma de vida social. En la medida en que la ciencia existe como medio para la producción de valores sociales, es decir, se halla formulada según métodos de producción, ella también tiene el papel de un medio de producción” (Horkheimer, 1974: 15).

Los mineros de Coahuila, u otros casos paradigmáticos pueden (deben) constituir iconos de reflexión; en las tragedias laborales se trata, nos preguntamos, de una carencia de conocimientos o quizás de una forma determinada de producir la distribución de saberes.

La distribución de las formas que asume el trabajo no son ajenas al avance científico y a sus modos de apropiación¹⁵. Hallamos al respecto una estructura muy densa en el planteo de Horkheimer, que retoma el acervo clásico, ya que si la fuerza productiva del saber queda integrada a la fuerza productiva del trabajo material, cabe preguntarse cómo se constituye hasta hoy el método de producción científica que no puede (como forma de poder) prever su destino escidente (alienado) en la distribución, participando entonces de una combinación de territorios vedados (Gouldner, 1970).

Conviene ya sin más abocarnos a la praxis, praxis como hacer político y proceso de trabajo que hemos colocado en diálogo imaginario. No se trata de instalar un nuevo contrapunto

(Durkheim-Giddens¹⁶) acerca de las reglas del método sino de criterios que podrían fundar una práctica coproductiva y sus potencialidades. Así distinguimos dos procesos como puntos iniciales, el encuentro discursivo y la centralidad del proceso de interrogación.

El proceso investigativo parte de supuestos, no siempre explicitados, acerca de la existencia de dos tipos de asimetría: el poder científico acumulado y el saber sobre el objeto de interrogación que posee el propio sujeto investigado. Uno y otro saber se presentan necesarios y complementarios, sin duda especialmente en la ciencia social aplicada y empírica. Ahora bien el método positivista inhibe al investigado para desplegar su saber más allá de la métrica experimental o censal aplicada a él, el investigador queda inhibido a su vez de explicitar el encuentro discursivo. El dato no tiene existencia sin esta dialéctica real (García, 1994), sobre la cual se asienta la ficción de unilateralidad del investigador sobre esa bilateralidad material. Cabe entonces aquí fijar una práctica de profundización que aprehendiera por un lado la cooperación entre investigadores y por la otro al poseedor del saber interrogado, transformándolos metodológicamente en coproductores. Las asimetrías quizás no serán nunca superables, pero puede operarse sobre ellas éticamente para reducir el extrañamiento que supone la práctica investigativa, especialmente en los estudios sociales cuya teleología está destinada a los actores investigados. De ahí se deduce lógicamente que se trata de iniciar un largo proceso que de ningún modo puede superarse con las técnicas de consulta, se trata de poner en marcha un (largo) proceso coproductivo por medio de un colectivo productor de conocimientos, que requerirá nuevos diseños técnicos¹⁷.

Se sigue que al proceso del encuentro discursivo, en el marco de una lógica y una ética convergente (Maliandi, 2000), la argumentación cumple un rol relevante, pero ella no puede instalarse más que como punto de partida. El juego de verdad ya no constituye un producto final sino una dinámica permanente, la argumentación debe admitir la posibilidad de la crítica; los productores se encuentran asociados en cualquier caso, lo que cabe es que su conexión se amplifique. El investigador en este caso al reconocer las mutuas asimetrías, cede paso a una cuestión metodológica al propulsar la capacidad de mutua interrogación, la regla –si existiera– debería iniciarse en este hueco y la diversidad conceptual, teórica y metodológica debería provocar ante todo la pregunta (García, 1994). La producción (creación) de conocimientos en esta línea no es una presentación argumentativa apriorística sino un trayecto de descubrimiento, codescubrimiento.

Ahora bien, tenemos los dos procesos: encuentro e interrogación, cabe agregar en el diseño de este primer segmento metódico, parte esencial de su sustancia: el proceso social de trabajo que lo materializa. En este sentido reconocemos avances en las propuestas ya sea interdisciplinarias, transdisciplinarias, como en la investigación acción participativa. La condición que se subraya aquí es la constitución material encarnada en colectivos de cotrabajo de mediano y largo plazo, los colectivos así instituyen dispositivos coproductivos. El dispositivo no coproduce en un trayecto lineal, se formula y reformula permanentemente, instala en la práctica cotidiana un ejercicio de deconstrucción y reconstrucción a partir de la crítica del material que investiga. El dispositivo que tiene como objetivo dinamizar los procesos antedichos se aloja en el lugar (Bourdieu, 1999) mismo, intenta de este modo acortar la distancia entre procesos productivos y

laboratorio de análisis social. El dispositivo debe soportar el rigor del encuentro discursivo y la interrogación como propulsoras de motivaciones, pero al mismo tiempo de gran complejidad entre las tensiones-producciones de lo colectivo y subjetivo, de lo instituido e instituyente, de lo inmediato e histórico, de los contenidos y de sus lógicas subyacentes. El encuentro posee densidad en volumen (profundidad) y proyecciones temporales. De modo que siempre se juega la verdad y la práctica, la cotidianidad y la trascendencia, tanto como una situación hologramática acerca de las representaciones sociales como porque se ponen en juego dentro del dispositivo ensayos moleculares de fragmentos de una utopía acerca de la democratización del descubrimiento.

e. Conclusiones inconclusas

El objetivo de este ensayo se ha dirigido a profundizar el debate acerca de la producción de conocimiento sociológico desde la perspectiva de los procesos de trabajo. Para ello hemos iniciado la elaboración produciendo imágenes especulares desde las clásicas interpretaciones de las organizaciones productivas que distinguen al capitalismo como sistema, para pasar a reflexionar sobre los posibles isomorfismos de la producción intelectual. De este modo descubrimos sus caracteres homólogos referidos a la división del trabajo, asalarización y cooperación. En este sentido los interrogantes que se abren ya no sólo se refieren a la neutralidad política de los conocimientos sino también a la necesidad de explorar la materialidad de los procesos de trabajo que subyacen a todo el proceso de descubrimiento e intento de transformación de la realidad social¹⁸.

Así pareció oportuno colocar en diálogo, en intercambio discursivo, elementos básicos de consideración que postularon fundadores acerca de lo colectivo, de los métodos o reglas de investigación social y acerca de su práctica. Hemos tendido así un puente entre concepciones y criterios metodológicos y las situaciones de borde que plantean autores contemporáneos. Nuestra primera conclusión es que en determinadas posturas clásicas la noción de colectivo y producción de pensamiento colectivo están presentes, sin embargo en el desarrollo de las reglas o su aplicación práctica se abre una fisura, que pasa de lo social al solipsismo metodológico (Maliandi, 2000). Esta fisura queda opacada junto con los procesos de trabajo que materializan la acción del conocer sociológico, se produce así un vacío, que más que una carencia se torna una producción activa. Así pensamos estableciendo un diálogo con otros autores, que señalan este borde al poner en crítica el saber disciplinario y sus relaciones con el poder y el juego de verdad, como así la necesidad de crear redes de productores colectivos de conocimiento.

Este es el desafío frente al riesgo de la fragmentación de conocimientos, frente a las limitaciones del cambio social, frente a la imposibilidad de dar respuestas unilaterales. Queda demostrado que el “pensamiento no ocurre en soledad”, sino que ocurre en el diálogo, metafóricamente entre cobebedores que participan en el symposium (Mari, 2001). Ahora bien, nos interrogamos si es posible traducir este antecedente implícito y necesario en la acción del conocimiento en una acción metodológica, no se trata de ningún modo de sustituir el descubrimiento subjetivo, sino por el contrario de potenciarlo y abrir alternativas complementarias de investigaciones coproductivas.

Notas

¹ Al respecto Eliseo Verón afirmaba: “El modo de producción de conocimientos en que se ha articulado, durante el periodo de su formación en nuestros países, la práctica de la sociología ‘moderna’, puede ser descripto como heterónomo o dependiente. ¿Qué entendemos por dependencia o heteronomía? Debemos definirla en términos de las relaciones entre componentes del sistema de producción de conocimientos. Estas relaciones se manifiestan en el proceso de investigación que no es otra cosa que el núcleo de la praxis científica: un proceso de trabajo.” (Verón, 1974: 181).

² Estas experiencias se refieren al desarrollo de dispositivos de coproducción investigativa en las áreas de salud mental, laboral, tutelar y comunitario en el marco del proyecto UBACyT S015: «Exclusión - extinción social y procesos de trabajo institucionales. Dispositivos de intervención transdisciplinarios» (IIGG-FCS-UBA) que a la vez ha dado la continuidad a una sucesión de proyectos UBACyT (CS008; TS05; S008) iniciados en el año 1998. Al respecto consúltese entre otras publicaciones: Bialakowsky, A. L.; Reynals, C.; Zagami, M.; Crudi, R.; Costa, M. I. y Haimovici, N. M. (2004), «Procesos sociales de exclusión-extinción. Comprender y coproducir en las prácticas institucionales en Núcleos Urbanos Segregados», en Mota Díaz, L. y Cattani, A. D. (coord.), Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina. Nuevas perspectivas analíticas, Editorial Cigome S.A., México. Al respecto véase complementariamente la crítica realizada por Susana Murillo, sobre esta propuesta y sus fundamentos epistemológicos en: “Reseña: Los nuevos rostros de la vieja cuestión social. Efectos humanos, debates en ciencias sociales y en políticas públicas” en *Convergencia*, Año 12, Número 38, mayo-agosto de 2005.

³ Por trilha puede entenderse: vereda, senda, trilla, trillo, carril, en la Amazonia este vocablo se utiliza para hacer referencia a los senderos o picadas abiertos en la floresta (selva), en castellano trilla remite al proceso de agricultura que permite separar el grano. Aquí metafóricamente se le otorga el énfasis asignado como sendero.

⁴ El proceso de trabajo desde esta perspectiva implica la cooperación que genera “la forma de trabajo de muchos que, en el mismo lugar y en equipo, trabajan planificadamente” (Marx, 1867; 395) Así, “el trabajo individual de cada uno como parte del trabajo colectivo represente fases diversas del proceso laboral mismo, recorridas con más rapidez por el objeto de trabajo gracias a la cooperación” (Marx, 1867; 397). “Por lo demás, la cooperación entre los asalariados no es nada más que un efecto del capital que los emplea simultáneamente. La conexión entre sus funciones, su unidad como cuerpo productivo global, radica fuera de ellos, en el capital, que lo reúne y los mantiene cohesionados” (Marx, 1867; 403). De este modo el trabajo se les presenta a los trabajadores como un plan ajeno y despótico (Marx, 1867).

⁵ “(Las máquinas) Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital fixe revela hasta qué punto el conocimiento o knowledge (saber) social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de vida social misma ha entrado bajo los controles del general intellect (intelecto colectivo) y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son traducidas no sólo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso vital real.” (Marx, 1972, V. 2: 230).

⁶ Al respecto Virno, por ejemplo, propone una actualización conceptual: “El general intellect es el saber social devenido principal fuerza productiva; es el conjunto de los paradigmas epistémicos, lenguajes artificiales, constelaciones conceptuales que rigen la comunicación social y las formas de vida” (Virno, 95: 2003). Así, en esta concepción el general intellect en tanto fuerza productiva no se hallaría fundamentalmente plasmada en fuerza de trabajo acumulada (maquinaria) sino en el trabajo vivo, en la interacción comunicativa: “...en forma de paradigmas epistémicos, performances dialógicas, juegos lingüísticos. Dicho en otros términos, el intelecto público se identifica con la cooperación, con el actuar concertadamente del trabajo vivo, con la competencia comunicativa de los individuos” (Virno, 65: 2003).

⁷ “Es sobre todo, desde mi punto de vista, por medio del libro, la conferencia, las obras de educación popular que debe ejercerse nuestra acción. Debemos ser, antes que nada, consejeros, educadores. Estamos hechos para ayudar a nuestros contemporáneos a reconocerse en sus ideas y en sus sentimientos antes que para gobernarlos” (Durkheim, 1950: 302).

⁸ A propósito a su vez Naishtat recoge una cita de Weber en la que el autor reconoce: “Si, en definitiva, me hice sociólogo –como lo indica el decretote mi nombramiento- ha sido esencialmente con objeto de poner término a esos ejercicios a base de conceptos colectivos, cuyo espectro no cesa de merodear. En otras palabras, tampoco la sociología puede proceder sino de las acciones de uno, de algunos o de numerosos individuos separados. Por eso se encuentra obligada a encontrar métodos estrictamente individualistas” (Weber, citado en Naishtat, 1998: 62-63; Mommsen, 1965: 25).

⁹ Resulta interesante recoger dos rastros en las huellas del discurso weberiano, así Weber sostendrá respecto de la educación e investigación en las Universidades: “ (...) siguiendo patrones americanos. Los grandes institutos Institutos de Medicina y de Ciencias se han convertido en empresas de ‘capitalismo de Estado’, No pueden realizar su labor sin medios de gran envergadura y con esto se produce en ellos la misma situación que en todos aquellos lugares en los que interviene la empresa capitalista: la ‘separación del trabajador y de los medios de producción’. (...) Su situación es frecuentemente tan precaria como cualquier otra existencia ‘proletaroidé’, como le ocurre también al assistant de la Universidad americana. (En páginas siguientes afirma) (...) la democracia está bien dentro de su propio ámbito, pero la educación científica, por tradición, hemos de procurar en las Universidades alemanas, es una cuestión de aristocracia espiritual y sobre esto no cabe engañarse.” (Weber, 1919: 184 y 189)

¹⁰ “Creo, en resumen, que lo que puede llamarse análisis social clásico es una serie de tradiciones definibles y usables; que su característica esencial es el interés por las estructuras sociales históricas; y que sus problemas tienen relación directa con los urgentes problemas públicos y las insistentes inquietudes humanas. Creo que hay actualmente grandes obstáculos en el camino de la continuidad de esa tradición –tanto dentro de las ciencias sociales como en sus ambientes académico y político-; pero que, no obstante, las cualidades mentales que la constituyen, se están convirtiendo en un denominador común de nuestra vida cultural general y que, aunque vagamente y bajo una confusa variedad de disfraces, están empezando a dejarse sentir como una necesidad. (...) En esa oportunidad se revelan la promesa intelectual de las ciencias sociales, los usos culturales de la imaginación sociológica y el sentido político de los estudios sobre el hombre y la sociedad.” (Wright Mills, 1977: 40-41) .

¹¹ Orlando Fals Borda señala respecto de la Investigación-Acción y aportes del saber popular metodologías referidas básicamente

a: (1) autenticidad y compromiso, (2) antidogmatismo, (3) devolución sistemática (a. diferencial de comunicación, b. simplicidad de comunicación, c. autoinvestigación y control, d. vulgarización técnica), (4) reflujo a intelectuales orgánicos, (5) ritmo reflexión-acción, (6) ciencia modesta y técnicas dialógicas, (y agreguemos al listado) (7) la región: valores sustanciales y marginales. (Fals Borda, 1987: 109-119).

¹² Por su parte I. Vasilachis de Gialdino, haciendo una lectura acerca de los paradigmas epistemológicos en Ciencias Sociales, concluye que en las citadas ciencias coexisten en la actualidad tres paradigmas, dos de ellos consolidados: el materialista histórico y el positivista y un tercero -el interpretativo- en vías de consolidación. Los supuestos de este último, según la autora son: «a) la resistencia a la 'naturalización' del mundo social; b) la relevancia del concepto del mundo de la vida; c) el paso de la observación a la comprensión del punto de vista externo al punto de vista interno y d) la doble hermenéutica (...)» (2003: 48-49). Así, propone una nueva lectura del paradigma interpretativo a la luz de los postulados de la Epistemología del Sujeto Conocido por oposición a una reflexión epistemológica centrada en el sujeto cognoscente. En este sentido, la autora sintetiza los presupuestos de la Epistemología del Sujeto Conocido en cinco puntos: «a) en lo que hace a la capacidad de conocer esta epistemología parte del principio de la igualdad esencial entre los seres humanos y de la identidad común del que conoce y del que es conocido y, por tanto, considera al conocimiento como una construcción cooperativa; b) respecto de las formas de conocer plantea la disolución, el desmembramiento, la dispersión, la anulación de los paradigmas epistemológicos en cuanto impongan límites a la manifestación del sujeto conocido en toda su esencia e identidad; c) en lo que se refiere al alcance del conocimiento, la aceptación de la necesidad de que ese sujeto se manifieste integralmente conduce a que el que intenta conocer se resista a emplear conceptualizaciones, categorizaciones, tipologizaciones de ese sujeto por medio de nociones previas y/o parciales respecto de su identidad; d) en cuanto a la validez del conocimiento se estima que el conocimiento científico no es más que una forma socialmente legitimada de representar la realidad y se le acuerda significación central a la representación «privilegiada» de los actores sociales y e) en relación con el desarrollo del conocimiento propone nuevas formas de conocer con capacidad tanto para dar cuenta de la igualdad esencial y de la diferencia existencial propia de los seres humanos como para evitar que sean consideradas como esenciales sus diferencias existenciales» (2003: 49).

¹³ Con referencia a los conceptos de molecular y molar Deleuze y Guattari expresan lo siguiente: “Toda sociedad, pero también todo individuo están, pues, atravesados por las dos segmentaridades a la vez: una molar y otra molecular. Si se distinguen es porque no tienen los mismos términos, ni las mismas relaciones, ni la misma naturaleza, ni el mismo tipo de multiplicidad. Y si son inseparables es porque coexisten, pasan la una a la otra, según figuras diferentes... En resumen, todo es política pero toda política es a la vez macropolítica y micropolítica” (2002: 218).

¹⁴ Este aserto intenta contraponer y dialogar con un título con que un matutino encabezaba un artículo del destacado investigador francés Tzvetan Todorov que se titulaba allí “El pensamiento ocurre en soledad”, y en su texto opinaba por ejemplo: “Antes y después de la investigación en sí, el intercambio es positivo. Pero en el corazón mismo de su trabajo los investigadores siguen estando aislados, solitarios incluso. ¿Por qué? Por una razón muy simple ni los laboratorios ni las instituciones ni los pasillos comunes en donde se desarrolla la vida colectiva piensan. Sólo los individuos piensan. Ahora bien: sin pensamiento, la investigación está condenada a la muerte” (Clarín, 4-12- 2002: 19). Ciertamente el investigador se encuentra en medio de una tensión frente a una “Carta de información” interna que recibe del Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS) de Francia que propugnaba en el campo de las ciencias sociales y humanas “aumentar la visibilidad de la producción científico francesa” preconizando “que se intensifique la vida colectiva de los investigadores”. Más allá que lo dicho puede expresar un fragmento de un conflicto más amplio, resulta extraño y paradójico que el autor de *La conquista de América*. El problema del otro, pueda describir tan excepcionalmente los procesos de colonización y no cite este trasfondo común del encuentro discursivo, dialógico de todo pensamiento. El mismo autor declaraba de su libro: “A la pregunta acerca de cómo comportarse frente al otro no encuentro más manera de responder que contando una historia ejemplar: la del descubrimiento y conquista de América. Al mismo tiempo, esta investigación ética es una reflexión sobre los signos, la interpretación y la comunicación: pues la semiótica no puede pensarse fuera de la relación con el otro”. Quizás, esperemos no exagerar, cuando se trata de procesos de trabajo colectivos para la producción intelectual, en ese punto lo proyectado sobre el objeto de análisis (el otro) no se torna recursivo y se expresa posiblemente entonces en lo que hemos denominado como una fisura.

¹⁵ “La fuerza colectiva del trabajo, su condición de trabajo social, es por ende la fuerza colectiva del capital. Otro tanto ocurre con la ciencia Otro tanto con la división del trabajo, tal cual aparece en cuanto división de los employments y del intercambio resultante. Todos los poderes sociales de la producción son fuerzas productivas del capital, y este mismo se presenta, pues, como el sujeto de esas fuerzas.” (Marx, 1857-1858, V. 2: 86).

¹⁶ Los “supuestos” enunciados por Anthony Giddens, para “ejemplificar sus diferencias respecto del famoso manifiesto sociológico que Durkheim produjo (...) (y si bien) Esta enunciación no constituye en sí y por sí un ‘programa’ para la investigación sociológica, aunque la considero un elemento integral de tal programa. La subclasificación que se ofrece (...) a grandes trazos(...): la sección A concierne al ‘asunto de la sociología’: la producción y reproducción de la sociedad; la sección B, a los límites del obrar y a los modos en que se pueden examinar los procesos de producción; la sección C, a los modos en que “se observan” la vida social y se establecen caracterizaciones de actividad social; la sección D, a la formulación de conceptos dentro de los marcos de sentido de ciencia social como metalenguajes.” (Giddens, 1997: 192).

¹⁷ “Son momentos en que el sujeto o el colectivo están obligados a considerar el propio deseo, los intereses y necesidades, así como el de otras agrupaciones a las que pretenden atraer o combatir. Construir un proyecto o coproducir un colectivo implica producir sentido para la acción y exige también la consideración de los medios materiales y subjetivos necesarios para la tarea.” (de Sousa Campos, 2001: 202)

¹⁸ Complementariamente véase al respecto la discusión que se abre al proponerse la investigación científica como un derecho humano universal. Cfr.: Declaration of Academic Freedom. Scientific Human Rights (Declaración de Libertad Académica. Derechos científicos del Ser Humano), introducida por Dmitri Rabounski Editor Jefe de la Revista Progress in Physics, en Progress in Physics, Volumen 2, Abril 2006.

Bibliografía

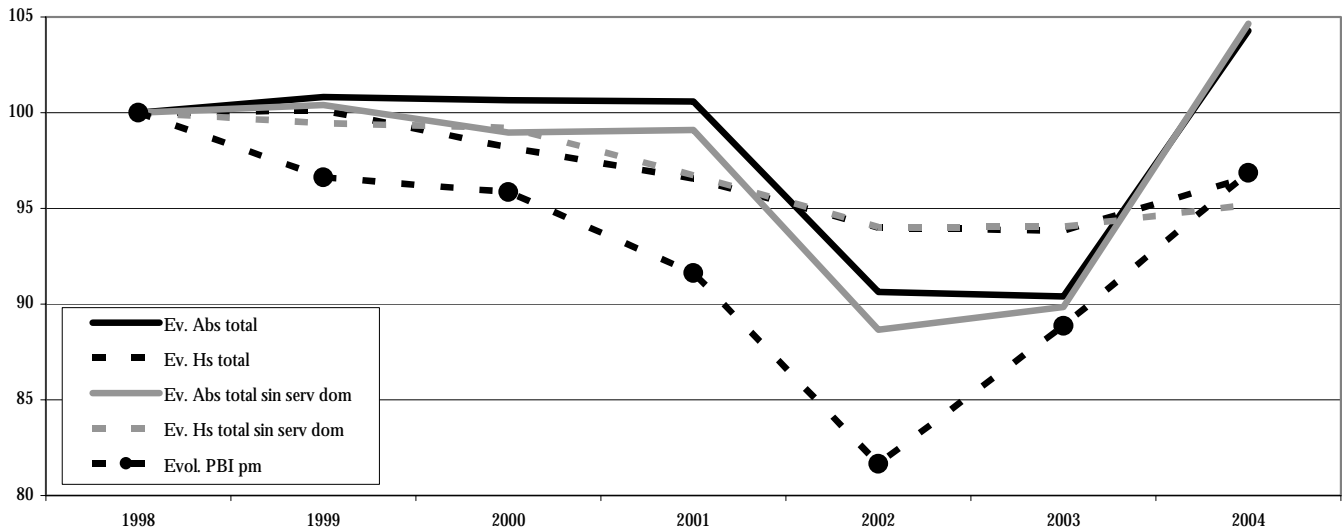
- Bialakowsky, Alberto y Antunes, Ricardo (2005), «Introducción. Hipótesis y notas críticas sobre el trabajo y el capitalismo actual» en Bialakowsky, Alberto L.; Partida, Raquel; Antunes, Ricardo y Costa, María I. (compiladores), Trabajo y capitalismo entre siglos en Latinoamérica. El trabajo entre la perennidad y superfluidad, Universidad de Guadalajara - Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Guadalajara - Jalisco, México.
- Bourdieu, Pierre (1999), «Efectos del lugar», en La miseria del mundo, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (2000), El sociólogo y las transformaciones recientes de la economía en la sociedad, Libros del Rojas-UBA, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (1992), Una invitación a la sociología reflexiva, Siglo Veintiuno Editores, Argentina, 2005.
- Boyer, R.; Saillard, Y., Eds. (1998), Teoría de la regulación: estado de los conocimientos, Vols. I, II y III, Eudeba.
- Callejo, Javier (1998), Articulación de perspectivas metodológicas: posibilidades del grupo de discusión para una sociedad reflexiva, Papers: Revista de sociología, N° 56, Barcelona.
- Comte, August (1844), Discurso sobre el espíritu positivo.
- Coriat, Benjamin (1979), El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1982.
- de Sousa Campos, Gastao W. (2001), Gestión en salud. En defensa de la vida, Lugar Editorial, Buenos Aires.
- Deleuze, Gilles y Foucault, Michel (1972), «Un diálogo sobre el poder», en Michel Foucault. Un diálogo sobre el poder, Alianza Materiales, Madrid, 2000.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Félix (2002), Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia, Pre-Textos, Valencia, España.
- Durkheim, Émile (1893), La división del trabajo social, Volumen II, Planeta – Agostini, España, 1994.
- Durkheim, Émile (1894), Las reglas del método sociológico, Akal, Madrid, 1997.
- Durkheim, Émile (1950), Lecciones de Sociología. Física de las costumbres y del derecho, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2003.
- Durkheim, Émile (1955), Pragmatismo y Sociología, Shapire, Buenos Aires, 1974.
- Durkheim, Émile. (1912), Las formas elementales de la vida religiosa (FEVR). Madrid: Alianza Editorial, 2003.
- Fals Borda, Orlando (1987), Ciencia propia y colonialismo intelectual. Los nuevos rumbos, Carlos Valencia Editores, Bogotá.
- Foucault, Michel (1975), «Poder-cuerpo», en Foucault, Michel, Microfísica del poder, Las ediciones de La piqueta, Madrid, 1992.
- Foucault, Michel (1976a), Vigilar y Castigar. Siglo XXI. México, 1987.
- Foucault, Michel (1976b), «Curso del 14 de enero de 1976», en Foucault, Michel, Microfísica del poder, Las ediciones de La piqueta, Madrid, 1992.
- Foucault, Michel (1978), La verdad y las formas jurídicas, Gedisa, México, 1986.
- García, Rolando (1994), «Interdisciplinaria y sistemas complejos», en Leff, E. (Compilador), Ciencias Sociales y formación ambiental, Gedisa, Barcelona.
- Gaudemar, Jean Paul (1978), «Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista de trabajo», en Espacios de poder, M. Foucault et al, Ed. La Piqueta, Madrid, 1991.
- Giddens, Anthony (1997), Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Gouldner, Alvin (1970), La crisis de la sociología occidental, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Gutiérrez, Alicia B. (2000), «La tarea y el compromiso del investigador social. Notas sobre Pierre Bourdieu», en Bourdieu, Pierre, Intelectuales, Política y Poder, EUDEBA, Buenos Aires.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio (2002), Imperio, Paidós, Buenos Aires.
- Holloway, John (2004), «Clase y clasificación», en Clase = Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico, J. Holloway (comp.), Ediciones Herramienta – Universidad Autónoma de Puebla, Buenos Aires.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. (1987), Dialéctica del Iluminismo, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Horkheimer, Max (1974), Teoría crítica, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Lagorio, Carlos (2001), «Iluminismo/ Ilustración», en Di Tella, T. et al. Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas, Emecé, Buenos Aires.
- Kuhn, Thomas S. (1962), La estructura de las revoluciones científicas, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- Linhart, Robert (1996), De cadenas y de hombres, Siglo XXI, México.
- Marí, Enrique E. (2001), El banquete de Platón. El Eros, el vino y los discursos, Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Maliandi, Ricardo (2000), «La racionalidad bidimensional y la ética convergente», en El otro puede tener razón. Estudios sobre racionalidad en filosofía y ciencia, Graciela Fernández comp., Ediciones Suárez, Mar del Plata, Argentina.
- Marx, Karl (1844), Manuscritos: economía y filosofía, Ediciones Altaya, Barcelona, 1993.
- Marx, Karl (1867), El capital, Tomo I, Vol 2, Cap XI «Cooperación». Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
- Marx, Karl (1857-1858), Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858, Volumen 2, Siglo XXI argentina editores, Buenos Aires, 1972.
- Mommsen, W.: «Marx's Weber political sociology and his philosophy of world history», en International Social Science Journal, Vol. 17, 1965.
- Morin, Edgar (1990), Introducción al pensamiento complejo, Gedisa, España
- Naishtat, Francisco (1998), «Las tensiones del individualismo metodológico en Max Weber», en Max Weber y la cuestión del individualismo metodológico en las ciencias sociales, Eudeba, Buenos Aires.
- Nancy, Jean-Luc (2003), «Conloquium», en Communitas. Origen y destino de la comunidad, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Neffa, Julio C. (1998), Los paradigmas productivos tayloristas y fordista y su crisis, Ed. Lumen, Buenos Aires.

- Sousa Santos, Boaventura De (2003), *Crítica de la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia. Para un nuevo sentido común: la ciencia, el derecho y la política en la transición paradigmática*, Volumen I, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (1992), *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (2003), «Trabajo, situaciones de pobreza e identidad», en Bialakowky, Alberto L. (comp.), *Dilución o mutación del trabajo en América Latina o trabalho: entre a perenidade e superfluidade. Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003*, Arequipa-Perú, Ed. Revista Herramienta, Buenos Aires.
- Verón, Eliseo (1974), “Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina”, en *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, A. Touraine et al, Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Virno, Paolo (2003), *Gramática de la multitud*, Colihue, Buenos Aires.
- Weber, Max (1922), *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- Weber, Max (1968), “La «objetividad» cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”, en *Ensayos de metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1997.
- Weber, Max, (1920), “La ética protestantes y el espíritu del capitalismo”, en *Ensayos sobre sociología de la religión*, Tomo I, Taurus, Madrid, 1998.
- Weber, Max (1919), *El político y el científico*, Alianza editorial, Madrid, 1967.
- Wright Mills, Charles (1977), *La imaginación sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México.

Fe de erratas:

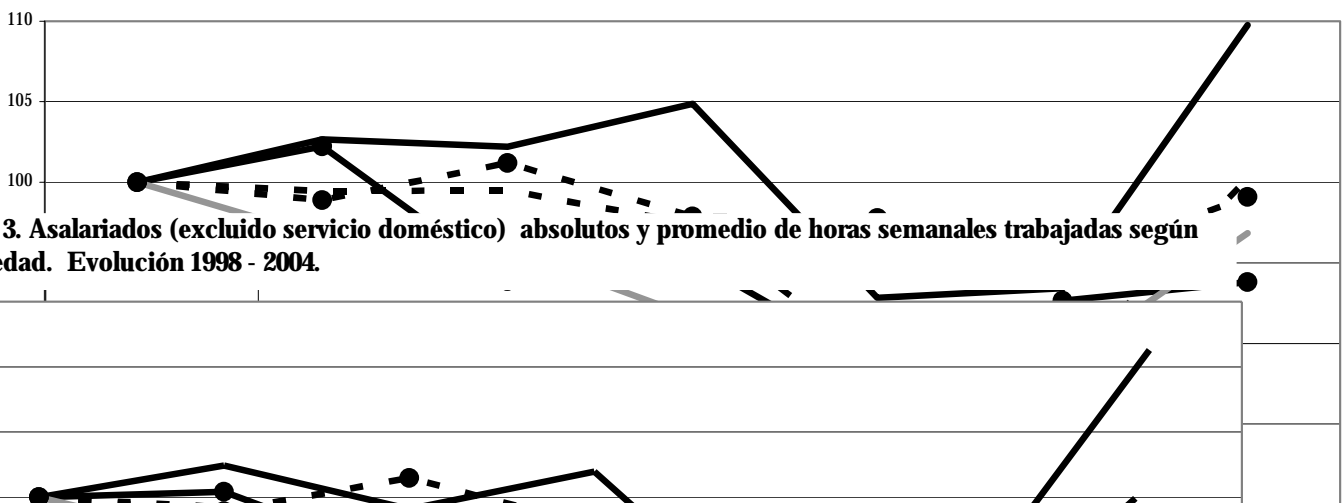
En el número anterior, involuntariamente fueron omitidos los cuadros y gráficos del artículo «Mercado de trabajo en el período 1998 – 2004: Asalariados y extensión de la jornada de trabajo» de Juan M. Graña y Damián Kennedy, los cuales reproducimos a continuación.

Gráfico 1. Asalariados absolutos, promedio de horas trabajadas por semana y PBI pm a precios constantes.



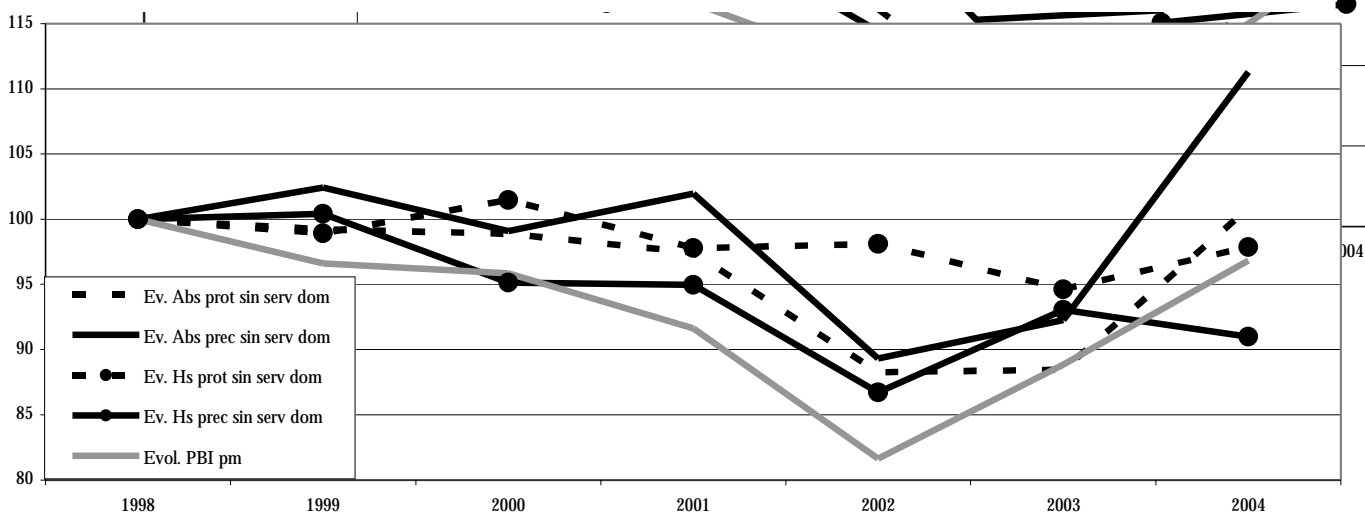
Fuente: Elaboración propia sobre la base de EPH - INDEC y DNCN - MECON

Gráfico 2. Asalariados absolutos y promedio de horas trabajadas por semana según precariedad. Evolución 1998 -



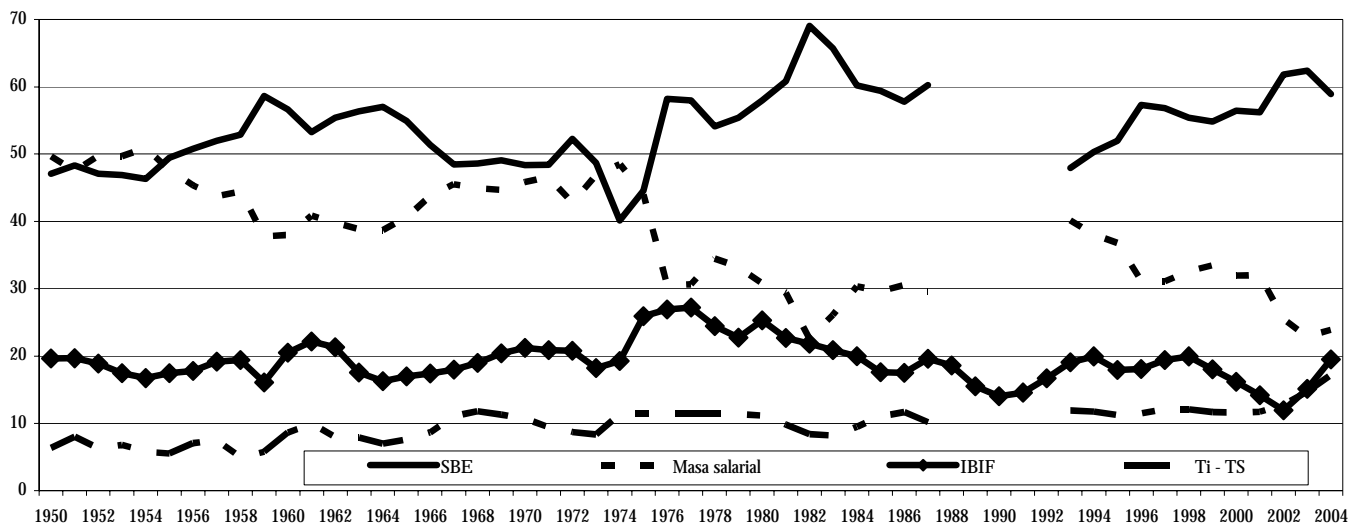
75

Gráfico 3. Asalariados (excluido servicio doméstico) absolutos y promedio de horas semanales trabajadas según precariedad. Evolución 1998 - 2004.



Fuente: Elaboración propia sobre la base de EPH - INDEC y DNCN - MECON

Gráfico 4. Participación del SBE, IBIF, masa salarial e impuestos indirectos netos de subsidios en el PBI pm. 1950-



Fuente: Lindenboim, J, J. Graña y D. Kennedy (2005)

Cuadro 1. Proporción de asalariados por tramos horarios según precariedad. 1998 - 2004.

Año	Total asalariados					Asalariados protegidos					Asalariados precarios				
	1 a 20	21 a 35	36 a 40	41 a 45	46 y +	1 a 20	21 a 35	36 a 40	41 a 45	46 y +	1 a 20	21 a 35	36 a 40	41 a 45	46 y +
1998	15,4	19,2	16,5	12,6	36,2	7,8	19,5	18,6	15,7	38,5	26,1	18,8	13,8	8,1	33,2
1999	15,9	18,8	16,0	13,0	36,2	7,3	19,6	18,0	16,7	38,4	28,2	17,4	13,6	7,7	33,1
2000	17,2	19,4	15,9	11,9	35,5	8,1	20,0	18,3	15,1	38,5	30,1	18,2	12,8	7,5	31,4
2001	17,8	18,9	14,9	12,6	35,8	7,8	19,9	17,2	16,0	39,0	31,5	17,3	12,0	7,8	31,3
2002	22,5	20,3	16,3	9,8	31,2	9,5	22,1	19,9	13,0	35,6	40,4	17,5	11,5	5,5	25,2
2003	20,0	19,9	17,1	9,8	33,1	10,1	20,8	20,6	13,0	35,5	32,7	18,7	12,7	5,8	30,1
2004	17,8	19,7	16,8	10,9	34,8	10,1	20,8	20,6	13,0	35,5	32,7	18,7	12,7	5,8	30,1

Fuente: Elaboración propia sobre la base de EHP - INDEC.

Laboratorio

Orientaciones para los colaboradores

REGLAMENTO

Con el objeto de facilitar la publicación de los trabajos, se indican las orientaciones generales para su presentación.

Los trabajos deben ser de mediana extensión y presentar un desarrollo sustantivo de la problemática elegida.

Deben ser inéditos.

Preferentemente, los artículos enviados no deben ser sometidos en forma simultánea a la consideración de otros Consejos Editoriales. En caso de que ello ocurra, los autores deberán informar al Consejo Editorial de esta Revista.

La evaluación por parte del Consejo Editorial es de carácter anónimo y no puede ser recurrida o apelada ante ninguna otra instancia de evaluación.

Los trabajos deben enviarse con un resumen de no más de cinco (5) líneas. Deben consignarse además del nombre del/los autor/es, la nacionalidad (en caso de no ser argentino) y una línea que dé cuenta de la inserción académica y/o profesional.

Cada número de Laboratorio incluye dos clases de escritos: a) "artículos" de mediana extensión de no más de doce (12) páginas, a razón de 3200 caracteres por página, incluidos los espacios; b) "informes de avance" de investigaciones acreditadas oficialmente en instituciones de estudios superiores; los mismos deben tener una extensión de no más de 3 (tres) páginas, a razón de 3200 caracteres por página, incluidos los espacios.

Los trabajos deben enviarse por correo electrónico hasta la fecha establecida para cada número a e_labor@mail.fsoc.uba.ar La presentación será en procesador de texto Word o similar, evitando utilizar estilos de parrafo predefinidos por los procesadores de texto (sólo se admitirá el uso de las negritas y/o subrayados para los títulos de los apartados). Los cuadros y gráficos deben enviarse además en forma separada, con todos los datos en el original (no con fórmulas o referencias a otras planillas), en planilla de cálculo Excel o similar, sin colores (sólo se admitirán en escala de grises). En todos los casos, debe especificarse en nombre del archivo, el procesador y la planilla de cálculo utilizados.

Para los casos de los "Informes de avance", el/los autor/es deben especificar la denominación de la investigación, el cargo desempeñado en la misma, las fechas en las que se realizó y el nombre de la institución de estudios superiores en la que tenga sede.

La bibliografía debe consignarse con exactitud: apellido y nombre del/los autores; título completo y subtítulo (cuando corresponda); editorial; ciudad y año de publicación. Si se trata de una publicación periódica, debe indicarse número y fecha de aparición.

El Consejo Editorial se reserva el derecho de efectuar los cambios formales que requieran los artículos, incluyendo los títulos, previa consulta con el autor. En caso de que los cambios excedan la dimensión formal, el artículo será remitido nuevamente al/los autor/es para que personalmente realicen las correcciones sugeridas. En estos casos, el/los autores deberán reenviar el escrito en la fecha que le comunique el Secretario Editorial.



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
SIMEL, REGIÓN BUENOS AIRES
CARRERA DE SOCIOLOGÍA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI